SIMON SCARROW
MUERTE EN LA NOCHE
Un *thriller* del inspector Schenke
NARRATIVAS HISTÓRICAS CONTEMPORÁNEAS
edhasa

MUERTE EN LA NOCHE

SIMON SCARROW

En nuestra página web: www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Dead of Night*

Diseño de la sobrecubierta:

Calderón Studio

Primera edición impresa: septiembre de 2024
Primera edición en e-book: septiembre de 2024

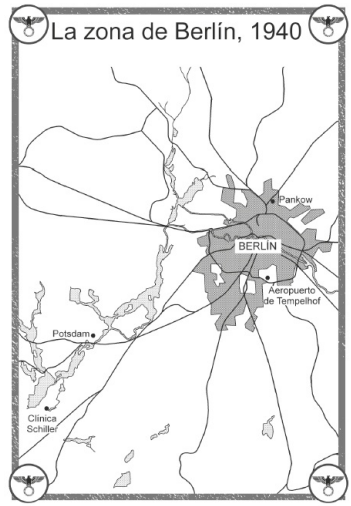
© Simon Scarrow, 2023
© de la traducción: Ana Herrera, 2024
© de los mapas: Tim Peters
© de la presente edición: Edhasa, 2024
Diputación, 262, 2º 1ª
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

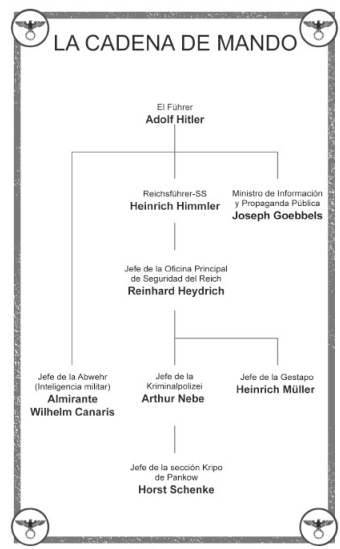
Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-4973-3

Producido en España

Para mi amigo Bharat Goswami,
que me enseñó a pensar en el hecho de pensar.


La zona de Berlín, 1940
Pankow
BERLÍN
Aeropuerto de Tempelhof
Potsdam
Clínica Schiller


LA CADENA DE MANDO
El Führer
Adolf Hitler
Reichsführer-SS
Heinrich Himmler
Ministro de Información y Propaganda Pública
Joseph Goebbels
Jefe de la Oficina Principal de Seguridad del Reich
Reinhard Heydrich
Jefe de la Abwehr (Inteligencia militar)
Almirante
Wilhelm Canaris
Jefe de la Kriminalpolizei
Arthur Nebe
Jefe de la Gestapo
Heinrich Müller
Jefe de la sección Kripo de Pankow
Horst Schenke

Nota del autor

Escribir sobre Alemania durante el Tercer Reich inevitablemente pone al autor frente a frente con algunos de los aspectos más oscuros de la naturaleza humana. Es imposible escribir honradamente sobre la época sin consignar algunas de las actitudes y terminología usados por los que estaban en el poder. Espero haber manejado ese aspecto de la novela con sensibilidad.

MUERTE EN LA NOCHE

Un thriller en Berlín en tiempos de guerra

Prólogo

Berlín, 28 de enero de 1940

El coro y la orquesta llegaban ya al final de la repetición de *Fortuna Imperatrix Mundi*. Con un movimiento último de su batuta, el director de orquesta puso fin a la interpretación e inclinó la cabeza como si estuviera exhausto. De inmediato, el público de la Philharmonie dejó escapar los vítores, y los aplausos resonaron atronadores en toda la sala. El director se volvió y parte del público se puso en pie, en una ovación. El resto no tardó mucho en seguir su ejemplo.

El doctor Manfred Schmesler suspiró al levantarse, muy tieso. Como la mayoría de los asistentes, llevaba puesto el abrigo y los guantes. La escasez de carbón en la ciudad había obligado a restringir el uso de la calefacción, así que después de una hora el aire estaba gélido, a pesar de que la sala estaba abarrotada. Schmesler se preguntó cómo habrían podido tocar los intérpretes en esas condiciones. Quizá la necesidad de concentrarse fuera suficiente para abstraerse de la helada atmósfera.

Notó una ligera presión en el brazo y se volvió hacia su mujer, Brigitte. Ella le dijo algo inaudible, luego carraspeó un poco y levantó la voz, mientras él aguzaba el oído en su dirección.

–Decía que han tocado de maravilla.

–Sí –respondió él–. Dadas las circunstancias.

Los aplausos continuaron mientras Wilhelm Furtwängler

indicaba con un gesto a su orquesta que hiciera una reverencia, tras lo cual le llegó el turno al coro. Los aplausos fueron apagándose hasta dar paso al típico bullicio del público marchándose. Schmesler guio a su mujer hacia el exterior, junto con la pareja que los había acompañado, el abogado Hans Eberman y su esposa Eva. Los dos matrimonios se habían conocido unos meses antes, en una fiesta, y desde entonces compartieron algunos eventos sociales.

–Ha sido una suerte que las entradas fuesen gratis –les dijo Eberman.

Schmesler, que conocía lo suficiente a su amigo para notar la ironía, le sonrió. Desde que el Partido Nazi se hiciera con el poder, gran parte de los músicos y compositores del país habían tenido que partir hacia el exilio, lo cual hizo que los conciertos en la capital fueran bastante repetitivos. «Al menos nos hemos ahorrado una velada de Wagner», pensó Schmesler.

Mientras se dirigían hacia la salida, la gente buscaba los pañuelos, las bufandas y los sombreros con la intención de prepararse para el frío. Berlín se enfrentaba al invierno más duro desde que había memoria. Los canales y el río Spree estaban completamente congelados, y la nieve cubría toda la ciudad.

Parecía que la dura climatología se hubiese adecuado a que la nación estaba de nuevo en guerra. Schmesler, que había participado en el anterior conflicto, todavía conservaba en el recuerdo las cicatrices de lo vivido en el frente occidental. «La guerra que acabaría con todas las guerras», la habían llamado, y, sin embargo, apenas veinte años más tarde había estallado la siguiente. Y, con ella, el racionamiento de los alimentos y el suministro energético. En cuanto se ponía el sol, Berlín quedaba completamente inmersa en la más negra oscuridad.

La escasez cada vez más acuciante de carbón hacía que la calefacción fuera un lujo al que sólo unos pocos tenían acceso, sobre todo los miembros importantes del Partido Nazi o sus secuaces. Por fortuna, Schmesler era miembro. Al igual que otros profesionales, como Eberman, tuvo la visión suficiente para comprender que ser miembro del partido era condición *sine qua non* para tener éxito en su carrera, así como para servir a algún objetivo más privado. Los que llevaban en el partido desde los

días de la República de Weimar miraban con desdén a los recién llegados y su flamante entusiasmo por la causa. Y, más importante aún: no les entusiasmaba compartir con ellos su suministro de carbón.

Era raro, pensó Schmesler, que un recurso antes tan habitual ahora fuese un artículo raro y valioso. El poco carbón que se podía encontrar en la capital era, para colmo de todos los males, de la variedad desgasificada. Le faltaba ese brillo grasiento que tenía el de mayor calidad, y que generaba mucho más calor. Tanto era así que Brigitte y él se veían obligados a quemar leña en las estufas de su casa de Pankow, para mantenerse calientes y tener el agua suficiente para lavarse. La caldera sólo funcionaba los fines de semana y los martes y jueves por la noche, cuando lo permitían los suministros de carbón. Incluso la leña escaseaba ya, así que Schmesler no hacía más que rezar para que acabase ya aquella prolongada ola de frío polar.

Al acercarse a la salida en el vestíbulo, oyó una áspera voz que penetraba entre el murmullo de las conversaciones.

–¡«Ayuda para el invierno»! ¡Recaudación de «Ayuda para el invierno»!

Vio a cuatro hombres con sobretodo y las gorras marrones de los paramilitares del partido. Uno de ellos agitaba en alto una lata al mismo tiempo que repetía una y otra vez la consigna.

–Malditos sean –murmuró Eberman–. ¿No nos sangran ya bastante con sus condenadas colectas?

Schmesler buscó en el bolsillo de su abrigo y sacó un puñado de insignias. Hurgando entre ellas, encontró las que se había ganado mediante anteriores donaciones de «Ayuda para el invierno». Tendió una a Eberman y se puso la otra en la solapa, donde pudiera verse bien. Su compañero sonrió al pensar en marcar un tanto a los esbirros del partido, apiñados junto a las salidas, donde intimidaban a los transeúntes para que entregasen dinero para la causa. Un visitante en Berlín podía pensar que aquello era caridad, pero sus habitantes lo reconocían como lo que era: prácticamente un atraco.

Un hombre sonriente bloqueó el camino del grupo que iba delante de Schmesler.

–Ofrece algunas monedas para ayudar a los que las necesitan,

amigo.

Detrás de aquella aparente petición educada, se escondía, en realidad, una orden. Los que salían del concierto lo sabían bien, así que si no tenían la suerte de contar con una insignia se apresuraban a pagar y salían corriendo.

Cuando le tocó el turno a Schmesler, éste inclinó ligeramente el hombro para enseñar la insignia. Con un simple gesto, el de las SA les indicó que podían pasar y se encaró a los que iban tras ellos. Schmesler cogió a su mujer por el brazo y apretó el paso para dejar atrás el vestíbulo y luego la puerta giratoria de salida. De inmediato, el helado aire de la noche mordió la piel expuesta, así que bajaron la cabeza y se taparon bien los cuellos. De sus bocas escaparon remolinos de vapor.

Eberman fue a devolverle su insignia a Schmesler, pero él negó con la cabeza.

–Guárdatela. Quién sabe cuántos grupos de SA habrá en las calles esta noche.

–Gracias.

A pesar del bloqueo, entre la luz de los faros de los coches y los montículos de nieve tuvieron suficiente para saber por dónde iban. Schmesler los condujo a lo largo de la calle hacia la estación del U-Bahn. En cuanto se apartaron de la multitud que surgía del teatro, aminoraron el paso para que la otra pareja pudiera ponerse al mismo nivel que ellos. La nieve pisoteada se había convertido en hielo, lo que obligó a su esposa a agarrarse a su brazo para no resbalar. Dadas las penosas circunstancias para moverse, no volvieron a intercambiar palabra alguna hasta llegar a los escalones de la estación, donde se separarían. Schmesler y su esposa debían coger un tren a Pankow, mientras que los Eberman continuarían caminando hasta su apartamento, en la calle siguiente.

–¿Vamos al concierto de Richard Strauss el viernes que viene? –preguntó Eva.

Su marido bufó.

–Tampoco es que haya mucho donde elegir ahora mismo.

Ella le dio un golpe en el hombro.

–Quizá Strauss no sea el tipo de compositor de primera clase de esos que tanto te gustan, pero al menos es un compositor de

segunda clase de primera.

Los cuatro rieron la broma, que Eberman se apresuró a rematar:

–Parece que ninguna pieza de música alemana sea tan sofisticada que no se pueda cantar en un mitin del Partido Nazi, ¿no?

–Venga ya... –dijo Schmesler–. Es música, de todos modos, una distracción agradable de la guerra. Nos irá bien.

–Supongo...

–Arreglado, pues. Esta vez te toca a ti sacar las entradas, amigo mío.

Schmesler miró hacia la entrada de la estación y oyó que se aproximaba un tren.

–Tenemos que irnos. –Se volvió hacia su compañero–. ¿Nos vemos para comer el lunes próximo y hablar de ese tema que quieres discutir?

Eberman negó con la cabeza.

–Ya no importa. En otra ocasión, quizá.

Se estrecharon la mano para despedirse, y ambas parejas se separaron. Los Schmesler corrieron escaleras abajo hacia la estación. Llegaron al andén justo cuando paraba el tren que iba hacia el norte. Se abrieron las puertas; algunos bajaron, otros subieron, y volvieron a cerrarse. Después de que el guardia hiciera sonar el silbato, el tren se puso en movimiento con una sacudida. Schmesler y su mujer estuvieron a punto de perder el equilibrio mientras buscaban asiento, lo que les hizo recordar aquella noche en que Schmesler invitó a Brigitte a salir, nada más conocerse. El movimiento del tren los lanzó el uno hacia el otro, y él instintivamente le pasó un brazo alrededor a ella para evitar que se cayese. Fue suficiente para romper el hielo, para que ambos se pusieran a reír como tontos. Ahora se sonreían el uno al otro con deleite ante el recuerdo espontáneo de aquella noche.

En los trenes del U-Bahn era difícil conversar, sobre todo porque en años recientes la gente tendía a cuidar mucho lo que decía, no fuese que un comentario fortuito atrajese la atención de algún informador. Así que se cogieron de la mano y se quedaron sentados en silencio, contando las paradas hasta que el tren se detuvo en su estación, en el distrito de Pankow. Salieron del

vehículo, y caminaron a ritmo rápido por las calles frías y oscuras del bonito barrio residencial hasta llegar a su hogar.

Era un edificio modesto de dos plantas que databa de mediados del siglo anterior. Schmesler lo había adquirido tres años antes a sus propietarios judíos, los Frankel. Él estudió en la universidad con Josef Frankel, de quien fue buen amigo en esos tiempos. Pero, cuando los nazis subieron al poder, aquella amistad dejó de ser aconsejable. Mantuvieron las distancias, socializaron en secreto, y, cuando Frankel ya no pudo trabajar más, conforme la comunidad judía era arrinconada, tuvo que abandonar Alemania con su familia. Vendió su casa a Schmesler por un precio que era una ganga, y se llevó el poco capital que tenía para intentar crear una nueva vida en Nueva York. Sin embargo, tuvieron que dejar atrás a su hija Ruth, ya que no consiguieron encontrar su certificado de nacimiento. Con el estallido de la guerra, la joven se quedó atrapada en Berlín.

La pareja subió los escalones desde la calle y se quitó la nieve de los zapatos en la barra de hierro que se encontraba junto al porche cubierto. Entraron en casa, pero sólo encendieron las luces tras cerrar la puerta, para no darle una excusa al guardián del barrio por romper las normas del oscurecimiento obligatorio.

Hacía tanto frío dentro que tuvieron que dejarse los abrigos y los guantes puestos, al igual que en la ópera. Schmesler besó a su mujer en la frente.

–Sube y vete a la cama. Yo iré un poco más tarde.

–¿Trabajo? –suspiró ella.

Él asintió.

–Estamos faltos de personal en el centro, por culpa del reclutamiento.

–¿Tenían que llevarse a todos tus ayudantes?

–En tiempos de guerra, el ejército necesita a todos los médicos que puede encontrar, mi amor.

Brigitte agitó la cabeza.

–La guerra... Y eso que el Führer aseguraba que era un hombre de paz.

Schmesler miró alrededor por instinto antes de lanzarle el leve reproche a su mujer.

–Procura que esas palabras no salgan de esta casa. Ten

cuidado de con quién compartes tus dudas.

–Pensaba que sería seguro compartir lo que pienso con el que es mi marido desde hace veinte años.

Él le guiñó un ojo.

–Nunca se sabe...

–¡Ay, cómo eres! –Ella le pellizcó la mejilla.

–Dale una oportunidad al Führer, Brigitte. Ahora que Polonia ha sido destruida, no hay motivo alguno para que Francia y Gran Bretaña sigan en guerra. Quizá tengamos paz cuando llegue la primavera. Agarrémonos a esa esperanza, ¿vale? Y ahora vete a la cama, o, si no, les diré a los de la Gestapo que estás compartiendo propaganda antialemana.

Cuando desapareció en la planta superior, Schmesler fue hasta el salón y se sentó en la silla frente a la estufa. Abrió la trampilla y luego el respiradero, lo cual hizo que el calor se intensificara y surgiera una voluta de humo. Cogió algo de leña menuda y la colocó en torno a las pequeñas llamas iniciales para reavivarlas. Cuando el fuego crepitaba con vigor, cerró la estufa y disfrutó del calor que empezaba a penetrar en su cuerpo.

Pero su mirada se fue poco después hacia el escritorio, donde un maletín requería su atención. Había estado posponiendo aquel momento todo el día, primero en su despacho y luego en casa. Ya no podía retrasarlo más.

Aun así, lo hizo. Volvió a ponerse de pie para acercarse a la mesita auxiliar donde guardaba la licorera de brandi y se sirvió una generosa cantidad. De nuevo instalado en la silla de cuero del escritorio, con el calor del fuego a su espalda, abrió el maletín y sacó el expediente. Buscó una pluma, abrió la cubierta y miró el primer informe, con especial atención a las recomendaciones escritas a mano al final. Su mano derecha se movió y la plumilla se quedó quieta encima del informe. Dudó, y luego se acabó el brandi de un trago, notando que el líquido ardiente bajaba por su garganta. Dejó el vaso de golpe y marcó la casilla final de la página con un signo «+», tras lo cual apartó la hoja a un lado y pasó a examinar el siguiente documento.

El reloj de la repisa de la chimenea marcaba el paso del tiempo con un tic tac constante. De vez en cuando, Schmesler se acercaba a echar otro leño más en la estufa. A medida que

avanzaba la noche, los documentos formaron dos pilas: en una de ellas dejó los que había marcado; en la otra, más reducida, los que no tenían marca alguna salvo su firma.

En el piso de arriba, su esposa dormía sola con su abrigado camisón y bajo varias capas de mantas. Se quedó echada de lado, respirando profundamente y sumida en un sueño sin ensoñaciones ni turbación alguna. Al menos hasta que, a primera hora de la madrugada, un estampido agudo en el piso de abajo la despertó de golpe. Al principio no supo si había imaginado aquel sonido, así que buscó a Schmesler a su lado. Al no encontrarlo, al notar aquella parte de la cama fría, y tras dejar pasar unos instantes para ver si oía más sonidos, encendió la lámpara de la mesita de noche. La repentina iluminación le hizo guiñar los ojos, pero fue capaz de ver la hora que marcaba el reloj despertador: poco más de las tres. Una hora absurda para que su marido estuviese trabajando aún.

Sacó las piernas de debajo de las mantas, metió los pies en las zapatillas, y se dirigió hacia las escaleras.

–¡Manfred! –llamó, en voz alta–. Manfred...

Esperó una respuesta pero sólo hubo silencio. Chasqueó la lengua e, irritada, bajó la escalera para dirigirse al despacho. Cuando abrió la puerta, el aire caliente la golpeó de repente, así como el olor acre de humo de pólvora.

–¿Manfred...?

No vio a su marido de inmediato. Había papeles repartidos por encima de todo el escritorio y en el suelo. La silla yacía de lado, y un brazo extendido sobresalía por detrás de ella. A poca distancia de los dedos agarrotados de aquella mano, se encontraba la silueta oscura de una pistola.

Capítulo uno

31 de enero

La puerta del despacho de la sección Kripo se abrió poco después de mediodía. El sargento Hauser, que hacía lo que podía para redactar las notas debido a una herida de bala en el hombro de la que se estaba recuperando, levantó la vista y contempló al hombre de abrigo oscuro que había entrado. Le vio colgar su sombrero en el perchero que había junto a la entrada. Luego se dirigió hacia la estufa que se encontraba en el centro de la habitación y se volvió para calentarse la espalda. Sólo entonces lo saludó con una inclinación de la cabeza.

–¿Cómo ha ido, señor? –dijo, tras soltar la pluma.

Su superior, el inspector criminal Horst Schenke, había asistido a un funeral aquella mañana. El conde Anton Harstein y su esposa, una pareja anciana amiga de su familia, habían sido asesinados poco antes de Navidad. Debido al papeleo asociado con la investigación y el retraso causado por el suelo congelado, habían tardado cinco semanas en poder enterrar los cuerpos. El conde Harstein, en tiempos, había dirigido el equipo automovilístico de los Silver Arrows, que Schenke conducía antes de que un accidente acabase con su carrera deportiva y le dejase una cojera. Después del accidente, tuvo que encontrar una nueva dirección para su vida, así que ingresó en la policía.

–Todo lo bien que pueden ir esas cosas –aseguró, tras coger aliento con fuerza.

Aunque los Harstein eran aristócratas y estaban bien relacionados, en el funeral habían aparecido pocas personas. Aparte de Schenke y su novia, Karin, no fueron más de diez personas, incluyendo al hijo de los Harstein, un oficial del ejército que había pedido un permiso especial compasivo para poder asistir. El crudo invierno impidió una mayor asistencia, por lo que el sacerdote, al que le castañeaban los dientes, dirigió el servicio mucho más rápido de lo que la decencia aconsejaba.

Aquellos crímenes habían ensombrecido el poco espíritu navideño que aún quedaba. Pero Schenke prefirió llorar aquella muerte en privado, sin revelar sus sentimientos a nadie.

–¿Qué tal se cura la herida? –le preguntó a Hauser.

–Poco a poco, pero al menos me ahorra las tareas domésticas –respondió el sargento con una sonrisa–. Pero Helga está empezando a sospechar, de manera que tendré que mostrar alguna señal de recuperación.

–Vive peligrosamente, amigo mío. –Schenke sólo había visto a la mujer de Hauser unas cuantas veces, pero era más que suficiente para darse cuenta de que era formidable–. Incluso sin haber recibido un tiro.

Tras un momento de silencio, en el que recordaron el incidente en el cuartel general de la Abwehr en el que Hauser fue herido, el sargento se volvió hacia un hombre delgado, de veintitantos años, que estaba sentado en otro escritorio. Tenía el pelo blanco y fino, la cara demacrada y con gafas, y, a diferencia de los demás, no llevaba abrigo, sino un sencillo traje oscuro con corbata. No parecía que el frío le afectara mucho mientras leía la portada del *Völkischer Beobachter*. El titular principal se hacía eco de la aguerrida resistencia del ejército finés, que resistía la invasión rusa de las legiones de Stalin, mal equipadas e incompetentes. Aunque se había firmado un pacto con Rusia el mes de agosto anterior, el artículo claramente simpatizaba con los finlandeses. «Ponen en su lugar a Rusia», decía el titular. Schenke se preguntó cuánto podría resistir semejante tratado entre dos naciones con unas ideologías diametralmente opuestas. Era extraño que estuviese teniendo lugar una guerra con tan alto número de bajas, al menos del lado ruso, mientras la guerra terrestre en la que estaba implicada Alemania parecía ser poco

más que un intercambio ocasional de disparos y folletos de propaganda desde la caída de Polonia. Aunque, como mucha gente, aún esperaba una resolución pacífica, empezaba a temer que se avecinaba lo peor.

–Liebwitz, vaya a ver si el hombre del laboratorio ha acabado de analizar los cupones de racionamiento que han llegado esta mañana.

–Sí, sargento. –Liebwitz se levantó rápidamente e hizo una seña de asentimiento antes de salir del despacho.

Schenke notó un pinchazo de culpabilidad. Liebwitz había sido enviado antes de Navidad a la sección Kripo para ayudar con la investigación de las muertes. Reclutado por la Gestapo, su actitud tiesa y formal no le había granjeado el cariño de sus colegas, y Schenke sospechaba que lo habían asignado allí para quitárselo de encima. Ahora esperaba la confirmación oficial de que su traslado era permanente. Los mecanismos de la burocracia funcionaban a su habitual paso lento, de modo que por el momento Liebwitz todavía era oficialmente de la Gestapo, y eso lo convertía en un objetivo para Hauser, que lo veía como el burro de carga de la oficina.

–Podría tratarlo un poco mejor –dijo Schenke.

–Tiene que cumplir con su deber, como cualquier otro miembro del grupo.

–No tiene nada que demostrar. Ha hecho un buen trabajo.

–Hasta ahora...

Schenke veía que no iba a cambiar los sentimientos del sargento hacia el nuevo, así que lo dejó estar.

–¿Dónde está el resto del equipo, esta mañana? –preguntó, al advertir los escritorios vacíos de la oficina.

–Frieda y Eva han ido a entrevistar a una mujer sobre una agresión doméstica. Persinger y Hofer están fuera, reuniendo a los falsificadores conocidos para interrogarlos sobre los falsos cupones de racionamiento. Alguno de ellos tiene que saber algo de esto.

Schenke asintió. Persinger y Ofer eran veteranos de la fuerza policial. Ambos eran hombres robustos, que tenían talento para conseguir información de los sospechosos, aunque fuese recurriendo a la violencia. En ellos había una actitud de no

andarse con rodeos que resultaba muy útil para intimidar. Frieda Echs tenía cuarenta y tantos años, firme y eficiente, con la suficiente experiencia vital para manejar cualquier situación con sensibilidad. La otra mujer de la sección, Rosa Mayer, era esbelta, rubia y guapa, se le daba muy bien su trabajo y evitar los intentos de flirtear con ella.

–Schmidt y Baumer están abajo, en el Alex, asistiendo a un seminario de educación política.

–Seguro que eso ampliará su perspectiva –respondió Schenke en voz baja, considerando las sesiones de educación política que se llevaban a cabo en el cuartel general de la policía en Alexanderplatz. Schmidt y Baumer se habían unido a las fuerzas cuando los nazis se hicieron con el poder, y, por lo tanto, se consideraba que era más probable que respondieran bien a la propaganda del régimen. De ahí que los hubiesen convocado al seminario. Aun así, Schenke tenía la fe suficiente en su inteligencia y preparación como detectives, y confiaba en que se cuestionarían en privado todo aquello que se les dijese. Aunque Hauser era miembro del partido, el sargento tampoco dedicaba demasiado tiempo a las actividades nazis. La idea de que hubiese una «forma aria» de llevar a cabo las investigaciones criminales les parecía a ambos una pérdida de tiempo ridícula.

–Me atrevería a decir que en algún momento también nos enviarán a nosotros a esa reeducación.

Hauser se encogió de hombros.

–No lo dudo. Pero, mientras tanto, hagamos nuestro trabajo. ¿Verdad, señor?

Había una sutil advertencia en el comentario: los comentarios críticos ocasionales sobre el partido eran aceptables, pero sin apurar demasiado el tema.

La puerta se abrió y dio paso a Liebwitz y a otro individuo, un hombre con exceso de peso y expresión agria. Llevaba un abrigo sin abrochar por encima del traje, con los pliegues apartados a un lado para meterse las manos en los bolsillos. Mientras Liebwitz se fue directo a su escritorio, el visitante miró a los dos hombres de la Kripo junto a la estufa y clavó sus ojos en Hauser.

–¿Inspector?

El sargento señaló a su superior.

–Pruebe con él.

Y así lo hizo.

–Doctor Albert Widmann, de Análisis Químico, de los laboratorios Werdescher. –Ni siquiera le ofreció la mano para estrechársela.

–Inspector criminal Horst Schenke. Ha tenido oportunidad de mirar bien el último lote de cupones que hemos cogido. ¿Qué ha sacado en limpio de ellos?

Windmann pensó en ello.

–Son buenos. Es fácil confundirlos con los auténticos para ojos no avezados. Sin embargo, cuando se trata de un experto como yo, la imitación es fácil de detectar.

–¿Ah, sí? –Hauser arqueó una ceja–. ¿Y cómo es eso? Desde el punto de vista de un experto, claro.

Widmann hinchó el pecho ligeramente.

–Determinadas irregularidades en las perforaciones, por ejemplo. Usted no lo notaría si se le entregase un solo cupón, pero se ve con claridad cuando se tiene una hoja entera delante.

–¿Y los ha comparado con los otros que ya tienen? –preguntó Schenke–. ¿Vienen todos de la misma fuente?

–Después de la primera inspección, yo diría que sí, pero tendré que llevármelos al laboratorio para comprobar la composición de las tintas y del papel, antes de poder confirmarlo. ¿Sospechan que son obra de un solo hombre o bien de una banda criminal?

–No lo sabemos. Ambas posibilidades son plausibles. Incluso podría ser que hubiera varias bandas implicadas.

Schenke compartió una mirada de regocijo con Hauser, y Widmann frunció el ceño.

–¿Qué pasa?

–Si es obra de una sola red criminal, estamos tratando con una organización de considerable tamaño. Un grupo capaz de evitar las redadas anteriores y permanecer ocultos por completo. Si hay más de una banda criminal, existe la oportunidad de que ya conozcamos a alguna de ellas y podemos usar a nuestros informantes para descubrir los vínculos que existen entre los distintos grupos.

Widmann asintió.

–Ya veo. Muy bien. Es lógico.

Hauser carraspeó.

–Quizá debería usted pasar algo de tiempo con nosotros. Sería bueno que viese cómo hace el trabajo la Kripo en las calles.

–¿Con este tiempo? –dijo Widmann–. Ni en sueños. Me quedo en mi bonito y cálido laboratorio, gracias.

Los tres se rieron, tras lo cual Widmann se abrochó el abrigo.

–Iré a buscar esas muestras y luego me voy.

–Háganos saber el resultado lo antes que pueda –dijo Schenke.

–No son ustedes los únicos investigadores que requieren mi tiempo. Tengo otros trabajos antes.

Schenke se interpuso entre Widmann y la puerta.

–Si no paramos los pies a esos falsificadores, muchos se quedarán sin comida este invierno. No estoy seguro de que los que se mueren de hambre simpaticen mucho con sus prioridades. Y si la gente no está contenta, y eso llega al despacho de Heydrich, dudo que él también lo haga. ¿Qué dice usted, Liebwitz? Es un hombre de la Gestapo. Está mejor situado para saber cómo reaccionará el Gruppenführer.

Liebwitz levantó los ojos de su trabajo administrativo con su habitual expresión anodina.

–Creo que se sentiría muy disgustado al enterarse de que existe insatisfacción entre el pueblo, señor.

La simple mención del director de la Oficina Principal de Seguridad del Reich provocó que los ojos de Widmann se abrieran como los de un búho, que tragara saliva y los nervios se le dispararan.

–Veré lo que puedo hacer.

Schenke sonrió.

–Estoy seguro de que será así. Gracias.

En cuanto el científico cerró la puerta tras él, Schenke se volvió hacia Liebwitz con una sonrisa.

–Yo no lo habría hecho mejor. Le has metido el miedo en el cuerpo.

–Me he limitado a expresar la verdad, señor. Heydrich presta mucha atención a los informes de inteligencia social. He visto de

primera mano cómo reacciona cuando algo no le gusta.

Schenke no estaba muy seguro de cuánto de la actitud del nuevo miembro del equipo se debía a su dedicación y cuánto a unas habilidades sociales defectuosas.

–Claro que sí –respondió, y luego miró el reloj–. Me voy a comer algo. Si Persinger y Hofer vuelven antes que yo, dígales que empiecen los interrogatorios sin mí.

Hauser asintió y el inspector se levantó el cuello del abrigo antes de salir a la gélida calle.

* * *

Aunque llevaba nevando de manera intermitente desde Año Nuevo, todavía nadie se había dignado a limpiar las calles. En algunos casos, los montones eran tan altos que llegaban hasta el hombro. Se había arrojado tierra en los caminos para evitar que los vehículos resbalaran, lo que había dado a las calzadas un aspecto sucio. Aun así, y a pesar del frío, la gente llenaba la vía. Se movían con premura, quizá para calentar los músculos, pero, incluso así, iban con la barbilla bajada y dejaban una estela de vaho a su paso.

Los edificios que tenían la suerte de contar con calefacción regular quedaban delatados por la ausencia de nieve en sus tejados, como el tejado de la oficina local del partido. Schenke vio cómo un miembro de las SA pegaba un cartel sobre el cumplimiento de la ley de oscurecimiento para tapar otro más antiguo. Alguien había pintarrajeado un gran bigote y una mata de pelo oscuro encima de la calavera, que cabalgaba sobre una bomba que había dejado caer un avión británico.

El hombre de las SA miró a su alrededor y por un momento Schenke temió que levantara el brazo con el saludo alemán, lo que lo obligaría a hacer lo mismo. Pero el funcionario se limitó a mirar el pincel de encolar y levantar las cejas, lo que hizo que Schenke sonriera al pasar a su lado.

Al final de la calle giró a la izquierda, hacia un barrio de clase trabajadora repleto de cervecerías y bares tradicionales. Cruzó la calle y se dirigió a la entrada de Wehler, donde todavía se podía

tomar café. La campanilla sobre la puerta sonó al entrar, y él cerró enseguida después de pasar. La atmósfera estaba viciada de humo, tanto que se extendía sobre las mesas y las sillas. Un mostrador corría a lo largo de la parte trasera del café. No es que el local fuera muy grande, pero los espejos colgados en la pared daban la sensación de que lo era mucho más.

Wehler solía llenarse de comensales a mediodía, pero, aun así Schenke pudo encontrar asiento en un acogedor reservado, junto a una ventana que daba a la calle. Mientras se desabrochaba el abrigo y se quitaba el pañuelo, a la espera de que alguien lo atendiera, dejó que la mirada se le perdiera más allá del cristal. Pero estaba tan empañado por la condensación que los transeúntes apenas eran bultos borrosos y oscuros, de modo que no vio la silueta que lo había seguido desde la comisaría, y que ahora permanecía dubitativa en el extremo de la calle.

Repasó los comentarios de Widmann sobre los cupones de racionamiento falsificados. Si era cierto que se encontraban ante una red criminal desconocida, entonces resultaría difícil seguir la huella a su presa. Si de algo podía alardear el régimen nazi, era de haber acorralado a la mayoría de las organizaciones criminales de Berlín y ejecutar o meter en prisión a sus miembros. Y sin necesidad de sutilezas legales tales como un proceso judicial. Aun así, los crímenes comunes continuaban: robos, fraudes, agresiones, atracos, violaciones y asesinatos. Era inevitable, forma parte del ser humano.

Aquellos pensamientos lo deprimieron un poco, así que se esforzó por apartar su mente del trabajo y pensó en Karin, a la que deseaba volver a ver. Habían planeado disfrutar de la última película de Heinrich George en el cine Ufa local, aquella misma noche.

Una mujer se sentó en el banco del otro lado del reservado. Schenke levantó la vista y le sonrió con educación. Toda compañía para almorzar era bienvenida. Hasta que reparó en su rostro, momento en que la sonrisa se le congeló al mismo tiempo que una punzada de ansiedad le agarrotaba la nuca.

Capítulo dos

Ruth Frankel era esbelta y llevaba un abrigo marrón muy desgastado. La costura de uno de sus guantes estaba medio deshecha, y tenía la cara pálida, incluso para una berlinesa en el punto álgido del invierno. Sus ojos oscuros lo miraron con nerviosismo bajo unas finas cejas y el pelo oscuro y rizado que le nacía en forma de pico en la frente, y que sobresalía por debajo del ala de su sombrero de fieltro.

–Hola, Horst. –Se esforzó por sonreír–. ¿Cómo estás?

Schenke miró a su alrededor, pero nadie parecía prestarles atención. Aun así, trató de mantener la voz baja.

–¿Qué estás haciendo aquí?

–Tenía que hablar contigo. Nadie más puede ayudarme.

Él se inclinó hacia delante.

–¿Qué es lo que quieres? ¿Dinero?

Ella frunció el ceño un poco y meneó la cabeza.

–No estoy aquí por eso. Me pregunto por qué piensas eso. ¿No tendrá algo que ver con esos carteles y difamaciones de los periódicos sobre los judíos avaros, que tanto le gusta imprimir al partido? ¿Crees que me arriesgaría a intentar chantajearte?

Schenke inhaló aire con fuerza para calmarse.

–Lo siento, Ruth. Pero ya sabes el peligro al que nos enfrentamos los dos. Si alguien se da cuenta de quién eres e informa sobre nosotros...

La expresión de ella adquirió un toque impasible.

–Haces que parezca una cosa, más que una persona. ¿Es eso

lo que soy para ti?

El comentario hizo que Schenke se sintiera primero herido y luego culpable. El año pasado, Ruth había sido fundamental para atrapar a aquel asesino que utilizaba las restricciones del suministro eléctrico para asesinar mujeres. De hecho, ella misma había estado a punto de convertirse en una de las víctimas. De no haber luchado contra su atacante y proporcionado información crucial para Schenke y su equipo, el asesino todavía camparía a sus anchas. Durante el breve tiempo en que la conoció, sintió piedad por ella, así como culpabilidad por su situación desdichada. Si ambos hubiesen vivido en otra Alemania, le habría gustado conocerla mejor.

–No pensé que volvería a verte.

Ella sonrió con tristeza.

–Tampoco es que fuera mi intención. Pretendía desaparecer entre las sombras lo suficiente para que la gente se olvidara de mi cara. Por tu culpa apareció en todos los periódicos.

–No tuve elección. Las órdenes venían del jefe de la Gestapo.

–No paras de repetirlo. Ahora sólo falta que te lo creas.

Al ver que un camarero rondaba cerca de ellos, Schenke le hizo señas para que los atendiera, mientras Ruth se echaba hacia atrás y fingía revolver en su bolso, como si buscase algo.

–Tomaré la sopa del día y un café.

–Me temo que ya no nos queda café, señor. Lo siento. Pero tenemos un sucedáneo. ¿Le va bien?

La sola idea le pareció repugnante.

–Mejor que sea té.

–Muy bien, señor. Y usted, señora, ¿que desea tomar?

La posibilidad de compartir la comida con Ruth no le hacía mucha gracia. De hecho, le desconcertaba. Prefería que le contase lo que fuera y se marchase cuanto antes. Al fin y al cabo, siempre que estaba con ella ambos acababan en peligro. No era para menos. Cualquier judío que se relacionase con un ario en un lugar público corría el riesgo de ser enviado a un campo de trabajo, del cual probablemente no regresaría nunca. Y, por parte de Schenke, sería expulsado de la policía, enviado a la cárcel durante unos meses, para una vez libre tener que ganarse la vida al margen de la sociedad. Pero, en vista de que ella no mostraba

intención alguna de marcharse, no tenía más remedio que actuar como si aquélla fuera una cita normal y corriente para comer.

–Lo mismo –dijo Ruth.

–Muy bien.

El camarero se marchó en busca del té, lo que alivió a Schenke. En cualquier caso, se cruzó de brazos para dejar bien claro a cualquier mirón que no eran pareja. Aun así, cuando contempló a Ruth, sintió la necesidad de ayudarla. Por su rostro pálido y demacrado era bastante evidente que le vendría bien una comida decente.

–¿De qué se trata? –preguntó, con tono amable–. Has dicho que necesitabas mi ayuda. ¿Por qué la mía en concreto?

–Porque eres policía.

–Siempre pensé que en caso de necesidad yo sería la última persona a la que buscarías.

–Y así es, pero no tengo otra alternativa. Te conozco, Horst. Sé que eres un buen hombre, que deseas hacer lo que está bien.

–Quiero cumplir la ley y llevar ante la justicia a aquellos que la rompen. Eso es todo.

Ella le dirigió una mirada cargada de intención.

–Eso te valdrá con otros, pero conmigo esas mentiras no funcionan. Yo sé que tienes más integridad que la mayoría. Y más compasión.

No tenía sentido intentar refutar su observación y fingir que bajo la capa de tipo profesional había un corazón. Endurecido, sí, pero un corazón que latía. Ya se lo mostró durante la investigación del crimen, tratándola con amabilidad e incluso simpatía. Al menos tuvo la fortaleza para reprimir la tentación de llegar a algo más.

–Está bien, te escucharé, pero no puedo prometerte nada. Aunque quiera.

–Lo entiendo. –Ruth hizo una pausa y se miró las manos enguantadas mientras trataba de reordenar sus pensamientos–. Estoy aquí por una amiga de la familia. Una buena amiga. Ha perdido a su marido hace unos días. Quizás hayas oído hablar de ese asunto. Se llamaba Manfred Schmesler.

–¿Schmesler? –Schenke buscó en su memoria y recordó una breve esquela en el *Völkischer Beobachter*–. Sí, es verdad, vi la

noticia. Un médico, creo recordar. Vivía en Pankow.

–Un médico de las SS del Reich –dijo Ruth, al mismo tiempo que un breve relámpago de disgusto cruzó sus ojos–. Pero era amigo de la familia mucho antes de unirse a las SS y al partido. Fue un buen amigo de mi padre en la universidad, y siguieron muy unidos hasta que ya no fue posible. Pero mantuvieron el contacto aunque fuera en secreto. Schmesler y su mujer nos suministraban raciones extras y dinero, de vez en cuando. –Hizo una pausa–. Ni que decir tiene que confío en que todo esto quede entre nosotros. No quiero que su viuda se meta en problemas. Bastante tiene como para además enemistarse con la policía o la Gestapo.

–Lo entiendo. Sigue.

–Aunque los periódicos no dan detalles de su muerte, la versión oficial es que Manfred Schmesler se suicidó. Eso fue lo que concluyó la policía. Su viuda insiste en que él jamás se habría quitado la vida. Estaba sometido a mucha presión en el trabajo, pero era feliz y amaba a su mujer.

Algo en el modo en que pronunció la palabra «mujer» le pareció extraño a Schenke.

–Eso es lo que parece, a veces –dijo–, pero la gente puede esconder sus verdaderos sentimientos bastante bien, hasta el punto de que ni su familia sea consciente de este tipo de angustia. ¿Dejó una nota?

–Sí –reconoció Ruth.

–¿Y bien?

–Su mujer dice que no cree que sea real.

–¿Pero qué dice la nota?

Ruth negó con la cabeza.

–No lo sé. Ella estaba demasiado afectada para decírmelo. Pero insistía en que jamás dio muestras de que estuviese avergonzado de su trabajo hasta el punto de pensar que no mereciera vivir. Está convencida de que no murió por su propia mano.

–¿Asesinato? –frunció el ceño Schenke–. ¿Y cómo ocurrió?

–Se disparó en la cabeza. Ella lo descubrió en su estudio, con el arma cerca de su mano.

–¿Su propia arma?

Ruth asintió.

–¿Y la nota estaba allí?

–En el escritorio.

–¿De su puño y letra?

Ruth pensó un momento y volvió a asentir.

–Eso es lo que dice Brigitte, su mujer... Bueno, su viuda.

–Tengo que decir que, teniendo en cuenta lo que me has contado, todo parece indicar un suicidio.

Se vieron interrumpidos por el camarero, que traía una bandeja con dos cuencos humeantes, dos tazas de té en unos platillos y una tetera. Los puso en la mesa junto con unas cucharas y se retiró. Schenke se aseguró de que no podía oírlos antes de continuar.

–¿Y dónde encajo yo en este asunto?

–Brigitte Schmesler sabe que te ayudé a encontrar al asesino de aquellas mujeres, así que, tras asegurarle que eras un buen hombre, me pidió que tratara de conseguir tus servicios para investigar la muerte de su marido.

–Estás corriendo un gran riesgo por ayudar simplemente a una amiga de la familia –comentó, en busca de algo que la delatara en alguna dirección, pero la expresión de su rostro no cambió–. Si la policía ha concluido que es suicidio, es porque tienen motivos para ello.

–Brigitte, en cambio, no tiene duda alguna de que están equivocados.

Mientras pensaba en el asunto, Schenke advirtió que resultaba sospechoso que no hicieran caso de su comida, de modo que cogió la cuchara y empezó a tomarse la sopa. Ruth hizo lo mismo, por lo que durante un rato se instaló el silencio, lo que él aprovechó para reflexionar sobre lo que le había contado.

En caso de que existiese cualquier duda, por mínima que fuera, sobre la muerte de Schmesler, el caso habría sido reenviado a la sección de Schenke, en la comisaría de Pankow. Aunque bien podía ser que la policía normal, la Orpo, se contentara con la explicación del suicidio. Desde luego, era un juicio demasiado precipitado e inusual, dada la convicción de Brigitte Schmesler de que su marido no se había quitado la vida. A pesar de todos los inconvenientes causados por la guerra y la escasez de

hombres debido al reclutamiento forzado, alguien tendría que haber enviado el caso a la Kripo. El hecho de que la Orpo hubiese decidido que no hacía falta ninguna investigación más sobre aquella muerte hacía difícil que él reclamase el caso sin explicar el motivo de su interés. Pero podía hacer algunas preguntas, tratando de no levantar demasiadas ampollas. Sólo lo necesario para convencer a Brigitte de que había sido un suicidio.

Pero, ¿y si ella tenía razón? ¿Y si las respuestas no eran lo bastante convincentes? ¿Entonces qué? La investigación de los cupones de racionamiento falsificados ocupaba casi todo el tiempo de Schenke, de modo que cualquier investigación más sería una carga extra. Sin embargo, si no hubiera sido por Ruth, era probable que la policía todavía siguiera buscando al asesino que acechaba el sistema ferroviario de la capital antes de Navidad. Le debía un favor.

–¿Qué estás pensando? –le preguntó ella, tras quedarse mirándolo–. ¿Te ocuparás de esto?

–¿Y si confirmo que es un suicidio? ¿Dejarás correr todo el asunto?

–Ya me he arriesgado demasiado acercándome a ti. Si me prometes que la decisión oficial es correcta, informaré a Brigitte y te dejaré en paz. Pero no puedo responder de lo que haga ella.

–Me parece bien. Veré lo que puedo averiguar. Dame dos días.

–¿Nos encontramos aquí?

–Ni por asomo. No es seguro para ti. Hay un quiosco de prensa al salir de la estación del U-Bahn. Te veré allí a mediodía. Sin entretenernos demasiado.

A tenor de su expresión, la propuesta la había decepcionado. Schenke comprendió que Ruth había contado con disfrutar de otra comida.

–Vale, de acuerdo, quedaremos aquí. Pero asegúrate de que no te vean. Si compruebo que alguien te sigue, nos reuniremos en el quiosco al día siguiente. ¿De acuerdo?

Ruth asintió.

–Gracias.

Comieron en silencio y rebañaron los restos de su sopa con el pan negro, y luego Schenke se echó atrás y la miró con simpatía.

–¿Qué tal te va? ¿Sigues viviendo con la anciana que te

acogió?

–Me echó a la calle en cuanto se enteró de que estaba implicada con la policía.

–¿Y adónde fuiste?

–Una amiga me ha dejado alojarme con ella unos días –respondió, con expresión cautelosa.

–No tienes nada que temer de mí –dijo Schenke–. No tengo interés alguno en las idas y venidas de tu gente. Tengo cosas más importantes que hacer.

Ella cogió su taza y bebió un poco de té.

–¿Y qué ocurrirá cuando los judíos se conviertan en una molestia más importante?

–Espero que nunca sea mi problema.

–Pero sí que será el mío. ¿Y si tus superiores hacen que sea tuyo? ¿Me perseguirás y me cazarás, si te lo ordenan?

Schenke pensó brevemente en ello.

–Sólo si hubieras cometido algún delito que cayese dentro de las competencias habituales de la Kripo. De otro modo, no. Encontraría una forma de dejarte en paz.

–Tal y como has dicho, espero que nunca tengas que llegar a eso. Pero, tal y como están las cosas, las perspectivas para los judíos son malas. Por los rumores que he oído, a los polacos tus jefes los tratan como a animales. Si ése es el caso, ¿qué esperanza tendrá mi gente?

–¿Y qué harás tú?

–Si llega el momento en que el partido decide eliminar a los judíos, tengo un plan.

–No podrás esconderte eternamente.

–Quizá no tenga que hacerlo. –Bajó la voz hasta que fue sólo un susurro–. Sólo lo suficiente para sobrevivir hasta que Alemania sea derrotada y el Führer y su escoria sean borrados del mapa.

Schenke negó con la cabeza.

–Es una locura. La guerra quizás haya terminado ya. Polonia ha sido conquistada, y Gran Bretaña y Francia no tienen motivos para luchar. Hasta las colonias británicas están empezando a ver la luz. El general Hertzog y su partido bóer están presionando al Parlamento sudafricano para que declare una paz separada con

Alemania. Si tienen éxito y les siguen otras partes del imperio, Gran Bretaña no podrá combatir. Creo que todavía existe una posibilidad de que esto se arregle.

–¿De verdad piensas que el Führer es de los que creen en la paz? Me sorprende tu ingenuidad. Ya deberías saber que Hitler se crece en el caos, y no hay mayor caos que la guerra. Hasta que llegue el día en que se enfrente a una nación más poderosa y Alemania sea aplastada.

Pensara lo que pensara del régimen actual, Schenke era un patriota, así que se sintió ofendido por aquellas palabras.

–Ya has visto la facilidad con la que nuestras fuerzas armadas han barrido Polonia. Otras naciones también han sido testigos. Saben cuáles son las consecuencias de declararnos la guerra. Alemania no será derrotada, y es una traición desearlo.

Ruth lo miró pensativa.

–Siempre había pensado que la lección que nos da la historia es que la traición se mide con el daño hecho a la nación por determinadas personas. A menudo, aquellos que aseguran ser los mayores patriotas, esos que vociferan más que nadie, resulta que son los que causan el peor daño. Creo que eso se puede aplicar al Führer, a su partido y a los que le siguen fielmente. ¿No te lo parece?

Schenke notó que su ira iba en aumento, así que prefirió no responder. Pero también calló porque le daba miedo que el argumento de Ruth fuera cierto. Ya había pasado en la anterior guerra.

–Será mejor que me vaya –comentó Ruth, tras terminarse el té–. Tengo turno de tarde en Siemens.

–Te veré dentro de dos días. –Le estrechó la mano de manera un tanto impulsiva–. Ten cuidado, Ruth.

Intercambiaron una mirada durante un instante, y luego Schenke retiró la mano y se aclaró la garganta, incómodo.

–Estaré bien –respondió tras forzar una sonrisa; luego se levantó y se fue, procurando no atraer la atención hacia sí misma.

En cuanto salió a la calle, Schenke suspiró con fuerza, se terminó el té e indicó al camarero que ya estaba dispuesto a pagar. Cuando salió de la cafetería, vio que el cielo gris se había oscurecido mucho. Corría un vientecillo helado, que formaba

remolinos con los primeros copos de nieve que empezaban a caer. Tras subirse el cuello del abrigo, se metió las manos en los bolsillos y volvió andando a la comisaría.

Capítulo tres

La oficina de la sección Kripo ocupaba un extremo del edificio de la comisaría. Se trataba de unos antiguos barracones construidos durante la época de Bismarck, en aquella época en la que el ejército prusiano parecía invencible tras aplastar a los austríacos y franceses. Los establos de la parte de atrás se habían convertido en garajes y almacenes, mientras que algunos de los alojamientos originales todavía se utilizaban para alojar a las unidades policiales durante los desfiles, cuando se llamaba a más oficiales de otras fuerzas para que proporcionasen seguridad adicional. Lo que ya no era tan común es que se les requería para aplastar manifestaciones comunistas o paramilitares de la extrema derecha, como ocurrió durante los turbulentos años de la república. La policía uniformada ocupaba gran parte del edificio principal, así que Schenke fue a buscar al oficial a cargo del distrito donde residió Schmesler. Se había enterado por diversos rumores de que el Hauptmann Sperlemann había sido transferido recientemente a Pankow, pero sus caminos todavía no se habían cruzado nunca.

La oficina de Sperlemann se encontraba al final de un pasillo del tercer piso. Su nombre y rango estaban grabados en una placa de latón pulido junto a la puerta, con el tipo de letra anticuado que tanto le gustaba al partido para diferenciar la cultura alemana. Schenke llamó a la puerta de madera barnizada. No respondió nadie, de modo que volvió a llamar y esperó, y luego probó a mover el picaporte. La oficina no estaba cerrada, de modo que pudo abrir la puerta y contemplar desde el umbral la

sala.

La estancia estaba recubierta de paneles, con dos ventanas que daban al patio trasero de la comisaría. Una estufa situada en uno de los lados proporcionaba una agradable calidez a toda la habitación. Enfrente advirtió un escritorio grande, con dos bandejas de madera colocadas pulcramente una junto a la otra, a la derecha, y un portaplumas y tintero a la izquierda. En el centro se veía un teléfono. Detrás del escritorio había una silla de cuero, y tras ella, en la pared, colgaba un retrato del Führer en una pose de tres cuartos. Mostraba una actitud contemplativa, como si estuviera sumido en sus pensamientos, con la mirada fija en las ventanas bordeadas de hielo.

Schenke estaba pensando en dejar una nota para Sperlemann cuando oyó unos pasos que lo hicieron volverse hacia el pasillo. Un oficial con un sobretodo de doble botonadura se acercó con el ceño fruncido.

–Está dejando que escape el calor de la maldita sala. Entre.

Schenke obedeció. Tras cerrar la puerta, el otro hombre lo examinó mientras se quitaba los guantes de cuero.

–Es usted de la sección de Kripo, ¿verdad? –le dijo, con una voz áspera.

El visitante también lo analizó. Tras quitarse el sombrero y el pañuelo, pudo apreciar unas mejillas carnosas en cuyo lado izquierdo lucía una cicatriz; pequeña, discreta, quizás el fruto de un duelo cuidadosamente supervisado, o tal vez un accidente. Sperlemann tenía los ojos castaños, como su pelo, que llevaba corto por los lados y peinado hacia atrás desde la frente, fijado con agua azucarada. La cabeza más bien parecía una patata, por su forma irregular, y el color de la piel no daba muy buena impresión. Le calculó unos cuarenta y tantos años, lo cual lo dejaba fuera de cualquier posibilidad de ascenso.

Schenke carraspeó.

–Inspector Criminal Horst Schenke, jefe de la sección.

–He oído hablar de usted, aunque siempre había pensado que sería mayor, alguien con más experiencia. Lo habitual es que a estas alturas los oficiales de su edad estén todos reclutados.

–Se me excusó del alistamiento por una antigua herida en la pierna, señor –explicó Schenke.

–Herida en la pierna, ¿eh?

El evidente escepticismo al decir aquello hizo que Schenke se estremeciera de rabia. Sperlemann era lo bastante viejo como para haber luchado en la guerra anterior, y quizás albergaba algún resentimiento hacia los que se libraban de ser reclutados. Pero, en el caso de Schenke, él mismo sentía vergüenza de no poder luchar por su país, aunque no podía hacer nada para evitar semejante situación.

–¿Qué tipo de herida en la pierna? –insistió Sperlemann.

–Un accidente durante una carrera automovilística.

–¿Carreras de coches? –Levantó una ceja y sus ojos se abrieron mucho cuando por fin estableció la conexión–. ¡Schenke! ¡El de Silver Arrow!

–Así es como me llamaban algunos periódicos –reconoció Schenke, de mala gana.

–Es usted demasiado modesto. Una vez vi una de sus carreras. Si no recuerdo mal, fue segundo, sólo después de un maldito italiano. Fue justo el campeonato antes de... –Sperlemann se detuvo de golpe, claramente incómodo.

–El accidente, sí.

Schenke fue escueto como siempre que salía el tema. Odiaba regodearse en el pasado. Al fin y al cabo, sus emocionantes días como estrella deportiva habían quedado ya fuera de su alcance. De esa época le quedaba únicamente una cojera bastante molesta, incluso dolorosa en ocasiones. Su vida ahora se centraba en la investigación criminal, en poner a prueba su cerebro, no su cuerpo.

Sperlemann notó su desagrado y no siguió ahondando en el tema. Tras colgar el sombrero y la bufanda en una percha junto a la puerta, se desabrochó el abrigo, momento en el que reveló la Cruz de Hierro que adornaba la guerrera de su uniforme.

–¿A qué se debe su visita a mi despacho, Schenke?

–Tengo que hacerle algunas preguntas sobre una muerte reciente que quizá requiera una investigación más exhaustiva.

–¿Una muerte? ¿A qué se refiere? –Sperlemann colgó su abrigo del respaldo de una silla y se dirigió junto a la estufa para calentarse la espalda, con las manos en las caderas.

–El doctor Schmesler, de las SS del Reich. Fue encontrado

muerto en su estudio por su mujer.

–Sí, ya lo sé. El hombre se suicidó. Se voló los sesos. ¿Qué pasa con eso?

–Tengo entendido que hubo una nota de suicidio.

–Sí. Corta y concisa. Schmesler decía en ella que se sentía deprimido después de un diagnóstico terminal de un tumor cerebral. Quería evitar una muerte prolongada y dolorosa.

«¿Tumor cerebral? ¿Por qué me lo habrá ocultado Ruth?», se preguntó Schenke.

–¿Había algo más en la nota?

Sperlemann caviló durante un momento, pero no tardó en encogerse de hombros.

–Unas cuantas palabras cariñosas a su mujer, pidiéndole que lo perdonase.

–¿Y eso es todo?

–¿Qué más quiere? ¿Un maldito tratado existencial sobre la falta de sentido de la vida? El hombre era un médico muy dotado, en el punto culminante de su carrera, y con toda clase de motivos para vivir. El tumor lo cambió todo. Son cosas que pasan. El caso está cerrado. Estoy seguro de que la Kripo tiene cosas mejores que hacer. ¿Por qué quiere investigar eso? ¿Cree que la Orpo ha hecho una chapuza?

Schenke estaba preparado para responder a eso.

–Schmesler era miembro de las SS. Me he imaginado que Himmler no se tomaría bien que la muerte de uno de sus oficiales se escondiera debajo de la alfombra. Podría llamar a la Oficina Principal de Seguridad del Reich para notificarles que creo que el caso se tendría que reexaminar, o bien podríamos mantener la cosa dentro de casa, mientras me ocupo de ella.

Sperlemann lo miró en silencio, pero Schenke adivinó los pensamientos que daban vueltas en su cabeza. Obstruir su petición podía tener como consecuencia provocar la ira de un miembro importante de las SS. El temor a sus superiores había enseñado a muchos subordinados a adoptar una política no oficial de obedecer órdenes antes siquiera de que se dieran.

–Muy bien. ¿Qué quiere saber?

–Sería mucho más fácil que me dejara leer el expediente. Estoy seguro de que usted es un hombre muy ocupado; no

querría entrometerme y ocupar su tiempo más de lo necesario.

Sin embargo, Sperlemann demostró que no era el tipo de persona que cede de buena gana.

–Se lo puedo dejar sólo hasta mañana. Lo quiero de vuelta en mi escritorio a primera hora. ¿Ha quedado claro?

–Como quiera.

Se acercó a su escritorio y sacó un expediente marrón de una de las bandejas. Al cogerlo, Schenke se sintió aliviado al comprobar que no era muy abultado.

–Gracias. –Se volvió hacia la puerta para marcharse.

–Mañana a primera hora, recuerde –le dijo Sperlemann, justo antes de que Schenke cerrara la puerta.

* * *

De vuelta en la sección de la Kripo, entró en su propio despacho y dejó la puerta abierta para que entrase un poco de calor de la estufa. Pidió a Liebwitz que le trajese una taza de sucedáneo de café, más por calentarse el estómago que por otra cosa, y luego se sentó a leer los detalles de la muerte de Schmesler. Fue hojeando los documentos: la breve declaración del primer oficial en la escena del crimen, el informe más detallado del oficial a cargo, junto con sus conclusiones... Había un diagrama dibujado de manera burda del estudio de Schmesler, notas del interrogatorio a Brigitte Schmesler, y varias fotografías del cuerpo desde diversos ángulos. Escrutó las fotos cuidadosamente. Era posible que el doctor se hubiese disparado él mismo mientras estaba sentado, lo que explicaría que cayera al suelo, entre la silla y el escritorio. Pero era más probable que estuviera de pie en el momento del disparo.

Suponiendo que fuera así como encontró su final.

La posición del arma también le resultó extraña. A veces la mano de la víctima de un suicidio aparece agarrotada en torno al arma, y a veces los espasmos hacen que la suelte. También puso atención al resto de la habitación, lo que le hizo ver que las cortinas estaban por desplegar, a pesar del oscurecimiento. Tampoco apreció señal alguna de que alguien hubiese forzado la

entrada, y los documentos del doctor estaban colocados con pulcritud, aunque había manchas oscuras en aquellos lugares donde había salpicado la sangre, en toda la parte superior del escritorio. Las manchas parecían extenderse de una forma regular, como si el punto de origen de la sangre y la materia cerebral estuviese a una altura más baja. Decidió, pues, que Schmesler estaba sentado al disparar.

Había una fotografía de la nota de suicidio. Schenke leyó las últimas palabras del doctor:

Mi queridísima Brigitte:

No puedo decirte lo duro que es tener que dejar este mundo, tener que dejarte a ti. Hemos tenido un matrimonio largo y feliz, y me duele mucho que acabe de esta manera. Habrás notado que desde hace un tiempo he cambiado de humor. He estado sufriendo unos dolores de cabeza cada vez más fuertes los últimos meses. Consulté a un especialista sin decirte nada, para que no te preocuparas, y me confirmó lo que ya temía: tengo un tumor maligno en el cerebro, que está creciendo tan rápidamente que sólo me quedan meses, semanas, diría yo. Mi final hubiese sido una agonía que no quiero infligir ni a ti ni a mí mismo. Así que prefiero irme de otra manera. Que Dios me perdone por lo que estoy a punto de hacer.

Tu esposo que te adora,

Manfred

–Como dijo Sperlemann, corto y dulce –murmuró Schenke para sí.

Sin embargo, cuando lo volvió a leer le pareció que todo ese laconismo sonaba falso. Intentó imaginarse a sí mismo en el lugar del médico, y cómo habría redactado la nota que encontraría Karin. Ciertamente sería algo más emotivo, más sensible con los sentimientos de ella. Quizá Schmesler fuera un tipo un poco frío. O quizá quisiera ahorrarle los detalles de su angustia a su mujer.

Buscó el informe del forense y lo encontró al final del

expediente, justo antes del formulario que había rellenado Sperlemann para cerrar el caso, en el que autorizaba que todos los documentos relevantes fueran enviados a la oficina de archivos, en el sótano de la comisaría. El forense informaba de que la muerte tuvo lugar como resultado de una herida de bala en la frente. Había marcas de quemaduras en la carne, en torno a la entrada, que indicaban que el cañón de la pistola estaba cerca o bien tocando la piel en el momento en que se disparó. El resumen del forense era casi tan conciso como la nota, y confirmaba que la causa de la muerte era el suicidio. La ausencia de cualquier comentario sobre el tumor cerebral le pareció rara a Schenke.

Parecía haber un aire de prisa indecente en los documentos del expediente. No le parecía correcto. Schenke revolvió entre los papeles hasta que encontró las notas de la entrevista con Brigitte Schmesler. Mientras las leía, intentó imaginarse cómo la interrogaban mientras sacaban el cadáver del estudio y se lo llevaban a la morgue para que lo examinara el forense. El informe describía el interrogatorio con el estilo plano que usaba la policía, pero leyendo entre líneas era fácil imaginar la conmoción. Brigitte insistía en que su marido no se había matado, a pesar del tumor. Tampoco era normal que le hubiese ocultado a ella el conocimiento de su enfermedad fatal. Su matrimonio había sido feliz, y ambos confiaban el uno en el otro, jamás se guardaron un solo secreto. Pero, al mismo tiempo, la mujer no era capaz de encontrar una sola persona que tuviese hacia su marido un resentimiento que motivase un asesinato. Schmesler tenía muchos amigos, era respetado y considerado con afecto por aquellos a los que conocía y trabajaban con él.

Una de las cosas que aprendió Schenke al ingresar en la Kripo era que la gente solía encerrarse en la negación cuando la investigación policial los enfrentaba a los secretos más oscuros de sus cónyuges. La conmoción y el dolor hacían que actuaran de ese modo, de modo que no le sorprendían las notas del policía interrogador. No se podía hacer demasiado caso a los comentarios de Brigitte en aquel momento.

Siguió adelante y encontró el informe del arma: una Mauser «mango de escoba», un arma de fuego no habitual, dada la

preferencia por las pistolas más pequeñas y portátiles en aquellos tiempos. Se disparó un solo proyectil, cuya bala se encontró incrustada en un libro en el estante a un lado de la habitación. Examinó la foto de la Mauser de cerca, y luego la dejó e intentó visualizar las dimensiones, colocando su mano derecha en forma de pistola y apuntándose al centro de la frente.

–No estamos tan mal, ¿no?

Levantó la vista y vio a Hauser de pie en la puerta de su despacho. Le sonrió un tanto violentado tras bajar la mano.

–¿Qué es lo que busca? –preguntó Hauser, después de inclinar la cabeza y mirar el expediente abierto.

Schenke dudó antes de contestar. Estaba en un terreno potencialmente peligroso, ya que había ocultado el motivo auténtico de su interés por el caso a Sperlemann. Sería injusto meter al sargento en todo aquel asunto. Aun así, la prisa de la Orpo por despacharlo todo y la promesa hecha a Ruth habían picado su curiosidad. Tenía las dudas suficientes para dedicar una mirada más a fondo a las circunstancias de la muerte de Schmesler.

–Me gustaría que Liebwitz y usted se dedicaran a esto. Tráigalo y cierre la puerta.

Capítulo cuarto

En cuanto Schenke terminó de explicar las circunstancias de la muerte de Schmesler, hizo una pausa y miró directamente a sus subordinados.

–Antes de entrar en más detalles –les dijo a continuación–, tienen que saber que no me he enterado de este caso a través de los canales habituales. Me ha contactado un civil a quien le que preocupaba que la policía de Pankow se hubiese equivocado dictaminando como suicidio la muerte de Schmesler.

–¿Quién ha contactado con usted, señor? –preguntó Liebwitz.

–Es mejor que no les dé el nombre, al menos por ahora. Digamos que es una persona amiga de la familia Schmesler.

Liebwitz parpadeó un tanto sorprendido.

–Señor, por lo que tengo entendido del proceso, cualquier petición de cuestionar las decisiones de un caso cerrado tiene que ser enviada al comandante local. En este caso, el Oberst Kleist.

–Pues no he hecho ninguna petición oficial –respondió Schenke–. Y no la haré si llegamos a la conclusión de que el suicidio es la explicación más probable. Devolveré el archivo a Sperlemann y así acabará la cosa.

Hauser sonrió un poco.

–Tengo la sensación de que no está usted convencido del veredicto oficial.

–Hay algunos aspectos que me hacen dudar –respondió Schenke–. Pero no diré más hasta que tengan la oportunidad de revisar el expediente. Antes de hacerlo, sin embargo, quiero dejar

bien claro que no les estoy ordenando que me ayuden. Podría darse el caso de que alguien de arriba hubiera decidido que es mejor que la muerte de Schmesler quede registrada como suicidio. En cuyo caso, comprenderé que ustedes no quieran verse implicados. ¿Y bien?

Hauser y Liebwitz intercambiaron una mirada, y el último respondió al fin.

–Aunque esto no siga el protocolo, somos oficiales de policía. Estamos obligados por nuestro deber a investigar, señor.

–Interpreto entonces que están dispuestos a ayudarme.

Liebwitz frunció el ceño.

–Creo que eso es lo que he dicho, en resumen, señor.

Schenke asintió.

–Gracias, Scharführer. ¿Y usted, sargento?

Hauser movió el pulgar hacia el antiguo hombre de la Gestapo.

–Lo mismo que ha dicho él, creo.

–Bien. Entonces empecemos.

* * *

Los tres hombres examinaron el contenido del expediente durante más de una hora. Trabajaban en silencio, que sólo rompían para comparar detalles. Hauser era un veterano con treinta años de trabajo, y su experiencia del crimen y de la naturaleza humana no tenía parangón en la sección Kripo. Por el contrario, Liebwitz era joven, aunque su ingenuidad y carencia de habilidades sociales de alguna manera se veían compensadas por la mente más rápida que Schenke se había encontrado entre los oficiales de policía de Berlín. Sus ojos penetrantes iban de un lado a otro detrás de sus gafas redondas mientras examinaba los documentos, y no prestaba atención alguna a sus compañeros. En el lado opuesto del escritorio, Hauser asentía para sí y murmuraba en voz muy baja. «Vaya contraste», pensó Schenke, al que la situación parecía divertirle.

La oscuridad se estaba adueñando ya del exterior cuando Schenke fue a preparar más café. Volvió con tres tazas, que dejó

en su escritorio. Tras sentarse de nuevo, se aclaró la garganta.

–Creo que hemos leído lo suficiente para llegar ya a algunas conclusiones sobre la muerte de Schmesler. De modo que, ¿es suicidio o no? ¿Qué dice usted, Hauser?

–Tenemos la nota, la pistola, el cuerpo y ningún enemigo obvio. Hasta su mujer está de acuerdo en eso. Por supuesto, ella dice que no tenía motivos para quitarse la vida, pero he oído decir eso mismo antes en casos similares. Me atrevería a decir que, si la interrogáramos dentro de un mes, lo vería todo distinto. –El sargento hizo una pausa y se rascó la barbilla–. Así que sí, yo apostaría por el suicidio si tuviera que basarme en lo que hay en el expediente. Que no es tan detallado como me gustaría, eso lo reconozco.

Schenke asintió y se volvió hacia Liebwitz.

–¿Y usted qué opina?

El joven examinó brevemente sus notas antes de responder.

–Estoy de acuerdo con gran parte de lo que ha dicho el sargento Hauser.

–Es gratificante oír eso –dijo éste.

Liebwitz lo miró y habló con su habitual tono monocorde.

–Hay muchos motivos por los cuales se puede deducir un veredicto de suicidio. Sin embargo, Brigitte Schmesler está convencida de que su marido no tenía motivos para actuar así.

Hauser suspiró, cansado.

–Como he dicho, he oído lo mismo antes por parte de maridos o esposas de suicidas...

–Desde luego, usted tiene mucha más experiencia –reconoció Liebwitz–. Pero eso no significa que este caso sea igual que los otros.

–Siempre hay una primera vez, supongo.

Liebwitz pareció no darse cuenta del sarcasmo del sargento, así que continuó.

–En caso de tratarse de suicidio, no tuvo que ser fácil. La pistola es una Mauser, un arma de mano con un cañón inusualmente largo. Schmesler se disparó justo en la frente. El alineamiento de las heridas de entrada y salida lo demuestra. Es un tiro difícil. Si yo hubiese estado en su lugar, habría elegido un arma distinta.

–A ver si es verdad –murmuró Hauser, y Schenke le frunció el ceño.

–Pero la cosa sería distinta con un tercero involucrado, alguien que le disparara en la frente desde una posición más cómoda.

–Eso es lo que yo pensaba –accedió Schenke–. Siga.

Liebwitz señaló el expediente.

–No hay confirmación médica del tumor mencionado en la nota de suicidio. De haber consultado a su doctor habitual, hubiese sido razonable que se lo contara a su esposa. Aunque es posible que decidiera consultar a otro médico para mantener en secreto el padecimiento a su esposa, en tanto se confirmaba el diagnóstico. Brigitte Schmesler dice que la nota está escrita con su letra.

–Sí –intervino Hauser.

–Aunque no es menos cierto que pudieron obligar a Schmesler a escribirla –sugirió Liebwitz–. Surge también otra posibilidad... Cabría esperar que la autopsia buscase el tumor para confirmar la validez de la nota. Dado el daño generalizado en el cerebro, el encargado del análisis bien podría no encontrar ni rastro de dicho tumor. Pero lo que me escama es que, por la parquedad de las notas del forense, no parece que hicieran intento alguno de buscarlo.

Schenke asintió, pensativo.

–Si el forense era consciente de las pruebas que señalaban hacia el suicidio, quizá se viera tentado a no buscar ninguna otra explicación.

–Sí, señor. Y si Schmesler se vio obligado a incluir la referencia a un tumor en la nota, la persona responsable pudo haber razonado que la policía y el forense no buscarían la presencia del tumor si pensaban que la nota era genuina.

–Cierto, habría sido molesto y desagradable hacer el esfuerzo de confirmar lo que decía la nota. Era mucho más fácil tomársela al pie de la letra.

–Estoy de acuerdo, señor. Las normas de investigación de la Orpo son un poco deficientes, según mi limitada experiencia.

Hauser intentó ocultar su regocijo ante la opinión del miembro de la Gestapo.

–¿De modo que su conclusión es que no estamos ante un suicidio? –lo presionó Schenke.

–No podemos estar seguros basándonos en las limitadas pruebas disponibles, señor. Sin embargo, me sorprende la velocidad con la cual se llegó a la decisión de que la muerte era un suicidio.

–Ya veo... –Schenke juntó las manos mientras repasaba la evaluación de las pruebas que habían hecho sus subordinados.

–¿Qué opina? –dijo Hauser.

Schenke rio sin asomo alguno de humor.

–Creo que estoy a punto de volverme muy impopular con el Hauptmann Sperlemann y, por añadidura, con el Oberst Kleist.

–Entonces no es un suicidio. ¿Creen que puede ser un asesinato?

–No me siento capacitado para sugerir que nos estamos enfrentando a un crimen. Cuando hable con Kleist le diré que no hay pruebas suficientes para validar la decisión de Sperlemann y que hay que investigar más.

Hauser negó con la cabeza.

–Usted sabe perfectamente que Kleist le exigirá que justifique por qué cree que Schmesler pudo ser asesinado. ¿Y cómo responderá a eso? No hay prueba alguna que se acerque siquiera a sugerir un motivo.

–Ya lo sé, pero eso no es excusa para no investigar su muerte. Es nuestro trabajo. Es lo que nos han enseñado a hacer, lo que se nos da bien. Si le soy sincero, me encantaría confirmar que, en efecto, fue un suicidio, para ahorrarnos los problemas de una investigación. Ya tenemos bastantes entre manos con lo de la falsificación de cupones de racionamiento. A Kleist no le hará ninguna gracia que haya más retrasos con eso.

–Entonces, ¿por qué, por el amor de Dios, vamos a cargar con más trabajo?

Schenke miró al sargento.

–Hauser, usted es investigador criminal de carrera con un estupendo historial. No ha obtenido todas esas recomendaciones y ascensos haciendo oídos sordos a la posibilidad de que se hubiera cometido un crimen. Quizás hayan asesinado a un hombre. Si eso es cierto, su esposa y su familia se merecen

justicia. Y nuestro trabajo es procurar que la tengan.

Hauser cerró los ojos y frunció el ceño brevemente.

–Está bien. ¿Cómo quiere ocuparse de esto, señor?

–Tenemos hasta mañana para devolver el expediente a Sperlemann. Me gustaría estar seguro de que nos movemos sobre terreno firme antes de notificárselo a él y tocar el tema con Kleist. Tenemos que ver la escena del crimen en persona y hablar con Brigitte Schmesler.

–¿Ahora?

–¿Se le ocurre un momento mejor? –Schenke volvió a meter las páginas y las fotos en la cubierta del expediente–. Vamos a necesitar un coche de policía. Liebwitz, arréglelo. Lo quiero junto a la puerta principal dentro de diez minutos.

–Sí, señor. –El Scharführer dudó.

–¿Qué ocurre, Liebwitz?

–¿Debo pedir un conductor también, señor?

–No. Puede llevarlo usted. –En cuanto lo dijo, comprendió a qué se debía la vacilación del miembro de la Gestapo–. Usted no sabe conducir, ¿verdad?

–Así es, señor.

–¿De verdad? –Hauser pareció divertido–. Cuenta con un doctorado, tira como un campeón olímpico, tiene un entrenamiento especial en combate sin armas... ¿y no sabe conducir?

Una expresión de dolor cruzó el rostro de Liebwitz.

–¿Es un problema eso?

–Ahora, sí.

–Entonces procuraré solucionarlo en cuanto pueda, sargento. Tomaré lecciones en cuanto sea posible. En cualquier caso, ¿quién conducirá el coche?

Hauser levantó el brazo del cabestrillo y señaló con la cabeza hacia Schenke.

–Pregúntele a la estrella de las carreras de coches.

–Vale –gruñó Schenke, en voz baja–. Me encargaré yo.

Capítulo cinco

Schenke dio una vuelta al barrio con el Opel antes de llegar a la residencia de Schmesler. Mientras se aproximaban, Hauser limpió con la mano la condensación de la ventanilla lateral y miró al exterior. Al día apenas le quedaba la luz suficiente para distinguir las casas situadas a ambos lados.

–Yo solía jugar por aquí cuando era niño. Mi madre limpiaba para una familia judía en aquella casa de la esquina. De hecho, la mayoría de la gente que vivía en esta calle eran *yids*, aquellos judíos descendientes de las comunidades establecidas en la Edad Media a lo largo del río Rin.

–Dudo de que eso siga siendo así –dijo Schenke, mientras forzaba la vista para tratar de leer el número grabado en un poste desgastado–. Un barrio tan bonito como éste seguro que ha atraído la atención de funcionarios adinerados del partido y sus amigos. Habrán encontrado todo tipo de gangas tras estrujar a sus anteriores propietarios.

–Perdón... –dijo Liebwitz–. ¿Estrujar?

Hauser lo miró y se echó a reír.

–¿Qué pasa?

–No estoy seguro de entenderlo del todo... Parece que usted está insinuando que los judíos han sido víctimas de algún trato de negocios injusto. Pero no existe información alguna de tales prácticas en *Das Schwarze Korps.*

Hauser meneó la cabeza.

–Dios mío... ¿Se cree usted todo lo que lee en ese periodicucho de las SS?

Schenke carraspeó en voz alta para interrumpir la conversación. Aunque Liebwitz era un miembro útil del equipo, había trabajado en la Gestapo, por lo que era de los que se tomaban la propaganda del partido al pie de la letra. No era prudente que Hauser hablase tan libremente de sus dudas ante otro miembro del partido, aunque formase parte de la sección Kripo. Por lo que sabía Schenke, la lealtad de Liebwitz estaba con el partido, el cuerpo policial y sus camaradas de profesión, por ese orden.

–Es ahí, justo delante. –Levantó una mano del volante, señaló, y sus compañeros callaron.

Schenke aparcó delante de la casa y apagó el motor antes de dar instrucciones a sus hombres.

–Tenemos que tomárnoslo con calma. No es una investigación oficial, al menos todavía. Así que prefiero evitar que Brigitte Schmesler tenga motivos para llamar a la comisaría y quejarse por alguna pregunta inadecuada. Y tampoco quiero que alimente esperanzas de que el caso se ha reabierto como asesinato.

–¿Qué decimos, entonces? –preguntó Hauser.

–Que nos han enviado para aclarar algunos detalles importantes, para que la comisaría pueda completar su informe sobre la muerte de su marido.

–Entonces estaremos mintiendo... –dijo Liebwitz.

Hauser se volvió hacia él.

–¿Tiene algún problema con eso?

–En absoluto. Desde que trabajo con la Kripo he visto que en ocasiones mentir facilita la investigación.

–Bien. –Hauser señaló hacia la casa–. ¿Procedemos?

Mientras salían del Opel, Schenke miró a ambos lados de la calle. Había otros coches que se adelantaban unos a otros con precaución, así como varios peatones en las aceras. Las casas se alineaban a ambos lados de la calle, adosadas unas a otras sin dejar casi espacio entre ellas. Sin embargo, unas pocas eran lo bastante opulentas para contar con sus pequeños caminos privados.

–Es posible que algún vecino oyera el tiro o viera algo.

–No hay declaraciones de los vecinos en el expediente, señor

–señaló Liebwitz.

–Entonces es hora de que alguien hable con ellos. Veamos lo que podemos averiguar, Scharführer. Hable con los ocupantes de las casas adosadas a ambos lados, así como con las de enfrente –señaló Schenke–. Luego reúnase con nosotros en el interior.

–Sí, señor.

Mientras Liebwitz atravesaba la calle y se dirigía hacia la casa de la izquierda, Hauser dejó escapar un suspiro.

–Ya lo he dicho antes, lo sé, pero este tipo es muy extraño. No estoy seguro de llegar a acostumbrarme nunca a tenerlo en la sección. Sé que hay otros que sienten lo mismo que yo.

–Su trabajo es asegurarse de que se acostumbran a la idea. El Scharführer nos ha sido asignado a nosotros. Además, podemos aprovechar sus habilidades.

–Mientras no se aproveche él de nosotros...

–Quizá será mejor no olvidar que todavía trabaja para la Gestapo. Así algunos nos lo pensaremos bien antes de hablar –añadió Schenke.

Subió los escalones y golpeó la puerta con el llamador. La sirena de la ley de oscurecimiento no había sonado aún, pero las cortinas opacas ya estaban corridas.

La puerta se abrió en una simple rendija, suficiente para dejar a la vista un rostro de mujer.

–¿Frau Schmesler?

–¿Quién es usted?

Schenke buscó las tiras de la insignia que llevaba colgada debajo del abrigo, para que ella pudiera ver su disco de identidad.

–Inspector criminal Schenke, sección Kripo de la comisaría de Pankow. Éste es el sargento Hauser.

La mujer abrió un poco más la puerta, lo que le permitió verla mejor. Debía tener unos sesenta y tantos años. «Demasiado mayor para ser la mujer de Schmesler», pensó.

–Tengo unas preguntas para Frau Schmesler.

–Ya fue interrogada por la policía, varias veces. Y no parece que haya servido de mucho.

–¿Puedo preguntarle quién es usted?

–Soy la madre de Brigitte, Ilse Neuman. Me alojo aquí unos

días para consolarla.

–¿Podemos pasar? Hace demasiado frío para hablar en el porche.

Ella miró hacia atrás con una expresión agria, pero al final los dejó pasar.

–Entren. Rápido. Y quítense la nieve de los zapatos.

La puerta se cerró tras ellos. Mientras Schenke se quitaba el sombrero, captó el aroma de la casa: pulimento de suelos y un leve olor a cuero. El vestíbulo estaba forrado con una madera más clara de lo que era habitual para una casa de su época, aunque no era el único toque de modernidad. A un lado advirtió una larga mesa de cristal sobre un soporte forjado de hierro y un diseño geométrico en los lados. Dos altas lámparas de pie de acero pulido iluminaban el vestíbulo, con un retrato enmarcado del Führer entre ellas. Schenkse se preguntó qué pensaría de que lo exhibieran en un vestíbulo que reflejaba una estética algo bohemia.

–¡Madre! –exclamó una voz–. ¿Quién es?

–La policía. Quieren hablar contigo, niña.

Schenke oyó el suave chasquido de unos zapatos que caminaban por el suelo de madera, hasta que en el arco de la puerta apareció una mujer esbelta, con el pelo largo y oscuro suelto en torno a la cara, sin maquillaje. Llevaba un vestido azul oscuro y un jersey negro grueso encima, y miró a sus visitantes con la misma suspicacia helada que su madre.

Schenke se presentó de nuevo a sí mismo y a Hauser, y Brigitte miró el cabestrillo del sargento.

–¿Qué le ha ocurrido?

–Estoy herido, señora.

–El sargento Hauser es demasiado modesto –interrumpió Schenke; advirtió al vuelo que aquélla era una buena oportunidad de suavizar la tensión–. Fue herido en el cumplimiento de su deber.

La expresión de Ilse se suavizó.

–Ay, pobre... ¿Qué ocurrió?

–Recibí un disparo.

–¿Un disparo? –Ella se tocó la mejilla con la mano.

Hauser asintió.

–¿Recuerda aquel caso de un asesino que acechaba a mujeres en los trenes, antes de Navidad? Pues ocurrió cuando lo perseguíamos.

–¡Ah, sí, me acuerdo! Un asunto terrible... Es usted un hombre muy valiente, sargento.

Hauser frunció los labios, con modestia.

–Deben de tener frío –comentó la madre de Brigitte–. Permítanme que les traiga algo caliente de beber, señores. ¿Chocolate?

–Eso sería estupendo –sonrió Hauser–. Es usted muy amable.

–Tonterías. Lo mínimo para uno de nuestros héroes policiales. –La mujer mayor se volvió hacia su hija–. Llévalos al salón, te traeré también uno para ti.

Brigitte frunció el ceño y negó con la cabeza.

–No quiero...

Ilse le dio unas palmaditas en la mano.

–Te hará bien. –Volvió sobre sus pasos y salió por la puerta que había al final del vestíbulo, donde desapareció.

Momento que Brigitte aprovechó para hablarles en voz baja.

–Mi madre me está volviendo loca... Está aquí desde la mañana después de que mataran a Manfred. Vengan.

Los condujo a través de la puerta por la que había llegado. El interior estaba caldeado por una estufa y seguía el mismo estilo moderno que el vestíbulo. Dos sillas sueltas y un sofá de dos asientos se encontraban cerca de la estufa, y entre los muebles se veían pequeñas mesas. Salía humo de un cigarrillo colocado en ángulo en un cenicero, y junto a él se encontraba un libro vuelto boca abajo: *La montaña mágica*, de Thomas Mann. Brigitte cruzó la habitación rápidamente, cerró el libro y lo colocó en una estantería que estaba en la pared de enfrente. Luego se volvió y sonrió educadamente.

–Siéntense, por favor.

Schenke lo hizo en una silla frente a la puerta, y Hauser en el sofá. Brigitte se sentó enfrente del inspector, se bajó el dobladillo del vestido y se metió detrás de la oreja un mechón de pelo suelto.

–¿De qué se trata? ¿Hay alguna novedad en la investigación sobre la muerte de mi marido?

–No exactamente –dijo Schenke–. Estamos buscando aclarar algunas cosas. Tengo que hacerle algunas preguntas, y sería muy útil si nos permitiera echar un vistazo a la habitación donde encontraron a su marido.

–No veo cuál es la necesidad de todo esto. Ya les conté cuanto sé a sus colegas, y la habitación fue registrada con esmero. ¿Por qué está implicada ahora la Kripo? ¿Alguien ha recuperado el sentido común y se ha dado cuenta de que se ha cometido un crimen?

Schenke se inclinó hacia delante.

–¿Un crimen?

–Mi marido no se suicidó.

–Pues eso es lo que concluye el informe oficial...

–Entonces el informe está equivocado –dijo Brigitte, escuetamente.

–Eso dice usted, pero la policía encontró el arma y la nota de suicidio. No había señales de que hubiesen forzado la entrada, ni de intruso alguno en el interior de su casa.

–Eso es porque el asesino se metió por la puerta de atrás. Perdimos la llave hace una semana, y el cerrajero no pudo venir y cambiar la cerradura hasta un día después de la muerte de Manfred.

–¿Y la nota? Usted asegura que es la letra de su marido.

–Sí, es cierto –reconoció Brigitte–. Pero lo que dice no parece suyo. Manfred no era tan frío, se habría mostrado más sentimental.

–Quizá tuviera sus motivos para usar ese tono. ¿Ha pensado que tal vez estaba sometido a una gran tensión? Es posible que eso lo precipitara a tomar esa decisión.

–¿Cree que no he pensado en todo eso? Manfred era feliz con su trabajo y con la vida que compartíamos. Esa misma noche tuvimos una velada magnífica con unos amigos. No había motivo alguno para que se quitara la vida.

–Excepto el tumor cerebral que le diagnosticaron –dijo Hauser.

La mirada de Brigitte se posó primero en sus manos, y luego la colocó encima de su regazo.

–Sí. Eso decía la nota.

–¿No lo cree, señora?

–Yo conocía a mi marido. Sé que me hubiera contado algo así enseguida.

Schenke se encogió de hombros.

–Quizás intentaba protegerla, o no supiera cómo decírselo.

–Le repito que no había secretos entre nosotros.

Schenke suavizó su tono.

–Con todos los respetos, siempre hay secretos entre las personas, por muy unidas que crean estar.

Ella no respondió, sólo asintió de mala gana.

–Sí, tiene razón. Pero, en un asunto como éste, yo sé que habría confiado en mí. Consideraría una cobardía acabar con su vida sin decirme la verdad.

Cuando Ilse regresó a la sala, llevaba consigo una bandeja, sobre la que reposaban cuatro tazas humeantes de delicada manufactura y decoradas con una franja morada en torno al borde.

–Aquí lo tenemos –sonrió–. Esto nos sentará muy bien.

Brigitte miró la bandeja y frunció el ceño.

–Madre, necesito hablar con estos hombres a solas.

–Seguramente a ellos no les importará que me quede... Para apoyarte.

–No necesito tu apoyo. Necesito que me hagas caso. –Brigitte habló con sequedad–. Gracias por el chocolate, pero ahora déjanos solos, por favor.

Ilse se encogió de hombros y cogió su taza con un débil resoplido. Pero, antes de que dejara la sala, oyeron unos golpecitos en la puerta principal.

–¿Y ahora quién es? –murmuró.

–Otro de mis hombres –explicó Schenke.

Dejó la bebida y corrió a abrir. Mientras tanto, Schenke se levantó, le pasó una de las tazas a Hauser, y luego cogió una para sí mismo. Brigitte ni se movió para tomar una. Un momento más tarde, Liebwitz entró en la habitación, con la cara pálida y arrugada por el frío. Dedicó un corto saludo a Brigitte y se puso muy tieso al informar.

–Ya he interrogado a los vecinos, señor.

–Me lo puede contar usted después. Siéntese ahora.

Liebwitz se sentó junto a Hauser y cogió una de las tazas sin preguntar nada.

Ilse se detuvo en el umbral, y sus ojos se entrecerraron al ver la taza en sus manos.

–Yo..., bueno, nunca...

Se alejó rápidamente. Schenke esperó a que sus pasos se hubieran desvanecido y habló.

–Éste es el Scharführer Liebwitz de la Gestapo. Está destinado a mi sección y nos está ayudando en este asunto.

–¿Gestapo? –Brigitte lo miró–. Me alegro de ver que alguien me toma en serio.

Liebwitz se removió, pero Schenke lo cortó antes de que pudiera hablar.

–El Scharführer es un valioso miembro de nuestro equipo. Estoy seguro de que prestará mucha atención a lo que usted pueda contarnos. –Dio un sorbo al chocolate ardiente e hizo una mueca–. Parece usted convencida de que su marido ha sido asesinado. ¿Por qué cree tal cosa? ¿Acaso tenía enemigos? ¿Alguien que lo odiase tanto como para matarlo?

–Tenía rivales profesionales, hombres a los que no habían ascendido tan rápidamente como a él. Además, ciertas personas en el partido lo envidiaban por atraer la atención de algunas figuras relevantes del partido. Pero no se me ocurre nadie que quisiera matarlo.

–Entonces, ¿quién cree que puede haber sido?

–¡No lo sé!

Su repentino estallido de mal genio dejó la habitación en silencio. Brigitte respiró hondo durante un momento y luego se hundió en su silla.

–Perdonen... Ha sido terrible, un golpe terrible. No sé quién puede haberlo asesinado. Tal vez un ladrón al que atrapó en pleno robo. Pero dudo de que un simple ratero se hubiese tomado las molestias de simular un suicidio.

–Así es.

–De lo único que estoy segura es de que no se suicidó. La policía es la que tiene que averiguar quién lo asesinó, y por qué. Es un trabajo suyo, inspector.

–Nos tomamos nuestro trabajo muy en serio, Frau Schmesler.

Si decidimos que no fue suicidio, puede estar segura de que no ahorraremos esfuerzo alguno para encontrar al responsable. –Schenke hizo una pausa para que sus palabras fueran asimiladas por la viuda–. Quizá pueda usted decirnos algo más de su trabajo. ¿Qué tipo de medicina practicaba?

–Manfred había recibido formación como pediatra, y trabajó en una clínica de Berlín la mayor parte de su carrera. Después de que el partido llegase al poder se especializó en higiene racial. Ayudó a formar a otros médicos y enfermeras en ese terreno. Eso fue hasta hace un poco más de un año, cuando aceptó un puesto en una nueva organización establecida por el gobierno. Todavía trabajaba en la misma especialidad, me dijo.

–¿Qué organización? –preguntó Hauser.

–No podía decírmelo. Era estrictamente confidencial.

«Uno de esos secretos entre las personas», pensó irónicamente Schenke.

–¿Hubo algún cambio en su actitud después de empezar en el nuevo trabajo?

–Si me pregunta si el trabajo lo deprimía, pues no. Estaba muy emocionado. Muy ansioso de cumplir con él, me dijo. Solía decirme que, a su debido tiempo, se le reconocería el mérito de haber prestado un gran servicio al pueblo alemán.

–¿Pero no le dio detalles específicos sobre lo que entrañaba ese trabajo?

Brigitte negó con la cabeza.

–¿Mencionó el nombre de alguna persona con la que trabajase?

–No.

–¿Conoce usted el nombre de la organización?

–No.

–¿O dónde está situada?

–No, lo siento.

–Me parece inusual que tenga usted tan poca información sobre la ocupación de su marido desde que se hizo cargo del nuevo nombramiento –dijo Liebwitz.

Ella le dirigió una mirada oscura.

–Y yo encuentro muy inusual que un hombre de la Gestapo no sea consciente de la importancia que ha cobrado últimamente

el secretismo en este país.

Liebwitz asintió.

–Soy consciente de que hay muchos asuntos que merecen permanecer ocultos por el bien del Reich, Frau Schmesler.

La frente de ella se arrugó, extrañada.

–Tendré que hacer algunas averiguaciones sobre el trabajo de su marido a través de los canales oficiales –dijo Schenke–. Quizá podamos interrogar a sus colegas para ver si alguien albergaba algún resentimiento hacia él.

–Pues que tengan suerte.

Él dio otro sorbo al chocolate y luego dejó la taza.

–Si pudiéramos ver la habitación donde halló a su marido...

–¿Qué espera encontrar usted que hayan pasado por alto sus colegas?

–Son policías de la Orpo. Los de la Kripo estamos entrenados para ver cosas que pueden quedar ocultas a la vista de otros.

–¿Ah, sí? –Sonrió llena de esperanza, y luego se levantó de la silla–. Síganme, caballeros.

Capítulo seis

Al entrar en el estudio, Brigitte encendió el interruptor. La luz surgió de unos apliques situados en la pared y de una pequeña araña que colgaba en el centro de la habitación. Ella se dio cuenta inmediatamente de su error, así que se apresuró a correr las cortinas para que nadie en el exterior advirtiera que se saltaba el oscurecimiento. Luego se volvió hacia los tres policías con expresión culpable.

–Lo siento. No he vuelto a entrar en esta habitación desde lo ocurrido.

–No somos guardianes de bloque –sonrió Schenke para tranquilizarla–. Está usted a salvo en ese sentido.

Ella pareció aliviada. Hizo un gesto hacia el costado del escritorio, junto a la puerta. Una pequeña alfombra estaba situada en ángulo.

–Ahí fue donde lo encontramos. No he tenido ocasión de limpiar el suelo, así que he tapado la mancha con la alfombra y... –Sus hombros temblaron y ella se llevó las manos a la cara. Los sollozos sacudieron su delgado cuerpo. Schenke le puso una mano en el brazo.

–Podemos hacernos cargo ahora, Frau Schmesler. ¿Por qué no vuelve usted al salón? Allí hace más calor.

Ella asintió, fue hacia la puerta y la cerró después de salir.

Los tres hombres se quedaron de pie en silencio, mirando el estudio a su alrededor y haciéndose cargo de su diseño moderno. Una de las paredes estaba llena de estanterías con puertas de cristal en las cuales se encontraban pulcras filas de manuales

médicos y publicaciones, novelas y libros de historia, junto con trofeos de esquí y fotografías enmarcadas. La más grande, en un marco dorado, era un retrato de boda. Schenke notó un pinchazo de piedad en su corazón al ver aquella pareja sonriente. El escritorio era grande pero minimalista, y en su superficie se veían todavía unas manchas oscuras aún por limpiar. Había un teléfono, un portaplumas y un tintero en el escritorio. Una estufa apagada estaba situada en un hogar bajo, con la puerta abierta, dejando entrever unas cenizas grises. Tras la calidez del salón, el estudio parecía congelado.

–¿Le han dicho algo útil los vecinos? –preguntó Schenke.

Liebwitz negó con la cabeza.

–Nadie oyó el disparo ni recuerda haber visto nada fuera de lo común aquella noche.

Schenke sacó el expediente del bolsillo interior de su abrigo, lo abrió sobre el escritorio y extendió las fotografías policiales de la escena.

–Los documentos que se ven aquí han desaparecido. –Dio unos golpecitos en una de las fotos, y Hauser y Liebwitz estiraron el cuello para verlo. Parte del cuerpo de Schmesler era visible en la parte inferior de la foto, junto con varias hojas que habían caído desde el escritorio. Encima de éste se encontraban dos pilas de papeles, y otros más estaban extendidos por la pulida superficie.

–Tendremos que preguntar por esto –decidió Schenke–. Tome nota, Liebwitz.

El Scharführer sacó su libreta de notas y escribió rápidamente. Hauser cruzó hacia la ventana y apartó a un lado las cortinas para comprobar el marco y los cierres de metal que la aseguraban en su sitio.

–No hay señal de que nadie haya trasteado por aquí –concluyó–. Parece que Frau Schmesler tenía razón: quien entrara en la casa probablemente lo hizo por la puerta posterior. Suponiendo que haya alguien más implicado, claro está.

Schenke se agachó, lo cual le produjo un estallido de dolor en su rodilla izquierda, que subió por el muslo y le hizo dibujar una mueca. La antigua herida se quejaba más por culpa del frío invernal, y el de aquel año estaba siendo especialmente cruento.

Pero se rehízo. Cogió una esquina de la alfombra, la levantó y miró la oscura mancha en la moqueta donde había muerto Schmesler. Vio un charco grande y otros más pequeños, y algunas manchas presumiblemente causadas por los espasmos de la muerte.

–Es mucha sangre –murmuró Hauser.

–Un rasgo típico de las heridas en la cabeza –dijo Liebwitz–. También está la materia cerebral, con todos los vasos de sangre que la acompañan. Una persona normal tiene...

–Ya lo entiendo –respondió Hauser–. Lo decía por decir.

Schenke se puso de pie y volvió a situar la silla del escritorio encima de la mancha de sangre.

–Aceptemos por un momento que se suicidó, y que estaba en su escritorio cuando el disparo lo mató. Lo más probable es que estuviera sentado aquí cuando escribió la nota. Entonces puso de nuevo la pluma en su soporte, sacó el arma...

Se sentó en la silla, sacó su pistola Walther y quitó el seguro. Echó atrás la corredera, comprobó que no hubiera ningún proyectil en la recámara y volvió a colocar la corredera en su sitio. Levantó el arma y se la puso de tal modo que la boca del cañón estuviera cerca de su frente.

–Es un ángulo muy raro –observó Hauser.

Schenke movió el codo.

–No es fácil mantenerlo de esta manera. Mucho más fácil así. –Situó la boca del cañón a un lado de su cabeza–. O así. –Esta vez colocó el cañón debajo de la barbilla; luego abrió la boca y se metió el arma; y por último la bajó–. Ésas son las mejores maneras de hacer el trabajo. Pero también es posible que se disparase él mismo desde delante.

–Improbable, dado que usó una Mauser, señor –dijo Liebwitz.

Schenke asintió y levantó la pistola de nuevo, sujetándola más lejos de su frente.

–¿Es así de largo el cañón de la Mauser?

Liebwitz asintió.

–Bueno, tal y como lo veo, es muy incómodo. A menos que Schmesler tuviese unos brazos increíblemente largos y las articulaciones muy flexibles, no es una postura fácil de conseguir.

Los tres permanecieron callados un momento, hasta que habló Hauser.

–No pinta bien para el veredicto de suicidio, ¿verdad?

–Pues no –reconoció Schenke–, lo cual suscita la cuestión: ¿Cómo es que la Orpo dejó de lado un factor tan obvio?

–Es posible que no lo hicieran –replicó Hauser–. Quizá les ordenaron que lo dejaran fuera de su informe. No me gusta cómo suena eso.

Liebwitz frunció el ceño.

–Sería una infracción grave de las prácticas investigadoras.

–Sí, ¿verdad? –Hauser lo miró y suspiró–. ¿Tengo que hacerle un dibujo?

–¿Sargento?

–Alguien quiere que se considere suicidio la muerte de Schmesler.

–¿Por qué?

–Es una pregunta que quizá sea mejor que no intentemos contestar.

–Entonces cabría preguntarse quién está detrás de todo esto.

–Me remito a mi respuesta anterior. –Hauser se volvió hacia Schenke–. ¿Qué piensa usted, señor?

–Ya nos ocuparemos de esto más tarde. Sigamos trabajando. Sabemos que Schmesler recibió un disparo en la parte delantera de la cabeza, y la herida de salida concuerda con ello. En el expediente dice algo de que la bala dio en la biblioteca...

Se volvió en la silla y vio un pequeño cuarterón de cristal destrozado, en una de las puertas de la estantería. Detrás se encontraba una serie de volúmenes de una publicación pediátrica. Se veía un agujero irregular en el volumen del final, que había sido puesto boca abajo, presumiblemente después de que la policía extrajera la bala.

–Así que estaba sentado en ángulo recto con el escritorio cuando disparó. –Schenke trazó una línea imaginaria en el aire con el dedo, entre la estantería y la silla. Hizo una pausa–. Hauser, siéntese en la silla.

El sargento hizo lo que le habían ordenado. Schenke se agachó junto a la estantería.

–Vaya... Es un ángulo muy extraño. Para alcanzar el cristal

tuvo que inclinar el arma hacia abajo al disparar.

Miró el libro dañado a través del vidrio roto y vio que el ángulo que había entre el agujero en el cristal y el lugar de entrada en el lomo del volumen era imposible. Abrió la puerta y sacó el ejemplar, colocándolo en el espacio que le correspondía. Entonces la altura de paso de la bala perdida pareció la correcta. Pero la dirección, no.

–Por la diferencia en el ángulo, parece que Schmesler estaba allí, junto a la estufa.

Liebwitz se acercó a él.

–Perdón, señor.

Sacó el libro y lo puso en la secuencia numérica correcta, entre las demás publicaciones.

–Creo que encontrará que así proporciona un ángulo mucho más preciso.

Schenke lo miró y luego se centró en alinear los daños del libro con el cristal roto y estimar el ángulo hasta la silla, a unos dos metros de distancia.

–Sigue sin parecerme correcto...

Miró en torno a la habitación y vio un esbelto bastón de paseo junto a la puerta. Lo cogió y lo introdujo a través del cristal roto y apretó la punta contra el libro dañado. El bastón estaba casi paralelo al suelo, a un metro por encima de éste.

Hauser frunció los labios.

–Interesante... Bueno, eso descarta que Schmesler estuviese de pie cuando ocurrió, o incluso sentado en su silla. Parece como si...

–Como si estuviera arrodillado en el suelo, cuando se hizo el disparo. –Schenke completó la sugerencia–. No es la postura que se esperaría de un hombre que se supone que va a quitarse la vida. Hauser, aparte la silla. Liebwitz, póngase de rodillas detrás de la mancha de sangre, a un metro más menos del centro de la parte más oscura. De cara hacia el otro lado.

El hombre más joven se colocó allí y Schenke vio dos posibles escenarios.

–Si se disparó a sí mismo, el ángulo habría dado en la estantería mucho más arriba. Si le disparó otra persona, era de esperar que el ángulo cayese hacia los libros. Pero parece que el

disparo fue hecho en una trayectoria plana, a través de su cabeza y hacia la estantería –se volvió hacia Hauser–. Yo diría que Schmesler estaba de rodillas, de frente a alguien que estaba sentado en la silla.

Hauser estudió los ángulos y asintió.

–Creo que tiene usted razón, por desgracia.

Liebwitz lo miró por encima del hombro.

–¿Por desgracia?

Schenke le hizo un gesto para que se levantara.

–Parece que Frau Schmesler tiene razón. Es un asesinato. Eso complica las cosas para muchísima gente. Voy a tener que informar a Kleist. No le va a gustar nada que rechace el veredicto de la Orpo. Y todavía se sentirá más contrariado si ha recibido presiones desde arriba para que la muerte de Schmesler sea considerada suicidio.

–¿Vamos a informar de todo esto a Frau Schmesler? –preguntó Liebwitz.

–No –respondió Schenke–. Será muy duro para ella si cree que hay alguna oportunidad de que se haga justicia a su marido, y luego resulta que la investigación de la Kripo se cierra sin resultados. Tenemos que contárselo cuando llegue el momento adecuado, si es que se lo decimos alguna vez. ¿Está claro? –Miró a sus subordinados con fijeza–. No quiero dar falsas esperanzas a una viuda que llora a su marido.

–Sí, señor –asintió Hauser.

–¿Liebwitz?

El Scharführer parecía preocupado.

–Señor, no creo que haya muchas dudas de que su marido fue asesinado. En cuyo caso, habría que contarle la verdad a ella. Y la muerte de su marido debería ser investigada por nuestra sección en Pankow.

Schenke notó el impulso de sonreír al oír que el hombre de la Gestapo decía «nuestra», y también un brote de frustración por la posibilidad de que la investigación fuese anulada por poderes más altos por motivos que Schenke y su sección quizá no descubrieran nunca.

–Estoy de acuerdo con usted, Liebwitz. Pero otras personas controlan lo que podemos y no podemos investigar. Ésa es la

realidad. Yo pediré una investigación, pero si no me dan permiso para seguir adelante se acabará todo. ¿Entendido?

–Sí, señor.

Schenke volvió a dejar el bastón en su sitio y recogió los documentos, que volvió a guardar en el bolsillo interior del abrigo.

–Vámonos. Espérenme en el coche. Hablaré con la mujer.

Brigitte lo miró expectante desde su asiento en el salón cuando se presentó ante ella. Su madre estaba sentada allí cerca, haciendo media, y fue la que habló primero.

–Bien, inspector, ¿han descubierto algo nuevo?

–Hemos hecho algunas observaciones. Lo examinaremos todo mañana por la mañana. Si necesito algo de ustedes, ya se lo diré. Estaré en contacto con su hija. –Se volvió hacia Brigitte–. Queda una pregunta que me gustaría hacerle.

–¿Sí?

–Los fotos de la policía muestran que había algunos papeles en el escritorio de su marido en el momento de su... muerte. Ahora el escritorio está limpio. ¿Tiene usted los documentos en los que trabajaba?

–No. Vinieron y se los llevaron a la mañana siguiente, después de que mataran a Manfred.

Su madre chasqueó la lengua, pero se concentró en su labor de punto.

–¿Quién?

–Dos hombres de la oficina de mi marido. Llevaban uniformes de las SS. Aseguraron que los documentos eran confidenciales.

–¿Le dieron sus nombres? ¿O le dijeron quién había ordenado recuperar esos documentos?

Brigitte sonrió.

–Si algo he aprendido, es que no se hacen demasiadas preguntas a quienes trabajan para Heydrich.

–Pero su marido estaba en las SS.

–Sí, así es, y yo nunca me metía en su trabajo. Sólo se alistó por el bien de su carrera. Si no quieres languidecer en algún puesto subalterno, lo más sensato es unirte a ellos. Estoy segura de que ocurre lo mismo con la policía.

–Todavía no, espero. –Schenke se puso el sombrero y asintió–. Estaremos en contacto, Frau Schmesler. –Miró hacia la madre de ella–. Gracias por el chocolate.

Tras subirse al Opel, se dirigieron a la comisaría.

–¿Y bien? –preguntó Hauser.

–Pediré permiso para iniciar una investigación criminal mañana a primera hora de la mañana.

–Ya me imaginaba que lo haría.

Schenke lo miró.

–¿Tiene algún inconveniente con ello?

–No, señor. Pero alguien podría tenerlo. Y es posible que ese alguien lo convierta en problema nuestro...

Schenke reconoció que estaba en lo cierto, pero era una cuestión de deber. Era lo que había que hacer, pedir permiso, al menos. Lo que ocurriera entonces estaba fuera de sus manos. Por supuesto, le preocupaba, por eso no abrió la boca hasta que llegaron a la comisaría.

–Es tarde –dijo Schenke–. Me llevaré el coche esta noche.

Se dijeron adiós. Liebwitz saludó, pero de inmediato bajó la mano incómodo al recordar que sus compañeros no respondían del mismo modo.

–Buenas noches, señor.

Schenke se alejó mientras pensaba en lo ocurrido, pero se obligó a dejar a un lado todo lo relacionado con Manfred Schmesler. Sería más agradable pensar en volver a su casa, al cálido abrazo de Karin.

Capítulo siete

El vestíbulo de su piso estaba helado cuando entró. Se oía música que procedía del salón, así que colgó el sombrero, el abrigo y la bufanda en las perchas que había junto a la puerta. Luego se quitó los guantes y se frotó las manos entre sí para recuperar un poco el tacto. Al entrar en el salón, una oleada de aire caliente lo abrazó. Junto a la estufa, se encontraba una pequeña pila de troncos de leña, y la única luz procedía de una lámpara de pie que proporcionaba a la sala un ambiente confortable y romántico. Karin estaba sentada en el sofá con las piernas metidas por debajo de su cuerpo, leyendo una revista. Se había cortado el pelo y llevaba una melena corta y teñida de negro, como en otras ocasiones antes.

Schenke sonrió.

–¿Otra vez vuelves al estilo Louise Brooks?

–¿Te gusta?

–Muy glamuroso.

–No te salgas por la tangente, querido. Te he preguntado si te gusta.

Su nuevo peinado le resultaba un tanto incómodo porque le recordaba a Ruth, lo que hacía despertar esa habitual y peligrosa chispa de afecto. Un pensamiento que suprimió en cuanto apareció en su mente.

–¿Qué? –le instó Karin.

Él la besó en los labios. Ella arrojó la revista al suelo y le puso a él una mano en torno al cuello, acercándolo más hacia sí y devolviéndole el beso con pasión. Al final se separaron el uno del

otro y ella habló muy bajito:

–Inspector Criminal Horst Schenke, es casi criminal lo mucho que te quiero. Sólo espero que el partido no considere una ofensa que la gente ame a otros más de lo que aman al Führer.

Él la besó de nuevo y sonrió con afecto.

–Estás de broma otra vez. No creo que ni siquiera los nazis se atrevieran a convertir eso en un delito.

Simpatizaba mucho con el punto de vista político de ella, pero había llegado a aceptar que el partido no iba a abandonar el poder, ni tampoco a permitir que ningún rival ideológico o movimiento político disputara su supremacía. Era infructuoso intentarlo siquiera. Ese camino sólo llevaba al duro régimen de un campo o a que tu cuerpo maltratado apareciera un día en un bosque o en un río, con una bala en la cabeza. Así que Schenke procuraba centrarse en llevar a los criminales ante la justicia. Hacer de las calles de Berlín un lugar más seguro era una prioridad mucho mayor que combatir a un régimen en una lucha cuyo resultado sólo podía ser una aplastante derrota.

–¿Qué tal te ha ido hoy, querida? –le preguntó, desviando la atención hacia otro lugar.

Ella lo apartó.

–Un cambio de tema muy sutil, apenas me he dado cuenta...

Se estiró en el diván y pasó los pies por encima de los muslos de Schenke, para que él se los pudiera masajear mientras hablaban.

–Te gustará saber que me he ofrecido voluntaria para hacer algunos turnos en el hospital del ejército. Me han ofrecido deberes de enfermería ligeros, ya que no tengo preparación para nada más útil. Me han dado un uniforme y unos zapatos. ¿Quieres que te los enseñe? –insinuó ella con un ronroneo.

–Quizá más tarde. ¿Cuándo empiezas?

–La semana que viene, a principio de semana. A las ocho de la mañana.

–Va a suponer un esfuerzo enorme para ti.

Karin frunció el ceño y endureció el tono al continuar:

–Ya sé que piensas que soy la niña mimada de una casa rica, pero no es así.

Él lamentó al instante su desaire. Karin era hija de un hombre que se había suicidado para no tener que soportar la vergüenza de la pobreza, y de una mujer a la que no importó abandonar a su hija para reunirse con su amante en París. Si no hubiera sido por el tío de Karin, que la acogió, habría tenido que buscarse la vida por su cuenta. Algo que ella nunca olvidaba, por eso le estaba tan agradecida a su tío.

–Lo siento –dijo él–. Está muy bien lo que haces. Me siento muy orgulloso de ti por presentarte voluntaria, y estoy seguro de que el almirante Canaris estará igual de orgulloso cuando se entere.

–¿Eso crees?

–Tu tío puede parecer un poco altivo en ocasiones, pero no es tan orgulloso como para poner objeciones a que cumplas tu deber con la madre patria. Además, habrá muchos que necesitarán tu ayuda, sobre todo si no se firma la paz en primavera. En ese caso, me temo que tu hospital estará muy concurrido.

Ambos miraron hacia la ventanita de cristal de la estufa. La madera que ardía arrojaba un resplandor rojo y vacilante que evocaba tanto fascinación como calidez. «Fuego», pensó Schenke; «el motor de la civilización así como la posibilidad de su destrucción».

–Teniendo en cuenta la sed de violencia del partido, será guerra entonces –dijo Karin, en voz baja.

Schenke se encogió de hombros.

–Hay quien asegura que el Führer es un hombre de paz.

–Los que dicen eso son idiotas.

–Entonces me alegro de no ser uno de ellos –replicó Schenke.

–Ya lo sé. Simplemente desearía que fueras más abierto en este tema. Puedes confiar en mí. Podemos hablar libremente de cualquier cosa.

–Lo sé. Pero ¿y si nos acostumbramos a hablar con libertad y seguimos haciéndolo cuando estemos en otro sitio? Podría oírnos algún informador. –Él le cogió la mano–. Sabes muy bien que pueden ser implacables. Es más seguro no hablar de esos temas, en ningún caso.

–Ya lo sé. ¿Qué ha pasado con Alemania para que tengamos

que pensar estas cosas?

–Todo cambiará. Las cosas siempre cambian. Ningún gobierno dura eternamente.

–Ojalá compartiera tu optimismo...

Se quedaron callados otra vez. Fuera, en la calle, sonó el escape de una motocicleta, y ese sonido le devolvió a Schenke el recuerdo de la investigación de Schmesler. Como si notara su preocupación, Karin agitó la cabeza.

–Lo siento mucho, Horst, todavía no te he preguntado qué tal te ha ido hoy. ¿Has progresado algo en el caso de las falsificaciones?

–En realidad, no. Hemos enviado algunos ejemplos más al laboratorio para que los examinen. Si se imprimieron usando los mismos tintes, y hay sólo una banda criminal implicada, podemos poner fin a todo esto en cuanto los encontremos.

–Hasta que otra banda ocupe su lugar...

–Cierto... –Bostezó–. Y hay otra cosa.

–¿Ah, sí?

–Me han pedido que investigue la muerte de un médico. La policía local lo ha catalogado como suicidio, pero su mujer insiste en que no era el tipo de hombre que haría algo así.

–¿Cree que ha sido asesinado?

Schenke asintió.

–He repasado el expediente con Hauser y el chico nuevo, Liebwitz.

–¿Gestapo Liebwitz?

Él se echó a reír.

–Me pregunto si ése va a ser su apodo de ahora en adelante.

–Quizá le guste y todo.

–Pues la verdad es que me importa un pimiento si es así o no. Es un tipo muy raro. Actúa a veces más como una máquina que como un ser humano. Pero es listo, así que me alegro de que trabaje con nosotros. En cuanto al caso, en el expediente había algunos asuntos que suscitaban interrogantes, así que hemos ido a la casa para hablar con la mujer y revisar la escena.

–Y... –siguió Karin.

–Pues parece un asesinato. –Schenke movió la cabeza–. Ojalá fuera suicidio, porque esto puede suponer ciertos problemas. Sin

embargo, nuestro deber es investigar. Y ya te digo que he notado algo sospechoso: la prisa con la que se tomó la decisión me preocupa. No quiero verme arrastrado a ningún juego de facciones políticas dentro del partido. Ya tuve bastante con el caso de antes de Navidad.

–Pobrecillo. –Karin le apretó la mano–. Podría pedirle a mi tío que te eche una mano. Si alguien puede descubrir qué pasa, es el jefe de la inteligencia militar.

–No quiero meterlo en ningún embrollo ni causar conflictos con mi sección. Pero gracias de todos modos.

–De acuerdo, pues –asintió Karin–. Estarás hambriento, supongo. He preparado una sopa. Se habrá quedado fría, pero la puedo calentar en diez minutos.

Ella fue a levantarse, pero Schenke la cogió por la espalda y la hizo bajar hacia la alfombra que estaba delante de la estufa. Echado allí, junto a ella, buscó los botones de sus pantalones.

–Podemos tomarnos la sopa más tarde...

* * *

Agotado tras hacer el amor, Schenke se tendió de espaldas y sujetó la mano de Karin encima de su pecho desnudo. Parpadeó para apartar el sudor y se quedó mirando el techo.

–Ha sido... muy intenso –rio ella–. ¿Tenías que desahogarte por algún motivo?

–En realidad, no... Es sólo el efecto que ejerces sobre mí a veces. Verte desde cierto ángulo, la expresión de una mirada, la forma en que te mueves... Y de pronto despiertas en mí el deseo.

–Bueno es saberlo, querido. Tendré que practicar esos movimientos para saber utilizarlos en mi provecho. –Se incorporó sobre el codo, para poder mirarlo–. ¿Quieres tomarte ahora esa sopa?

–-Puedo esperar. Disfrutemos del momento.

Cerró los ojos y aspiró el perfume de ella, mezclado con el ligero olor del sexo. Los latidos de su corazón iban aminorando su ritmo, el gozo envolvía todo su cuerpo y se sentía muy lejos de sus preocupaciones. La suave piel de Karin parecía fundirse

con su propia carne allí donde sus costados se tocaban. Durante un momento, cualquier otro asunto pareció insignificante. La atrajo más, y ella le pasó el brazo por encima del pecho, para luego descansar la cabeza sobre su pecho. Schenke tuvo el firme deseo de no dejar que se le escapara. Una vez más, se dijo que había sido muy afortunado de encontrar a aquella mujer...

Notó que su corazón volvía a acelerarse cuando surgió de nuevo la urgencia de plantearle aquella pregunta vital que consumía sus pensamientos. ¿Y si ella decía que no? ¿Y si ya era feliz siendo su amante y no quería aceptar más compromisos? Si se negaba, plantaría una duda entre los dos. Pero sólo había una forma de averiguarlo. Suspiró antes de lanzarse a la aventura.

–Karin, ¿quieres casarte conmigo?

Ella se puso tensa.

–¿Qué acabas de decir?

Él abrió los ojos y clavó la mirada en los de ella.

–¿Quieres casarte conmigo?

Los labios de Karin se separaron en una sonrisa.

–Me seduces, haces conmigo lo que quieres, ¿y luego me haces semejante pregunta?

–¿Hay un momento mejor para preguntarlo? Además, tenemos un acuerdo. Aquella noche en el Aldon, cuando dijimos que esta relación nuestra sería a largo plazo. Así que..., ¿hay algo que nos lo impida?

–Nada. –Ella le dio un beso en el pecho–. Nada en absoluto. Y para responder a tu pregunta: sí. Lo deseo con todo mi corazón.

–Gracias, amor mío. –El alivio lo invadió una vez obtenida su respuesta, y el agotamiento también–. Yo procuraré... Haré todo lo posible...

–Sssh... –Karin tocó sus labios con un dedo–. No tienes que decir nada. Si eres la mitad de bueno como marido que como investigador criminal, seré una mujer muy afortunada, de verdad.

–Yo lo soy más.

Ella frunció el ceño de manera irónica.

–Espero que no empecemos discutiendo...

–Estoy de acuerdo.

Él se agachó y ella hizo ademán de darle un golpe en la coronilla.

–¡Ah, cómo eres!

Se rieron los dos, hasta que Karin hizo otro tipo de pregunta:

–¿Y la sopa?

–No quiero comer ahora. Vámonos a la cama.

* * *

Más tarde, después de hacer el amor otra vez, y cuando estaban entrelazados bajo las mantas, hablaron un poco del futuro. De dónde vivirían, de si viajarían, si tendrían hijos. Era cerca de medianoche cuando finalmente se durmieron. Schenke no soñó, algo inusual en él, y cuando se despertó oyó respirar suavemente a Karin a su lado. Salió de debajo de las mantas para ir al baño, lo que provocó que ella se removiera entre murmullos para buscarlo. Se apresuró a regresar lo antes posible, pues hacía mucho frío. Cuando volvió, ella estaba despierta, así que aprovechó para acurrucarse junto a él. Apoyó la cabeza en su hombro y le pasó un brazo por encima del pecho.

–¿Todavía quieres casarte conmigo? –preguntó él.

–Creo que sí –se burló Karin.

–No lo tenía muy claro. Esta luz fría previa al amanecer podría hacer que algunas personas reconsiderasen sus decisiones de la noche anterior.

–¿Ah, sí? Pues muy frívolo de su parte –dijo, mientras enroscaba un dedo en torno al vello del pecho de Schenke–. Horst...

–Sí.

–Tengo que preguntarte algo.

–No estoy casado, no tengo sífilis y no hay locura en mi familia.

Ella sonrió.

–Todo eso está muy bien. Pero la pregunta tiene que ver con otra cosa.

–Pregunta, pues.

–Es algo serio.

Él notó un pinchazo de ansiedad.

–¿Qué quieres decir?

–Me da mucha rabia plantearte esto cuando tienes tantas cosas de las que ocuparte ya... Pero hay una persona que quiere pedirte un favor.

–¿Qué tipo de favor?

–Es un asunto legal, por lo que tengo entendido. Mi amigo sabe que tú eres policía.

Schenke se volvió de lado hacia ella para mirarla de frente.

–¿Quién es ese amigo exactamente?

–Es un escritor. Un corresponsal de un periódico.

–No me gusta nada cómo suena eso.

–No seas así. Es un buen hombre. De lo contrario, no te pediría que lo ayudaras.

–¿Puedes decirme su nombre al menos y para quién trabaja?

–Me ha pedido que lo mantenga en secreto. Jura que la ayuda que necesita es legal y no supondrá ningún peligro para ti. Lo único que quiere es un poco de tu tiempo. Le dije que teníamos el plan de comer juntos mañana en Liedermann. Podría unirse a nosotros allí. Hablas con él rápido y se va.

–Así de sencillo, ¿eh?

–Eso es lo que me ha dicho. Y yo le creo. Y sé que necesita tu ayuda. Le dije que eras un policía honrado, un ejemplar raro en estos tiempos.

–No intentes halagarme, Karin.

–Es verdad. No te encargaría esto si pensara que puede obtener la ayuda que necesita en algún otro sitio.

A Schenke no le gustaba nada la perspectiva de reunirse con un periodista cuyo nombre y objetivos no conocía. Tampoco lo hacía muy feliz que Karin lo obligara a semejante movimiento. Pero le acababa de pedir que se casara con él, y ella había aceptado, lo que significaba que la vida y los intereses de ambos estaban ligados ahora. Ella necesitaba que él le hiciera un favor o, lo que era lo mismo: le pedía una prueba de su compromiso. Una negativa haría que las cosas entre ambos se volvieran incómodas.

–Está bien, hablaré con tu misterioso amigo. Pero eso es todo. Y espero que me diga su nombre y para quién trabaja cuando nos reunamos.

–Ha dicho que sería abierto contigo.

Schenke se echó a reír.

–Esa sería una experiencia novedosa, a juzgar por los periodistas que he conocido antes. ¿Por qué no decirme su nombre ahora, sin más?

Karin dudó, pero no tardó en rehacerse. Se volvió para mirarlo fijamente antes de responderle.

–Porque cree que a lo mejor te asustas...

Capítulo ocho

1 de febrero

El ceño del Oberst Kleist no hacía más que fruncirse más y más conforme leía el dosier presentado por Schenke para apoyar su petición de abrir una investigación por asesinato sobre la muerte del doctor Schmesler. De vez en cuando, el comandante de la comisaría de Pankow dejaba escapar un silbido de desaprobación y hacía una marca en el informe con su lápiz.

Al otro lado del escritorio, Schenke permanecía de pie con las manos a la espalda, esperando que su superior acabase la lectura. Vio el retrato de Hitler enmarcado detrás del escritorio, la estantería con un puñado de obras de referencia, y las pequeñas fotos enmarcadas de lo que creyó que serían miembros de la familia Kleist. El lugar de honor estaba reservado a un marco dorado del propio comandante con su mujer y sus cuatro hijos, la menor de los cuales levantaba la vista en un ángulo extraño, como si no viera al fotógrafo o quizá lo desafiara. Aquel pensamiento lo hizo sonreír un poco.

Al final Kleist arrojó el documento a un lado y se puso las gafas en la coronilla de la calva, de modo que parecía un profesor a punto de regañar a un escolar descarriado.

–Parece usted muy seguro de sí mismo, inspector.

–Mi conclusión se basa en una supervisión de las pruebas en la escena del crimen. No creo en absoluto que Schmesler se suicidara, señor.

–A pesar de la nota y de la falta de pruebas de que hubiera otra persona en la habitación, así como de la ausencia de cualquier sospechoso por agravio.

–La ausencia de cualquier sospechoso conocido –replicó Schenke–. En cuanto la Kripo inicie una investigación, estoy convencido de que identificaremos a alguno.

Kleist se echó atrás.

–Ustedes, los de la Kripo, creen que nos pueden pasar la mano por la cara a los uniformados cuando les venga en gana, ¿no?

No era la primera vez que Schenke escuchaba comentarios semejantes. Había muchos policías buenos entre las filas de la Orpo, pero otros eran unos auténticos déspotas mezquinos, de esos que se pavonean al hacer sus rondas y están dispuestos a hacérselo pasar mal a cualquiera que no les demuestre el respeto que creen merecer. También, por supuesto, a todos aquellos que encajaran en alguna de las categorías que el partido había creado para los que se consideraban «no alemanes»: mendigos, jóvenes respondones, prostitutas, gitanos, homosexuales y, por encima de todos ellos, judíos. No resultaba nada sorprendente, dado que muchos de los de la Orpo procedían de las filas de los Cuerpos Libres, los Cascos de Acero y otros grupos paramilitares empapados del fanatismo intolerante nacionalsocialista que pregonaba el partido.

–En absoluto, señor. Estamos formados para cumplir deberes distintos. La Orpo hace un excelente trabajo manteniendo el orden en las calles, mientras que los oficiales de la Kripo están entrenados para detectar crímenes graves. Ambos son necesarios para la preservación de la ley.

Kleist lo miró con sus ojos de un gris acerado.

–¿Está usted siendo condescendiente conmigo, joven?

–En absoluto, señor.

–Bueno, pues ni se me ocurriría hacer algo semejante si fuera usted. –Echó hacia delante su delgado cuerpo y dio unos golpecitos en el informe de Schenke–. Su petición queda rechazada.

Aquellas palabras hicieron que a Schenke se le encogiera un poco el corazón. Había presentado buenos argumentos para la

investigación, consideraba que se merecía algo más que ese rechazo de plano.

–¿Puedo preguntar por qué, señor?

–Por muchos motivos, inspector. En primer lugar, según mi opinión, las pruebas que usted ha hallado son circunstanciales y, por tanto, insuficientes para garantizar un cambio de decisión sobre la causa de la muerte de Schmesler. En segundo lugar, su sección ya está metida hasta el cuello en otra investigación. Hasta el momento, han hecho pocos progresos a la hora de encontrar la fuente de los cupones de racionamiento falsificados, y no me complace nada ese hecho. En realidad me siento inclinado a presentar una queja contra usted por su incapacidad a la hora de cumplir con su deber.

–Las investigaciones llevan su tiempo, señor. Sobre todo cuando dependen de un trabajo científico en los laboratorios forenses para corroborar las pruebas que tenemos.

–Eso me suena a excusa, Schenke. No me interrumpa, que aún no he terminado. En tercer lugar, sé por fuentes de reconocida autoridad que los colegas de Schmesler habían notado un marcado cambio en su humor en los últimos meses. Se volvió más reservado y deprimido, incluso lo oyeron hablar de este asunto con su mujer por teléfono.

–No mencionó nada de todo esto cuando hablamos con ella.

–Entonces debió de olvidarse, o a lo mejor no quiso contárselo a usted.

–¿Quién asegura que ha oído esas discusiones telefónicas, señor? ¿Quién es la persona que le habló de los colegas de Schmesler?

Kleist dio un golpe con la mano en la mesa.

–¡Maldito sea, Schenke! ¿Cómo se atreve a interrogarme de esa manera? Yo no soy un puto sospechoso. Cuando le digo que lo he oído, lo he oído y punto. Gente mejor situada que yo, y de un rango más elevado que el mío, ha tomado la decisión, y usted no les llevará la contraria ni a ellos ni a mí. Manfred Schmesler se pegó un tiro porque estaba demasiado debilitado para llevar a cabo los deberes que le había encomendado nuestra amada patria. Y el caso está cerrado. Asegúrese de devolver el expediente y todo su contenido a Sperlemann de inmediato.

Puede retirarse. Fuera.

Señaló con un dedo hacia la puerta, retando a Schenke a que desafiara la orden. No había posibilidad alguna de hablar más de aquel asunto. La decisión de que la muerte se considerase suicidio sería la que prevalecería, y la Kripo no podía hacer nada al respecto. Brigitte Schmesler se quedaba sola y desamparada. Schenke dudaba de que tuviera recursos para llevar a cabo una investigación personal.

Inclinó la cabeza rápidamente, se volvió y salió del despacho, tras lo cual cerró la puerta tras él. Se quedó un momento quieto en el pasillo helado, rechinando los dientes.

–Mierda...

–Pues muy mal –dijo Hauser–. Yo pensaba que habíamos hecho un buen trabajo policial anoche.

–No lo entiendo –dijo Liebwitz–. Aunque las pruebas no fueran concluyentes, había suficiente para emprender una investigación, ¿verdad?

Hauser le dio unas palmaditas en la espalda.

–Bienvenido al mundo real, Scharführer Liebwitz. Aquí es donde la verdad y la justicia se encuentran con la conveniencia política, y la conveniencia gana siempre.

–¿La conveniencia?

–Por supuesto. Alguien se precipitó y dijo que era suicidio, o tal vez le dijeron que tenía que decir que era suicidio. En cualquier caso, Kleist tendrá que elegir entre quedar como un idiota por ser el responsable de una mala decisión, o bien arriesgarse a que alguien de más arriba le dé un buen tirón de orejas. Así que entre una cosa o la otra, mejor dejar el caso cerrado. Y así es como funciona el asunto.

Liebwitz habló con los dientes apretados.

–Está mal. Esto va contra todo por lo que decidí unirme a los servicios de seguridad. Alguien con autoridad debería enterarse de ese intento deliberado de evitar una investigación.

Hauser frunció el ceño y luego se echó a reír.

–No hablará en serio... ¿De dónde sale usted? ¿Era niño de coro en un monasterio?

–Sí que cantaba en un coro –reconoció Liebwitz.

–¿De verdad? Me sorprende. ¿Dejó usted alguna vez ese coro

suyo?

–Por supuesto. Me cambió la voz tarde, en la pubertad. Ya no les servía para nada.

–Y supongo que echaron mucho de menos su simpatía personal.

–Ya basta –interrumpió Schenke–. No habrá investigación. Como ha dicho el Oberst, tenemos otro trabajo que hacer. ¿Alguna noticia de Widmann sobre los tintes usados en las falsificaciones?

Hauser asintió.

–He llamado al laboratorio cuando estaba usted con Kleist.

–¿Y?

–Widmann no está. Lo han llamado a primera hora de la mañana. Ha sido reasignado temporalmente a otros deberes.

–¿Qué otros deberes?

–El secretario del laboratorio no me lo ha dicho.

–¿Alguna idea de cuándo volverá?

Hauser negó con la cabeza.

–¿Y quién se hará cargo en su ausencia? ¿Le han dado algún nombre?

–Nadie trabaja con él en este caso. Su ayudante también fue reclutado y no lo han sustituido aún.

Schenke apretó los puños, frustrado.

–¿Pero qué demonios se supone que vamos a hacer entonces? Necesitamos confirmación de si el tinte es el mismo para poder rastrear las falsificaciones e ir a su fuente. –Respiró hondo–. Está bien. Sigamos las otras líneas de investigación. Veamos si podemos dar con otros cupones y documentos falsificados. Que nuestros chicos presionen a sus contactos en la calle. Necesitamos algunas pistas mientras esperamos que Widmann vuelva a su trabajo. Liebwitz, usted tenía contactos en la Oficina Principal de Seguridad del Reich. Sé que la SD reúne informes sobre lo que piensa la gente. Averigüe si hay alguna mención de cupones de racionamiento falsificados o de disputas relacionadas con ellos. Consiga los detalles y vuelva para informarme.

Schenke volvió a su despacho y se sentó detrás de su escritorio. El expediente de Schmesler seguía sobre la mesa, abierto. Suspiró y cerró la cubierta. Debía devolvérselo a

Sperlemann, pero eso podía esperar hasta haber llevado a cabo un deber más acuciante. Cogió el teléfono y pidió a la centralita que lo conectaran con el número de teléfono de la residencia de los Schmesler.

Sonó varias veces hasta que hubo un chasquido y habló una voz de mujer.

–¿Dígame?

–¿Brigitte Schmesler?

–Soy su madre. ¿Quién es?

Schenke maldijo para sí.

–Soy el inspector Schenke. Hablé con usted y con su hija anoche.

–¿El policía? –Su tono se volvió más neutro–. Bueno, inspector, tengo que comunicarle que está descansando ahora mismo. Creo que no se la debería molestar.

–Con todos los respetos, tengo que hablar con ella. Por favor, avísela.

–Ah..., como quiera.

Hubo una pausa cuando Ilse dejó el receptor, y luego llamó a su hija con una voz penetrante que crispó los nervios de Schenke. Estar en la misma casa sería mucho peor aún, reflexionó. Sentía simpatía por la situación de Brigitte: de luto, agradeciendo el apoyo primero y ahora deseando que su madre se fuera y la dejara sola, como había confesado la noche anterior.

–¿Inspector Schenke? –Brigitte parecía sin aliento–. ¿Ha habido alguna novedad?

–No. El comandante de la comisaría ha confirmado los resultados del informe inicial. Por lo que respecta a las autoridades, su marido se suicidó. No habrá ninguna investigación más por parte de la policía. –Trató de que aquélla fuera una frase breve, pronunciada con un tono neutro, y se resistió a añadir cualquier toque humano. No quería dejar ninguna puerta abierta a la esperanza.

–No es cierto... –respondió ella–. Sé que no es cierto.

–El Oberst Kleist ha revisado las pruebas esta mañana. Ha reafirmado el suicidio.

–¿Y cuál es su opinión, inspector? ¿Está usted de acuerdo con él?

–No importa lo que piense, Frau Schmesler. Yo presenté mis observaciones al Oberst y él las ha considerado antes de confirmar el informe original.

–¿Y qué observó entonces, inspector?

–No puedo decírselo. Se trata de un asunto policial. Tales detalles son confidenciales.

–Mi marido ha sido asesinado. Tengo derecho a saberlo.

–Me temo que no es así. Ojalá pudiera ayudarla más, pero tengo las manos atadas con respecto a este asunto.

–No le contaré a nadie que me lo ha dicho usted –continuó ella en un tono más bajo–. Le doy mi palabra.

–No puedo ayudarla. Lo siento.

La voz de ella adquirió un tono amargo.

–Esto es un error, algo que la policía no está dispuesta a reconocer. Tengo razón, ¿verdad? Y usted está cerrando filas para protegerlos. Debería avergonzarse de sí mismo, inspector. ¿Es que nadie tiene agallas ya? ¿Nadie defiende lo que está bien?

–Yo cumplo con mi deber y obedezco órdenes –respondió Schenke–. Eso es todo.

–Estoy segura de que eso es un gran consuelo para usted... ¡Maldito sea y malditos todos los suyos!

Se oyó un nuevo clic, pero esta vez la línea quedó muerta. Schenke volvió a colocar el receptor en su soporte. Ella no entendía cómo funcionaban las cosas en la fuerza policial, pero eso no significaba que estuviera equivocada al decir las cosas que había dicho, y eso lo dejó bastante descompuesto y violentado.

Cogió el expediente, recogió su sombrero y su abrigo, y salió a la oficina de la sección.

–Hauser, voy a devolverle el expediente a Sperlemann. Y luego a almorzar. Volveré sobre las dos.

Hauser miró el reloj y levantó una ceja como para indicar que le parecía demasiado temprano para hacer una pausa. Schenke lo ignoró. Ahora que la investigación de Schmesler había muerto antes siquiera de nacer, había otras preocupaciones que lo aguijoneaban. Como el hombre con el que Karin había arreglado que se reuniera a la hora de comer. ¿Quién sería, y qué querría?

Capítulo nueve

Se encaminó calle abajo en dirección a Liedermann's, un restaurante que en tiempos había sido el preferido de artistas, escritores e intelectuales. Ahora sus clientes hablaban en tono precavido y había pocas cosas que lo diferenciaran de otros lugares donde comer. No se apresuró: tenía mucho tiempo antes de la cita con Karin y su amigo sin nombre.

Mientras tanto, siguió castigándose con la conclusión del caso de Schmesler. No paraba de darle vueltas a algo tan básico como que, si se trataba de un asesinato, el asesino escaparía de la justicia. Por si fuera poco, la mujer de Schmesler estaba condenada a pasar los días que le quedasen convencida de que la policía le había fallado. Esa idea lo remordía la conciencia.

Llegó quince minutos antes y lo condujeron a la mesa que había reservado Karin, en un rincón del restaurante y protegida de la vista de otros comensales por una hilera de plantas tropicales en macetones. Pidió un brandi para calentarse un poco y tamborileó el cristal del vaso mientras esperaba.

Captó la voz de Karin en conversación con un hombre que hablaba un alemán con acento, y un momento más tarde ambos aparecieron a la vista.

–¡Horst, querido!

Él se puso de pie y se besaron, y luego ella se apartó a un lado y señaló a su acompañante. Era un hombre alto y delgado, de treinta y tantos años, con gafas. Se quitó el sombrero y reveló entonces una frente amplia, con el pelo que ya clareaba. Bien arreglado y con ropa de aspecto caro, no se parecía en nada a los

desaliñados reporteros de los periódicos de Berlín a los que estaba acostumbrado Schenke.

–Horst, éste es mi amigo William Shirer.

El hombre le tendió la mano y sonrió.

–Karin me ha hablado mucho de usted, inspector.

–¿Ah, sí? –Schenke le dirigió una mirada fría. Dados los tiempos, lo más sensato era hablar lo menos posible de uno mismo.

Centró su atención en el hombre mientras los tres ocupaban sus lugares en el reservado: Schenke y Karin juntos, sentados frente al periodista. El oficial de policía reconoció el acento del hombre, lo que hizo que recordara de qué le sonaba su nombre.

–He oído hablar de usted. Es el corresponsal americano. El que no le gusta a Goebbels.

Shirer sonrió.

–¡Culpable!

Schenke se volvió hacia su novia.

–No es seguro estar en compañía de este hombre –murmuró–. ¿Por qué has hecho esto?

Ella le puso la mano en la muñeca.

–No nos han seguido. William se ha asegurado de ello. Sabe muy bien cómo funcionan las cosas en Berlín. Está acostumbrado a escapar de la persecución de la Gestapo. Sólo se ha reunido conmigo después de estar seguro de que no lo vigilaba nadie, y hemos tomado más precauciones antes de venir aquí. Estamos a salvo.

–¿A salvo? –dijo Schenke–. Nunca se está a salvo reuniéndose con gente que el partido no ve con buenos ojos.

Shirer tosió un poco.

–Comprendo lo que está diciendo, inspector Schenke. ¿O puedo llamarlo Horst?

Schenke notó una nueva oleada de incomodidad. La pregunta podía verse motivada por la informalidad del carácter americano, pero igualmente podía implicar un nivel de familiaridad con Karin que lo hacía recelar. No le gustó tampoco que los celos estuvieran implicados en la situación. ¿Cómo es que conocía tanto a ese americano para llamarlo «amigo» y correr semejante riesgo? Schenke sabía que era una convencida opositora del

partido nazi, y eso ya era peligroso por sí mismo. Pero aquel hombre, Shirer, lo complicaba todo aún más: era la señal de que ella se encontraba en un peligro mucho mayor de lo que él había sido consciente. Tendrían que hablar de aquello. Por el momento, miró con frialdad al americano.

–Preferiría que no usara mi nombre de pila.

–Como prefiera, inspector Schenke. –La mirada de Shirer se desvió hacia Karin–. ¿Estás segura de que debemos implicar al... inspector Schenke? No parece que esté muy receptivo.

–Puedes confiar en él –respondió Karin–. Y en cuanto conozca los detalles nos ayudará. Horst es un hombre que distingue el bien del mal y que pone la justicia por delante de todo.

–Soy policía –intervino Schenke–. Hago cumplir la ley. No soy un filósofo moral.

Karin le sonrió con afecto.

–Yo conozco tu corazón, cariño. Tú eres algo más que el policía de cara seria que se presenta ante el mundo. William quiere hablarte de un tema que concierne a la justicia tanto como a la ley.

–Entonces debería ir a la comisaría y hacer una declaración oficial.

–Ya lo he intentado –dijo Shirer–, pero no se ha emprendido ninguna acción. La policía no parece interesada.

–¿Y por qué cree que hablar conmigo supondrá una diferencia?

–Porque espero que al menos me escuche. Entonces quizá pueda hacer lo que sus colegas deberían haber hecho ya. Para ser franco con usted, he agotado todas las demás posibilidades. Ninguno de mis contactos alemanes en la prensa está interesado, ni tampoco la policía, ni los abogados a los que he consultado. Cuando hablé con un funcionario del partido me amenazó con la deportación. Usted es mi última esperanza.

–Karin debe de haberle dicho que yo soy investigador de la Kripo. Sólo me ocupo de los asuntos criminales más graves.

Shirer se ajustó las gafas y miró en torno, al restaurante, antes de continuar.

–Creo que se trata de un asunto criminal grave. ¿Querrá

escuchar lo que tengo que contarle?

Schenke dudó. Si tantos habían rechazado a Shirer, era probable que no existiese tampoco ningún interés en investigar las declaraciones que hiciera, o peor aún, que fuese incluso peligroso llevar las cosas más lejos. Pero no suponía daño alguno escuchar lo que quisiera decirle. Al menos eso sí que podía hacerlo, y así satisfacer a Karin. Si, como sospechaba, él no podía desempeñar ningún papel, el asunto se cerraría y la vida podría volver a la normalidad.

–Muy bien. Pero no puedo garantizar que tenga más éxito conmigo del que ha tenido con otros a los que se ha acercado.

Shirer se frotó las manos para calentarlas.

–Debería decirle que tras acudir a la policía descubrí cosas nuevas.

Schenke miró el reloj.

–Tengo que volver a la comisaría a las dos. Será mejor que sea directo y no se entretenga.

–Como desee –Shirer hizo una pausa para ordenar sus pensamientos–. Hace poco más de seis semanas, una familia vino a contarme que recientemente habían perdido a su hijo menor. Paul había nacido con una deformidad en la médula espinal, y eso significaba que llevaba confinado en el lecho la mayor parte de su vida. Sólo podían sacarlo fuera en una silla de ruedas. Pero era un chico inteligente y vivaz, tenía amigos a los que complacía su compañía, y una familia que lo amaba. Entonces, a finales de octubre, sufrió una infección del pecho leve, así que lo llevaron al hospital. Estuvo allí un mes, y luego aconsejaron a la familia que lo trasladaran a una clínica especializada, lejos de la ciudad, a las afueras de Postdam, donde el aire puro ayudaría a su recuperación. Accedieron y fue transferido allí.

»Durante el mes siguiente, les enviaron informes regulares diciendo que se estaba recuperando, aunque muy despacio, y justo después de Navidad les comunicaron que había muerto como resultado de una neumonía, y que su cuerpo ya había sido incinerado y sus posesiones repartidas a otros pacientes. Un día después, entregaron a la familia una urna con sus cenizas. Cuando pidieron un informe completo, éste reveló más o menos lo mismo que les habían dicho. De modo que le lloraron,

dispusieron que las cenizas fuesen enterradas en el nicho familiar de la iglesia católica local, e intentaron seguir con su vida.

–Es una historia muy triste –dijo Schenke–, pero familiar. Muchos niños con defectos de nacimiento mueren de manera prematura.

–Es cierto. Sin embargo, poco después le ocurrió algo muy parecido a un amigo de Paul. Tenía algún tipo de problema mental, pero estaba sano en otros aspectos. Lo enviaron a la misma clínica a las afueras de Postdam, después de ser examinado en el hospital, donde precisamente conoció a Paul. Parecía que se iba recuperando bien, pero en el centro se negaban a que la familia lo visitara bajo el pretexto de que era mejor que lo dejaran acostumbrarse a su nuevo entorno. Y, de pronto, igual que con Paul, les comunicaron que había muerto de un fallo cardíaco. Repito que el muchacho tenía una salud física perfecta. No tenía sentido alguno, así que, cuando las dos familias pusieron en común sus casos, empezaron a sospechar que había algo sospechoso en aquellas muertes.

–¿Una coincidencia quizá? –argumentó Schenke–. A veces los padres se niegan a aceptar la muerte de un hijo cuando está a cargo de otras personas. La suspicacia es natural.

–Eso lo entiendo, inspector. Pero fue el mismo médico el que autorizó la documentación para enviar allí a los dos niños.

–Otra coincidencia.

–Yo también lo pensé. Pero entonces encontré la pista de un joven celador que trabaja en el hospital, y éste me dijo que habían trasladado a docenas de niños a la misma clínica desde el verano anterior.

–¿Y todos habían muerto también?

–Eso no me lo pudo confirmar, pero sugirió que buscase en los registros públicos de defunciones.

–¿Y?

–Había un marcado incremento de la mortalidad de jóvenes con discapacidades mentales y físicas en los últimos meses del año, y casi todos concentrados en esa clínica.

Shirer hizo una pausa, lo que permitió a Schenke reflexionar sobre aquello antes de volver a hablar.

–Reconozco que suena sospechoso, pero es un asunto del que

debe ocuparse la policía local. Son los que tienen que investigarlo.

–Y, sin embargo, se niegan.

–Puede intentar hablar con la sección Kripo de Postdam. Pero, hable con quien hable, necesitará más pruebas para justificar una investigación. ¿Ha contactado con alguna de las otras familias?

Shirer sonrió con tristeza.

–La mayoría se negó a reunirse conmigo cuando supieron que era extranjero y periodista, pero algunos estuvieron dispuestos a hablar de manera extraoficial al no haber conseguido nada con las autoridades.

Schenke respiró hondo.

–¿Qué está sugiriendo usted, señor Shirer?

–No seas obtuso, Horst –lo regañó Karin.

–Quiero oírselo decir a él –insistió–. ¿Y bien?

Shirer se acercó más a él.

–Alguien está matando a esos niños. Al igual que los padres con los que he hablado, no creo que sus muertes sean naturales.

–Si lo que dice usted es cierto, el número de muertes debería resultar sospechoso. Dudo de que alguien que mate a esa escala pase inadvertido en la clínica en cuestión. Lo normal sería que a estas alturas alguien estuviese investigando el caso.

–No lo sé. Lo único que puedo confirmar es que los registros que he consultado muestran un incremento significativo del número de muertes, si lo comparamos con años anteriores. Las circunstancias de esos fallecimientos son extrañas, así como la forma en que se ha informado a las familias. Creo que es suficiente para sugerir que alguien con autoridad lo investigue. Pero cuando se ha suscitado el tema, por parte de esos padres y de mí mismo, lo único que hemos obtenido es un rechazo frío. Se nos dice que no hay nada que investigar y que proseguir con el tema sería un desperdicio de recursos públicos.

–¿Por qué está tan interesado en este asunto, señor Shirer? –preguntó Schenke–. ¿Qué hay en juego para usted? ¿Un buen artículo que vender a sus periódicos americanos sobre el lado sórdido de la sociedad alemana? ¿Es eso?

–No. –Shirer movió la cabeza con gesto pesaroso al oír la

acusación–. Es más bien un tema personal. La tía de Paul ha limpiado mi casa desde que llegué a Berlín. Me llevo muy bien con ella, creo que es una buena persona. De modo que, cuando me contó lo que le he contado, me ofrecí a ayudarle de cualquier forma que pudiera, por poco que fuera. Sólo con el objetivo de ayudar a alguien que lo necesita. De vez en cuando, hasta el periodista más encallecido se deja llevar por motivos altruistas. Dios sabe que muchos de mis compañeros se merecen la reputación que se han ganado, pero la mayoría son hombres y mujeres buenos.

–Ya lo veo. ¿Y por qué ha metido a Karin en esto?

–Somos amigos desde hace unos cuantos años. Le mencioné a ella lo que había descubierto antes de saber que usted era oficial de la Kripo.

–Ha sido idea mía que William hablase contigo, Horst. –Karin le cogió la mano–. Le dije que eras un buen hombre. ¿Qué mal hay en ello? Reconozco que no quería implicarte al principio, pero no se me ocurrió nadie mejor a quien recurrir cuando oí la historia.

–¿Pero qué crees que puedo hacer yo al respecto? Las investigaciones tienen que discurrir por los canales correctos. A menos que la Orpo me envíe a mí directamente el asunto, no puedo verme implicado.

–Pero sí te implicaste en la muerte de aquel doctor –señaló Karin–. Investigaste las pruebas porque te lo pidió un familiar.

Schenke rechinó los dientes.

–Eso era distinto. Los de la Orpo ya lo habían investigado, de modo que yo tenía autoridad suficiente para revisar sus hallazgos. No sería habitual que yo iniciase una investigación antes de que la Orpo se involucrase.

–¿Y si hablase usted con los familiares de las vícitmas? –los interrumpió Shirer–. Conozco a una pareja que vive en Pankow. Puedo arreglarlo. Así podrá tomar una decisión. Si cree que no se puede hacer nada, lo olvidaré. Su palabra bastará para mí. Si, por otra parte, decide que el tema debe ser investigado, puede acompañarlos a comisaría y convencer a los policías uniformados de que acepten la denuncia y la pasen a la Kripo para que la investigue.

–Ése no es el procedimiento habitual –replicó Schenke, cortante–. No es así como se hacen las cosas en Berlín. Me parece muy bien que a ustedes, los americanos, les guste jugar con la ley a tontas y a locas, pero ésta no es ninguna ciudad fronteriza del Salvaje Oeste. Aquí en Alemania hacemos las cosas según las reglas.

–Me temo que ha visto usted demasiadas películas americanas, inspector. –Shirer hizo una pausa y luego continuó con una ligera sonrisa–. De todos modos, yo no pienso que su actual gobierno respete la ley más que de boquilla, ni creo tampoco que siga las normas.

Schenke se tomó aquello como una ofensa a su patriotismo, pero la verdad era que tenía toda la razón, y él lo sabía bien. El partido trataba la ley con desdén. Acusaban a los jueces de ser enemigos del pueblo cuando emitían juicios que no les convenían, y usaban la custodia protectora como cobertura para arrestos en masa de oponentes políticos. El partido nazi y sus líderes no eran mejores que los gánsteres y malvados hacendados ganaderos representados en las películas a las que Shirer se había referido. Sólo que éstos no eran ficticios.

Notó que Karin lo observaba muy de cerca y sintió un doloroso cansancio al pensar en todos los compromisos que había tenido que hacer desde que el partido se hizo con el poder. Se podía seguir la corriente y notar cómo tu alma se iba marchitando y moría debido al incremento cotidiano de transigencias, o bien defender lo que era correcto para así sentirte limpio. Aunque ello supusiera enfrentarse a unas peligrosas consecuencias.

–Está bien, lo haré –dijo en voz baja–. Hablaré con la familia. Haga los arreglos y que Karin me dé los detalles. Preferiría no ser visto en su compañía ni tener contacto directo con usted, a menos que sea necesario.

–Lo entiendo –asintió Shirer–. Sé que no será fácil para usted. Gracias.

–No lo hago por usted.

–Me parece normal, pero le doy las gracias de todos modos. Ojalá hubiera más gente como usted en Alemania. Desearía que más personas hubiesen levantado la voz cuando aún existía tal

oportunidad.

Schenke le sonrió con aire triste.

–Yo también lo deseo.

Shirer miró el reloj.

–Debo irme. Tengo una cita con uno de los ayudantes de Goebbels para hablar del discurso que dio el Führer en el Sportpalast la otra noche. Ya sabe, el del séptimo aniversario de la toma del poder de los nazis. ¿Lo ha oído por la radio?

–Sólo una parte –respondió Schenke.

–Sus comentarios sobre Chamberlain, Daladier y Churchill fueron bastante condenatorios. Pero lo que más me sorprendió fue lo que dijo de la guerra: «Ellos han empezado la guerra. Así que tendrán toda la guerra que quieran».

–¿Y qué?

–Me parece una frase muy peculiar para alguien que asegura ser un hombre de paz. Siempre imaginé que un hombre así no habría ordenado que su ejército invadiese Polonia y provocase el conflicto. ¿Qué opina usted, inspector?

Schenke se lo quedó mirando.

–Creo que algunos alemanes estarían de acuerdo en que se trata de un comentario justo, señor Shirer.

El americano le devolvió la mirada con ironía.

–Gracias, inspector... Los dejaré que almuercen. –Se levantó del reservado–. Adiós, por ahora. Espero que nos volvamos a ver en circunstancias más felices.

En cuanto Shirer se hubo ido, Karin se volvió y besó a Schenke en la mejilla.

–Estás haciendo lo correcto –dijo.

–Ah, sí, no tengo duda de ello. –Schenke levantó la mano e hizo señas al camarero para indicar que ya estaban listos para pedir–. La cuestión es si estoy haciendo lo más sensato.

Capítulo diez

La comida no fue nada alegre. Schenke estuvo tentado de culpar a Karin, pero la verdad es que él había elegido, para bien o para mal, así que era responsabilidad suya. Sin embargo, ella había ejercido una cierta presión moral aprovechándose de su afecto, y eso no le parecía nada bien. Así que hablaron muy poco mientras comían, conscientes de la necesidad de no atraer demasiado la atención. Ambos sabían que discutirían más en serio aquella misma noche, en la privacidad de su piso. Se acabaron el plato principal, pero no tomaron postre ni café. Schenke pagó la cuenta, se separaron en la puerta, con un beso de circunstancias, y se fueron cada uno por su lado.

Mientras caminaba, Schenke se metió las manos enguantadas en los bolsillos y bajó la barbilla hundiéndola en su bufanda, como se habían acostumbrado a hacer muchos berlineses desde que aquel invierno congelado se apoderara de la capital. Con la cabeza baja y los hombros encogidos, levantaba la vista sólo para ver por dónde iba o al cruzar una calle. Aquella ciudad parecía estar poblada de desconocidos.

Al dar la vuelta a la esquina hacia la comisaría, una mujer que estaba en la entrada de una tienda lo miró y luego salió a la calle y apretó el paso para ponerse a su altura.

–¿Horst? –Habló lo bastante alto para que él la oyera, pero no tanto como para que cualquier desconocido tuviera la curiosidad de volverse hacia ella.

Reconoció la voz de inmediato, pero siguió avanzando unos cuantos pasos más hasta detenerse, poco después, ante el

escaparate de una tienda de juguetes. Había todavía alguna guirnalda de Navidad en torno al escaparate, y un par de muñecas con redondeles de trenzas rubias a ambos lados de la cabeza, que lo miraron sin parpadear. Por debajo vio en perfecta formación unos cuantos coches de juguete, y notó un pinchazo al ver que uno de ellos era el mismo modelo de Mercedes que había conducido para el equipo de los Silver Arrows, antes del accidente que puso fin a su carrera. A su alrededor, se veían tanques de juguete, piezas de artillería y aviones, todos ellos con la insignia roja, blanca y negra del partido, que desde hacía tiempo había sustituido a los antiguos emblemas nacionales.

Ella se acercó más y miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca.

–¿Qué estás haciendo aquí, Ruth? No teníamos que reunirnos hasta mañana.

–Hablaste con Brigitte Schmesler. Le dijiste que no podías investigar la muerte de Manfred. –Su tono era acusador.

–Sí, lo hice.

Ella le miró.

–¿Por qué no?

–Mi superior asegura que el veredicto original es correcto, que la causa de la muerte fue el suicidio.

–¿Y tú crees eso?

–No, por lo que he visto. Es posible que fuese asesinado.

–Entonces, ¿por qué no estás buscando a su asesino?

–No puedo. Se me ha ordenado que abandone el caso. La decisión ha venido de más arriba en la cadena de mando. Quieren que el caso se cierre.

Ruth se volvió hacia él, desbaratando cualquier fingimiento de que eran dos viandantes que por casualidad estaban mirando el mismo escaparate. De inmediato, Schenke se sintió vulnerable. Examinó a su alrededor con rapidez, pero las demás personas que había en la calle no parecían prestar atención. Ella lo fulminó con sus intensos ojos negros.

–¿Por qué?

–No lo sé.

–¿Y no te preocupa?

–Pues claro que me preocupa. Pero no puedo hacer nada. Me

he jugado el cuello por ti en esto. Estoy de acuerdo con tu amiga. No fue suicidio. Pero, a menos que reabran el caso y se lo asignen a la Kripo, no puedo hacer nada más por ti.

–Ya lo veo... Entonces, dime, ¿cómo va a conseguir justicia Brigitte para su marido?

Schenke se encogió de hombros.

–Podrías investigarlo por tu cuenta –dijo ella.

–No. –Su respuesta fue seca, pues a esas alturas estaba enfadada con ella–. No soy un investigador privado. Además, no sabría por dónde empezar siquiera sin los recursos de la Kripo y la autoridad para interrogar a la gente. Y si mis superiores se enterasen, tendría graves problemas. Eso tienes que entenderlo.

–Sí, supongo que sí. Entonces tendré que hacerlo yo sola.

–Por el amor de Dios, eso es una locura. Sería arriesgado para mí y mucho más aún para ti.

No tenía necesidad alguna de mencionar por qué. Ambos sabían lo peligroso que era para una judía atraer la atención de las autoridades. Pero él veía la determinación en su expresión.

–¿Por qué te estás implicando en esto? –le preguntó–. Tú eres judía. Schmesler era miembro de las SS, la organización responsable de las injusticias que se han cometido contra ti y contra tu pueblo. –Movió la cabeza–. Estás loca.

–No puedo evitarlo. –Sonrió débilmente–. Tengo mis motivos.

–¿Ah, sí? ¿Y cuáles podrían ser ésos?

–Manfred se unió a las SS por una razón determinada.

–¿Qué quieres decir?

–Quería proteger a su mujer.

Schenke frunció el ceño.

–¿Protegerla?

Ruth dudó un momento y luego respondió.

–Brigitte es hija ilegítima. Su madre aseguraba que su padre era un danés al que conoció brevemente en su juventud. Más tarde, después de que Brigitte conociera a Manfred, Ilse le contó la verdad. Su padre era un judío de Berlín.

–Y, a pesar de eso, Manfred se casó con ella...

–¿Por qué no iba a hacerlo? –replicó Ruth–. Estaban enamorados. Su secreto sólo se convirtió en un problema

después de que los nazis llegaran al poder. De modo que Manfred se unió a las SS para protegerla. Muchos doctores se unen a ellos para medrar en sus carreras. Era natural que él también los imitara y asegurase que ése era el motivo.

Schenke pensó un poco en todo aquello.

–Era un riesgo enorme el que estaban corriendo los dos.

–Quizá, pero ahora entenderás por qué quiero ayudar.

–Puedes llegar a lamentar esa tozudez tuya.

–Lo más probable. Pero es una posibilidad que estoy dispuesta a afrontar con tal de hacer lo correcto. –Lo miró directamente–. Creo que te conozco lo bastante bien para saber que tú sientes lo mismo.

Tenía razón, pero le molestó mucho que su código moral fuese tan obvio para ella.

–Mira, no es sensato que ninguno de los dos se vea implicado en esto, pero te lo debo, Ruth. Gracias a ti, capturamos al asesino de aquellas mujeres antes de Navidad. Y, dicho esto, si veo que se está volviendo demasiado peligroso, entonces se acaba todo, para los dos. Ésos son mis términos. ¿De acuerdo?

Ruth se quedó callada un momento y luego asintió.

–Quiero que me des tu palabra –la presionó él.

–Sí. Estoy de acuerdo.

–Muy bien... Si estás tan decidida a que se haga justicia, y si quieres toda la ayuda que yo te pueda prestar, entonces necesitaré información. Tienes que pedirle a Frau Schmesler cualquier nombre que te pueda dar de personas que conocieran a su marido en el ámbito profesional. Cualquier lugar que mencionase en conexión con su trabajo. Me sorprendería que ella no fuera capaz de proporcionar al menos unas cuantas pistas.

–Hablaré con ella de todo esto.

–Ésa es la parte fácil. Si ella te dice algo, tendrás que hacer el trabajo de campo inicial. Encontrar a las personas que ha mencionado, dónde trabajan, dónde viven, y luego pasarme la información a mí.

–¿Y qué harás tú?

–Tendré que tener mucho cuidado. No puedo interrogar a nadie directamente sobre la muerte de Schmesler, por si llega a oídos de mis superiores. Necesitaré hallar otra forma de

acercarme a ellos. Si descubro alguna pista lo bastante relevante para justificar la reapertura del caso, quizá mis superiores hagan lo que tendrían que haber hecho en primer lugar. Pero no quiero que tengas demasiadas esperanzas, Ruth. Y lo mismo ocurre con Brigitte. Existe la posibilidad de que no descubras nada que nos ayude a llevar el caso más lejos. Y entonces tendremos que dejarlo todo, como hemos acordado. ¿Entendido?

Ruth asintió.

–¿Cómo contacto contigo si tengo que pasarte alguna información?

La siguiente tienda que había en la calle estaba tapada con tablas. Un rótulo desvaído encima de ella revelaba que en otra época fue una mercería judía. Habían pegado carteles del partido encima de las tablas que la cerraban. Advirtió que una puerta quedaba algo retrasada con respecto a la calle, y Schenke la señaló.

–Si tienes que hablar conmigo, dibuja una esvástica con tiza en la parte inferior de la puerta. Cuando la vea, la borraré y me reuniré contigo aquí a las doce treinta durante el tiempo que tengo para desayunar. Haré lo mismo si necesito contactar contigo. ¿Está claro?

–Sí. Aunque no me hace ninguna gracia dibujar una esvástica en la puerta de una tienda judía.

–¿Y a qué judío le gustaría? Por eso te lo sugiero. Para ayudar a protegerte si alguien te ve haciéndolo.

–¿Y si me ven borrando la tuya? –preguntó ella, con una sonrisa irónica.

No había pensado en eso.

–Hazlo con toda la discreción que puedas. No debemos ser vistos juntos en ningún momento, por nuestro bien. Ahora tengo que irme.

Una expresión de dolor pasó fugaz por el rostro de Ruth.

–Muy bien. Procura cuidarte, inspector.

Schenke se volvió y se alejó hacia la comisaría sin mirar atrás. Se dijo que había pocas oportunidades de que ella descubriera alguna información que ayudara a rastrear al responsable de la muerte de Schmesler. Además, existía el peligro de que sus investigaciones la metieran en líos con las autoridades y que la

enviaran a un campo. Se detuvo, miró hacia atrás, dispuesto a seguirla y convencerla de que cambiara de opinión. Pero ella se había ido ya.

* * *

Tenía una nota del Oberst Kleist en su escritorio cuando regresó a la oficina. Era una petición de puesta al día del caso de las falsificaciones, que examinó con evidente desgana. Durante un momento, se sintió tentado de hacerle saber a su superior que el caso estaba estancado debido al retraso del informe de Widmann sobre los tintes, pero descartó la idea para no parecer uno de esos funcionarios que siempre están poniendo excusas. Tampoco quería poner en apuros a Widmann, quien no tenía la culpa de que le hubiesen asignado otra tarea. Schenke sabía por experiencia que, cuando varios superiores le encomiendan trabajos distintos a un subordinado, ninguno de ellos quiere ser el segundo plato. El mérito por la resolución de un caso se eleva por la cadena de mando, beneficiando sobre todo a los que dan las órdenes, mientras que con la responsabilidad por los errores ocurre todo lo contrario: la culpa recae en los investigadores. Así que pensó que mejor si resolvía el asunto personalmente.

Tras decirle a Hauser que iba al laboratorio de Widmann para buscar el informe, tomó el coche para ir al centro de Berlín. El centro forense estaba en un edificio moderno y sencillo, a poca distancia del cuartel general de la Oficina Principal de Seguridad del Reich, en Prinz-Albrecht-Strasse. Schenke aparcó detrás del edificio. La luz ya estaba empezando a desvanecerse cuando rodeó la entrada delantera y mostró su insignia al policía uniformado del mostrador de recepción, un hombre flaco, de cincuenta y tantos años, con el pelo gris.

–Tengo que hablar con alguien del departamento de química.

–¿Tiene usted cita, señor?

–No.

–Ya veo. Un momento, por favor. –El policía levantó el receptor del teléfono que tenía en el mostrador y pidió que lo pasaran con el laboratorio de química. Un momento más tarde,

Schenke oyó una fina voz femenina, pero no pudo distinguir lo que decía. El policía le transmitió su petición y luego levantó la vista–. ¿Con quién desea hablar, señor?

–Con la persona que el jefe de la unidad de análisis químicos, el doctor Widmann, ha dejado a cargo de todo.

Hubo otra conversación breve.

–El doctor Widmann ha sido transferido temporalmente, señor.

–Ya lo sé, maldita sea. Tengo que hablar con la persona responsable de su trabajo durante su ausencia. –Se inclinó hacia delante y lo fulminó con la mirada–. Ahora.

Se repitió la exigencia y, tras un corto retraso, el policía volvió a colocar el receptor en la horquilla.

–Alguien baja a verlo, señor.

Señaló una zona de espera con bancos, en la parte posterior del vestíbulo de entrada, pero Schenke se negó a sentarse. Prefirió pasearse de aquí para allá, irritado por el dolor de la rodilla. «Maldito invierno», pensó. Sólo se detuvo cuando escuchó pasos que se acercaban. Entonces apareció un hombre joven, de unos veintitantos, y, aun así, con una calvicie más que evidente. Lucía un fino bigote estilo cepillo, bajo el cual se dibujó una sonrisa nerviosa cuando llegó a su lado.

–¿Inspector Schenke?

–Sí. ¿Y usted es...? –quiso saber, con cierta brusquedad.

–Técnico de laboratorio Hilfrich, señor.

–Y Widmann lo ha dejado a cargo a usted... –dijo el policía, dubitativo.

–Sí, señor.

Negó con la cabeza.

–Entonces tendremos que arreglarnos como podamos.

–Haré lo posible para ayudarlo. –Hilfrich no ocultaba su resentimiento.

–Bien. Necesito saber qué progresos ha hecho Widmann con las pruebas comparativas que estaba llevando a cabo con los cupones de racionamiento falsificados que le entregó mi departamento. ¿Sabe algo de eso?

–Pues claro, señor. Estábamos haciendo análisis cuando llamaron al doctor Widmann. Redactaré el informe en cuanto

tenga oportunidad.

–¿Así que tiene los resultados?

–Sí, señor.

–¿Y no ha pensado en llamar a Pankow para informarme?

–No me dijeron que fuera urgente.

–Pues le digo ahora que sí lo es. ¿Y?

–Las pruebas demuestran que los tintes coinciden, señor. Todos ellos.

Era la primera buena noticia que había tenido Schenke desde hacía días.

–Quiero que complete el informe de inmediato y lo envíe a Pankow. ¿Ha quedado claro?

–Sí, señor.

–Quizá tenga que hablar con Widmann cuando vuelva. ¿Tiene alguna idea de cuándo será eso?

–Se me dijo que no más de dos semanas.

–¿Dos semanas? –Schenke frunció el ceño–. Si no es un asunto confidencial, ¿cuál es el objetivo de su asignación?

Hilfrich se encogió de hombros.

–No es ningún secreto. Lo han asignado a un comité que está redactando las líneas principales en el uso de pesticidas en hospitales, barracones, prisiones y campos. Ese tipo de cosas.

–No es el mejor uso para los talentos de un científico forense con experiencia.

–Órdenes son órdenes, señor.

–Sí, eso es. Y ahora usted tiene las suyas. Quiero ese informe en mi escritorio a primera hora de la mañana. Le sugiero que se ponga a ello de inmediato, Hilfrich.

Schenke se dio la vuelta y salió del edificio. Fuera, la oscuridad se iba haciendo más espesa, así que apretó el paso y volvió al coche que le habían asignado en la flota de vehículos. Advirtió la presencia de un camión a poca distancia. Al acercarse, salió de la cabina un hombre con sombrero oscuro y chaqueta corta de cuero.

Schenke llegó junto a su coche y se detuvo para buscar las llaves en su bolsillo.

–¿Inspector Horst Schenke?

Se volvió hacia el individuo, espoleado por su sexto sentido.

–¿Quién es...?

Demasiado tarde para reaccionar, a pesar de que había escuchado el crujido, unos pasos por detrás, en la acera cubierta de nieve. Antes de que pudiera darse la vuela, vio un relámpago blanco cegador. No sintió el golpe en la parte posterior de la cabeza, ni el impacto contra el suelo, pero, aun así, cayó sin sentido en el oscuro pozo del olvido.

Capítulo once

Una súbita y violenta sacudida devolvió la conciencia a Schenke. Abrió los ojos, pero a su alrededor todo seguía siendo un negro absoluto e insondable, así que supuso que algo le tapaba la cara, una tela áspera a juzgar por el roce de la piel. También pudo percibir que un motor se ponía en marcha, acompañado del traqueteo propio de un camión. El vaivén lo hizo rodar de lado hasta darse en la cabeza contra algo frío y duro. Se le escapó un gruñido de dolor.

–Quédate quieto, idiota –ordenó una voz, mientras alguien lo ponía de espaldas y lo apretaba hacia abajo con lo que parecía una bota.

Intentó resistirse, pero tenía los tobillos y las muñecas muy bien atados, así que sólo pudo derrumbarse hacia atrás. Tenía un dolor de cabeza tremendo y notaba unas náuseas que le subían desde el estómago que a duras penas podía contener. Necesitó humedecerse la boca antes de hablar, pues tenía la lengua seca e hinchada sin saber muy bien por qué.

–¿Qué cojones está pasando?

–¡Cierra la puta boca! –Un pie calzado lo presionó de manera salvaje.

–¿Quién demonios eres tú? –Schenke levantó la voz y gritó–. ¡Socorro! ¡Socorro!

Un fuerte golpe contra la mandíbula apagó el grito, a lo que acompañó un murmullo muy cerca del oído:

–Si no dejas de armar escándalo, te pegaré tan fuerte que pasarán horas antes de recuperes el sentido otra vez.

Schenke gimió con renovada agonía, y entonces notó el sabor de la sangre en su labio partido.

–Voy a vomitar.

–Yo que tú no lo haría. Y cierra la boca, inspector.

El camión rebotó en otro bache antes de que la carretera diera paso a un terreno desigual. Schenke se veía arrojado violentamente de un lado y otro. Mientras se sujetaba lo mejor que era capaz, intentó dilucidar quién podía haberlo secuestrado delante del laboratorio criminal, pero no se le ocurrió nadie. Hacía falta una confianza absoluta y una cuidadosa planificación para actuar con semejante eficiencia.

El camión cambió de marcha y empezó a aminorar. El motor ahora ronroneaba más calmado, lo que le dijo a Schenke que habían entrado en un edificio. Hasta que el vehículo frenó de repente y las vibraciones que sentía bajo su cuerpo cesaron. Oyó el chasquido metálico de una cadena y un roce al bajar la portezuela posterior.

–¡Sal de ahí! –le ordenó una nueva voz.

De inmediato, notó que alguien lo cogía por el cuello de su abrigo, lo arrastraba un trecho y lo entregaba a otra persona. Decidió, pues, que al menos eran tres individuos. A continuación, lo levantaron a plomo por los brazos, tras lo cual le desataron los tobillos. Cuando cayeron todas las ataduras, tensó el cuerpo y apoyó bien los pies, con las rodillas ligeramente dobladas.

–Ni se te ocurra intentar escapar. No irás muy lejos y lo único que conseguirás es cabrearnos –le advirtió la segunda voz.

–¿Quién demonios sois? –les preguntó.

–Es mejor que no lo sepas, inspector Schenke. No te haría ningún bien. Ponedlo en la silla.

Lo arrastraron por un suelo de cemento hasta sentarlo en una silla normal, con respaldo. Con sólo levantar la cabeza, podía ver la luz a través de la tela con la que lo habían cubierto, así que fue capaz de distinguir que estaba sentado delante del camión, iluminado por los faros. Una sombra pasó por delante de él, tras lo que oyó el roce de las botas en la tierra que cubría el suelo.

–Esto será rápido si colaboras y respondes a mis preguntas. Si creo que me estás mintiendo, esto es lo que recibirás.

Algo muy pesado impactó con fuerza en el brazo izquierdo. El efecto del golpe fue instantáneo y doloroso.

–Verdad o porrazo, tú eliges. ¿Está claro?

Rechinó los dientes mientras esperaba que el dolor cediera, y luego asintió.

–Bien. Empecemos, entonces... ¿Por qué te interesa el doctor Schmesler?

–¿Schmesler?

–Responde a la pregunta. ¿Por qué estás investigando su muerte?

–Su mujer estaba segura de que no se había suicidado. Aseguraba que fue asesinado. De modo que avisaron a la Kripo.

–¿Quién te dio la orden de investigar esa muerte?

–No hubo ninguna orden. Actué por iniciativa propia.

Otro golpe cayó en el mismo sitio que el primero. Un dolor intenso penetró en su brazo y le hizo expulsar un grito agudo.

–Estás perdiendo el tiempo. No te oye nadie. Te he dicho lo que pasaría en caso de mentir. Lo pregunto otra vez: ¿Quién dio la orden?

Schenke hizo una mueca y por fin pudo dar una respuesta.

–Es cierto, lo juro por Dios. Fui yo quien decidió investigar la muerte de Schmesler.

–Este hijo de puta sigue mintiendo –gruñó alguien más, a la izquierda de Schenke–. Pégale otra vez.

–¡No! –El policía agitó la cabeza–. Es verdad.

–No toda, estoy seguro –continuó el primer hombre–. Uno no decide investigar un asunto como ese sólo por gusto. ¿Por qué te llevaste a dos de tus compinches para husmear en casa de Schmesler?

«Así que estaban vigilando la casa», pensó Schenke. «¿Quién demonios son?».

–Me llamó una persona cercana a la familia. Decía que la Orpo se había apresurado a considerar la muerte como suicidio, pero la mujer de Schmesler estaba convencida de que no lo era, y quería que la policía iniciase una investigación por asesinato. Yo le dije que leería el expediente y buscaría alguna prueba de que había causas justificadas para reabrir el caso.

–¿Quién te llamó?

El pulso de Schenke se aceleró debido a la ansiedad. No quería recibir otro golpe, pero no estaba dispuesto a delatar a Ruth.

–Un primo de la familia. Me llamó a mi despacho para plantearme las preocupaciones de Frau Schmesler y...

–¿Un primo?

–Dijo que era un primo, pero yo no lo creí.

–¿Por qué no?

Schenke negó con la cabeza.

–Por la forma que tenía de hablar. Algo no me cuadraba.

–¿Entonces por qué le escuchaste?

–Había detalles en el expediente que apuntaban al crimen. Lo suficiente para convencerme de que aportara una nueva visión. Si era un asesinato, mi deber era que derivase en una investigación criminal.

–¿Quién crees que era el hombre que contactó contigo?

–Sinceramente, no lo sé.

Su interrogador se quedó callado un momento.

–¿Qué concluiste tras examinar las pruebas?

–Descarté el suicidio.

–¿Cómo puedes estar seguro?

Schenke describió su examen del estudio de Schmesler y las dudas de que el doctor hubiese podido dispararse a sí mismo, como quedó reflejado por la Orpo.

–¿Qué ocurrió después?

–El comandante de la comisaría me ordenó que no siguiera trabajando en ese tema. Dijo que el caso estaba cerrado y que lo dejara así.

Hubo un silencio tenso antes de que el desconocido hablase de nuevo.

–¿Por qué crees que tu superior no aceptó la investigación?

–Le ordenaron que se asegurase de que la muerte quedaba registrada como un suicidio. Pero eso ya lo sabíais vosotros. No pasa gran cosa en Berlín hoy en día que pase desapercibido para los matones de la Gestapo. –Era una provocación deliberada, así que Schenke aguzó el oído en busca de cualquier indicio que confirmase sus sospechas.

–¿Alguien le dijo a tu superior que ignorase las pruebas? –La

sorpresa del interrogador estaba clara–. ¿Quién?

–No me dio ningún nombre, sólo que le había llegado a través de la cadena de mando que la decisión oficial era que Schmesler se había suicidado, y que el asunto estaba cerrado.

–Mierda... –murmuró otra voz–. ¿A qué cojones están jugando?

–¡Silencio! –saltó el interrogador–. Aquí el único que habla con el poli soy yo. Los demás mantened la boca cerrada. ¿Me habéis oído?

«¿Los demás? ¿Cuántos?», se preguntó Schenke. Intentó situar los sonidos a su alrededor y estimó que eran más de tres, como había creído hasta entonces.

–¿Quiénes sois? –preguntó–. ¿Para quién trabajáis? ¿Müller? ¿Heydrich?

–Como te he dicho, será mejor que no lo sepas –replicó el hombre–. Digamos sencillamente que es de esa gente que lo quiere todo limpio y ordenado. De modo que no se pusieron muy contentos cuando tú metiste las narices donde no debías. ¿Y los hombres que estaban contigo? ¿Saben lo que tú sabes?

–Sí.

Cogió aire con fuerza.

–No nos estás ayudando, inspector.

Schenke vio un atisbo de esperanza.

–Si me pasa algo, tendréis que silenciarlos a ellos también. Y me imagino que la muerte de tres oficiales de la sección de la Kripo de Pankow no se la van a tomar a la ligera. Eso destruiría cualquier esperanza que tuvieran tus superiores de que la muerte de Schmesler quedase encubierta.

Una sombra ocupó un espacio frente a él.

–¿De verdad crees eso, inspector? Me resulta difícil creer que puedas ser tan ingenuo. Los baremos de la Kripo deben de haber bajado muchísimo, si están nombrando a idiotas como tú para que lleven sus asuntos. Ya sabes de qué va la cosa, Schenke. Los que están en el poder, aquellos para los que trabajamos, no se andan con sutilezas legales. Miles de cuerpos han sido enterrados ya bajo los cimientos del nuevo orden. ¿Qué más da tres más?

Dejó que la amenaza quedase flotando en el aire un momento, y luego continuó:

–Dicho esto, sería una lástima quitarle a la Kripo tres buenos hombres, que serán necesarios para otros menesteres. Esto es lo que va a pasar. Te vas a olvidar de la muerte de Schmesler. Tú y aquellos de tu sección que sepan algo de esto. No hablarás de este asunto con nadie más. Si lo haces, puedes estar seguro de que lo averiguaremos, y la próxima vez no seremos tan comprensivos. ¿Ha quedado claro, inspector?

–Sí.

La figura se acercó más y algo duro presionó la sien de Schenke. Notó un pinchazo de terror al darse cuenta de que era el cañón de un arma. El arma saltó cuando el hombre hizo retroceder la corredera con un clic.

–Escúchame bien: si mencionas a la policía esta pequeña conversación, morirás. Si intentas reabrir el caso Schmesler, morirás. Si hablas otra vez con Brigitte Schmesler, morirás. Si intentas averiguar quiénes somos, morirás. Si haces algún comentario a la prensa sobre el caso Schmesler, morirás. Si intentas que algún oficial superior eche un nuevo vistazo a la muerte de Schmesler, morirás. ¿Queda entendido?

–Sí.

–Bien. Entonces nuestros asuntos aquí han concluido. Ya sé que eres un buen policía, Schenke, de modo que dirige tus esfuerzos a otros casos y olvídate de que alguna vez has oído el nombre de Schmesler.

Schenke notó que unas manos lo cogían y lo levantaban de la silla. Lo volvieron a meter en el camión, echándolo de lado. Unos cuantos subieron también a su alrededor, volvieron a poner en marcha el motor y el vehículo salió traqueteando del edificio para internarse en la noche. Unos diez minutos después, tras meterse por un camino, el vehículo se detuvo de nuevo. Lo sacaron del camión y lo arrastraron por la nieve, para dejarlo caer de rodillas. Una vez más, notó la boca del cañón de una pistola apretada contra su cabeza.

–Dentro de un momento te voy a soltar las manos –explicó el que lo había interrogado–. Te quedarás quieto y no te quitarás la capucha. Si lo haces...

–Moriré –asintió Schenke–. Ya lo pillo.

El tipo soltó un bufido de regocijo antes de hablar de nuevo.

–Creo que estamos haciendo progresos, inspector. Ahora volveremos al camión. Serás visible con la luz de los faros, de modo que no te muevas antes de tiempo o volveré a por ti para atarte. La noche es lo bastante larga y fría para que mueras congelado. En cuanto dejes de oír el motor del camión, cuenta hasta cien y quítate la capucha antes de volver a casa. Olvida que todo esto ha ocurrido.

–No existen muchas probabilidades de eso. Esto no es ese tipo de cosas que le ocurren a la gente a menudo.

–Te sorprenderías. Muchos con los que hablamos no vuelven a casa. Ya te hemos advertido, así que no tientes más a la suerte. Alemania necesita buenos hombres, no problemáticos.

–Gracias por el consejo.

La boca del cañón seguía apretada contra su cabeza, y, sin embargo, Schenke notaba una curiosa sensación de regocijo junto con el miedo que atenazaba su cuerpo. La menor presión en el gatillo era lo único que se requería para volarle los sesos. Su actitud chulesca era sólo una actuación. Era lo único que lo separaba de ceder al terror puro y duro.

Quitaron el arma y se oyó de nuevo el chasquido del seguro. Un momento más tarde, notó unas manos que trasteaban con las cuerdas que le ataban las muñecas.

–Recuerda: quédate quieto hasta que nos hayamos ido.

Unos pasos crujieron por la nieve antes de que las portezuelas del camión se cerraran de golpe y el motor volviera a cobrar vida. Con un traqueteo, el vehículo retrocedió y los delgados rayos de los faros atravesaron la basta tela de la capucha. Schenke se quedó muy quieto, sin la menor intención de quitársela mientras la luz desaparecía y el camión se alejaba. Tal y como le habían pedido, esperó a que el ruido del motor se desvaneciera. A partir de entonces, lo único que pudo escuchar fue el silbido distante de un tren y el traqueteo de unas ruedas pesadas que pasaban por encima de un cambio de agujas.

Se quitó al fin la capucha de la cabeza y notó una oleada de aire helado en la cara. Estaba oscuro: la única iluminación procedía del leve resplandor de la nieve que lo rodeaba. Estaba sentado en un pequeño claro, con árboles a cada lado del camino por donde había venido el camión. Se quitó los guantes, se

desató los tobillos y fue andando por aquel camino en la misma dirección que había tomado el camión.

Después de cincuenta metros, los árboles dejaron paso a un gran terreno abierto. Al otro lado pudo distinguir la masa oscura de un edificio grande. Se dirigió hacia el espacio abierto cubierto de nieve, al trote, a pesar del dolor que sentía en la pierna mala. Al acercarse más, advirtió que los grandes bultos que había visto en la oscuridad eran aviones. Se encontraba, pues, en el aeropuerto de Tempelhof, cuya extensa estructura parecía una enorme águila vista desde el aire.

Se abrió una puerta, de la que surgió una luz débil que iluminó la silueta de un hombre con mono antes de volver a cerrarse. Se encendió una cerilla y justo después Schenke vio el resplandor rojo de un cigarrillo.

–¡Eh, usted! –lo llamó, mientras iba tambaleándose por la nieve junto al oscuro bulto de un avión de transporte Junkers.

–¿Quién anda ahí? –respondió, dejando caer el cigarrillo recién encendido–. ¿Quién es?

Se acercó ya cojeando tras aminorar el paso.

–Necesito ayuda.

–¿Quién es usted? –preguntó el hombre.

–Policía. Déjeme entrar en el edificio –jadeó Schenke–. Le enseñaré mi placa.

La silueta oscura se movió hasta abrirle la puerta. Una cuchilla de luz apuñaló la nieve, y Schenke pasó junto al hombre hacia la calidez de un taller iluminado por una bombilla solitaria. A la derecha, la pared estaba forrada de estantes con piezas de repuesto para los motores de los aviones. El taller lo calentaba un dispositivo de gas que siseaba, con unas placas de cerámica al rojo.

El individuo miró a Schenke con suspicacia. Era más bajo que él y parecía contar con unos cuarenta y tantos años. Tenía manchas de grasa en las gruesas mejillas y en el mono que vestía. Le recordó a los mecánicos que conoció en sus días como piloto de Mercedes.

–Ha dicho que es policía...

–Sí, eso es. –Schenke buscó la cadena que llevaba en torno al cuello y sujetó en alto el disco de metal que contenía los detalles

de su unidad y el número de identidad.

–Inspector Schenke, de la Kripo.

El ingeniero examinó la insignia y luego levantó la vista.

–Está usted fatal. Parece que se ha dado de cara con una pared, inspector.

–Unos hombres me dejaron tirado al otro lado de las pistas.

–¿En el depósito de la Lufthansa? –Arqueó una ceja–. Creía que estaba cerrado por ahora. Aunque vi a unos desconocidos por allí hace algunos días...

–No, entre los árboles –le rectificó.

El ingeniero examinó la cara de Schenke.

–Le traeré un poco de agua y una toalla. Puede calentarse junto a la estufa mientras tanto.

–¿Hay un teléfono aquí?

–En el banco, junto al calentador. –El ingeniero se dirigió hacia el fondo de la habitación, donde había una puerta tras una de las estanterías, y desapareció.

Schenke se dejó caer en una pequeña mecedora con un cojín manchado y deshilachado, junto a la estufa. Se quitó los guantes e hizo una mueca debido al dolor ardiente que sentía en el brazo magullado, y luego tomó el receptor del teléfono. Marcó el número de la oficina de la comisaría de Pankow y, al cabo de unos pocos timbrazos, escuchó un chasquido.

–Sección Kripo, comisaría de Pankow. Al habla el Scharführer Liebwitz.

Schenke se alegró de oír la voz del oficial de la Gestapo.

–Soy Schenke. Necesito que mande un coche con conductor a recogerme al aeropuerto de Tempelhof.

–Tempelhof. Sí, señor. ¿Cuándo lo necesita, señor?

–De inmediato sería lo mejor, Scharführer.

–Sí, señor.

–¡Espere un momento! –Schenke se volvió hacia la puerta cuando reapareció el ingeniero con una jarra y una toalla metida bajo el brazo–. ¿Qué parte del aeropuerto es ésta?

–Hangar 4. Justo detrás de la terminal este.

Schenke repitió la ubicación y Liebwitz se dio por enterado antes de colgar.

–Aquí tiene, señor. –El ingeniero puso la jarra y la toalla

junto al teléfono–. Me temo que no tengo ninguna bebida que ofrecerle a estas horas.

–¿Y un espejo?

–Eso sí que lo puedo encontrar. –Buscó en su mono y sacó una cartera de cuero. Contenía un pequeño espejo a un lado y un peine y un mondadientes en el otro. Olía a petróleo.

Schenke se examinó la cara. Tenía sangre en toda la barbilla y una rozadura en la sien, donde le habían aplicado la boca de la pistola. Tembló al recordar el momento en que pensó que iba a morir. Echó un poco de agua en una punta de la toalla y empezó a quitarse la sangre. El corte que tenía en el labio le dolió al tocarlo.

–Parece que le han dado una buena tunda. ¿Quién le ha hecho esto?

–Pues en realidad no lo sé.

–No pegan a un inspector de la Kripo todos los días...

–Yo les he dicho algo por el estilo.

Schenke pensó en lo ocurrido mientras trataba de asearse un poco, en las molestias que se habían tomado para que la muerte de Schmesler no fuera investigada. Cuando terminó se echó un último vistazo antes de devolverle el espejo al ingeniero. «Espero no alarmar demasiado a Karin», se dijo.

–Gracias. ¿Cómo se llama usted?

–Klaus Zebrinski. ¿Me he metido en algún problema?

–No, sólo quería saberlo para darle las gracias. Además, quizá necesite hablar con usted otra vez de lo de esta noche, así que estaremos en contacto. ¿Tiene siempre el turno de noche?

El ingeniero negó con la cabeza e hizo un gesto hacia el avión que estaba en el hangar.

–Un trabajo urgente, pero lo normal es que me encuentre durante el día. Y si no necesita nada más de mí, será mejor que vuelva a trabajar.

–No, estoy bien.

Schenke le dio la espalda al calentador para calentarse mientras esperaba que llegase Liebwitz. En todo ese tiempo, no dejó de preguntarse una y otra vez por la identidad de sus secuestradores. Habría jurado que eran de la Gestapo, pero al recordar algunos de sus comentarios empezó a dudarlo. Por

tanto, ¿quién más amenazaba con matarlo?

Capítulo doce

–Nos vemos por la mañana, Liebwitz –dijo Schenke cuando el coche aparcó junto al edificio de su piso–. Le agradecería que no contara por ahí que ha venido a recogerme. No hay necesidad de que nadie lo sepa.

–Sí, señor. Como desee.

No habían conversado en el camino de vuelta desde el aeródromo. Liebwitz mantuvo todo el rato la vista fija al frente, con Schenke a su lado. Pero, en ese momento, al despedirse, el oficial de la Gestapo se le quedó mirando con su habitual expresión vacua. Aun así, no hizo ninguna pregunta.

–Bien, entonces. Gracias por recogerme.

–Sí, señor.

Schenke abrió la portezuela y se bajó. Cuando el coche partió no pudo evitar dar un cabeceo de desconcierto. Aunque apreciase la inteligencia de Liebwitz, su atención por los detalles y otros logros, no había todavía ninguna señal de calidez en él. Aun así, Schenke estaba empezando a considerarlo un camarada, con las obligaciones que ello suponía. Pero lo cierto era que un mes antes Liebwitz estaba trabajando para Müller, el jefe de la Gestapo. Éste lo había asignado a la sección de Schenke para que informase de los progresos de la Kripo en la investigación de los crímenes previos a Navidad. Era posible que Liebwitz todavía debiese más lealtad a la Gestapo que a sus nuevos colegas.

–Es un hombre extraño... –murmuró Schenke.

Entró en el edificio tras coger aliento para la reacción de Karin y las inevitables preguntas por su aspecto. Mientras subía

las escaleras, pensó en Ruth, en que debía contarle lo ocurrido. Si quería protegerla, y de paso protegerse a sí mismo, necesitaría convencerla de que dejara de hacer preguntas sobre la muerte de Schmesler.

Sonaba música en su apartamento, que llegaba del salón. Dejó el abrigo y la bufanda, y luego avanzó hacia allí. Karin dormía en el sofá, a la luz que arrojaba la lámpara de lectura. Estaba acurrucada en un extremo, con la cabeza apoyada en un cojín. Su melena corta y oscura enmarcaba esos rasgos dibujados con trazo fino, y en el suelo junto al mueble había una revista de moda, al lado de las zapatillas de raso. Una luz roja se filtraba por la manchada ventanilla de cristal de la estufa, y la habitación irradiaba una comodidad doméstica. Schenke se detuvo para absorber la escena y deleitarse con la calma que le proporcionaba. No importaba lo que ocurriese en el mundo exterior, pues al menos allí había una paz a la que podría acostumbrarse.

A veces le sorprendía que Karin hubiese decidido estar con él. Al fin y al cabo, podría haber elegido a cualquier otro, a alguien con una ocupación más glamurosa y una personalidad más extrovertida. Schenke no siempre fue así, pero tras abandonar las carreras se retiró de la vida propia de la alta sociedad. Todavía recordaba las miradas de compasión tras el accidente, cuando entraba cojeando en las fiestas. Imaginaba lo que decían los asistentes entre susurros: «Pobre hombre. En tiempos estuvo destinado a la grandeza, en el circuito de las carreras automovilísticas, ya sabes. Pero ahora... ¿Qué será de él?».

Karin se movió y un instante después abrió los ojos.

–Horst... –murmuró, medio dormida.

Se incorporó un poco mientras se frotaba la cara. Schenke tomó asiento en el otro extremo del sofá y estiró las piernas. La joven le sonrió, pero de pronto se quedó con la boca abierta.

–¡Dios mío, tu cara! –Le cogió la mano–. ¿Qué te ha pasado?

–Alguien me ha llevado en coche a un lugar tranquilo y me ha hecho unas cuantas preguntas. –Se tocó el labio hinchado–. Por desgracia, les pudo el entusiasmo.

–Horst, deja esa actitud de detective duro para tu oficina. –Ella trazó con sus dedos la rozadura que tenía en la sien–. ¿Te

han herido en algún otro sitio?

–Unos cuantos moretones y un orgullo algo maltrecho, pero nada serio. –Se instaló en el sofá y se echó hacia atrás, mirando las sombras que se reflejaban en el techo–. Aunque, si te soy sincero, pensé que me iban a matar.

–¿Pero quién te ha hecho esto?

–Si tuviera que hacer una suposición, yo diría que eran matones de Heydrich. Al menos era su estilo.

Ella se puso de pie, se dirigió a la mesita pequeña donde Schenke guardaba sus licores, y sirvió un vaso de brandi.

–Toma. Cuéntame qué ha ocurrido.

Él se bebió el contenido del vaso de un sorbo, haciendo muecas cuando el llameante líquido le tocó el labio. Ardió en su garganta, y luego se asentó en su vientre, calentándolo por dentro. Reflexionó un poco sobre lo que podía y no podía contarle sin ponerla en peligro. El líder de sus secuestradores le había hecho una advertencia muy poco ambigua, así que cuanto menos supiera Karin más segura estaría. Por otra parte, Schenke necesitaba hablar con alguien en quien pudiera confiar. Así que se lo contó. Ella lo escuchó con atención, sin mover un solo músculo hasta que terminó.

–¿Y qué sabe de todo esto tu hombre de la Gestapo, Liebwitz?

–Nada, sólo que esta noche le he pedido que viniera a recogerme a Tempelhof.

–¿Podría estar metido en esto? ¿Podría haberle dicho a la Gestapo dónde encontrarte?

Schenke había pensado ya en esa posibilidad y se encogió de hombros.

–Pues no lo sé. No es de ese tipo de gente mentirosa. Dudo de que se hubieran arriesgado a implicarlo en el secuestro. –Schenke sonrió burlón–. Habría protestado y habría dicho que no era legal.

–¿No hizo ningún comentario sobre tu aspecto?

Schenke sonrió.

–Tampoco es que sea especialmente curioso, al menos si no se lo ordenas.

–Pues entonces es un tipo raro.

–Ni te lo imaginas.

Ella le quitó el vaso vacío.

–¿Otro?

–Gracias.

Sirvió otros dos y luego se volvió a sentar a su lado, apoyándose en su hombro.

–Cuidado. –Él hizo una mueca.

Permanecieron en silencio un momento antes de que ella volviera a murmurar.

–Qué hijos de puta. Estamos gobernados por unos gánsteres, Horst. Eso es lo que son. Usan la violencia con total impunidad. ¿Qué le ha ocurrido a este país?

–Esperamos demasiado tiempo a que la estrella del partido declinara. No nos los tomamos en serio hasta que fue demasiado tarde. Y ahora... ¿qué? –Se encogió de hombros, impotente.

–Todavía se puede hacer algo más, claro... Sobre esto, quiero decir. –Hizo un gesto hacia su cara–. Mi tío tiene recursos. Si alguien puede averiguar quiénes eran esos hombres, es, sin duda, la inteligencia militar.

–No –replicó Schenke–. Olvídalo. No quiero que Canaris se implique. Si corre la voz de mi secuestro, llegará a oídos de mis secuestradores. Y su advertencia era muy clara: la próxima vez no dejarán que me vaya como si tal cosa.

–¿Y si hablamos directamente con Heydrich? Sólo para advertirle...

–¿Advertir a Heydrich? Sobreestimas la influencia de tu tío. Canaris puede ser almirante y ocupar uno de los puestos militares más importantes, pero no creo que eso impresione a Heydrich. Para él, los intereses del partido son lo primero. No dudará en desafiar a tu tío.

–Si es que es él quien está detrás de este ataque...

–Cierto –concedió Schenke–. ¿Pero quién más podría ser?

–Eso plantea otra cuestión, mi amor: ¿A qué viene esa ansiedad por evitar que la muerte del doctor Schmesler sea investigada? Tú tienes muy claro que no fue un suicidio.

–Más que nunca.

–¿Qué ocultan entonces?

–Ni idea. Tal vez se enfrentó a alguien importante del partido.

O es posible que lo pillaran con las manos en la masa en algún trapicheo y quisieran hacer de él un ejemplo. Les gusta mucho eso de que la gente crea que no toleran la corrupción. Es cierto que fingir un suicidio no es su método habitual, pero ahora mismo no sé qué motivo puede haber para ello.

–Si encontrases a los hombres que te han secuestrado, podríamos obligarlos a que nos respondieran.

–Lo dudo. Negarían cualquier conexión con la Oficina Principal de Seguridad del Reich, aunque Heydrich decidiera echarlos a los lobos. Así es como opera. Ese hombre es el mismísimo demonio. –Se movió para poder mirarla a ella a los ojos directamente–. Lo digo en serio, Karin. No puedes decirle nada a Canaris de todo esto. Lo único que conseguirías es ponerme en peligro. Y lo más importante: podría ponerte a ti también en peligro. No podría soportar eso.

Ella sonrió y lo besó.

–¡Ay!

–¡Oh, lo siento! Se me había olvidado. –Se levantó un poco más y posó sus labios en la frente–. Pobre cariño mío.

Schenke dio otro sorbo al brandi y dejó el vaso en el suelo, junto al sofá.

–No se puede hacer nada. Tendré que seguir con el caso de la falsificación de cupones. Con eso no me meteré en problemas con el partido.

–Está también el otro asunto –dijo Karin, con precaución.

–¿Qué otro asunto? ¿Te refieres a lo de Shirer?

Ella asintió y él frunció el ceño.

–Es un asunto aparte, Horst. Aún puedes entrevistarte con los padres de los que te habló William. Has accedido a hacerlo... –añadió ella, con ligero énfasis.

–Ya lo sé, ya lo sé. Pero dame unos pocos días para dejar atrás lo que ha pasado esta noche.

Una breve mirada de culpabilidad cruzó por el rostro de ella, y Schenke comprendió de inmediato lo que estaba a punto de decir.

–Ya has preparado una reunión, ¿verdad?

–Sí –reconoció ella–. No veía ningún motivo para retrasarlo, ya que habías accedido a hacerlo. Eso ha sido antes de esto,

claro. –Y señaló de nuevo su cara.

Él le dirigió una mirada cómplice.

–Y quizá no querías darme la oportunidad de cambiar de opinión...

Ella le buscó la mirada un momento, luego asintió.

–Eso también.

–¿Por qué es tan importante para ti, Karin?

Ella parecía sorprendida.

–Alguien es responsable de la muerte de esos niños. ¿No es un motivo lo suficientemente bueno? No creo que pudieras alejarte y desentenderte.

Ella le conocía bien, reconoció Schenke. Todavía no estaba seguro de que eso fuese algo bueno. En su trabajo era importante no revelar demasiado de uno mismo, nunca. Sabía que Karin tenía algunos secretos. Hasta la reunión de aquel día con Shirer nunca había mencionado su nombre, y, sin embargo, estaba claro que ambos se conocían bastante bien. ¿Qué más le ocultaba? Su oposición al régimen era más profunda que la de él, lo sabía, pero jamás había mencionado ninguna conexión con otros de parecidas convicciones. Aunque no era menos cierto que él no le había preguntado nunca sobre el tema.

–Está bien, de acuerdo. ¿Cuándo tengo que reunirme con ellos?

–Mañana. Shirer ha dispuesto que estén en Liedermann a las doce treinta.

–No, allí no. Es donde nos hemos reunido esta última vez, los camareros nos recordarán a los tres juntos. Será mejor que encuentres otro sitio y te asegures de que Shirer se mantiene alejado. Si consiguió despistar a los posibles rastreadores la última vez, la policía de seguridad procurará que no vuelva a ocurrir. A menos que estén dispuestos a arriesgarse a incurrir en la ira de su superior.

–¿No estás exagerando todo esto? No es un asunto de seguridad nacional. Y, si está ocurriendo algo serio, es presa fácil para la policía criminal.

–Puede ser. Pero hay un extranjero implicado. Shirer no es ningún amigo del régimen. Goebbels le tolera porque cree que puede usarlo para presentar a Alemania a una luz favorable ante

sus lectores de América. Si es responsable de armar escándalo en torno a la muerte de esos niños, y llegan noticias de este hecho a la prensa de Estados Unidos, sería como poner una marca negra más, aunque fuera pequeña, en contra de la reputación del Tercer Reich.

–¿No crees que ya hay bastantes marcas negras? Se podrían llenar volúmenes con los pecados de Hitler y sus seguidores.

Schenke sintió cómo el cansancio empezaba a hacerle mella.

–Karin, estoy de acuerdo contigo, de verdad. Por eso tenemos que andarnos con muchísimo cuidado. Hoy en día es fácil hacerse enemigos poderosos. Así que, por nuestro propio bien, así como el de los padres, tenemos que proceder con cautela.

–¿Cautela? –Ella curvó los labios–. ¿Cómo dice ese dicho...? «La cautela nos convierte en cobardes».

–No es del todo cierto –sonrió Schenke–. Y, además, no es un dicho. Es un verso de una obra: «La conciencia nos convierte a todos en cobardes». Es de *Hamlet*.

–Es igual –le replicó–. Es una cobardía que ha llevado a Alemania donde está.

–Tienes razón, pero nosotros solos no podemos cambiarlo. Y por eso debemos ser precavidos cuando queramos actuar según nuestra conciencia. De otro modo, iremos por el mismo camino que Hamlet: nos destruiremos a nosotros mismos y a los que nos rodean sin conseguir nada que valga la pena. Todavía hay espacio para los actos de nobleza, pero cualquiera que intente algo demasiado temerario, simplemente desaparecerá como si nunca hubiese existido. ¿Y qué bien puede hacer eso?

Lo estrechó con fuerza y murmuró en su oído:

–Tengo miedo, Horst. Me siento rodeada de peligro. A veces incluso sueño con ello. Me encuentro en un lugar familiar, aterrorizada y sin poder decir la verdad.

Él rechinó los dientes, ya que el abrazo presionaba su brazo malherido. Ella lo vio respingar y se retiró.

–¿Qué pasa?

–Nada, que estoy cansado. Hoy podríamos retirarnos temprano. Quiero estar bien despejado mañana.

Ella lo besó en la mejilla.

–Suena bien lo de retirarse temprano –ronroneó.

No había error posible en el sentido de su tono.
–No seas muy dura conmigo...

Capítulo trece

2 de febrero

Al acercarse a la comisaría, a la mañana siguiente, Schenke hizo una pausa junto a la ventana de la juguetería. Luego esperó a que descendiera el tráfico de transeúntes que se dirigían al trabajo antes de situarse en la entrada de la tienda cerrada con tablones. Buscó en el bolsillo de su abrigo el trozo de tiza y se inclinó a dibujar el código que había acordado con Ruth. Rogó que ella no hubiese empezado aún a hacer preguntas extrañas, a atraer la atención.

El punto donde había empezado a dibujar la esvástica estaba sucio, así que la tiza apenas dejó rastro. Tras lanzar un juramento en voz baja, frotó la suciedad y volvió a dibujar el símbolo. Cuando se irguió de nuevo, cruzó su mirada con la de un hombre con gorra marrón, un miembro de las SA, el cual le guiñó un ojo para aprobar la esvástica.

–*Heil Hitler*, amigo –lo saludó, tras levantar el brazo.

Schenke tragó saliva y asintió.

–*Heil Hitler*.

–¿Eso es lo mejor que sabes hacer? –El hombre chascó la lengua–. Debería ser más grande, para que esas ratas judías lo vean bien. Recuérdalo la próxima vez, ¿eh?

Siguió avanzando por la acera, pero Schenke sólo respiró aliviado cuando se alejó un buen trecho. Volvió a mirar la marca y se quedó satisfecho al ver que era lo bastante pequeña para no

llamar la atención de nadie más. Observó a ambos lados por si existía la posibilidad de ver a Ruth o a alguien que pudiera estar vigilándolo, pero la gente caminaba deprisa, centrados en sus asuntos. Un poco más tranquilo, se levantó el cuello del abrigo y encaminó sus pasos hacia la entrada de la comisaría.

* * *

Hauser arqueó una ceja al ver la cara de su superior, cuando éste entró en la oficina.

–¿Lo ha atropellado un camión o algo?

–Algo –respondió Schenke. Consciente de la advertencia que le habían hecho la noche anterior, cambió de tema rápidamente–. ¿Noticias del laboratorio?

–No sé qué les dijo ayer a los chicos del laboratorio, pero ha funcionado.

Hauser sonrió al dejar un sobre en el escritorio de Schenke. Había una nota de Hilfrich delante, un justificante de que el informe había sido entregado a mano a las siete de la mañana, cosa que hizo sonreír a Schenke. Rompió el sello y sacó varias hojas de papel. Además de la copia mecanografiada, había dos páginas de tablas detallando los resultados de las pruebas. Miró la conclusión y luego tendió la hoja de papel a Hauser. Al hacerlo, cayó en la cuenta de que el sargento ya no llevaba su cabestrillo.

–Parece que se está recuperando bien.

–¿Quién dice que me he recuperado? –sonrió Hauser. Levantó el brazo y dibujó una expresión de dolor antes de bajar el brazo otra vez–. Lo que pasa es que este maldito cabestrillo es un engorro. Pero descuide, me lo pondré de nuevo antes de volver a casa. Me viene bien para que Helga me permita seguir escaqueándome de las tareas domésticas.

Hauser recogió el documento y examinó las líneas.

–Bien. Todo de la misma fuente, entonces. Creo que es hora de que traigamos a algunos de los sospechosos habituales para interrogarlos, señor.

–De acuerdo. ¿Está todo el mundo en la oficina?

–Baumer está abajo, en la cantina, y Rosa Mayer aún no ha llegado. Tuvo una cita anoche con un oficial naval...

–No me diga más. Reúnalos para informar a... –Schenke miró el reloj de la pared al otro extremo de la oficina de la sección–, a las nueve treinta. Si Mayer no ha llegado todavía, empezaremos de todos modos y luego tendré unas palabritas con ella. –Unió los documentos del informe y dio unos golpecitos con el expediente en el escritorio para dar a entender que la conversación había terminado.

–Muy bien, señor.

Hauser cerró la puerta del despacho tras él, y luego gritó las órdenes de su superior por toda la oficina.

Mientras tanto, Schenke se sentó a leer el informe y se preparó para la reunión informativa. Aunque el documento contenía la firma de Hilfrich, las frecuentes florituras, llenas de arrogancia, tenían el toque Widmann. Estaba claro que el técnico había ensamblado el documento a partir de las notas de su superior. Las pruebas llevadas a cabo en los laboratorios demostraban que los cupones falsificados que Schenke había proporcionado para su análisis fueron impresos usando las mismas tintas. Mejor aún: una de las sustancias era particularmente inusual, ya que se había formulado para uso exclusivo del Ministerio de Alimentación y Agricultura. La intención era que los documentos no se pudieran falsificar.

–No tan exclusivo como le gustaría creer al ministro del Reich Darré –murmuró Schenke para sí.

Sintió una maligna sensación de gratificación al pensar en el oficial superior de la Oficina Principal de Seguridad del Reich que tuviera que leer el informe final de la investigación sobre la falsificación, en cuanto se hubiera completado. Pagaría por ver su cara al descubrir que alguien había tenido la desfachatez de usar la propia tinta del gobierno para falsificar cupones de racionamiento. A continuación, llegaría la inevitable investigación interna para eliminar a los responsables del robo de las tintas, que harían bien en no esperar misericordia de Himmler, en caso de ser identificados. Schenke sintió una momentánea simpatía por el destino final de los funcionarios corruptos, pero no duró mucho. Después de todo, unos cuantos

guardias menos aliviarían las cargas de Alemania.

Al examinar las columnas de números, su mente empezó a divagar, lo que le llevó a pensar en Ruth Frankel, no sin cierta preocupación. Ella no tenía ni los recursos ni el entrenamiento para llevar a cabo una investigación propia, que es lo que tendría que hacer ahora que Schenke había decidido salirse de la investigación tras las amenazas recibidas. Si vigilaban a Brigitte, era cuestión de tiempo que detectaran a Ruth. Descubrirían que era judía, lo cual le reportaría un interrogatorio más duro si cabía que el de Schenke. Así que decidió que debía disuadirla, de la manera más firme posible.

Al darse cuenta de que estaba llevando su mente por otros derroteros, hizo un esfuerzo para concentrarse en el informe del laboratorio. Cuando terminó, el reloj de la pared de la oficina mostraba que faltaban sólo diez minutos para la reunión informativa. A toda prisa esbozó una serie de puntos numerados, los releyó para asegurarse de que no se había dejado nada importante, y luego miró a través de la partición de cristal que lo separaba del resto de la oficina. Los miembros de su sección ya se habían reunido en torno al espacio abierto frente a la pizarra y el tablón de anuncios, que mostraba una serie de fotos de los sospechosos de la falsificación. También habían colgado un mapa que indicaba los lugares donde se habían encontrado los cupones y otros documentos relacionados. Rosa y Frieda estaban sentadas a la mesa a un lado, conversando. La mujer más joven parecía radiante, y Schenke, sin querer, envidió su momento de felicidad.

Recogió su bloc de notas y salió a reunirse con ellos. Ocupó su posición frente a la pizarra, mientras su personal lo miraba con expectación, en silencio. Era consciente de la costra que tenía en el labio hinchado, así que durante un momento se sintió un poco avergonzado. «Maldita sea, no les debo ninguna explicación». Carraspeó un poco y empezó.

–Como Hauser quizá les haya dicho ya, tenemos los resultados del laboratorio. Todas las muestras que mandamos, así como las que recogieron de otros distritos de Berlín, se han impreso usando la misma tinta.

Hubo algunos murmullos, y luego continuó:

–Así que al fin tenemos buenas noticias. Si podemos seguir aunque sólo sea una línea de investigación hasta la banda criminal responsable de imprimir estas falsificaciones, pondremos fin a todo el asunto. Cuando los responsables sean detenidos, las bebidas corren de mi cuenta.

–Cuidado, señor –sonrió Baumer–. Ya sabe cuánta cerveza puede tragar el sargento.

Hauser asintió.

–Suerte que mi brazo de beber no resultó herido...

–Creo que se las habría ingeniado de todos modos –dijo Schenke, y los demás miembros de la sección rieron–. Bueno, al trabajo. Seguiremos investigando a los sospechosos que han encontrado Persinger y Hofer, los falsificadores conocidos, así como a los que tienen conexiones con el mercado negro en Pankow. No quiero que corra la voz de que vamos de caza, así que cogeremos a todos los que podamos en una sola redada. –Levantó su libreta de notas–. He redactado una lista de los que quiero que metan en las celdas.

Liebwitz levantó una mano y Schenke le hizo una seña.

–¿Será custodia protectora, señor?

Schenke ya había pensado en eso. El método al que se refería el oficial era muy usado para mantener a los sospechosos en las celdas sin tener que presentar cargos. Desde que se hizo con el poder, el partido también lo había usado para arrestar y detener a oponentes políticos, sindicalistas, periodistas rebeldes y cualquier otro que los desafiara. Era un instrumento torpe pero efectivo. De hecho, algunos individuos se habían pasado varios años entre rejas o en los campos bajo la norma de la custodia protectora.

–Sí. Quizá debamos mantenerlos un tiempo antes de conseguir lo que necesitamos. Lo normal sería que con unos pocos días de raciones carcelarias se les suelte la lengua.

Hauser se aclaró la garganta.

–Y, si eso falla, un buen interrogatorio por parte de nuestro nuevo colega de la Gestapo les soltará los dientes. ¿Verdad, Scharführer? E hizo un gesto hacia Liebwitz, pero este último no pareció entenderlo.

–La extracción de dientes ha resultado un método efectivo de

interrogatorio, sargento –respondió–. Pero hay muchas otras técnicas que ha perfeccionado la Gestapo. He recibido entrenamiento en la mayoría de ellas.

Fue decir aquello y ver cómo se instalaba la incomodidad en el ánimo de los presentes. Schenke estaba ansioso por hacer olvidar el comentario frívolo de Hauser, antes de que la relación entre Liebwitz y sus nuevos colegas quedase más dañada todavía.

–¿Entrenamiento? O sea, que las ha aprendido. La teoría, entiendo, ¿no?

–En efecto, señor –afirmó Liebwitz–. Pero sería capaz de aplicar mis conocimientos, si se me requiriese.

–Ah, pues gracias por el ofrecimiento. Lo tendré en cuenta. –Schenke volvió a sus notas–. Le entregaremos los nombres de aquellos con los que queremos hablar. En cuanto al resto, se les asignará una pareja de policías uniformados, pero además ustedes también irán armados. En cualquier caso, la Kripo no puede permitirse perder a nadie, dado que su entrenamiento ha costado una pequeña fortuna al servicio. Así que, si hay violencia, dejarán que se encarguen de ello los chicos de la Orpo. Son los músculos, y nosotros el cerebro. Nada de heroísmos. –Hizo una pausa y miró a su alrededor para asegurarse de que su equipo advertía que iba en serio–. Si hay algún tiroteo, no duden en abatir a los villanos. Siempre podemos conseguir la información que necesitamos de algún otro matón. Pero no se arriesguen. A ustedes no los podemos reemplazar tan fácilmente. Procuren recoger cualquier prueba que pudiera ser útil antes de que la Orpo lo pisotee todo. Llevamos meses detrás de estos falsificadores. Hagamos un buen trabajo y metámoslos entre rejas. ¿Alguna pregunta?

Persinger levantó la mano.

–¿Cuáles son nuestras órdenes si encontramos a funcionarios del partido en compañía de los sospechosos?

Una súbita tensión agarrotó la sala entera. Había buenos motivos para hacer aquella pregunta. No era la primera vez que algún miembro del partido estaba implicado en un acto criminal. En realidad, habían medrado mucho en los días de la república. Algunos todavía lo hacían, y a menudo la policía se sentía inclinada a mirar a otro lado para no hacerse enemigos entre

gente que tenía tanta influencia en el régimen. Pero una cosa era perdonar los pequeños delitos, y otra algo tan grave como falsificar cupones de racionamiento.

–Si sospechan que están implicados con la banda criminal, arréstenlos bajo mi autoridad. Yo me haré cargo de las consecuencias.

Algunos de sus subordinados mostraron una expresión de alivio al ver que aceptaba la responsabilidad de tales arrestos.

–¿Algo más? ¿No? Entonces preparen sus armas y diríjanse al comedor. Los uniformados que se les han asignado estarán esperándolos allí. En cuanto Hauser y yo hayamos repartido los nombres y les entreguemos las listas, pueden irse. Eso es todo.

La reunión se disolvió, así que Schenke se dirigió de vuelta a su despacho. Hauser lo acompañó para tomar la lista previamente compilada, pero antes se sentó frente a su superior. El sargento cogió libreta y lápiz y empezó a leer los nombres, asignando cada uno de ellos a uno de los funcionarios de la Kripo. Schenke hizo algunos ajustes, asegurándose de que los criminales más duros quedaban a cargo de aquellos con mayor experiencia.

Fuera de su despacho, el resto de la sección se preparó para partir: cogieron sus sobaqueras armadas con las correspondientes pistolas, que cubrieron con sus chalecos y abrigos antes de salir por la puerta. Liebwitz fue el último en irse. Estaba sentado en su escritorio, con la atención puesta en comprobar si su Luger funcionaba bien. Antes de cargarla con un cartucho, probó el seguro, y cuando quedó satisfecho se metió el arma en la funda que llevaba a un lado del pecho, donde era fácil de sacar en caso de emergencia. Se puso de pie y probó que podía acceder al arma con facilidad. Luego salió de la oficina.

Cuando la puerta se cerró tras él, sonó el teléfono en el escritorio de Schenke.

–Inspector Schenke.

–Qué formal suenas, querido.

–Ah, Karin, eres tú. –No pudo evitar sonreír.

Hauser señaló la puerta y subió una ceja, pero Schenke negó con la cabeza.

–¿Qué puedo hacer por ti?

–Pues ahora mismo, no mucho –respondió ella, seductora–. Más tarde, quizá. Estoy cambiando la cita de hoy. Mi amigo ha encontrado un sitio que conviene a nuestras necesidades. La sala del piso de arriba de Dorfman. ¿La conoces?

–Sí.

–Me reuniré contigo allí a la una treinta. Nuestros invitados se unirán a nosotros más o menos al mismo tiempo.

Tanta discreción por parte de Karin hizo que Schenke se sintiera aliviado. Cualquiera que escuchase aquella llamada no encontraría motivo alguno para mostrarse suspicaz con respecto a su breve conversación.

–De acuerdo, entonces te veo allí.

Colgó el receptor. Hauser fingía no prestar atención, pero, aun así, Schenke creyó que debía explicarse:

–Nos vamos a ver para comer.

–Bien. Es una chica encantadora, señor. Debería convertirla usted en una mujer honrada.

–Y así será en el futuro, amigo mío. Primero atrapemos a esos falsificadores, ¿vale?

Mientras buscaba su libreta, el teléfono volvió a sonar. Suponiendo que era Karin que lo llamaba otra vez, habló con tono casual.

–¿Sí?

Una voz de hombre respondió:

–Tengo una llamada para usted desde la Oficina Principal de Seguridad del Reich, señor. Le conecto ahora mismo.

Se oyó un clic y un ligero retraso, a lo que siguió una voz distinta. Una que Schenke reconoció al instante: Heydrich, el jefe de la Oficina Principal de Seguridad del Reich. Notó que un temblor frío le recorría la columna vertebral.

–¿Hablo con el inspector Schenke?

–Sí, señor. –Se sentó más erguido e indicó a Hauser que saliera.

–¿Conoce usted mi voz? –Había un asomo de regocijo, y Heydrich continuó–: Ah, sí, nos conocimos justo antes de Navidad, ¿verdad?

–Sí, señor. –Schenke recordó la ocasión, durante el cierre del caso de asesinato del año pasado.

–Saltémonos las sutilezas, Schenke. Espere un momento... –Se oyó roce de papel y Heydrich pronunció una orden ahogada a alguien de su oficina, y luego volvió a hablar por el teléfono–. Ha llegado a mi atención que usted ha mostrado algún interés en la muerte del doctor Schmesler, de las SS del Reich. Un suicidio, creo, ¿no es así?

–Ésa es la decisión oficial que ha quedado registrada, señor.

–Entiendo que usted no está de acuerdo...

–Encuentro algunas incoherencias en las pruebas.

–Imagino que un hombre de su calibre lo haría, sí... Le honra a usted como investigador criminal profesional, Schenke. Sin embargo, se ha tomado una decisión, y el resultado oficial es un veredicto de suicidio. El resultado final. –Las últimas palabras fueron pronunciadas con énfasis–. ¿Me he expresado con suficiente claridad?

–Sí...

–Pues muy bien. Entonces no espero oír nada más del incidente Schmesler. Si me entero de que anda usted haciendo más preguntas por ahí, me sentiré disgustado, inspector. ¿Comprende lo que eso significa?

–Sí, señor.

–Entonces espero que ésta sea la primera y última vez que le advierto de que mantenga la nariz fuera de este asunto. Buenos días. *Heil, Hitler*.

La línea se cortó y Schenke colgó el receptor. Hizo una pausa momentánea pensando en las palabras que había usado Heydrich: «Primera y última vez». Hasta aquel momento, Schenke había estado convencido de que su secuestro era obra de Heydrich, para asustarlo. Sin embargo, ahora que había dicho que aquélla era la primera advertencia ya no podía creerlo. Pero, si no era Heydrich quien estaba detrás de su secuestro, ¿de quién se trataba? Schenke arrugó la frente, lleno de frustración ante semejante misterio. En cualquier caso, y sin importar el verdadero motivo de la muerte de Schmesler, el mensaje de Heydrich estaba bien claro. Si Schenke cruzaba la línea que habían trazado, compartiría el mismo destino que el doctor. Al igual que Ruth.

–Mierda... –murmuró.

Capítulo catorce

Schenke había quedado bastante alterado por su conversación con Heydrich. Afortunadamente, la oficina había quedado vacía y tuvo tiempo para calmarse mientras el resto de la sección se afanaba en detener a los implicados en el caso de la falsificación.

A mediodía, se preparó para el encuentro con Ruth. No estaba muy seguro de que ella aceptase abandonar la búsqueda de los asesinos de Schmesler, ni siquiera cuando se enterase de lo ocurrido.

Bajó por la calle hacia la juguetería, hizo una pausa a cincuenta pasos y se detuvo a mirar el escaparate de una tienda de empeños, llena de baratijas entregadas por los desesperados por llegar a fin de mes. Pero sus ojos estaban centrados en el reflejo en el cristal, en buscar cualquier posible señal de que lo observasen desde el otro lado de la calle. Volvió ligeramente la cabeza, comprobó también hacia la derecha y la izquierda, pero no parecía que hubiera nadie siguiéndolo o vigilándolo.

Continuó hacia la juguetería y vio que la esvástica que había en la puerta adyacente había sido borrada. Ruth había recibido el mensaje y pronto estaría allí. Regresó a la entrada de la tienda clausurada y esperó.

A lo largo de los siguientes minutos, varias mujeres se acercaron por ambos lados de la calle, pero ninguna de ellas era Ruth. El aire helado le mordía las mejillas, así que se frotó las manos entre sí con fuerza para combatir el frío. A su derecha, vio una figura delgada con gorro negro y un mono acolchado, un repartidor de carbón que se acercaba, con la cara manchada de

carbonilla. El hombre hizo una pausa junto a la juguetería y Schenke frunció el ceño, preocupado por si aparecía Ruth y el repartidor los molestaba a la hora de hablar.

–Me alegro de verte, Horst.

Él giró la cabeza de repente, pero le costó un momento reconocer los rasgos de Ruth bajo el disfraz.

–No me mires, por Dios... –susurró ella–. ¿Quieres atraer la atención de todo el mundo?

Él se desplazó al escaparate de la juguetería para dejar una cierta distancia entre ellos y que nadie los relacionara.

–No me había dado cuenta de que eras tú.

–Obviamente, y eso es bueno.

–¿De dónde has sacado la idea de este disfraz?

–¿Disfraz? Es mi ropa de trabajo. He tenido turno de noche en Siemens, trabajando con las calderas. Parece que hoy en día los trabajos más sucios están reservados para los judíos. ¿Qué ha pasado?

Schenke le contó el secuestro de la noche anterior y la amenaza posterior de Heydrich.

–No podemos arriesgarnos a investigar más la muerte de Schmesler. Lo siento, pero tendrás que explicarle cómo están las cosas a Brigitte.

–No. No lo haré.

Los ojos de él se abrieron mucho.

–¿Pero es que no me has escuchado? Me han amenazado de muerte. ¿Qué crees que te harán si descubren que también estás metida en esto? Si están dispuestos a matar a un inspector de la Kripo, no se lo pensarán dos veces a la hora de hacerle lo mismo a una judía.

–No me importa. El partido ya me lo ha quitado todo, así que no arriesgo tantas cosas como tú.

–Tienes tu vida.

–¿Por cuánto tiempo? ¿Cuánto crees que pasará hasta que nos saquen de la capital para siempre y nos envíen al este? No me hago ilusiones sobre lo que puede significar eso. Mientras tanto, yo haré todo lo que pueda para encontrar a los responsables de la muerte del marido de Brigitte. –Lo miró directamente–. Ya he empezado. Uno de los amigos del hospital

donde él trabajaba hizo una visita a Brigitte para ofrecerle sus condolencias. Hablaron del trabajo que hacía Manfred después de dejar el hospital. Tenía algo que ver con la higiene racial en uno de los departamentos de la Oficina Principal de Seguridad del Reich. Manfred no le dio más detalles a su amigo, aparte de que era un trabajo importante en un proyecto confidencial respaldado desde lo más alto. Si podemos averiguar qué era lo que hacía, quizá nos lleve en la dirección correcta... Suponiendo que todavía tengas estómago para ello.

Antes de responder, Schenke miró a su alrededor para ver si los vigilaban.

–No vas a dejar esto, ¿verdad? Da igual lo que te diga.

–Eso es.

–¿No puedo convencerte de ninguna manera?

Ella sonrió con ese gesto triste tan habitual.

–No.

A pesar de la amenaza apenas velada de Heydrich, quedaba todavía el hecho de que un hombre había sido asesinado. Era el deber de Schenke averiguar por qué y quién era el responsable. Si flaqueaba en ese sentido ahora, sabía que nunca se lo perdonaría a sí mismo, a pesar de los peligros a los que se enfrentaba. Hizo una pausa un momento, sorprendido ante la decisión que acababa de tomar. Había también orgullo y euforia ante esta prueba de que estaba dispuesto a correr tales riesgos junto con Ruth. Si era cierto para ellos, seguramente sería cierto también para otros, y ese pensamiento le consoló un poco.

–Mierda. De acuerdo, pues. A ver qué más puedes averiguar, pero no corras riesgos. Yo mantendré la cabeza gacha unos días, para que Heydrich piense que su amenaza ha funcionado. Además, hay otro asunto del que debo ocuparme. Mientras me dedique a eso, estos matones me dejarán en paz. En cuanto la tormenta amaine un poco, veré lo que puedo descubrir sobre el trabajo de Schmesler. Podemos hacerlo, Ruth. Pero tenemos que ser extremadamente cuidadosos. ¿Entendido?

Ella asintió.

–Si tienes la más mínima sospecha de que te están vigilando, escóndete y mándame un mensaje. Veré lo que puedo hacer para protegerte hasta que sea seguro salir de nuevo. ¿Tienes algún

sitio donde ir en caso de emergencia?

–Siempre hay algún lugar, a cambio de un precio o un servicio. Tengo algunos contactos entre los *submarinos*.

Él frunció el ceño.

–¿Los *submarinos*?

–Así es como se llaman a sí mismos los judíos que abandonan su identidad y desaparecen bajo la superficie de la sociedad. Si conoces a la gente adecuada, puedes conseguir documentos robados o falsificados.

–No estoy seguro de que debas contarme esto –replicó Schenke–. Voy a la caza de unos falsificadores ahora mismo. Será mejor tener cuidado, por si la misma gente que está imprimiendo falsos cupones de racionamiento proporciona también documentos de identidad.

–Anotado –Ruth miró a su alrededor–. Llevamos demasiado rato hablando. Será mejor que me vaya. Seguiré vigilando la marca. –Señaló hacia la tienda cerrada y luego volvió a posar la mirada sobre Schenke–. Eres un buen hombre, como un caballero andante que acude a rescatarme. La situación tiene un toque de *Ivanhoe*, ¿no te parece?

–No lo sé. No lo he leído.

–Pues qué lástima. Adiós, Horst.

–Hasta la próxima vez, querrás decir.

Ella volvió a sonreír con tristeza.

–¿Quién sabe?

Y se alejó. Parecía uno más de los trabajadores manuales que se dirigían hacia el cruce, atravesaban la calle y desaparecían de la vista.

Schenke echó a andar en dirección al hotel Dorfman, donde tenía que encontrarse con Karin y la pareja que Shirer había mencionado. Ahora que Ruth se había ido, le consumía la preocupación por su seguridad. Si Schmesler había trabajado bajo la dirección de alguien que estaba en los puestos más altos del partido, ésas eran aguas realmente peligrosas.

* * *

El hotel estaba en una de las calles de compras de Pankow, aunque no era la más frecuentada. En la segunda mitad del siglo anterior, se había desplazado a la zona mucha industria pesada, y el humo y la contaminación del aire habían alejado de allí a los que podían permitirse trasladarse a un vecindario más agradable. La elegante clientela del Dorfman se había visto sustituida poco a poco por viajantes, turistas con un presupuesto ajustado, donjuanes y recién casados de clase trabajadora que accedían brevemente a unos lujos modestos, antes de volver a sus sórdidas habitaciones en bloques de pisos atestados. Había una nobleza desvaída en aquel lugar, con sus suntuosas cortinas, sus alfombras y las columnas doradas en el vestíbulo de recepción. Sin embargo, una inspección no demasiado profunda revelaba que las telas estaban raídas y las alfombras tenían zonas muy desgastadas, que la pintura de las columnas y techos estaba descascarillada. También se percibía el aroma mohoso de la decadencia, tan familiar en muchos edificios caducos, ya inmersos en los años crepusculares de su esplendor.

Schenke entró en el vestíbulo por las puertas giratorias. El mostrador de recepción estaba a su izquierda, y detrás de él vio a un hombre mayor y muy alto con una chaqueta malva de doble botonadura. Un botones, vestido de forma similar, esperaba en un extremo, con las manos a la espalda, dispuesto para recibir instrucciones. Se habían dispuesto sofás y sillas en torno a unas mesitas bajas, en todo el vestíbulo, y en la pared opuesta al mostrador se encontraba una chimenea grande de mármol amarillento. En el centro de una rejilla de hierro ardía una pequeña pila de troncos. A juzgar por el hecho de que los pocos huéspedes sentados cerca aún llevaban puestos los abrigos, debía de proporcionar escaso calor. La guerra había despojado al hotel de la mayor parte de su clientela, y la escasez de combustible indicaba que había visto tiempos mejores. Schenke escrutó a la gente sentada en el vestíbulo, pero ninguno de ellos le pareció sospechoso, y nadie lo había seguido desde la calle.

Se quitó los guantes mientras atravesaba la sala de entrada hasta llegar a la escalera alfombrada que había detrás, y subió al salón del segundo piso, con sus grandes ventanales que daban al exterior. Allí se notaba mucho más el calor gracias a dos fuegos

de gas que estaban encendidos al máximo. Una mujer preparaba sus partituras en un piano, en el rincón, dispuesta a entretener a un puñado de clientes sentados en unas mesitas pequeñas. Algunos fumaban, añadiendo un olor aún más mugriento al lugar. Vio unas cuantas parejas y un grupo de cinco hombres ruidosos que bebían cervezas y se intercambiaban historias. Schenke los identificó como vendedores.

En el extremo más alejado, lejos de los calentadores, Karin estaba sentada en un sofá. La vio de inmediato y sonrió al dirigirse hacia ella. Si aquél hubiese sido un almuerzo social, el corazón de Schenke se habría animado, pero sus sentidos estaban muy afilados, atentos a cualquier posible observador. Notando que ella había elegido un lugar con dos sofás, uno frente al otro, y a cada lado de una mesita de centro, se sentó en el espacio junto a ella, se quitó el sombrero, y luego le dio un rápido beso.

–Pareces cansado –dijo la joven–. ¿Qué tal el labio?

–Dolorido. Pero lo que más me duele es el brazo. Esos hijos de puta sabían muy bien lo que hacían.

–Tendrás que darte un baño bien caliente cuando llegues a casa, esta noche. Quizá te ayude un poco a eliminar el dolor.

La forma que tuvo ella de plantear la sugerencia captó su atención.

–¿Tú no estarás?

–Esta noche voy a cenar con mi tío. Creo que me va a echar un sermón y me dirá que las jóvenes no comparten un apartamento con sus hombres hasta que están casados. Ha sido muy bueno conmigo. No quiero causar ninguna fricción haciendo que parezca que me he mudado a vivir contigo. Aunque sea así. –Le tocó la mejilla–. Espero que no te importe, cariño.

–Mientras vuelvas mañana... –replicó él, mirando el reloj que estaba encima de la barra. Era la hora convenida.

–Ella llegará en cualquier momento –lo tranquilizó Karin.

–¿Ella?

–Johanna Scholtz.

–¿No hay padre?

–Sí, pero se ha negado a implicarse. William decía que Johanna está decidida a hablar contigo. No le ha dicho a su

marido que venía aquí.

–Para serte sincero, realmente desearía que no viniera. Dado lo que hay en juego.

–Lo entiendo. Pero al menos tendrás la oportunidad de proporcionarles un poco de justicia, aunque no puedas hacer lo mismo por Brigitte Schmesler.

–Suponiendo que haya algo que investigar...

–Si decides que no lo hay, quizás eso solo ya sirva para consolarla un poco. De todos modos, puede ayudar a la familia.

–¿Tienes más detalles que contarme?

–Lo siento, tendría que habértelo dicho antes. Johanna es enfermera voluntaria, y Gottfried, su marido, es profesor. La niña que murió era su única hija. Y... Ah, creo que ya ha llegado. –Karin señaló con sutileza y Schenke se volvió a mirar a una mujer baja y delgada, que llevaba un abrigo negro y un sombrero con una pequeña pluma roja colocada en ángulo. Parecía que tenía treinta y tantos años.

Karin le hizo señas y ella se dirigió al rincón del salón. Schenke se puso de pie e intercambiaron un apretón de manos formal, mientras Karin los presentaba.

–Por favor, siéntese. –Señaló el sofá que estaba enfrente. Cuando todos estuvieron acomodados, continuó–: Voy a pedir un poco de chocolate caliente para todos. ¿Les parece bien?

Johanna asintió educadamente con un simple gesto.

–Gracias.

Karin llamó a un camarero para pedir. En cuanto éste regresó al bar, retomó el hilo de la conversación con una voz lo bastante apagada para no ser oída, pero no tanto como para parecer furtiva.

–Horst es el investigador policial del cual le habló el señor Shirer. Si alguien puede ayudarlo, es él.

Schenke carraspeó un poco.

–Antes de que esto vaya más allá, tengo que dejar bien clara mi posición. Escucharé lo que usted tenga que decirme y le haré algunas preguntas, pero, si a mi juicio no hay nada que pueda hacer la Kripo en este asunto, la cosa terminará aquí.

–¿Y si le pago para investigarlo en su tiempo libre? –sugirió la mujer.

Él notó una oleada de irritación.

–No soy un detective privado, Frau Scholtz. Soy un oficial de policía profesional empleado por el Estado. Y en cuanto a mi tiempo libre... No es que tenga demasiado, ya que llevo diversos delitos graves.

Johanna se inclinó hacia delante.

–Como los que se han cometido en este caso que nos ha reunido, inspector.

–Eso está por ver –replicó Schenke–. Por lo que me ha dicho Shirer, podría ser una simple coincidencia. Con este invierno inusualmente frío, es lógico que aumente la cantidad de fallecimientos entre los más vulnerables, como en el caso de su hija.

–¡Nuestra Greta era una niña sana!

–Por favor, cálmese.

–¿Que me calme? –Lo fulminó con la mirada–. ¿Cómo puedo calmarme? Asesinaron a Greta. Era una buena niña. Una niña alemana. No subhumana.

Advirtió con creciente horror que las lágrimas asomaban a sus ojos. Y, entonces, su voz estalló en un grito agudo.

–¡Nuestra hija fue asesinada!

Capítulo quince

Fue inevitable que ante tan repentina exclamación el resto de personas presentes en el salón se volvieran para ver qué estaba pasando, como los individuos que había en una de las mesas, cuya risa se apagó de pronto. Karin se inclinó hacia delante, cogió la mano de Johanna y le habló en voz muy baja.

–Querida, debe controlarse. No podemos devolverle la vida a Greta. Lo único que podemos hacer es intentar hacer justicia. Para eso ha venido el inspector. –Y miró a Schenke–. ¿Verdad que es así?

Schenke se sintió muy incómodo al verse expuesto. El exabrupto de Johanna lo había alterado mucho, por lo que deseó no haber accedido nunca a la petición de Shirer. Se esforzó por adoptar un tono comprensivo al responder.

–Si se ha vulnerado la ley, mi trabajo consiste en procurar que los culpables respondan de sus actos.

–¿Lo ve? –dijo Karin–. Y ahora vamos a hacerlo bien, por Greta. ¿De acuerdo?

Johanna bajó la mirada y sus hombros.

–Lo siento, inspector... Todavía nos resulta muy doloroso hablar de esto. Nuestro mundo está destrozado.

Schenke no estaba seguro de que pudiera llegar a hacerse a la idea, a pesar de que sabía, por su experiencia previa, la emoción brutal que provoca la pérdida de un hijo. Había visto la angustia impotente, la sensación de que les arrancaban el corazón del cuerpo, dejando sólo un vacío dolorido que jamás podría ser llenado de nuevo. En el entumecimiento que seguía, el único

consuelo era el esfuerzo de mantener una rutina e intentar no pensar.

Un momento más tarde, el camarero se acercó con una bandeja y la puso en la mesa. Al inclinarse hacia Schenke, le murmuró algo:

–Señor, el director del salón pregunta si la dama está bien.

–Es un asunto familiar. Una pérdida.

–Mis condolencias. ¿Preferirían ustedes trasladarse a una sala privada?

–No –intervino Karin–. Estaremos bien aquí, gracias.

El hombre dudó durante un instante, y Schenke se dio cuenta de que había hecho aquella oferta para no molestar a los otros clientes, más que como consideración hacia la mujer disgustada.

–Puede retirarse –dijo con frialdad–. No nos vuelva a molestar.

–Sí, señor.

Schenke pasó una de las tazas con chocolate por encima de la mesa.

–Beba un poco, Frau Scholtz. Le hará bien. Cuando esté preparada, puede contarme su historia.

Ella asintió, le dio las gracias y empezó a desabrocharse el abrigo, ahora que el calor de la habitación se estaba haciendo sentir ya. Al apartar los pliegues y revelar una chaqueta gris muy pulcra, vio el brillo de algo redondo y metálico que llevaba en la solapa, antes de que el borde del abrigo lo volviera a tapar otra vez. Scholtz bebió un poco de chocolate mientras organizaba sus pensamientos.

–Greta nació hace diez años. No fue un parto fácil. El médico que vino a nuestra casa era joven, y decidió que lo mejor sería inducir el parto. Gottfried y yo estuvimos de acuerdo, pues él no podía soportar verme en tales tormentos. El caso es que Greta nació al fin. El médico dijo que estaba sana, atendió a mis necesidades y me dio algo para que me ayudara con los dolores y pudiera dormir. Los días siguientes estábamos encantados con nuestra hijita. Esperábamos y planeábamos tener más hijos, unos cuantos años más tarde, cuando nos pudiéramos permitir un apartamento más grande.

»Pero entonces, después del primer año, empezamos a notar

que Greta no era como los demás niños de su edad. No parecía responder a la gente que la rodeaba. Tardó casi tres años en aprender a andar, y las palabras llegaban con la misma lentitud. Nos preocupamos mucho, así que la llevamos a un especialista. Éste la examinó y le hizo algunas pruebas, hasta que concluyó que era muy probable que su discapacidad fuese resultado de algo que había ido mal durante el parto, o bien una afección hereditaria. Nos dijo que no se podía hacer nada, que Greta sería una retrasada el resto de su vida. Por si todo esto no fuera suficiente, nos aconsejó también que no tuviéramos más hijos, por si nosotros éramos la causa. No más hijos... –Johanna tragó saliva–. Nos quedamos destrozados, pero en eso estuvimos de acuerdo. ¿Cómo íbamos a soportar la idea de tener otro hijo como Greta? No me malinterprete, inspector. La queríamos como cualquier padre o madre, pero temíamos lo que podía ser de ella, especialmente cuando ya no estuviéramos para cuidarla. Mientras tanto, la escolarizamos lo mejor que pudimos, pero a ella le costaba mucho aprender y hablaba con dificultad. A pesar de todo, era una niña muy alegre, casi siempre, y los demás niños la querían.

»Entonces, hace un año, empezó a sufrir episodios de rabietas repentinas, en los que gritaba durante horas y horas. Por mucho que la quisiéramos, acabamos con los nervios destrozados. Nuestro médico nos dijo que Greta necesitaba cuidados especiales, y nos recomendó una institución junto a Postdam, la clínica Schiller. Todo cuanto nos dijo fue ideal: que allí la cuidarían, que podría hacer amistad con otros niños, que le enseñarían las habilidades básicas necesarias para ser autosuficiente cuando creciera... Era todo cuanto queríamos para nuestra pequeña, así que fuimos a verla con Greta. Era una antigua villa con un jardín vallado y unas habitaciones luminosas y aireadas que a ella le encantaron. Pensamos que sería feliz allí, que estaría mejor atendida que con nosotros.

–Un momento –la interrumpió Schenke–. El médico que les recomendó la clínica Schiller, ¿lo conocían ustedes de antes?

–Es nuestro médico de familia. Fue el que trajo al mundo a Greta.

–Ya veo. –Sacó su cuaderno de notas y lo abrió–. Necesito su

nombre y dirección.

–Doctor Lenger, Brennerstrasse, 13, Pankow.

Schenke asintió y anotó los detalles.

–Por favor, continúe.

–¿Por dónde iba? –Johanna frunció el ceño–. Ah, sí. Estábamos seguros de que cuidarían a Greta, de modo que arreglamos que la admitieran.

–¿Cuándo fue?

–El diez de septiembre del año pasado. –Johanna buscó en su bolso y sacó una foto, y la puso frente a Schenke y Karin–. Recuerdo la fecha porque esta foto se la tomaron el día antes.

Era una foto de estudio, los padres de pie, muy tiesos, a cada lado de una niña que sonreía ampliamente, con el pelo rubio atado con una cinta. Johanna llevaba la misma chaqueta que vestía en ese mismo momento. Su marido iba con traje formal. Era un hombre alto y delgado con expresión severa, con el pelo oscuro muy corto y un bigote de cepillo.

–Cuando la llevamos a la clínica era domingo –continuó Johanna–. Llovía mucho. Fuimos después de ir a la iglesia... Que Dios me perdone. Mi padre nos dejó su coche para aquel viaje. Hicimos el equipaje con su ropa, junto con una caja de sus juguetes favoritos, y la instalamos en su habitación. Nos quedamos con ella hasta que fue la hora de la cena, pero el director de la clínica nos dijo que sería mejor que no la viéramos las primeras semanas, para ayudarla a acostumbrarse a su entorno y a las nuevas caras. También que podíamos llamar cada fin de semana para que nos dieran un informe.

»Todo parecía ir bien al principio. Nos comentaron que era feliz y que había hecho amigos. Entonces, a finales de septiembre, fuimos a visitarla y descubrimos que había hecho progresos en conocimiento básico de la lectura. Dejamos pasar otro mes más, pero esta vez las cosas fueron muy distintas. Habían trasladado a Greta de su habitación a un dormitorio común en un ala que no habíamos visto antes. Había barrotes en las ventanas –añadió Johanna, con expresión de desagrado–. El director estaba muy ocupado, así que fue uno de sus celadores quien nos dijo que la conducta de Greta había cambiado. Se había vuelto malhumorada e incluso llegó a atacar a un miembro

del personal, de modo que la trasladaron al dormitorio seguro durante un tiempo. Cuando la vimos sentada en su cama parecía nerviosa, como si tuviera miedo del celador. No soltó ni una palabra hasta que él salió de la habitación. Entonces nos confesó que era muy infeliz, que quería irse de la clínica y volver a casa. Le preguntamos qué había cambiado, y nos respondió que los niños del dormitorio desaparecían.

–¿Desaparecían? –La frente de Karin se arrugó–. ¿Qué quería decir con eso?

–Decía que, cada pocos días, llevaban fuera a algunos de los niños como recreo, y que a veces no volvían nunca. Los otros internos hablaban de un autobús marrón que venía y se llevaba a los niños. El celador al que vimos antes le aseguró a Greta que, si se portaba mal otra vez, el autobús marrón vendría a buscarla a ella también. No pudimos sacarle nada más. Estaba demasiado agobiada para hablar, sólo lloraba y se quejaba, y nos suplicó que no la dejáramos allí. Cuando llegó el momento de marcharnos, se agarró a nosotros y una enfermera tuvo que sujetarla mientras nos íbamos.

Johanna tembló y buscó su bebida, pero, en vez de levantar la taza, se quedó mirando la espuma.

–Antes de regresar, Gottfried pidió hablar con el director. Le contamos lo que nos había dicho Greta, y él nos tranquilizó. Aseguró que los niños pasaban por el dormitorio todo el tiempo, pero que los devolvían a sus habitaciones cuando su conducta había mejorado.

–¿Y lo del autobús marrón? –preguntó Schenke.

–Explicó que lo proporcionaba la organización Fuerza por la Alegría, para llevarse a los niños un día. Ya saben, caminar por el bosque, hacer pícnic en los lagos locales... Ese tipo de cosas. No había nada siniestro en ello, y los niños se habían inventado un cuento para asustarse entre sí. Cuando le hablé de que el celador lo usaba como amenaza, dijo que el hombre sería disciplinado, y que podíamos estar bien tranquilos de que la clínica no toleraría ese tipo de conducta en su personal. Aun así, no estábamos nada contentos con la situación, y le dijimos que queríamos llevarnos a Greta a casa. Él se negó en redondo. Había sido entregada a la clínica por el doctor Lenger, así que la única manera de darle el

alta era que él diera su aprobación.

–Eso no me parece correcto –comentó Schenke.

–A nosotros tampoco, pero Lenger lo confirmó. Hacía poco se había puesto en vigor una nueva ley concerniente a los niños con problemas mentales y físicos que habían sido entregados a cargo de una institución. La misma ley requería que los médicos informasen de todos los nacimientos de esos niños a la oficina del Líder de Salud del Reich. Pedimos que Lenger preparase los documentos para sacar a Greta. Él dijo que tenía que examinar sus registros y consultar con un colega antes de poder firmarlos, y que nos lo haría saber cuando estuvieran listos. Esperamos unos días y luego llamamos a su consulta para preguntar el motivo de su retraso. Nos aseguró que se estaba ocupando de ello y que debíamos tener paciencia. Pasó otra semana y volvimos a llamar. Esta vez alegó que había enviado los papeles a la oficina del líder de Salud del Reich, para su autorización, y que se los devolverían en cuanto hubiesen recibido el sello oficial.

Johanna hizo una pausa y cerró los ojos. Se aclaró la garganta un poco antes de seguir.

–Un día más tarde, el doce de noviembre... Ése fue el día que recibimos una carta de la clínica que decía que... que Greta había muerto. Había contraído una neumonía dos semanas antes y no respondió al tratamiento. Yo... Nosotros... –Se detuvo y bajó la cabeza, incapaz de hablar.

–¿Tiene usted la carta? –le preguntó Schenke.

Ella abrió la bolsa y sacó un sobre normal, sujetándolo con una expresión que oscilaba entre la pena y el horror.

Él habló con suavidad.

–¿Puedo leerlo?

Ella dejó que lo cogiera.

Schenke examinó el sobre. La dirección de los Scholtz estaba delante, debajo de un sello de correos. No había dirección de remitente en el reverso, y la parte superior se había abierto pulcramente con la hoja de un abrecartas. Extrajo la carta que estaba doblada en el interior, y la levantó para que Karin pudiera leerla al mismo tiempo que él.

Para G. & J. Scholtz:

Con gran tristeza les escribo para informarles de la muerte de

su hija Greta. Sucumbió a la neumonía el 9 de noviembre tras una corta enfermedad. Su estado se deterioró rápidamente, y, cuando le prescribieron una medicación, fue demasiado tarde para tratarla.

La política de la clínica es incinerar los cuerpos de los pacientes que han muerto en ella. Las cenizas de Greta han sido conservadas para ustedes en una urna sellada. Si desean que se las entreguemos, hay un cargo de diez Reichmarks por el servicio, pagadero a la entrega. Los efectos personales de la difunta, siguiendo las normas de la clínica, han sido vendidos para recoger fondos para otros niños necesitados.

Por favor, acepte mi más sinceras condolencias y las del personal de la clínica,

SS. Reich Doctor W. Pieper

Schenke leyó toda la carta una segunda vez, luego la dobló y la volvió a guardar en el sobre, que dejó en la mesa, junto a su taza de chocolate.

–¿Lo ve? –La voz de Johanna tembló con una rabia apenas reprimida–. Ni siquiera nos devolvieron sus cosas. Nos hicieron pagar por sus cenizas. Es como si ella no hubiese vivido nunca.

–¿Y qué hicieron ustedes?

–¿Qué cree usted que hicimos? Enterramos sus cenizas en el panteón familiar y la lloramos.

Schenke hizo una mueca al darse cuenta de que su pregunta había tenido poco tacto. Tenía que haber aclarado sus intenciones.

–Me refería a si hablaron del tema con otros.

–Por supuesto –dijo Johanna–. Estábamos furiosos. Queríamos respuestas. Mi marido exigió hablar con el director de la clínica, pero se negó a recibir nuestras llamadas. Vio también varias veces a un abogado, pero nos aseguraron que no se podía hacer nada porque la ley prevalecía. Pregunté al doctor Lenger su opinión, y dijo que le sorprendía que alguien tan saludable como Greta hubiera sucumbido a una neumonía, pero que era algo posible si había complicaciones. Un mes después, los padres de un niño al que Greta conocía de su guardería vinieron a nuestra casa. Por lo visto, se habían enterado de lo ocurrido, por lo que nos contaron que también su hijo había

muerto en la clínica una semana antes. Comparamos las circunstancias y eran casi idénticas en todos los detalles.

–¿Casi?

–Les dijeron que su hijo había muerto de tuberculosis.

–Es una diferencia significativa –señaló Schenke.

–Cierto, pero lo habían enviado al mismo dormitorio con barrotes, por lo que la clínica aseguraba que era una conducta violenta. Él les habló a sus padres del autobús marrón. No les notificaron su muerte hasta dos semanas más tarde, y el director tampoco hizo caso de sus preocupaciones.

–Es posible que dos muertes como éstas fueran una coincidencia desafortunada –dijo Schenke.

Johanna sonrió, cansada.

–Es lo que nos dijo Lenger. De modo que hablé con los padres que habíamos conocido cuando Greta era más pequeña. Había dos niños más ingresados en la misma clínica y cuyas muertes fueron muy similares. Ayer supe que había muerto un quinto niño.

–Cinco niños... –murmuró Karin–. ¿De la misma clase de preescolar?

Johanna asintió.

–Y en el espacio de tres meses. Dígame ahora que es sólo una coincidencia.

Schenke levantó una ceja.

–Lo reconozco, es difícil verlo de esa manera.

Ella se acercó más a él, con una mirada incómodamente intensa.

–Piense en esto, inspector. Busqué en los periódicos locales esquelas de niños que asistieran a otras escuelas para minusválidos en los tres últimos meses, y hablé con algunas de las familias implicadas. –Buscó en su bolso y sacó un pequeño fajo de recortes de periódico, unidos entre sí con una grapa, y los puso delante de Schenke–. Hubo otras ocho muertes en aquella clínica en los mismos meses. Ocho... En total son trece, contando a nuestra Greta. ¿Sigue creyendo que es una coincidencia?

Schenke notó que una sensación de terror se introducía en su mente. Negó con la cabeza.

–No.

–No –repitió Johanna, con énfasis. Hizo una pausa momentánea–. Alguien de dentro de la clínica está asesinando a nuestros niños. El director y el resto de los que están al cargo se niegan a reconocerlo, y no parece ni que les importe. En realidad, me da la impresión de que incluso puede que estén protegiendo al asesino.

Recogió las noticias de muertes y las dobló para que Schenke pudiera ver el nombre de un recorte en particular: «Greta Scholtz. Se fue de este mundo a los diez años».

–Nuestra niña fue asesinada, inspector. Asesinada a sangre fría y eliminada después. Lo único que nos dieron fueron sus cenizas... Pero ella no fue más que el principio.

Capítulo dieciséis

Cuando volvió a su despacho en la comisaría, Schenke leyó las esquelas mortuorias y las cartas de la clínica. Luego puso los documentos en el cajón superior de su escritorio y pensó en cómo empezar a ocuparse de aquel tema. Aún no podía acabar de creer que tantos niños hubiesen muerto en una institución, en un espacio de tiempo tan breve. Le había dado su palabra a Johanna Scholtz de que investigaría sus muertes de una manera oficial, pero primero necesitaba presentar más información a Kleist para garantizar que le diera permiso para involucrar a la Kripo. El director de la clínica era miembro de las SS, así que se requería una carga extra de pruebas antes de que fuera seguro proceder. «Otro doctor de las SS», pensó. «Como Schmesler».

Era tentador inferir una conexión entre ambos casos, pero esto se veía motivado más por su desagrado de la organización que por cualquier prueba disponible, aunque fuera pequeña. Las muertes de Schmesler y los niños eran asesinatos, casi con toda certeza, pero ése era el único punto de comparación entre ambos casos.

El caso Schmesler estaba cerrado, y el caso de los niños no había sido autorizado todavía. Sin embargo, Schenke se sentía implicado en ambos. Sin duda, resultarían distracciones muy poco útiles de la investigación de falsificación que estaban llevando a cabo. Por tanto, necesitaría algo de ayuda, alguien en quien pudiera confiar. Sólo un miembro de su sección reunía todos esos requisitos: el sargento Hauser.

Ninguna de las partidas de arresto había vuelto todavía a

comisaría, de modo que existía una breve oportunidad de hablar de todo ello mientras los dos hombres fueran los únicos presentes en la comisaría.

–¡Hauser! –llamó, y le hizo señas cuando el sargento levantó la vista del periódico que estaba leyendo en su escritorio.

Con Hauser sentado enfrente, repasó todo lo que le habían dicho en el salón del hotel Dorfman y sacó la carta y las noticias de muertes. Vio a Hauser leerlas y echarse hacia atrás en su asiento.

–Es difícil de creer. Tantos niños... El director o bien es un incompetente total o bien está en el ajo. –El sargento agitó la cabeza–. ¿Qué tipo de hijo de puta enfermo haría una cosa semejante?

–El asunto es saber cómo lo están haciendo –respondió Schenke–. La eliminación de los cuerpos sugiere que tratan de esconder cualquier prueba. Sin un *corpus delicti*, no existe oportunidad alguna de una autopsia para justificar una investigación. El director tiene que haber firmado las órdenes de cremación. Sería interesante oír su explicación.

–Entonces debemos empezar con él.

–No. Con él, no. Sería demasiado directo. Necesitamos tener una imagen mucho más clara antes de implicar al doctor Pieper de las SS del Reich. –Schenke pensó un momento–. El doctor Lenger. Por ahí empezaremos. Quiero saber por qué recomendó enviar a Greta, y por qué les dio a conocer la clínica Schiller.

Hauser consultó su reloj de muñeca.

–Hagamos lo que hagamos, vamos a estar muy ocupados con la investigación de la falsificación. No va a ser fácil sacar adelante ese trabajo.

–Ya he pensado en eso –sonrió Schenke–. Puedo conseguir un poco de tiempo para investigar esas muertes mientras esperamos que algunos de nuestros sospechosos en el caso de la falsificación adquieran un espíritu más cooperativo.

Hauser levantó una ceja.

–¿Ah, sí? ¿Y cómo será eso?

–Ya lo verá. Creo que lo aprobará. Que lo hagan nuestros colegas de la Orpo, es un asunto totalmente distinto.

* * *

Dieron las ocho de la noche antes de que volvieran las primeras partidas de arresto a comisaría y dejaran a sus prisioneros esposados en el patio trasero. Casi cincuenta, en total. Los primeros en llegar tuvieron que pasar varias horas soportando el frío bajo los débiles rayos de luz que proyectaban las rendijas de las lámparas oscurecidas. Varios policías de uniforme, armados con rifles, custodiaban a los diversos sospechosos, todos con antecedentes criminales. La temperatura era de varios grados bajo cero, y unas nubes blancas se extendían por el cielo nocturno, salpicado de estrellas. Diminutos cristales de hielo formaban remolinos en la intensa brisa, y pinchaban la carne expuesta como finísimas agujas. Los que no habían podido ponerse los abrigos antes de ser detenidos temblaban ostensiblemente al mismo tiempo que exigían a grito pelado que les dieran mantas, así como hablar con el oficial al mando.

Dentro del despacho de la Kripo, los subordinados de Schenke se calentaban junto a la estufa mientras compartían las historias de sus arrestos. Schenke se puso el abrigo y el sombrero y se dirigió a Hauser.

–Distribuya los nombres de aquellos que no han sido encontrados todavía. El equipo puede trabajar por parejas y localizar mañana a los sospechosos que quedan. Y luego envíe a los nuestros a casa.

–Sí, señor. ¿Necesita que me quede yo después?

–No. Tengo un último asunto del que ocuparme esta noche y luego termino.

Hauser pareció aliviado.

–Descanse bien esta noche, sargento. Tenemos mucho trabajo que hacer, si queremos que siga adelante la investigación de la clínica Schiller.

Intercambiaron un saludo y luego Schenke bajó a la cantina para coger una taza de sucedáneo de café caliente. Salió entonces al patio y se dirigió al grupo de hombres iluminados por aquella luz brillante, con el aliento formando remolinos en torno a sus cabezas. Había una pequeña plataforma de revista a un lado del patio, un recuerdo de los días en los que la comisaría fue unos

barracones del ejército. Subió el breve tramo de escaleras, levantó su taza humeante y dio un sorbo, mirando a los prisioneros. Lo observaron con mirada hostil y expresiones cargadas de envidia. Cuando estuvo seguro de que había atraído su atención, arrojó despreocupadamente lo que quedaba de la taza a un lado.

–¡Caballeros! –empezó–. Para los que no se han cruzado antes en mi camino, soy el inspector Schenke, de la Kripo. Mi corazón está lleno de gozo al ver que han venido tantos de ustedes para ayudarnos en nuestra investigación sobre la falsificación de los cupones de racionamiento. Ahora que la mayoría de los nombres de nuestra lista están presentes, puedo darles unos cuantos detalles sobre lo que ocurrirá en los próximos días... o semanas. –Hizo una pausa y miró hacia la pequeña multitud–. Puede resultar sorprendente para ustedes enterarse de que la banda criminal que está detrás de los cupones falsificados ha causado una cierta inquietud a las personas importantes de Berlín. Cada vez están más enfadados. Por lo tanto, con el interés de salvarlos de las consecuencias de su ira, la policía ha decidido ponerlos a ustedes en custodia protectora.

Se oyeron unos gruñidos intensos que procedían de los hombres esposados, así como unos cuantos gritos furiosos de protesta. Schenke levantó las manos y pidió silencio.

–Ustedes son delincuentes, por lo tanto, no los insultaré pidiéndoles su cooperación para responder a nuestras preguntas. Tampoco tengo esperanzas de que nos cuenten la verdad. Sé que mentirán para proteger a sus camaradas, y algunos de ustedes incluso lo harán sólo para molestarnos. Teniendo muy presente todo esto, van a disfrutar de unos cuantos días de hospitalidad policial antes de empezar a hacerles preguntas.

Indicó los almacenes con barrotes que se alineaban en la parte trasera del patio.

–He dispuesto alojamiento para todos ustedes. No hay calefacción, pero encontrarán un poco de paja vieja en algunos de los establos que quizá los ayude a protegerse contra el frío. Recibirán raciones para alimentarlos al amanecer y al final del día. No bastará para que engorden, pero sí para mantenerlos vivos. Empezaremos a interrogarlos para obtener información

dentro de unos días. Aquellos que se ofrezcan a ayudar obtendrán mejores raciones, si su información es precisa, y la oportunidad de ser liberados. Los más reticentes, aquellos que se nieguen a responder a las preguntas a mi entera satisfacción, serán enviados de vuelta a sus celdas de inmediato hasta que entren en razón. Y eso es todo, caballeros. Disfruten de su primera noche aquí. –Dio un golpecito en el ala del sombrero como despedida.

Estallaron de inmediato los gritos indignados de los prisioneros, que se adelantaron hacia él hasta que la policía uniformada los volvió a echar atrás con sus rifles. Uno de los oficiales golpeó a un prisionero con la culata en el estómago. El tipo se dobló en dos y cayó de rodillas con un gemido. Schenke asintió para sí. Un poco de trato duro además de la incomodidad de vivir en aquellas celdas improvisadas podía inducir a hablar a los delincuentes menos encallecidos, cuando llegase el momento de interrogarlos.

Dejó que el policía uniformado condujese a los hombres hacia los cubículos y les quitara las esposas a medida que pasaban por el umbral. No tenía nada más que hacer en la comisaría, así que paseó hasta el bloque de apartamentos donde vivía. El resplandor del hielo en el suelo y las luces protegidas de los vehículos que pasaban proporcionaban la suficiente iluminación para que distinguiera su camino por la acera y pudiera evitar a otros peatones. A pesar de la temperatura, la novedad que suponía la ley de oscurecimiento ya había dejado de serlo para muchos berlineses. Había grupos de jóvenes que parloteaban emocionados en las calles, así como parejas que intentaban ocultarse en la oscuridad bien porque sus familias desaprobaban su relación o bien porque ésta era ilícita. Por supuesto, no faltaban las prostitutas, los carteristas y demás atracadores que se aprovechaban de la oscuridad.

Cuando llegó a las calles de su barrio, más tranquilas, los pensamientos de Schenke volvieron al encuentro en el hotel Dorfman. Cuanto más asimilaba la información, más le conmocionaba la posibilidad de que alguien en la clínica estuviese matando a niños indefensos y disponiendo de sus restos de una forma tan inmisericorde. Más inquietante aún era

la aparente indiferencia del director, que aumentaba la probabilidad de que estuviese implicado, lo cual le preocupaba. A Schenke ya lo habían apartado de la investigación de la muerte de Schmesler, y dudaba de que Heydrich le perdonase más molestias al partido.

Al entrar en su calle, miró por encima del hombro y vio que la acera estaba vacía, excepto una solitaria figura oscura a unos treinta pasos por detrás de él. Un cigarrillo se encendió brevemente y reveló a un hombre con abrigo y gorra, un trabajador. Dada su experiencia de la noche anterior, Schenke tenía una mayor conciencia de lo que lo rodeaba, y, aunque el individuo podía ser un viandante inocente, no pensaba correr ningún riesgo.

En cuanto hubo dado la vuelta a la esquina, corrió hacia delante varios pasos y se introdujo en un callejón que pasaba por debajo del primer bloque de pisos hacia el patio trasero. Apretado contra la pared de ladrillo, calmó su respiración y esperó. Al cabo de un momento, oyó el débil crujido de unas botas en la nieve congelada, y una voz que murmuraba, bajito:

–¿Qué demonios...?

El trabajador corrió por el callejón, echó un rápido vistazo a la negrura, y luego siguió avanzando. Schenke esperó para asegurarse de que no volvía sobre sus pasos antes de salir con cautela. Miró al otro lado de la esquina y advirtió que la oscura figura todavía estaba cerca. Vio cómo empezaba a trotar, luego se detuvo de manera abrupta y miró los edificios a ambos lados de la calle. Echó la colilla de su cigarrillo a la calzada, se volvió y regresó en dirección a Schenke, todavía murmurando para sí.

El policía se desabrochó el abrigo y sacó la pistola, dispuesta, con la mano izquierda encima de la corredera, y esperó. Dejó que el hombre pasara junto a él y entonces lo abordó.

–¿Busca a alguien, amigo?

El tipo se detuvo de golpe y dio la vuelta en redondo, mientras con una mano buscaba algo debajo de su abrigo.

Schenke echó atrás la corredera para cargar el primer proyectil y levantó la pistola.

–¡No!

El hombre se quedó inmóvil.

El gruñido de un camión que se aproximaba obligó a Schenke a alzar la voz, mientras daba la orden:

–¡Levante las manos! Despacio, vuelva al callejón.

El hombre hizo lo que se le decía y Schenke se acercó unos pasos a él.

–¿Quién es?

No hubo respuesta y Schenke buscó la pequeña linterna que llevaba en el bolsillo. Era una maniobra algo difícil, pues tuvo que forcejear para abrir el bolsillo mientras seguía apuntando al hombre.

Un estrecho rayo de luz apareció en el cruce. Schenke tuvo la impresión breve de que era un hombre robusto, más o menos de la misma altura que él, antes de que el camión diese la vuelta a la esquina. Los faros oscurecidos recorrieron el muro del edificio de enfrente, luego cruzaron la calle y apuntaron directamente a Schenke, antes de que el conductor corrigiese el sobreviraje. Schenke quedó deslumbrado un instante. Se oyó el ruido de botas en el hielo y, cuando el camión hubo pasado, advirtió que el hombre había echado a correr hacia la esquina del cruce.

–¡Policía! ¡Alto! –gritó.

Pero el hombre bajó la cabeza y siguió corriendo, por lo que no tardó mucho en doblar la esquina y desaparecer. Schenke corrió tras él, dejando una buena distancia por si su presa estaba acechándolo, escondido. Pero no, seguía huyendo calle abajo. Schenke dudó un momento, luego apuntó bien a las piernas, guiñó los ojos en la oscuridad al situar su blanco lo mejor que pudo. Apretó el gatillo y se oyó un estruendo ensordecedor. El hombre dio medio giro, se tambaleó durante varios pasos y luego siguió corriendo.

–¡Alto! –gritó Schenke, y volvió a apuntar de nuevo, con mucho más cuidado esta vez.

Al otro lado de la calle, un pequeño grupo de personas se había detenido al oír el disparo, y el hombre de repente cambió de dirección y atravesó la calle para colocarlos entre Schenke y él mismo.

–¡Maldito! ¡Alto! –gritó Schenke–. ¡Policía! ¡Detengan a ese hombre!

Corrió todo lo rápido que le permitieron su cojera,

levantando el cañón para que un posible disparo accidental no diera a nadie.

–¡Eh! ¡Vigile! –Se oyó un grito en el grupo del otro lado de la calle, y una conmoción entre las figuras oscuras que se encontraban allí. Schenke corrió hacia ellos.

–¡Deténganlo! –gritó.

Al llegar al grupo, alguien se acercó a él y le dio un golpe, tirándolo a la acera. Él consiguió mantener la pistola agarrada, mientras le gritaba:

–¡Soy policía, idiota! ¡Detenga al otro! –Se puso de pie como pudo, notó que una mano intentaba ayudarlo y se la sacudió–. ¡Apártense! ¿Dónde está el tipo que huía?

No hubo respuesta, así que pasó entre ellos. Al otro lado del grupo vio que alguien salía corriendo, apenas visible entre las demás figuras que caminaban. No había posibilidad alguna de disparar otra vez sin arriesgar la vida de algún transeúnte inocente.

Quitó con el pulgar el seguro y bajó la pistola. Respiró hondo y luego exclamó algo con los dientes apretados:

–Mierda...

Capítulo diecisiete

3 de febrero

–¿Y quién cree que era? –preguntó Hauser, a la mañana siguiente, mientras sacaba el coche policial del patio y se dirigía hacia la calle con cuidado. Había decidido coger el nuevo Audi 920, el vehículo preferido del Oberst Kleist, así que el sargento no quería hacerle ni el menor arañazo o abolladura.

–Pues no lo sé –dijo Schenke–. No tuve mucho tiempo para fijarme en su aspecto, así que podría ser cualquiera: un miembro de la banda que falsifica los cupones; o bien uno de los chicos de Heydrich que seguía vigilándome; incluso algún maleante que sólo quería robarme.

–¿Cree que eso es probable?

–¿Después de lo que ha ocurrido estos últimos días? Ni hablar.

–¿Y qué ha dicho Karin de todo esto?

–Aún no lo sabe. No quiero preocuparla.

Hauser dejó escapar un silbido bajo.

–No querría estar en su pellejo cuando lo averigüe al final.

–Supongo que lo mejor sería ocultárselo...

–Entonces es que no conoce a las mujeres. Siempre acaban averiguándolo. De una manera u otra.

Schenke buscó el dial en el salpicadero para encender la calefacción.

–Hay otro buen motivo para implicarnos en las muertes de la

clínica. Es conveniente que nos vean investigar algo que no esté relacionado con la muerte de Schmesler, para que parezca que estoy haciendo caso de la advertencia que me hicieron.

–Supongo que es una forma de verlo... –comentó Hauser, escueto.

Schenke lo miró y notó que tenía la mandíbula tensa.

–¿Hay algo que le preocupe, sargento?

Hauser no respondió al momento.

–Si lo que Frau Scholtz le contó era cierto, entonces hay algún hijo de puta enfermo por ahí matando niños. Eso no me sienta nada bien.

–Yo creía que ningún asesinato le sentaba bien... –dijo Schenke.

–No creo que sea un asunto apropiado para el sarcasmo, señor. Si algún criminal se lleva a otro por delante, eso es una cosa. Pero hacer eso a unos niños... Bueno, es algo que me supera, no puedo evitar pensar en que pueda ocurrirles a los míos. Usted no es padre, así que quizá no le afecta tanto como a mí.

–Supongo.

–Sentirá usted lo mismo cuando tenga hijos.

–Ahora mismo no lo tengo programado.

–Es justo lo que yo pensaba. Hasta que Helga se puso en plan familiar.

–Por lo que tengo entendido del proceso, hacen falta dos para algo así.

Hauser soltó una risita.

–Está bien, jefe, yo hice mi parte. La cuestión es que, en el momento en que uno tiene su primer hijo, cambia la forma que tienes de ver el mundo.

El Audi encaró un tramo con la calzada helada, así que el sargento corrigió su rumbo y bajó la velocidad. Por la ventanilla lateral, Schenke vio a tres hombres con sobretodos imperiales sentados en unas cajas junto a una tienda, compartiendo una botella. Otro recuerdo de la anterior guerra que había devastado Alemania y sustituido la monarquía por una república desesperadamente comprometida y ahora demasiado dispuesta a venirse abajo ante la acometida de Hitler y sus seguidores.

–No puede ser fácil para usted, ahora que hay guerra –susurró–. Todos los padres tendrán que preocuparse por las bombas del enemigo y amenazas semejantes, además de las preocupaciones habituales.

Hauser se encogió de hombros.

–Hasta el momento la cosa ha quedado en nada. Mientras los franceses continúen tirando folletos sobre Berlín, yo estaré tranquilo. Si empiezan a usar bombas, Helga y yo hemos decidido que cogerá a los niños y se irá a la granja de sus padres. El aire fresco y el trabajo duro les hará bien, y además yo tendré un poco de paz en el apartamento. Siempre hay que ver el lado positivo de las cosas, ¿verdad?

Era evidente que estaba intentando aligerar los ánimos, pero la verdad era que la situación preocupaba a ambos, así que se quedaron en silencio mientras se dirigían a la consulta del doctor Lenger. Llegaron a un barrio obrero: oscuros bloques de pisos a cada lado, con las ventanas manchadas y las puertas descascarilladas. El hielo y la escarcha bordeaban los cristales de las ventanas y brillaban oscuramente a la débil luz del día de invierno. La consulta de Lenger estaba en el primer piso, encima de una tienda de muebles, y su letrero colgaba de un marco de hierro que sobresalía de la pared.

–Pare ahí y aparque detrás del camión –indicó Schenke.

Hauser dejó el coche junto a la acera, justo a continuación de un camión cubierto que contenía una carga de sillas de madera apiladas. Al bajar, ambos policías observaron un poco su entorno.

–Una zona con mucha clase –comentó Hauser con tono sarcástico–. No me imagino a nuestro médico viviendo la gran vida con lo que se gane aquí.

Había una puerta barnizada junto a la tienda de muebles, con el nombre de Lenger inscrito en ella, que Schenke cruzó. Sonó una campanilla al abrirse la puerta, pero los agentes la ignoraron y subieron por una escalera recién alfombrada.

–Parece que le ha ido mejor de lo que usted creía –observó Schenke.

En la parte superior se encontraba una sala de espera con dos sofás grandes a cada lado de una ventana que daba a la calle.

Habían colocado una mesita baja entre ellos, con una pequeña pila de revistas con fotos algo desvaídas. Frente a la entrada, un breve pasillo conducía a una puerta con una placa de latón. A un lado del pasillo vieron un mostrador, tras el que se sentaba una señora muy pulcramente vestida, de unos cincuenta y tantos años. Aunque una pequeña estufa calentaba la habitación, ella llevaba mitones de lana y bufanda. Levantó la vista y los saludó.

–¿En qué puedo ayudarlos?

–Estamos aquí para ver al doctor Lenger –dijo Schenke.

–¿Tienen cita?

Hauser hizo una señal hacia la sala de espera vacía.

–¿Necesitamos una?

–Trabajamos siempre con cita previa, señor –dijo con firmeza la recepcionista.

–Pues no tenemos. –Hauser sonrió y señaló la puerta que estaba al final del pasillo–. ¿Está él?

–Veré si el doctor puede recibirlos –respondió ella, y se levantó.

–No se moleste. –Schenke pasó junto al mostrador y dio unos golpecitos en la puerta. Sin esperar una respuesta, giró el picaporte y entró.

La consulta de Lenger estaba forrada de madera de color claro, con una de las paredes cubierta de estantes con libros, además de unos armarios con las puertas de cristal y repletos de botellas e instrumental. En la pared opuesta colgaban grandes diagramas anatómicos. El escritorio del doctor, de roble y sencillo, situado en ángulo bajo la ventana, tenía tres sillas para los pacientes. Lenger, que vestía con una chaqueta blanca sobre un jersey, estaba sentado al otro extremo en una butaca de cuero brillante, enfrascado en unos formularios. Pero se levantó con expresión desconcertada cuando los dos policías entraron en su consulta. Era un hombre bajo y rechoncho, de cuarenta y pocos años, cuyo pelo oscuro formaba una franja en torno a su cabeza calva. Las gruesas gafas de montura metálica hacían que sus ojos grises y acuosos pareciesen grandes y saltones.

La recepcionista pasó entre Schenke y Hauser.

–Lo siento, doctor, estos hombres se han colado sin más. No he podido detenerlos.

Lenger le dedicó a un breve fruncimiento de ceño y luego fulminó a sus visitantes.

–¿Quién demonios son ustedes?

Schenke levantó su disco de identidad.

–Inspector criminal Schenke y mi colaborador el sargento Hauser. Venimos de la sección Kripo en Pankow.

–¿La policía? ¿Es por lo del allanamiento?

–¿Un allanamiento?

–Sí, lo denuncié hace algunos días. Revolvieron toda la consulta y me robaron algunas drogas. Supongo que fue cosa de jóvenes gamberros.

Schenke negó con la cabeza.

–Hemos venido por otro asunto.

–Entonces, ¿qué están haciendo aquí? ¿Qué significa todo esto? Irrumpir en mi consulta sin avisar... –Las mejillas de Lenger temblaban de rabia.

–Por la falta de pacientes, yo diría que no estamos interrumpiendo nada importante, ¿verdad? –dijo Schenke, con calma.

Lenger abrió la boca para responder, luego dudó y suspiró, irritable.

–Muy bien. Fräulein Gerstein, hablaré con estos señores. Puede dejarnos.

La recepcionista arrugó la frente, poco convencida, pero al fin se retiró hacia el pasillo y cerró la puerta tras ella.

Lenger se sentó.

–¿Qué quieren?

Schenke se sentó en una de las sillas, mientras Hauser iba hacia el pequeño armarito que había a un lado del escritorio y se apoyaba allí, con los brazos cruzados.

–Tengo que hacerle algunas preguntas sobre una de sus pacientes –empezó Schenke–. Greta Scholtz.

Lenger asintió, cauteloso.

–Sí, la recuerdo. Una niña muy enfermiza, retrasada.

–¿Enfermiza? No es eso lo que aseguran sus padres. Y me imagino que la recordará, dado que murió hace poco y sus padres vinieron a pedirle su ayuda para averiguar qué le había pasado. Entiendo que usted no los ayudó mucho.

Lenger juntó las manos.

–Eran unos alborotadores, ambos. Su hija murió de neumonía, de acuerdo con el certificado de defunción que me enseñaron. No hay nada inusual en ello. Los niños con anormalidades congénitas son propensos a una mortalidad temprana. Los Scholtz aparecieron aquí exigiendo verme, y se negaron a irse hasta que lo hicieran. Intenté tranquilizarlos y decirles que no hubo nada siniestro en la muerte de su hija, pero ellos no quisieron aceptar mi palabra, incluso acusaron a los de la clínica de haberla asesinado. Es una absoluta estupidez, y su conducta fue inaceptable. Especialmente, dado que Scholtz es miembro del partido. Debería tener más fe en aquellos que practican la medicina por el bien del Reich.

–Acababan de perder a su única hija –intervino Hauser–. ¿Cómo quería que se comportasen?

–Con un poco más de dignidad, francamente. Y con respeto por mi opinión profesional.

–Dice usted que era enfermiza –continuó Schenke–. ¿Tenía un historial de enfermedades?

–Era retrasada desde el día que nació.

–Eso tengo entendido, pero yo hablo de su salud física. ¿Era realmente propensa a enfermar?

Lenger hizo una pausa y luego respondió.

–Pues no, supongo.

–¿Había sufrido de neumonía antes? ¿Bronquitis? ¿Alguna dolencia semejante?

–No que yo sepa –reconoció–. Pero eso no impide que pudiera enfermar. En cualquier caso, el motivo por el cual la trajeron para que la viera fue otro. A mí me consultaron por su conducta, o más bien por la falta de ella.

–¿Y qué opinaba usted al respecto?

–No recuerdo todos los detalles, y el expediente fue enviado a la clínica.

–Pues hablemos de los que todavía no ha olvidado. Después de todo, no hace tanto tiempo, y la visita de sus padres debió de refrescarle la memoria.

Lenger se aclaró la garganta.

–Muy bien. Greta exhibía algunas características de

inestabilidad mental, significativos cambios de humor e incapacidad para captar los requisitos educativos mínimos de alguien de su edad. Su madre no lo llevaba bien. Su padre se veía agobiado por exigencias profesionales y tenía poco tiempo para apoyar a su esposa. Tuve claro desde el principio que lo mejor para la familia en dicha situación era enviarla a una institución adecuada. Eso fue lo que les aconsejé.

–No estoy seguro de que acertase –dijo Hauser.

–¿Está usted cuestionando mis juicios profesionales?

–Dado el resultado, ¿a usted qué le parece?

–Soy médico, no un maldito adivino. ¿Cómo podía saber yo que moriría de neumonía?

–Si es que murió de eso...

–Eso es lo que asegura el certificado de defunción, sargento. ¿Tiene usted la costumbre de desautorizar al estamento médico?

–¿Cree que fue la neumonía lo que la mató? –preguntó Schenke.

–¿Por qué iba a dudar del certificado? Y, aunque hubiese otra causa, nunca lo sabremos, dado que su cuerpo fue incinerado.

–Claro –asintió Schenke–. Eso suscita también la pregunta de por qué era necesario incinerarla. No es algo que suela pasar de manera habitual, me parece a mí.

–Tendría que preguntar usted a la clínica. En cualquier caso, es un procedimiento que estaría justificado en caso de riesgo de infección.

–Eso valdría para la peste bubónica. ¿Pero para una neumonía? –lo presionó Schenke.

–¡Dios mío! –bufó Lenger–. Estoy rodeado de expertos médicos ahora mismo. Mire, creo que sería mucho mejor para todos que se limitaran ustedes a arrestar sus ladrones y demás criminales y dejaran las valoraciones médicas para los que nos hemos formado para ello. ¿No le parece?

–Y en eso estamos. Existen muchas dudas sobre las decisiones de expertos como usted, doctor. Dudas que señalan a un posible crimen.

Lenger entrecerró los ojos.

–¿De qué me están acusando exactamente?

–No estamos aquí para eso... todavía. Sólo hemos venido a

hacerle algunas preguntas, como he dicho –respondió Schenke–. Pero sigamos adelante. Me interesa por qué recomendó usted enviar a Greta precisamente a la clínica Schiller. ¿Qué motivos tenía para ello?

Lenger abrió las manos y se echó atrás en su asiento. Parte de la tensión de su cuerpo pareció desvanecerse.

–Tenía buena reputación. Además, estaba cerca, para que los Scholtz pudieran ir de visita sin muchas dificultades. Y, en cualquier caso, hoy en día se prefiere que los niños... Bueno, también adultos, es cierto... Como decía, ahora mismo se suele recomendar que las personas con deficiencias mentales o físicas estén institucionalizadas, para poderles prestar los cuidados adecuados, lejos de la sociedad normal.

–¿Se prefiere? –intervino Hauser–. ¿Quién lo prefiere?

Lenger esbozó una sonrisa.

–Ya no es tan experto, ¿verdad? Quizá no haya leído usted los últimos boletines de la profesión médica... Hay muchísima literatura sobre higiene racial y la necesidad de eliminar cualquier debilidad de nuestro pueblo. Desde hace muchos años, el partido disuade de la procreación si ésta implica a personas con deficiencias mentales o físicas, sobre la base de que tales fallos se pueden eliminar. Incluso hay algunos que creen que se puede hacer lo mismo con los criminales habituales, los haraganes, las prostitutas y los vagabundos... Ya saben, todo ese tipo de personas. No estoy seguro. Me parece que una estancia breve en los campos podría bastar para curar a aquellos que tienen tales actitudes antialemanas.

–Eso me imagino –dijo Schenke, antes de volver a hablar de los Scholtz–. Tengo que reconocer que encuentro difícil creer que la mayoría de los padres estén de acuerdo en separarse de sus hijos.

–Probablemente no les guste. Pero, tal y como están las cosas, no tendrán mucho que decir al respecto. A día de hoy, todas las deformidades de nacimiento o deficiencias mentales tienen que ser comunicadas a los médicos. No hace falta mucha imaginación para darse cuenta de que el partido usará esos registros para identificar e institucionalizar a aquellos que no consigan llegar a los estándares requeridos para purificar nuestra raza. En el caso

de los Scholtz, considerados buenos miembros del partido, se espera que acepten y cumplan con todo ello.

–¿Y a usted qué le importa que sea así? –preguntó Hauser.

Lenger se volvió hacia el sargento con una expresión cáustica.

–¿Aparte de que es la ley y de creer que es lo mejor para los intereses de las familias y nuestro país?

Schenke advirtió que la expresión del sargento se había oscurecido. Ahora sabía que la devoción de Hauser por su deber palidecía ante el amor y lealtad a sus hijos. Lenger estaba en terreno peligroso y seguramente se había dado cuenta de ello. Su mirada vaciló, los ojos se le fueron hacia los formularios en su cartapacio mientras seguía hablando.

–Y, ya que me lo preguntan, reconoceré que endulzan la píldora pagando una tasa por cada niño que decidimos institucionalizar. Para eso es este formulario, precisamente. Es otro niño al que estoy recomendando para la clínica. Nacido ciego, en este caso, así que no hay lugar para él dentro del nuevo orden. Y, como se dice, es una vida indigna de ser vivida...

Schenke vio que Hauser cerraba los puños.

–Ya veo. Creo que tenemos toda la información que necesitamos de usted por el momento, doctor. –Se puso de pie–. Si tenemos que volver a hablar con usted, volveremos. No salga de Berlín sin notificarlo antes a la comisaría de Pankov.

–Tengo que pedirles que pidan cita la próxima vez, inspector. No me gusta que la gente irrumpa en mi consulta y me trate como si fuera una especie de sospechoso.

–Mientras no lo sea usted... –Schenke se tocó el ala del sombrero como despedida–. Vámonos, sargento.

Hauser se apartó del armarito e hizo una pausa junto al escritorio, con los ojos entrecerrados.

–Si alguna vez alguien como usted intentara quitarme a mis hijos y llevárselos –gruñó–, le juro que... Bueno, mejor que no lo descubra nunca...

Se acercó, cogió el formulario, y lo arrugó formando una bola de papel que arrojó al regazo del doctor.

Lenger dio un respingo como si hubiese sido una granada de mano.

–Ahí tiene –dijo Hauser–. Le he ahorrado al Estado unos

cuantos Reichsmarks. Que lo inviertan en la guerra. –Se volvió y siguió a Schenke sin cerrar la puerta.

Tras salir de la consulta y bajar las escaleras hasta la calle, Schenke respiró profundamente para despejar la sensación enfermiza de podredumbre y de conformidad ideológica aplastante que llenaba el despacho de Lenger. Hizo una pausa junto al asiento del pasajero del coche.

–¿Quiere que conduzca?

–No, me he responsabilizado yo. Tengo que cuidarlo. No puedo dejar que un antiguo piloto de carreras coja el volante.

Mientras Hauser conducía, Schenke miró a su sargento.

–Sé que le ha sentado bien. Aun así, ¿tenía que hacer eso?

–Era el formulario o ese mierda sin corazón.

Schenke asintió. Conocía lo bastante bien a Hauser para creerlo. Lenger había tenido mucha suerte.

Capítulo dieciocho

Unos diez minutos después de haber dejado la consulta de Lenger, Hauser volvió a hablar.

–Lo siento, señor. No tendría que haber dejado que ese hijo de puta me afectase tanto. Pero es que... un niño es un niño, no importa cómo sea cuando llega a este mundo. No es cristiano esconderlos y fingir que no existen.

–Como ya he dicho, el partido ha decidido que sólo se puede usar a los mejores reproductores para producir una raza superior. Suele decirse que no se puede hacer una tortilla...

Hauser interrumpió a Schenke con una expresión amarga.

–No me diga eso, señor. Yo me uní al partido porque pensaba que sería bueno. El Führer juró hacer a Alemania poderosa de nuevo. Pero no me parece bien esto de jugar a ser Dios. No sé cómo Lenger puede tomar ese tipo de decisiones con la conciencia tranquila.

–Pues se las arregla. Creo que no ha visto la foto de su mujer y sus dos hijos desde donde estaba. Parece que Lenger tiene su propia familia. Increíble, ¿verdad? Nadie lo diría por la forma en que ha tratado a los padres de Greta. Al mismo tiempo, es un hombre del partido hasta tal punto que ha asumido la doctrina hasta quedar cegado. Ahora ya no es capaz de ver el coste que otros han tenido que pagar para asegurar el surgimiento de la nueva Alemania. No tiene sentido juzgarlo con tanta dureza, teniendo en cuenta que es uno más de los muchos a los que les han comido la cabeza.

Hauser reflexionó sobre aquel punto de vista mientras

detenía el Audi en un cruce y comprobaba que el paso estaba libre antes de dar la vuelta hacia la comisaría. Schenke continuó.

–Tengo que saber que puedo confiar en usted. Tiene que dejar a un lado sus sentimientos personales mientras estemos investigando las muertes de esos niños en la clínica.

–Con todo respeto, señor, llevo treinta años en el servicio. No me he ablandado.

Schenke hizo una breve pausa antes de continuar hablando.

–Tengo la impresión de que la implicación del doctor sólo llega al punto de enviar a sus pacientes a la clínica Schiller y recoger su recompensa por hacerlo. Dudo que haya visitado siquiera ese sitio.

–Quizá –respondió Hauser–. ¿Cuál será el siguiente paso, pues?

–Tenemos que hacer una visita a la clínica y hablar con el director.

–Les resultará difícil explicar tantas muertes, ¿verdad?

–A menos que haya un motivo válido para todo lo que ha ocurrido. Puede que sea sólo una desgracia, y que los padres no quieran aceptar la realidad.

–¿Realmente lo cree así?

–No estoy dispuesto a descartarlo, sobre todo si las pruebas nos conducen a esa respuesta. De todos modos, ¿no preferiría que fuese así? Sería mejor que tener que enfrentarnos a la perspectiva de que alguien haya asesinado a los niños.

–Buen argumento... ¿Cuándo vamos a Postdam, entonces?

–Esta tarde.

–¿Tan pronto?

–Sólo tenemos unos días antes de tener que dedicar nuestra atención al interrogatorio de los sospechosos de falsificación. Para entonces debemos tener una idea de lo que ha pasado en la clínica. Iremos en cuanto haya podido conseguir un poco de información sobre ese sitio. Nos llevamos a Liebwitz.

–Ay, Señor, ¿por qué él?

–Quizá no sea la compañía más agradable, pero no se pierde ningún detalle.

–Claro, si quiere usted saber cuántas judías hay en un bote, pero la gente se le da fatal. No sabe interpretar a las personas

como usted y yo, señor.

–Quizá sea cierto, pero quiero asegurarme de que no nos perdemos nada. Entre los tres será más fácil conseguirlo.

Hauser suspiró.

–Va a ser un día muy largo.

* * *

Postdam estaba sólo a veinte kilómetros del corazón de Berlín. El hielo en la carretera y la anchura restringida debido a la nieve acumulada en los márgenes hizo que el viaje fuera más largo y tedioso. A ambos lados de la calzada, se extendía un paisaje de bosques y lagos cubiertos de un manto invernal. El río Havel se había congelado y aparecía ahora cubierto por una suave y esponjosa capa que iba de una orilla a otra. Una niebla fina y helada colgaba en fantasmales jirones a lo largo del cauce, un escenario que a Schenke le recordaba a las pinturas de la antigua Galería Nacional. Había algo misterioso, casi gótico, en ese escenario rural atrapado en las garras del duro invierno. Algo que le hacía desear volver a los entornos familiares de la capital.

Mientras Hauser conducía, Schenke leyó en voz alta las notas tomadas durante la conversación telefónica con un antiguo amigo de la universidad, ahora pediatra, al que había consultado sobre el centro.

–La clínica originalmente era un balneario construido encima del Havel, hacia finales del pasado siglo. Solía atraer a algunas de las personas más ricas de Berlín. Luego llegó la guerra del Káiser y el balneario fue usado como hospital militar hasta 1920, cuando se convirtió en una institución para el cuidado y tratamiento de niños con discapacidades mentales o físicas. Allí se llevaron a cabo algunos experimentos interesantes bajo el primer director, según mi contacto.

Liebwitz, sentado junto a Hauser, miró por encima de su hombro.

–¿Qué quiere decir con lo de «interesante», señor?

–Los experimentos eran controvertidos. Se usó algún tipo de tratamiento de choque con los pacientes mentales. Todo llegó a

su fin cuando el director fue despedido, en 1929. El nuevo director adoptó un enfoque más convencional. Los costes se cubren gracias a una fundación filantrópica establecida por Gustav Krupp, el industrial, uno de los mayores fundadores del partido nazi, lo que permite que los padres de los niños sólo paguen una pequeña cuota mensual. Eso convierte a la clínica Schiller en una de las instituciones con más solicitudes de toda la zona.

–Debe de costarle un buen pellizco a la familia Krupp –comentó Hauser.

–Pueden permitírselo. En cualquier caso, yo no me dejaría impresionar demasiado por su aparente generosidad. Parece ser que Gustav es propenso a mantener a los niños con defectos fuera de la sociedad. Por eso la familia está encantada de subvencionar la clínica Schiller, así como otras instituciones. Si se quiere promover la idea de la superioridad de la raza aria, nada mejor que mantener ocultos a quienes no cumplen esos requisitos.

–Cualquier subvención ofrecida a un cuerpo caritativo, como una institución para el cuidado de los niños, es deducible de los impuestos de la empresa –observó Liebwitz–. Por tanto, una astuta estrategia de negocios por parte de la familia Krupp. En realidad, es un modelo de eficiencia, ya que las ambiciones políticas producen ventajas impositivas, y el deseo de ahorrar dinero proporciona ventajas políticas.

Schenke levantó la vista de su libreta de notas para intentar comprobar si el Scharführer había querido que su observación fuese un comentario divertido, pero Liebwitz estaba sentado con la espalda recta y mirando al frente.

–Sí..., supongo que es así –respondió Schenke.

Hauser bufó.

–Gracias a Dios por los filántropos, ¿eh?

* * *

Después de mediodía llegaron a Postdam, una pintoresca ciudad a la sombra de las terrazas reglamentadas del parque

ornamental de Sanssouci, el palacio de verano construido por Federico el Grande. A Schenke siempre le había parecido el tipo de lugar que demuestra hasta qué punto una crianza despiadada y pragmáticamente prusiana estrangula cualquier posible inspiración romántica. Pasaron en el coche por las calles tranquilas y cruzaron el puente para dirigirse al lado sur del Havel, y luego continuaron unos cuantos kilómetros más antes de plantarse por fin ante el cartel que llevaba el nombre de la clínica.

Hauser salió de la carretera principal hacia un camino estrecho que conducía a un denso bosque de pinos, que se elevaba mucho a ambos lados. Las ramas de los árboles creaban un entramado tan denso que Hauser se vio obligado a encender los faros. A pesar de la naturaleza serpenteante del camino, el camino apenas tenía nieve. Allá donde había logrado acumularse un poco, la habían limpiado y amontonado a un lado. Por tanto, la clínica no había quedado aislada en absoluto del mundo exterior debido a las extremas condiciones invernales.

Dieron la vuelta a una curva y, al salir del bosque, se encontraron frente a una gran entrada. Las puertas de hierro forjado estaban cerradas, pero había rastros de humo en el cielo gris procedentes de la pequeña casita que se veía a un lado. Hauser paró allí y tocó tres veces el claxon.

Mientras esperaban una respuesta, Schenke se fijó en el muro, al menos de dos metros de alto, que se extendía hasta donde alcanzaba la vista, a lo largo del borde del bosque, a cada lado.

–Parece más una prisión que un hogar infantil.

–No lo creo –dijo Liebwitz–. La mayoría de los que he visto no eran muy distintos. Ayuda a mantener controlados a los internos. Para su seguridad y para la conveniencia de la institución.

Antes de que Schenke pudiera comentar nada, se abrió la puerta delantera de la casita y apareció una figura, que se inclinó hacia la ventanilla mientras Hauser la bajaba. Era un hombre flaco, de mediana edad, que llevaba un sobretodo antiguo de soldado, unos guantes tipo mitones sin dedos y un gorro de piel ruso. Schenke supuso que era un veterano del frente del este, de la anterior guerra.

–¿Tienen ustedes algún asunto en la clínica, señor?

Hauser sacó su insignia.

–Asuntos policiales. Abra la verja, amigo, y déjenos pasar.

El guardia entrecerró los ojos al ver la placa, asintió y se dirigió hacia la puerta. Levantando el pesado cerrojo de hierro, que chirrió al moverlo, apoyó el hombro contra las puertas de hierro y las apartó a un lado, y luego hizo señas al coche de que pasara.

Al otro lado, lejos, vieron por primera vez la clínica, detrás de una extensión abierta de parque cubierto de nieve. Schenke esperaba algo que se pareciese a un hospital, pero, por el contrario, se encontró mirando lo que en realidad parecía un castillo. Enormes torreones se alzaban a cada extremo de una estructura de tres pisos, con almenas intercaladas entre torretas decorativas. Las estructuras verticales estaban cubiertas con tejados cónicos, y, donde la nieve había desaparecido, las tejas parecían las escamas grises de un pez o un dragón enorme.

Sonrió con gesto torvo.

–¿No tienen la sensación de haber visto este lugar antes, en una película de terror?

A medida que se acercaban por el camino interno, se fijó en una verja de alambre interior que rodeaba los terrenos que estaban fuera del edificio. Más allá, un puñado de figuras se movían por la nieve, algunos niños, sin duda alguna. Había que pasar por otra puerta en la verja, esta vez custodiada por un hombre grueso en una garita, que se acercó a la ventanilla para dirigirse a ellos cuando el coche paró. Hauser levantó de nuevo su insignia.

–No me han dicho nada de que hayan llamado a la policía –respondió el guarda, mirando de cerca a los tres ocupantes del coche.

–No nos han avisado. Venimos desde Berlín para hablar con el director.

El tipo levantó una tablilla portapapeles.

–No están ustedes en la lista, señor. Tendré que llamar para pedir permiso.

Hauser volvió a levantar su insignia.

–Este trocito de metal supera a su tablilla, sin discusión. A

menos que quiera meterse en problemas –añadió, con un tono ligeramente amenazador.

El guarda asintió de manera nerviosa y salió de la garita para abrir la cadena y deslizar a un lado la puerta enmarcada con metal.

Hauser recorrió el último tramo del camino y aparcó junto a otros coches, varios camiones y un autobús marrón que se encontraban a un lado de la entrada principal. Schenke sintió un escalofrío al recordar las palabras de Johanna Scholtz sobre el vehículo.

Al salir del Audi, Liebwitz miró a su alrededor, a la alambrada que los rodeaba.

–Dado lo poco cooperativos que se han mostrado con nosotros, uno se pregunta lo difícil que se lo pondrían a los padres para visitar a sus hijos.

Al mirar la fachada del edificio, Schenke observó que había rejas en las ventanas de los pisos superiores, tras las cuales atisbó varios rostros pálidos que observaban a través del cristal. Era la primera vez que estaba en un lugar semejante, y no pudo dejar de apreciar la abrumadora atmósfera de desdicha y desolación que lo rodeaba. En parte, y lo sabía, se debía al tiempo invernal, a las pesadas nubes que cubrían el cielo y anunciaban un nuevo temporal de nieve. Debía asegurarse de que volvían a Berlín antes de que ninguna de las carreteras quedase bloqueada.

Dejaron la zona de aparcamiento hasta llegar a la columnata que cubría la entrada, una puerta doble con paneles de cristal. En el umbral del vestíbulo de recepción había una alfombrilla, con rascadores para las botas a ambos lados. Schenke los ignoró y cruzó el suelo de baldosas blancas y negras hacia el mostrador. Un par de hombres con chaqueta blanca estaban sentados tras él. El más joven de los dos se levantó al ver a los visitantes.

Schenke ya tenía preparada su insignia.

–Inspector criminal Schenke. Necesito hablar con el director de la clínica.

El recepcionista, que no debía de tener más de veinte años, miró a su compañero sentado, quien levantó un periódico y fingió que no había oído la petición.

–¿El director? Sí, señor –asintió el recepcionista, y buscó un

teléfono que había en el escritorio. Marcó un número y hubo una pausa, tras la que Schenke oyó una voz débil a través del receptor.

–Recepción –anunció el joven–. Están aquí unos oficiales de policía. Quieren hablar con el doctor Pieper... –Escuchó la respuesta y levantó la vista hacia Schenke–. ¿Cuál es la naturaleza del asunto que los trae aquí?

Schenke sonrió con un gesto educado.

–Hacer unas preguntas al director. De inmediato, si es tan amable. –Cogió el receptor de la mano del joven y lo volvió a colgar–. Así que no perdamos más tiempo. Puede llevarnos a esa oficina ahora mismo.

El otro hombre bajó su periódico y se levantó con expresión firme. Era media cabeza más alto que Schenke y tenía hechuras de boxeador, aunque, desde luego, uno que había visto mejores tiempos. Debía de contar al menos cincuenta años, pero no tenía grasa alguna en el estómago.

–Bueno, señor, no puede usted venir aquí y hacer tales exigencias. El director es un hombre importante y está muy ocupado.

–Sin duda, pero lo veremos de inmediato. Y, por si está pensando en interponerse en nuestro camino, haría bien en pensar que eso le supondrá pasar la noche en un calabozo por obstruir a los oficiales de policía mientras cumplimos con nuestro deber.

El aludido dudó mientras sostenía la mirada de Schenke, pero al fin tomó una decisión. Volvió a dirigir sus ojos penetrantes hacia su compañero.

–Está bien. Wilke, chico, llévalos arriba.

El joven salió por el estrecho hueco que había al final del mostrador e inclinó la cabeza hacia Schenke.

–Síganme, por favor, señor.

Un amplio tramo de escalera alfombrada subía por cada lado del vestíbulo hasta una galería que corría por la pared trasera, donde unas ventanas altas y arqueadas daban al norte. Al llegar a la parte superior de la escalera, Schenke vio que las ventanas se abrían desde la parte trasera del edificio, en una terraza con balaustrada que, mediante unos escalones, daban acceso a una

amplia extensión de jardines formales. Éstos se extendían hasta la orilla de un curso de agua, un tributario del Havel por lo que le pareció.

–Bonita vista –comentó Hauser al pasar–. Debe de ser agradable en verano. Nadar y todo eso...

–No hay natación. Está prohibido. Pondría en peligro a nuestros pacientes.

–¿Y al personal?

–El director cree que sería un mal ejemplo para los internos.

–Los internos son niños –dijo Liebwitz, en voz baja.

–Sí, señor. –Wilke miró los rasgos severamente demacrados del oficial de la Gestapo–. Niños, como usted ha dicho. Por aquí, por favor.

Indicó un amplio pasillo lleno de puertas. Un pasillo similar salía del otro extremo de la galería y cada uno de ellos tendría unos cincuenta metros de largo, estimó Schenke. Al pasar junto a las puertas, miró los letreros, que parecían una combinación de consultas, oficinas y almacenes.

–Entiendo que no hay pacientes en este nivel...

–No, señor. Los internos..., los niños están alojados en la planta superior y en la planta baja: ahí es donde están las habitaciones y dormitorios comunes de los discapacitados físicos.

–¿Y para qué usan el sótano? –preguntó Liebwitz–. He visto unas escaleras que bajaban desde el vestíbulo de entrada.

–Ahí guardamos la comida, las calderas, cocinas y demás, bajo el ala este.

–¿Y en la otra? –preguntó Schenke.

–Las celdas de seguridad, señor. Para los... los niños que son un peligro para sí mismos, los otros pacientes y el personal.

–Tenía entendido que había un dormitorio común seguro para esos niños.

–La mayoría de las habitaciones y dormitorios comunes son seguros, señor. Sólo hay un puñado de habitaciones en la parte abierta de la clínica.

–Pura fachada –murmuró Hauser, lo bastante fuerte para que lo oyera su jefe.

–Dígame. –Schenke se dirigió al joven–. ¿Tienen otros

visitantes, aparte de los padres? ¿Periodistas, por ejemplo?

Wilke alteró un poco el paso antes de replicar.

–No viene casi nadie aquí, aparte de los padres, señor.

Llegaron al final del pasillo, donde un arco conducía a una torre redonda muy grande. Una escalera en espiral muy elaborada subía hasta la torre, pero también bajaba al piso inferior y el sótano. Había alfombras en el suelo y tapices, escudos y otra decoración de aspecto medieval colgando de los muros de piedra curvados.

Una mujer alta y delgada con una chaqueta oscura los esperaba junto a la escalera. Llevaba el pelo gris atado en un moño tirante y gafas de lectura.

–¿Son ustedes los policías que desean ver al doctor Pieper? – El tono de su voz era gélido.

–Eso es.

–El doctor Pieper está al teléfono ahora mismo. Un tema profesional urgente. Le diré que lo esperan en cuanto acabe esa llamada.

Hizo un gesto brusco hacia unas sillas que estaban en torno a una mesa baja, y luego miró al joven.

–Eso es todo, Wilke. En el futuro siga el protocolo y que los visitantes esperen en la recepción. ¿Entendido?

–Sí, Frau Ritter.

–¿No está de guardia Huber con usted?

–Sí, Frau Ritter.

–Entonces dígale de mi parte que debería haber insistido en que nuestros huéspedes policiales esperasen a ser llamados. Ésta es una institución médica de seguridad, no un hotel.

Wilke hizo una mueca y asintió, tras lo cual se marchó corriendo.

Schenke sintió un poco de simpatía por él.

–No sea dura con el chico. Lo he obligado a que nos trajera aquí.

–¿Ah, sí? Pues yo nunca los habría dejado pasar más allá de la recepción. El joven Wilke tiene mucho que aprender si quiere seguir trabajando para nosotros y evitar el servicio militar.

Antes de que Schenke pudiera responder, ella se dio la vuelta y desapareció tras una puerta que, no obstante, dejó abierta. El

oficial se volvió hacia sus compañeros y Hauser inclinó la cabeza, sorprendido.

–¿Pero qué es este sitio? No paran de repetir que es una institución médica, aunque tiene más pinta de prisión.

Liebwitz arqueó una ceja.

–¿Una prisión? No me sorprendería que fuese algo peor, sargento. Mucho peor...

Capítulo diecinueve

Había algo novedoso en el comportamiento de Liebwitz. El hombre de la Gestapo parecía estar realmente a disgusto, e incluso fruncía un poco su prominente frente. Hauser no se había dado cuenta, pues estaba muy entretenido mirando los ornamentos de las paredes.

–Estoy empezando a plantearme que he elegido la profesión equivocada –suspiró–. O quizá necesite un golpe fuerte en la cabeza que me permita estar un tiempo en un lugar como éste y así poder descansar y recuperarme. ¿Qué dice usted, señor? ¿Se podría arreglar?

–¿Con lo duro que tiene el cráneo? Ni por asomo.

Los agudos ojos de Liebwitz se movieron de manera especulativa hacia la cabeza del sargento.

–¿Cómo de duro tendría que ser el golpe?

Schenke no pudo evitar una sonrisa.

–¡Caballeros!

Los tres se volvieron y vieron a un hombre alto con un traje azul oscuro que había salido de la habitación junto al despacho de Frau Ritter. El director tenía el pelo blanco, ondulado, y los ojos color avellana. Aunque no parecía tener más de cuarenta años, Schenke sabía por sus notas que en realidad superaba los cincuenta. Les sonrió con un gesto cálido, lo que suponía la primera señal de que alguien estaba complacido de verlos. Se acercó a los agentes con la mano extendida.

–Siento haberlos hecho esperar, pero tenía que hablar con un colega. Soy el doctor Wilhelm Pieper, director de la clínica

Schiller.

Debía ser consciente de que la presentación era innecesaria, por lo que Schenke vio en ello un acto de modestia. Eso hizo que sintiera una cierta simpatía por él, por mucho que todo aquello no fuera más que una farsa. Por tanto, le ofreció la mano y notó el firme apretón del doctor.

–Inspector Schenke, de la sección Kripo de Pankow. Éste es mi sargento, Hauser, y el Scharführer Liebwitz.

Pieper les estrechó la mano a ambos y añadió un amistoso golpecito en el hombro a Liebwitz.

–Siempre es bueno saludar a un camarada de las SS.

Liebwitz inclinó la cabeza con tiesa formalidad.

–Gracias, Reich Doctor.

El director se volvió hacia Schenke.

–Aprecio que hayan enseñado ya sus credenciales a mis colegas, pero, por seguir el procedimiento, como comprenderán...

–Por supuesto. –Schenke levantó su insignia y Pieper la examinó cuidadosamente. Una vez satisfecho, volvió a sonreír.

–Gracias. Nunca está de más comprobar las cosas bien. Y, ahora, tengo que reconocer que siento gran curiosidad por saber cuál es la razón por la que tres miembros de la policía criminal han venido en coche desde Berlín a visitar nuestra pequeña institución.

–De momento estoy tratando el asunto de manera confidencial, así que agradecería que pudiésemos hablar en privado.

Schenke señaló la puerta abierta, tras la que la secretaria del director los contemplaba sentada en su escritorio.

La sonrisa de Pieper se atenuó.

–Lo comprendo. Por favor –dijo, y les hizo señas para que entraran en su despacho–. Frau Ritter, traiga un poco de café a nuestros invitados.

–Sí, doctor –replicó ella, y cerró la puerta con suavidad.

Una vez dentro del despacho, Schenke advirtió a través del cristal emplomado de una ventana en arco que había empezado a nevar una vez más. Se le encogió el corazón ante la perspectiva del trayecto de vuelta a Berlín. Las paredes, pintadas de un ocre

cálido, exhibían certificados y fotografías enmarcadas, incluyendo una en la que Pieper recibía un pergamino de manos de Rudolf Hess, el líder adjunto del partido. Pieper advirtió el escrutinio de su visitante.

–Un gran día aquél. No puede ser menos cuando recibes una felicitación firmada por el mismísimo Führer, ¿no cree? –Señaló uno de los documentos enmarcados–. Ahí. Todo un honor que me ha ayudado a asegurar mi posición.

–Enhorabuena –respondió Schenke–. ¿Cuál era la naturaleza de la felicitación?

–Ah, apenas un reconocimiento por un artículo que escribí para *Das Schwarze Korps*. Por favor, caballeros, siéntense.

Pieper dio la vuelta al escritorio, pero se quedó de pie con la espalda contra la ventana. Cogió un cigarrillo de una caja, encendió una cerilla y lo encendió. Señaló la caja.

–Si lo desean, pueden servirse ustedes mismos.

La hospitalidad del director parecía que empezaba a menguar. Unido al empeoramiento del tiempo, le hizo ver a Schenke que lo mejor era concluir el asunto lo antes posible. Declinó, pues, con un cabeceo de negación y miró a sus subordinados para indicarles que hablaba por todos. Pieper se apoyó en el radiador que había debajo de la ventana, dio una chupada al cigarrillo y exhaló el humo a un lado.

–Bueno, ¿qué asunto privado es ese que deseaba discutir usted?

Schenke sacó su libreta de notas y el lápiz.

–Tenía usted aquí a una niña que se llamaba Greta Scholtz...

Pieper puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua.

–Entiendo que me visita en nombre de los padres de Greta. Han conseguido convertir una tragedia familiar en algo así como una causa célebre, parece ser.

–¿Por qué dice eso?

–Las cosas se saben, profesor. Después de cuestionar mi criterio médico sobre la muerte de su hija, intentaron armar escándalo en Berlín. Temo que usted y sus camaradas no son las primeras personas en ser acosadas por los Scholtz.

–No han acosado a la policía. Han informado de un delito y, dada la naturaleza de sus alegaciones, estoy obligado a investigar.

–¿Un delito? ¿Y de qué estaríamos hablando?

Schenke fijó sus ojos en el director al contestar.

–Asesinato.

A Pieper no le traicionó ninguna reacción. Ni sorpresa ni ansiedad. Sólo curiosidad.

–¿Qué asesinato? La niña murió de neumonía. Yo mismo la traté, vi los síntomas. No hay ningún crimen que resolver aquí, inspector, eso se lo puedo garantizar. Sólo está la comprensible pena de los padres de una niña que ha muerto prematuramente. Yo simpatizo con su sufrimiento; sin embargo, no es aceptable convertir el dolor en acusaciones infundadas. Mi personal y yo trabajamos con diligencia para cuidar a los niños que se nos confían.

–¿Entonces cómo explica la muerte de los otros niños a los que usted..., ejem..., cuidaba? –intervino Hauser.

–No sé a qué se refiere.

–Los que murieron antes que Greta.

Pieper, con aire cansado, se encogió de hombros.

–Ya me temía que Scholtz intentaría vincular su muerte con esas tragedias. Pero tampoco encontrarán crimen alguno en esos casos. Todos murieron por causas naturales.

–¿En un espacio de tiempo tan breve? –lo presionó Hauser–. No fueron pocos.

–Esas cosas pasan, sargento. Sin duda, la endeble constitución de estos niños los hace más vulnerables a este maldito invierno gélido. Estoy seguro de que encontrará el mismo patrón en otras instituciones de Alemania.

Se oyó un golpe en la puerta antes de que se abriera. La secretaria entró con una bandeja donde transportaba una gran cafetera y cuatro tazones de porcelana fina. Cuando la dejó sobre el escritorio, Schenke captó el exquisito aroma de café auténtico, nada del sucedáneo habitual que olía a pan quemado.

–Gracias –dijo Pieper–. ¿Podría usted traerme los expedientes de los niños que han muerto aquí los últimos tres meses, empezando por la niña Scholtz?

–Sí, director.

Tras cerrar la puerta, Pieper tomó la cafetera para servir su contenido.

–Siento lo de los tazones, pero en el centro tendemos a la informalidad en algunas de las partes más intrascendentes de nuestras vidas. –Se apoyó en el radiador–. Cuando Frau Ritter vuelva con los expedientes, verá usted mismo que las enfermedades de los niños están documentadas desde el principio hasta el momento en que murieron.

–Ya lo veremos –respondió Schenke–. Sin embargo, existe la cuestión de cuántos de esos niños fueron enviados aquí siguiendo la recomendación de un médico de Berlín, el doctor Lenger.

–No hay un gran misterio ahí, inspector. Conozco a Lenger, es un buen médico. Sólo nos envía los casos más graves a la clínica. Es decir, aquellos niños con unas condiciones propensas a las enfermedades.

–Los padres de Greta aseguran que, aunque su hija sufría un retraso mental, no tenía ningún problema físico de salud.

–Claro, ¿cómo no van a decir eso? Dadas sus acusaciones infundadas... Pero yo le puedo asegurar que el expediente probará que era una niña enfermiza, que sucumbió rápidamente a la neumonía.

La secretaria regresó al despacho con un puñado de documentos que puso en el escritorio del director, antes de retirarse de nuevo. Schenke les echó un vistazo a pesar de que desconfiaba de dichos archivos. Eran fáciles de falsificar, sobre todo si alguien lo avisaba de antemano.

–Dígame, doctor, ¿ha hablado hoy con el doctor Lenger?

–¿Lenger? –Pieper frunció el ceño, como si intentara recordar–. Sí, creo que sí. Esta mañana, de hecho.

–¿No sería la persona con la que hablaba por teléfono mientras esperábamos fuera? –inquirió Schenke.

El director dudó un momento.

–Sí... Sí, está usted en lo cierto. Continuábamos nuestra charla anterior sobre el caso de otro niño que podría ingresar en la clínica.

–Esperemos que le vaya mejor que a Greta –dijo Hauser.

La expresión de Pieper se endureció.

–No me gusta nada su tono ni sus insinuaciones, sargento... ¿Me recuerda cómo se llamaba?

–Hauser, señor. Y a mí no me importa nada que no le guste mi tono.

Pieper se puso tenso, tanto que la punta de su cigarrillo empezó a temblar.

–Tengo un rango en las SS y soy un miembro antiguo del partido. Debe usted tratarme con el debido respeto o informaré a sus superiores. –Se volvió hacia Schenke–. Y lo mismo le digo a usted. Vaya con cuidado. Si no consigue controlar a sus subordinados...

–El sargento también es miembro del partido –lo interrumpió Schenke–. A veces se expresa sin rodeos, pero es algo que viene con nuestro trabajo. Y, ahora, ¿podemos mirar esos expedientes?

–Adelante –replicó Pieper–. Puede usar la sala de entrevistas que hay en la habitación de al lado, mientras yo vuelvo a mis deberes.

–Quizá nos los tengamos que llevar.

–Eso es imposible. Se quedan aquí en la clínica, a no ser que tenga una orden firmada por un juez.

–Como desee –aceptó Schenke.

–Si tiene alguna pregunta más, por favor, hágaselas a mi secretaria primero.

Quedaba perfectamente claro que no quería saber nada más de ellos, de modo que Schenke cogió los expedientes y salió con sus hombres de la oficina del director.

La habitación contigua contenía una mesa ovalada con ocho sillas a su alrededor, así como un sofá y una sola silla en el otro extremo, bajo la ventana. La nieve soplaba contra el cristal formando remolinos y el cielo se había oscurecido, de modo que Schenke tuvo que encender la luz. Una solitaria bombilla con una pantalla era lo único que iluminaba la superficie pulida. Miró su reloj: poco más de las dos de la tarde. Por muy rápido que leyeran, no les daría tiempo de examinar los expedientes de manera adecuada, si querían regresar a Berlín antes de que oscureciese.

Le ordenó a Liebwitz que cerrase la puerta. Tras dejar los expedientes sobre la mesa, se quitó el abrigo y lo colgó del respaldo de una de las sillas. Dividió los expedientes en tres montones, tomó uno y pasó los otros dos a sus hombres, que se

habían sentado frente a él.

–¿Qué estamos buscando? –preguntó Liebwitz.

–Cualquier cosa que llame la atención.

–¿En qué sentido, señor?

–Simplemente lea los documentos, Scharführer. Lo sabrá cuando lo vea.

Schenke abrió el expediente de Greta y empezó a leer. En primer lugar, encontró la recomendación de Lenger, junto con una breve revisión del historial médico anterior de Greta. Se incluía una evaluación inicial de su salud física y sus capacidades mentales. El término para calificarla era, textualmente, «subnormal». También destacaba que se le asignara una sala, y seguían varias páginas de observaciones del personal de enfermería y el resto del personal. Le llamó la atención un informe, fechado unas pocas semanas tras su llegada, dirigido a la oficina de certificación de higiene racial en Berlín con una firma ilegible y un signo «+» junto a ella.

Seguía una carta de Scholtz preguntando qué tal le iba a su hija, y luego un informe de tratamiento que describía algunos de los síntomas de su infección de pecho. Pieper había autorizado un «Plan de Dieta Especial M» y había asignado a un celador para que se responsabilizase del cuidado de Greta, identificado como WH. Sólo había dos páginas más en el expediente. La penúltima era una declaración que afirmaba que Greta había muerto de neumonía, y que Pieper había autorizado la donación de sus efectos a los otros internos y al personal, junto con la instrucción de que su cuerpo fuese incinerado y se informase a los padres una vez se hubiese hecho. La última página era una copia con papel carbón de la carta enviada a la madre y el padre de Greta anunciándoles su muerte.

Schenke cerró el expediente y examinó el siguiente, que cubría más o menos las mismas circunstancias para un niño de doce años con deformidad en la espina dorsal. Miró hacia la mesa.

–Díganme, ¿alguno de ustedes ha encontrado alguna referencia a una oficina de certificación de higiene racial?

Hauser asintió, y Liebwitz rebuscó entre los papeles del expediente que estaba leyendo con su habitual minuciosidad.

–Sí, señor. Y me temo que no es la primera vez que he oído hablar de ello.

–Ni yo tampoco –dijo Schenke–. ¿Ha habido suerte con la firma?

–Tiene que ser otro médico, con una letra tan mala como ésa –dijo Hauser.

Schenke frunció el ceño. La información de los expedientes era escasa y no ayudaba nada. Ahora comprendía por qué Pieper se había mostrado encantado de que los examinaran.

Hauser sacó una hoja de papel.

–Tampoco hay detalles sobre ese Plan de Dieta Especial.

–Un momento... –Schenke se levantó y fue al despacho de la secretaria. Ella levantó la vista en cuanto fue consciente de su presencia en la puerta.

–¿Sí?

–Necesito que me aclare algunos aspectos de los expedientes.

Ella suspiró, fastidiada. Aun así, se puso de pie y, tras tirar del dobladillo de su chaqueta para evitar las arrugas, siguió a Schenke a la sala de entrevistas. Él le hizo señas para que se sentara en una silla al extremo de la mesa, tras lo cual cruzó los brazos con gesto apático.

–¿En qué puedo ayudarlos?

–Un poco de espíritu de cooperación sería agradable, para empezar.

Ella le devolvió una mirada frígida, pero no respondió.

–Muy bien, entonces –empezó Schenke–. Empecemos con el Plan de Dieta Especial M, ya que se menciona en todos los expedientes que hemos mirado hasta el momento. ¿Qué significa?

–No soy nutricionista, inspector, así que no entiendo los detalles concretos. Pero he oído hablar de esa dieta muy a menudo. Es la comida habitual que proporciona la clínica a los pacientes que están enfermos o recuperándose. Todos tienen asignado un plan especial. No hay nada siniestro en ello.

–Yo no he dicho que lo hubiera. –Miró el expediente de Greta, abierto frente a él–. ¿Y eso de la oficina de certificación de higiene racial? ¿Qué interés tienen en el tratamiento de los niños que están en estos expedientes?

–La clínica, como todas las instituciones, está obligada a informar de la condición de los nuevos pacientes. Enviamos la información a Berlín y ellos nos devuelven los formularios en cuanto han registrado los detalles en sus archivos. Eso es lo único que sé de todo el proceso.

–¿Tiene usted alguna dirección de esa oficina?

Ella negó con la cabeza.

–El director manda a uno de los celadores para que entregue los documentos en mano, una vez a la semana. Éste va en bicicleta a Postdam y coge un autobús desde allí. Recoge las respuestas al mismo tiempo.

–Ya... Entiendo... –A Schenke no le gustaba la opacidad de aquel arreglo. Levantó la hoja firmada–. ¿Reconoce usted esta firma?

Frau Ritter se inclinó hacia delante y guiñó los ojos durante un instante.

–Sí, la reconozco.

–¿De quién es?

–Eso no lo sé. Sólo he dicho que la reconocía, pero no sé leerla. Un aspecto bastante habitual del trabajo con médicos. Tendrá que preguntárselo al director.

–Desde luego que lo haré. Esperemos que sea más colaborativo con mi investigación final. ¿Quién es el «WH» que se asignó para que cuidase a Greta Scholtz?

La mujer apretó los labios con evidente disgusto.

–Será Werner Huber. Es el que suele asignar normalmente el director para ocuparse de los pacientes más problemáticos. Huber fue soldado en la última guerra. Entiende la necesidad de disciplina.

–¿Huber? –Liebwitz inclinó la cabeza a un lado–. ¿El mismo Huber del mostrador de recepción?

–Sí, ése.

–Entonces tendremos que hablar también con él –dijo Schenke–. Mande a buscarlo, por favor.

–No es posible. –Miró el reloj de la pared–. Su turno terminó hace media hora. Ya se habrá marchado.

–Maldita sea... Muy mal. Querremos hablar con él la próxima vez que vengamos.

–¿La próxima vez?

–Volveremos para examinar los expedientes con detalle y hablar con el personal y los pacientes.

–No estoy segura de que el director esté de acuerdo con eso. No es bueno para los pacientes ver a desconocidos por aquí. Los pone nerviosos.

Schenke miró el reloj. Eran casi las tres. Tendrían que irse pronto para que no los pillara la noche.

–Tengo que hablar con Pieper y concertar otro momento para continuar nuestra investigación aquí.

Por tercera vez, Frau Ritter sonrió.

–Lo siento pero ya se ha ido también.

–¿Cómo? –Schenke notó que su ira iba en aumento–. ¿Cuándo ha sido eso?

–Mientras estaban ustedes leyendo los expedientes.

–¿Por qué no me lo han dicho?

–No sabía que tendría que hablar con él otra vez hoy.

–¿Y adónde ha ido?

–Tiene un compromiso social en Berlín esta noche. Quizá pueda llamarlo mañana por la mañana para pedir otra visita, inspector.

Él la miró con gesto torvo un momento, pero ella ni se inmutó. Era obvio que ya no se podía hacer nada más aquel día. Tampoco es que hubiesen conseguido gran cosa, y eso no le gustaba nada. La situación le parecía una especie de cortina de humo, aunque no hizo más que avivar su curiosidad. Decidió que había que ahondar más en el asunto.

Se puso de pie.

–Volveremos. Asegúrese de hacérselo saber a Pieper. Hauser, Liebwitz, salgamos de este sitio antes de que tenga la tentación de detener a alguien por obstrucción policial.

–A mí eso no me preocupa, inspector. Yo he cooperado con usted. –Frau Ritter sonrió una vez más–. Y de buen grado. Que tengan un viaje seguro hasta Berlín.

Capítulo veinte

Para cuando el Audi llegó a la carretera principal y giró hacia Postdam, ya caía una auténtica tormenta de nieve. La calzada estaba cubierta de blanco y resultaba difícil ver, aunque los limpiaparabrisas trabajaban a plena potencia para despejar el cristal delantero. Había muy poco tráfico, aunque de vez en cuando la oscuridad quedaba rota por los faros de un vehículo en sentido contrario. Hauser, que aguzaba la vista para ver algo entre la cellisca, redujo la velocidad tanto que hasta un caracol los habría adelantado.

–A este paso no llegaremos a Berlín hasta la medianoche –comentó Schenke.

–Si quiere coger usted el volante, señor, estaré encantado –gruñó el sargento–. Intentaré ir más deprisa.

–¿A qué distancia cree que está Postdam?

–Ni idea. No he visto un solo rótulo desde que hemos vuelto a la carretera.

–A un kilómetro y medio –dijo Liebwitz.

–¿Y cómo lo sabe? –preguntó Schenke.

–Recuerdo el santuario por el que hemos pasado hace un rato. Estaba aproximadamente a un kilómetro y medio de las afueras de la ciudad, señor.

Hauser se arriesgó a echar una rápida mirada a un lado de la carretera y levantó una ceja cargada de escepticismo.

–Claro que sí.

Liebwitz no respondió, sólo continuó mirando al frente.

Schenke veía a través de la ventanilla lateral que las ramas de

los abetos que se alineaban en la carretera estaban cargadas de nieve. El viento hacía que se fueran creando ventisqueros en algunos lugares, así que estaba claro que, si la tormenta se prolongaba mucho, pronto la carretera sería impracticable.

–Podemos parar en Postdam hasta que haya cesado la tormenta. Será mejor que quedarnos aquí atrapados, a cielo abierto. –Buscó los cigarrillos que llevaba en su abrigo. Apenas fumaba ya, pero sintió que necesitaba la calidez del humo de tabaco. Levantó el paquete–. ¿Quieren?

–No, señor –replicó Liebwitz.

Hauser gruñó afirmativamente, así que Schenke encendió un cigarrillo y se lo pasó al sargento, tras lo que repitió la maniobra para sí mismo.

A medida que el coche avanzaba, poco a poco, los pensamientos de Schenke volvieron a la clínica. Todavía estaba furioso por la forma en que Pieper y su secretaria se la habían jugado. No les ofrecieron nada para avanzar en la investigación, lo que los obligaba a solicitar otra visita. Un tiempo que usarían, sin duda alguna, para ocultar documentos, con la esperanza de que así desanimarían lo suficiente a Schenke para que abandonase la investigación. Tal y como estaban las cosas, no es que les quedara mucho más que la convicción de los padres. Los registros oficiales presentaban una visión distinta, así que, a menos que la sección de Schenke encontrase alguna prueba de malas prácticas, el relato formal sería el que prevalecería y no se podría seguir ningún camino legal por parte de nadie.

Recordó el incidente que avivó su curiosidad. Había visto algo raro en la conducta de Liebwitz en cuanto llegaron a la clínica. Un atisbo de reacción emocional a su entorno muy impropio de él. No había dicho nada que resultase abiertamente problemático, y desde luego no lo suficiente para dar a Schenke una base para investigar su reacción, pero es cierto que algo le había inquietado. Suficiente para que Schenke deseara averiguarlo. Dejó caer un poco de ceniza en el tablero y carraspeó un poco.

–Liebwitz...

–¿Señor?

–¿Qué opina usted del director de la clínica? Ha estado muy

callado ahí dentro, así que me preguntaba si ha observado algo que a nosotros se nos haya escapado.

Antes de que el Scharführer pudiera responder, el coche dio un bandazo repentino. Hauser quiso girar el volante con su brazo herido, lo que provocó que diera un grito de dolor al forzarlo más de la cuenta y que los dedos soltaran su presa de manera involuntaria. El volante giró solo, con brusquedad, mientras la rueda delantera exterior chocaba con un obstáculo entre la nieve. El coche dio una vuelta, arrojando a sus pasajeros hacia la derecha, y luego se desplazó tanto que se salió de la carretera con un ruido chirriante hasta dar con una roca.

Schenke se vio arrojado contra la portezuela y el impacto de la manija le quitó todo el aire de los pulmones. Sólo podía escuchar sus propios jadeos, los quejidos del viento, el crujido del asiento frente a él, y un gemido ahogado de Liebwitz. Pero del motor no surgía ruido alguno, sólo un débil sonido metálico que procedía de algún sitio cercano. El súbito silencio le sorprendió un momento, pero luego captó el olor a gasolina y luchó para incorporarse.

–Salgan del coche. ¡Fuera!

Cogió la manija que tenía por encima y la retorció hacia un lado, lo que le permitió abrir la puerta de golpe. Delante, Liebwitz empujaba el cuerpo de Hauser para quitárselo de encima. Así que Schenke se metió dentro para agarrar al sargento por el brazo y tirar de él, mientras Liebwitz empujaba desde debajo. El hedor a gasolina se estaba volviendo más fuerte cada vez, lo que hizo que un fatídico recuerdo estallara en el cerebro de Schenke: el accidente con su Mercedes-Benz W25 en el circuito de Nürburgring, con la pierna atrapada entre los restos. El terror le prestó una fuerza extra, la suficiente para arrastrar fuera a Hauser y volver para ayudar a Liebwitz. El humo se arremolinaba detrás del Scharführer, que salió a gatas y cayó al suelo junto a Hauser.

–¡Agárrelo! –ordenó Schenke, y entre los dos consiguieron llevarse al sargento inconsciente y apartarlo del coche, mientras corrían sobre elevados montones de nieve.

No se alejaron ni diez metros cuando el tanque de gasolina estalló con un sonido sordo. Schenke se arrojó sobre el cuerpo

de Hauser para proteger a su camarada. Esperó unos instantes más y luego miró por encima de su hombro, y vio que el Audi quedaba devorado por unas llamaradas feroces, entre ráfagas de copos blancos arremolinados. La nieve en torno al coche quedó bañada por el chillón resplandor del fuego.

Hubo un movimiento a su lado y Liebwitz consiguió levantarse del lugar donde había caído. Tenía la cara cubierta de nieve y la escupió de la nariz y la boca. Schenke se levantó también y se arrodilló junto a Hauser. El sargento tenía un corte profundo a través de la nariz, y la sangre le chorreaba por las mejillas. Cogió un puñado de nieve y lo frotó contra la cara de Hauser para limpiar un poco la sangre. El frío hizo que el sargento parpadease y agitase la cabeza hacia un lado, con un gemido irritado.

–¡Fuera, cabrón!

Schenke ayudó a incorporar al sargento, y Hauser hizo una mueca.

–¿Qué demonios ha ocurrido?

Schenke señaló el vehículo ardiendo.

–Eso. El coche ha patinado. Perdió el control y nos hemos salido.

Hauser se quedó con la boca abierta al ver las llamas.

–¡Madre de Dios! –murmuró–. Espero que no me lo descuenten de la paga. –Entonces cerró con fuerza los ojos y su cuerpo tembló–. La cabeza... Joder...

–Conmoción –dijo Liebwitz–. A lo mejor se la ha golpeado con el volante, al salir rodando.

–Entonces tenemos que encontrar un refugio y llamar desde allí para pedir ayuda –decidió Schenke. Cogió al sargento por un brazo–. Ayúdeme a ponerlo de pie.

Levantaron entre los dos a Hauser y le pasaron los brazos por los hombros, para poder compartir la carga. «¿Adónde ir?», pensó Schenke. Con suerte, podrían detener a otro vehículo, pero, entre la creciente oscuridad y el empeoramiento del tiempo, hacía rato que no veían ningún vehículo.

–Estamos cerca de Postdam, señor. Había una taberna a la salida de la ciudad. Quizá tengan teléfono. Si no, podemos buscar uno después de dejar al sargento a cubierto.

–Vamos, entonces.

Schenke echó un último vistazo al coche ardiendo y partieron, siguiendo la línea de la carretera entre los arcenes llenos de nieve. Hauser hacía lo que podía para caminar, pero cada pocos pasos tropezaba y todo su peso caía en los hombros de sus compañeros. La última luz del día se fue desvaneciendo y se hizo la oscuridad. Acompañados por el aullido amortiguado del viento, los copos de nieve caían sobre sus rostros y el frío hiriente mordía la carne expuesta.

Les costó más de una hora cubrir el primer kilómetro, por lo que pudo estimar Schenke. La nieve había cubierto la carretera hasta la altura de los tobillos, aunque en algunos puntos se acumulaba mucho más, por lo que tuvieron que vadearla. No vieron vehículo ni edificio alguno. El bosque llenaba la mayor parte de la ruta. El frío y el esfuerzo de llevar a cuestas a Hauser empezaron a causar un intenso dolor en la pierna herida de Schenke. Cada paso venía con un doloroso pinchazo que le subía hasta el muslo. Sólo su dura disciplina le permitía concentrarse en continuar adelante, aunque no estaba seguro de hasta dónde podría llegar.

–Señor, ahí hay una luz –dijo Liebwitz al fin.

Schenke vislumbró un resplandor pálido a cierta distancia, a través de los copos de nieve que volaban. Notó que su ánimo revivía, así que aprovechó para darle una sacudida a Hauser.

–Ya casi estamos...

El sargento lo miró de reojo, y luego puso los ojos en blanco y los cerró con un gemido.

A medida que se acercaban, Schenke pudo distinguir tres ventanas iluminadas. Comprendió entonces la suerte que habían tenido: el oscurecimiento no se cumplía tan escrupulosamente fuera de la ciudad. Porque, de ser así, habrían pasado de largo sin ver esa casa. Advirtieron que se trataba de la taberna de carretera que recordaba Liebwitz. Había mesas y bancos fuera, y una pila de troncos junto a la puerta, ahora cubiertos con una gruesa capa de nieve. Un camión se encontraba aparcado justo delante, junto a un coche. Los modelos no eran identificables bajo aquel manto blanco. Una linterna se balanceaba con suavidad por encima de la entrada. Cuando llegaron a la puerta, oyeron voces dentro.

Tras estabilizar a Hauser, alcanzó la puerta y la abrió. Entraron dando tumbos en un pequeño vestíbulo, donde se veían abrigos colgados en unas perchas y un estante para colocar los bastones. Al cerrar la puerta, dejó fuera el viento y la nieve, y por primera vez pudo oír la respiración agitada de sus compañeros y la suya propia. Entonces se abrió una puerta interior de la taberna y un hombre robusto, con un grueso jersey, se los quedó mirando.

–Me parecía que había oído la puerta. ¡Oh! –Vio la cara ensangrentada de Hauser–. ¿Qué ha pasado?

–Dentro de un momento... –Schenke lo apartó a un lado y entraron en una sala grande con el techo bajo y con vigas. Las llamas parpadeaban en una rejilla de hierro forjado en una chimenea lo bastante grande como para estar de pie en su interior. Había un mostrador al fondo de la sala, con botellas de cerveza y algunos licores en los estantes que quedaban por detrás. Varios clientes, todos hombres, se hallaban sentados a las mesas, junto al fuego; se volvieron a una hacia Schenke y sus camaradas.

–Llevémoslo junto al fuego –ordenó Schenke, y Liebwitz y él sentaron a Hauser en una silla de respaldo alto, a un lado del hogar. Schenke se dejó caer en un banco y pasó un momento recobrando el aliento; Liebwitz, que era diez años más joven y, al parecer, no se veía perturbado por la fatiga, se quedó de pie y se quitó los guantes. Se limitó a tender las manos hacia las llamas para calentárselas.

–Bueno. –El hombre que les había abierto la puerta los miró con curiosidad y se metió los pulgares en el cinturón–. ¿Qué les ha pasado, amigo?

Schenke se presentó y explicó brevemente el accidente. Luego señaló a Hauser.

–Mi sargento ha sufrido un golpe en la cabeza. Tendría que verlo un médico. ¿Tiene usted teléfono?

–Sí que tengo –dijo el hombre–, pero no funciona. La línea cayó en una tormenta antes de Navidad, y no la han arreglado desde entonces. Además el médico más cercano está en Postdam, y dudo de que atienda ninguna visita a domicilio esta noche.

Liebwitz se volvió hacia Schenke.

–¿Quiere que vaya a ver al médico y lo convenza de que venga, señor?

Schenke pensó un momento y luego negó con la cabeza. Costaría horas encontrar al doctor y traerlo, y, de todos modos, se resistía ante la idea de enviar al hombre de la Gestapo afuera, con la tormenta de nieve.

–Lo limpiaremos bien mientras esperamos que mejore la situación. –Se volvió hacia el hombre que supuso que era el tabernero–. ¿Puede usted traerme agua caliente y unos trapos para limpiar los cortes del sargento? Y algo de licor para calentarnos un poco. Brandi iría bien.

El tabernero asintió.

–Haré que mi chico les traiga el agua. En cuanto al brandi, hace un tiempo que no tenemos por culpa de la guerra. Pero siempre queda el *schnapps*...

–Servirá –asintió.

Ahora que había descansado un poco, empezaba a temblarle la pierna izquierda. Tuvo que hacer grandes esfuerzos para evitar ponerse a tiritar. Mientras tanto, el tabernero se dirigió hacia el bar y llamó a alguien que estaba en la parte de atrás del edificio. Schenke advirtió que los clientes habían vuelto a sus conversaciones, y vio que cuatro de ellos llevaban los monos desgastados de los trabajadores manuales. Otros dos vestían chaqueta y corbata. Cuando sus ojos llegaron al último cliente, reconoció el rostro de inmediato. Era el joven que los había acompañado al despacho del director, en la clínica. ¿Cómo se llamaba? Buscó en su memoria cansada. Ah, sí, Wilke.

Hizo una seña como saludo al joven. Wilke apartó la vista y vació su vaso de cerveza, se puso de pie y se dirigió hacia la puerta.

–¿Se va a algún sitio, muchacho?

–Tengo que irme a casa –murmuró.

–Será mejor que espere a que cese la nieve –dijo Schenke–. Le pagaré otra bebida mientras tanto.

–No, gracias... Ya he bebido bastante. –Su voz sonaba realmente pastosa, y se balanceaba un poco–. De verdad... De verdad que debo irme.

El tono de Schenke se endureció.

–No hasta que hayamos tenido una pequeña charla. Siéntese.

Wilke miró la puerta, como si intentase reunir el valor para salir por ella corriendo.

–Ni se le ocurra –dijo Schenke–. No creo que pueda pasar más allá de mi amigo.

Liebwitz se volvió desde el fuego y miró al joven, quien bajó los hombros con resignación.

–Me han pedido que no vuelva a hablar con ustedes.

–¿Ah, sí? Me pregunto por qué. ¿Quién se lo ha dicho?

–El doctor Pieper. Antes de irse.

–Ya veo. –Schenke hizo un gesto hacia el banco que tenía enfrente–. Siéntese, muchacho. Debemos hablar sobre lo que está ocurriendo en la clínica Schiller.

Capítulo veintiuno

Wilke obedeció, sobre todo al ver que Liebwitz se posicionaba entre el joven y la puerta. Una mujer que llevaba un cuenco humeante y unas toallas encima del brazo salió de la puerta tras el mostrador para atender a Hauser. Tras ella llegó el tabernero con una botella y tres vasitos. Al colocar el cuenco en el suelo, junto al sargento, la luz de las llamas en la rejilla se reflejó en un colgante que llevaba la mujer al cuello. Entonces ella se incorporó y volvió a la cocina.

Schenke dudó un momento, y luego su mirada se desvió al tabernero. Señaló a Wilke.

–Necesitaremos otro vaso para nuestro amigo.

–El chico ha bebido ya más de lo conveniente.

–Es igual, algo me dice que necesitará otro trago.

El tabernero miró a Wilke, que se balanceaba ligeramente en el banco.

–De acuerdo. Pero, si llega borracho a casa, ustedes responderán ante su madre.

–Correré el riesgo.

Schenke se quitó el abrigo y lo colgó en el respaldo de la silla de Hauser. La cara del sargento estaba manchada de rojo oscuro, pero el corte que tenía en la nariz ya no le sangraba. Schenke cogió una de las toallas y la mojó en el agua caliente, tras lo que empezó a limpiarle la cara al sargento. El contacto hizo que Hauser recobrara la conciencia.

–¿Qué demonios...? –Intentó levantarse e hizo una mueca–. Ay, mi maldita cabeza... –Se derrumbó hacia atrás y esperó a que

el dolor remitiera–. ¿Dónde estamos, señor? ¿Qué ha ocurrido?

–Cada cosa a su tiempo, sargento. Permanezca quieto mientras lo limpio y se lo contaré. –Hauser asintió–. Se hizo daño con el volante, cuando el coche se salió de la carretera. ¿Lo recuerda?

Él frunció el ceño.

–Ah, sí... Patinamos y nos dimos con algo. El Audio ardió, eso no lo he olvidado.

Había un eco de tragedia en la voz de Hauser, y Schenke no pudo evitar una sonrisa ligera al responder.

–Sí, pero al menos los tres estamos vivos y en un lugar caliente, ¿eh? Es una taberna de carretera. –Acabó de limpiar la cara del sargento–. Ya está. Ahora vamos a tomarnos ese *schnapps*.

En cuanto el tabernero regresó con el vaso extra, Schenke lo sirvió de la botella y repartió los vasos a su alrededor, el último de los cuales era para Wilke.

–Beba.

Dio ejemplo bebiéndose el licor de un solo trago, y notó el fuego cosquilleante del líquido inundando su estómago. Hauser y Wilker lo imitaron, mientras que Liebwitz, que estaba de pie, daba un sorbito precavido.

–Otro –ordenó Schenke, mientras rellenaba el vaso de Wilke. El joven dudó–. Bébaselo.

Wilke hizo lo que le decían, y luego se puso el vaso vacío en el regazo, fuera del alcance del inspector.

Schenke dejó la botella y se concentró en el joven celador.

–Hablemos. Quiero saber qué ha ocurrido cuando se ha ido el director. ¿Ha salido por la puerta principal?

–Sí, por ahí. –Wilke asintió, con un acento mucho más pastoso que antes–. Huber y yo estábamos en el mostrador cuando ha bajado las escaleras apresuradamente.

–¿Qué hora era?

–Las dos y media. Lo recuerdo porque miré el reloj cuando el doctor Pieper le dijo que debía tomarse el resto de la tarde libre, a pesar de que tenía guardia hasta las ocho.

–¿Ésas han sido sus palabras?

–Eso mismo. Entonces me ha preguntado si me habían

interrogado cuando los he llevado a su despacho. Le respondí que ustedes querían saber cuál era el diseño de la clínica, nada más. Tras eso, me exigió que si alguna vez la policía volvía a la clínica no tenía que contarles nada, que me mantuviera fuera de su camino por la cuenta que me trae. Por último, me pidió que volviera a Postdam antes de que la tormenta arreciara. Unos minutos más tarde lo vi marcharse con su coche. Yo salí poco después.

–¿Tiene usted vehículo propio?

–Ojalá lo tuviera. No, hay un camino que pasa por en medio del bosque y que está despejado de nieve casi del todo, hasta Postdam. He vuelto andando.

–Pero no se ha ido a casa. Ha venido aquí.

–Sí.

–¿Por qué?

Wilke parecía incómodo.

–A veces necesito echar un trago. Algunos días en el trabajo uno oye cosas, ve cosas...

–¿Ese tipo de cosas que se cuentan a los periodistas americanos, por ejemplo?

Wilke se quedó helado un instante, y luego se miró los pies.

–No tendría que haber hablado con ese hijo de puta.

–Entonces, ¿por qué lo hizo? ¿Le pagó por la información?

Wilke levantó la vista y asintió, culpable.

–Mire, señor..., yo no quiero meter a nadie en problemas. –Wilke miró a su alrededor para asegurarse de que no le oían los demás clientes de la localidad y luego bajó la voz–. Es una ocupación fácil, y el director dice que trabajo bien. Lo bastante para que no me manden a la guerra. Yo... yo no quiero perder mi trabajo.

Schenke no sentía simpatía alguna por el joven. Otros muchos de su misma edad estaban siendo reclutados y enviados a luchar por la patria. Se esforzó por asentir, con simpatía.

–No estamos intentando meterlo en ningún problema, Wilke. Simplemente, queremos comprender un poco mejor cómo funciona la clínica. Eso es todo. Si usted contesta a mis preguntas con sinceridad, no le haremos ningún daño.

–¿Y no le dirán al director que yo se lo he contado todo?

–Mientras usted no haya hecho nada ilegal, no tiene nada que temer por lo que a nosotros respecta.

–Está bien... Está bien, pues. ¿Qué es lo que quieren saber?

Schenke pensó con cuidado un momento.

–Para empezar, ¿qué es eso que ve y oye en la clínica que tanto le preocupa?

Wilke frunció el ceño y respiró hondo.

–Son sólo niños, señor, aunque los llamemos internos. Apenas mayores que mi hermanita pequeña. Claro, han venido a este mundo con algo equivocado en la mente o en el cuerpo. Pero siguen siendo niños, y deberían tratarlos con amabilidad. No es culpa suya que la naturaleza los haya hecho como son. Se merecen un poco de felicidad. Sobre todo cuando los alejan de sus familias.

–Estoy de acuerdo –asintió Schenke–. ¿Así que alguien no los trata bien?

A Wilke le tembló el labio.

–Cuando vienen por primera vez a ver la clínica los ponen en las habitaciones bonitas, para que ellos y sus padres piensen que va a ser un poco como su casa. Pero, en cuanto la familia se va, la mayoría es trasladada a las salas de seguridad. No les gustan los barrotes de las ventanas ni el ruido. Algunos no duermen y lloran toda la noche. Otros chillan hasta que los celadores veteranos se hartan.

–¿Hombres como Huber, quiere decir? –sugirió Schenke.

–Sí. Fue soldado en la última guerra. Después estuvo en la unidad de Cuerpos Libres, y se unió a los Cascos de Acero. Habla de los viejos tiempos de vez en cuando. –Wilke tembló–. Dice que ha matado a gente. Bueno, rojos, al menos. Me da mucho miedo.

–¿Hace daño a los niños?

–Sí... –susurró Wilke–. Sí, lo hace. Cuando arman demasiado jaleo o no se portan como él quiere. Les pega, los arrastra a la cama y los esposa al jergón.

Hauser se inclinó hacia delante.

–¿Le ha visto hacer eso?

–Bastante a menudo.

–¿Ha informado a alguien en la clínica? –preguntó Schenke–.

¿El director? ¿Alguien de mayor rango?

–Tenía miedo de decírselo al director, así que se lo conté a su secretaria.

–¿Y qué hizo ella al respecto?

–Me dijo que Huber estaba cumpliendo con su trabajo y que haría bien en no quejarme más de él, si quería mantener el mío.

El temblor de su labio inferior estaba empeorando, y Schenke cogió su vaso y se lo llenó a medias esta vez antes de volver a ofrecérselo.

–Necesita esto.

–Gracias –Wilke lo vació de un trago.

Schenke continuó.

–¿Qué sabe usted de algo llamado Plan Dieta M?

–He oído hablar de eso. Es la que preparan para los niños que se ponen enfermos. Para ayudarlos a recuperarse.

–¿Qué tipo de dieta es? ¿Qué les dan de comer a esos niños?

–No lo sé. No se me permite acceder a esa parte de la clínica. Sólo los celadores veteranos tienen permiso. Yo sólo me ocupo de los niños de la sala general y las habitaciones privadas. Pero se pueden oír los ruidos de las salas de seguridad desde fuera del edificio. Aunque no tanto ahora, porque ya quedan muchos menos.

–¿Menos? ¿Quiere decir por los pacientes que han muerto?

–¿Muerto? –Wilked parecía confuso–. Sólo hemos tenido una muerte en los últimos seis meses.

Schenke intercambió una breve mirada con Liebwitz y Hauser.

–¿Por qué son menos, entonces?

–Por las transferencias.

–¿Qué transferencias son ésas?

–Los niños cuyo estado es grave y se tienen que trasladar a o tras instituciones. Eso es lo que me dijo Huber. Él tiene que saberlo. Es uno de los que conduce el autobús.

–¿Qué autobús?

–Es más que un autobús, en realidad. Se ha adaptado para que los niños no tengan la oportunidad de abrir ninguna de las ventanas o puertas desde dentro. Así no se caen durante los viajes. Huber está a cargo de las transferencias entre la clínica

Schiller y otros lugares. También conduce cuando se llevan a los niños a pasar el día fuera, de excursión.

–¿Y los vuelve a traer él?

–Claro. Sólo se les permite salir durante un día, porque es lo máximo que pueden soportar.

–Ya veo... –Schenke pensó que aquello no cuadraba con lo que le había contado la madre de Greta. Quizás el miedo de Greta por el autobús marrón se hubiera exagerado al contarlo–. ¿Y las transferencias? ¿Vuelven a traer a alguno otra vez?

–No, son permanentes. Quiero decir que los niños que necesitan cuidados especializados no son de esos que mejoran con el tiempo. Al menos, eso es lo que dice Huber... –Wilke repentinamente se puso una mano encima de la boca y sus hombros se abatieron–. Creo que voy a vomitar...

Schenke se puso de pie y señaló hacia la entrada.

–Fuera.

Wilke salió dando tumbos por la puerta, y Schenke lo guio con una mano firme en su hombro. Fuera, el viento había cesado y la nieve caía con serena regularidad en la tranquila noche. El joven se inclinó hacia delante, con las manos en las rodillas, y vomitó con un ruido animal muy desagradable que se hizo más tenso a medida que vaciaba las tripas. Un delgado rastro de saliva quedó colgando de sus labios. Schenke se sintió tentado de poner cierta distancia entre ellos, pero temía que Wilke aprovechara para escapar. Teniendo en cuenta que aún le dolía mucho la pierna, sabía que no podría atraparlo.

Al cabo de unos minutos, el joven paró y se secó los labios con la mano. Schenke le dio una palmada en la espalda.

–¿Mejor?

–Sí.

De pronto, el brazo de Wilke agarró un tronco corto de la pila de madera, lo balanceó en un arco peligroso y lo dirigió hacia la cabeza de Schenke. Por puro instinto, el inspector levantó las manos para protegerse, por lo que el golpe fue a darle en el brazo. Aun así, se tambaleó hacia atrás y tropezó con un banco, lo que le hizo perder el equilibrio y caer en la nieve. A pesar de estar un poco aturdido, se incorporó de rodillas y atisbó cómo Wilke corría hacia la carretera en dirección a Postdam.

–¡Eh! ¡Alto, idiota! –gritó, detrás de él–. ¡No te voy a hacer ningún daño!

El joven miró por encima de su hombro, lo que lo hizo trastabillar, pero recuperó el equilibrio y siguió corriendo.

La puerta de la taberna se abrió y apareció Liebwitz, empuñando la pistola.

–¿Está usted bien, señor?

–Estoy bien. El chico ha salido corriendo.

Liebwitz levantó su Luger, sujetó la culata e inclinó un poco la cabeza mientras apuntaba.

–¡Alto! –le ordenó Schenke–. ¿Qué cree que está haciendo?

Liebwitz se volvió a mirarlo.

–Puedo darle en la pierna desde aquí, señor.

–No, por el amor de Dios. Sólo le estábamos haciendo unas preguntas. Usted está en la Kripo ahora, no en la Gestapo. No vamos por ahí disparando a la gente sólo porque no quieren hablar con nosotros.

Una expresión de decepción pasó por el rostro del Scharführer. Se volvió de nuevo hacia Wilke, pero la noche se había tragado al joven. Liebwitz bajó la pistola y quitó el cargador, sacó el proyectil de la recámara, insertó la bala en el cargador y lo volvió a colocar en la pistola con un suave clic. Todo lo hizo con una suavidad y una eficiencia que indicaban una familiaridad suprema con tales armas. Schenke hizo un esfuerzo para ponerse en pie, respirando hondo para recuperarse del golpe.

–¿Qué ha ocurrido, señor?

–Me ha dado un golpe con un tronco –explicó Schenke, intentando ocultar su orgullo herido–. Ha sido demasiado rápido para mí.

–Evidentemente.

–Le hemos sacado todo lo que hemos podido. Volvamos dentro.

Hauser estaba inclinado hacia delante cuando volvieron a la calidez del fuego.

–¿Y el chico?

–Ha huido –dijo Schenke, que no quería dar demasiadas explicaciones–. Si tenemos que hacerle más preguntas, podremos

encontrarlo en la clínica.

–Siempre que el director nos permita hablar con él, o el propio muchacho esté dispuesto a hacerlo, cuando esté sobrio.

Schenke era consciente de que los demás clientes los estaban fulminando con sus miradas hostiles.

–Paul Wilke es un buen chico –dijo el tabernero–. Aquí se le quiere, y no nos tomamos demasiado bien que vengan unos desconocidos y le hagan pasar un mal rato. Aunque sea la policía. Si van a interrogar a alguien por lo que pasa en la clínica, deberían hablar con ese matón de Huber.

Schenke se frotó el bíceps donde le habían golpeado.

–¿Qué pasa con Huber?

–Ha elegido mi bar como su taberna favorita. Viene desde la clínica un par de noches a la semana.

–¿Vive allí?

–Dudo de que nadie más lo acogiera. Si no fuera por el hecho de que bebe mucho y tiene tendencia a pagar rondas a los demás clientes, lo preferiría bien lejos de aquí.

Hauser sonrió irónico.

–Parece el tipo de cliente que gustaría a un tabernero.

–Una cosa es pagarle una bebida a alguien, y otra es pasar la noche entera presumiendo del dinero que gana y los cráneos de rojos que rompió en sus tiempos. –El tabernero señaló hacia los hombres de las otras mesas, cuatro de los cuales estaban jugando a las cartas–. Campesinos y obreros de fábricas, sobre todo. Nos guardamos las cosas para nosotros y no nos gusta la política. Especialmente, determinado tipo de política.

–¿A qué se refiere? –preguntó Liebwitz.

El tabernero se le quedó mirando pero no respondió. Schenke maldijo la innata curiosidad y la falta de sensibilidad de su subordinado. Se aclaró la garganta y volvió a llevar la conversación hacia Huber.

–¿Diría que está gastando más de lo que debería un hombre como él?

–Quién sabe de dónde saca tanto dinero, pero seguro que es más de lo que gana cualquier otro celador de la clínica. Mi cuñado es portero allí y apenas tiene lo suficiente para ir tirando.

–¿Le ha contado alguna vez Huber de dónde viene ese

dinero?

–Dice que son pluses. –El tabernero bufó–. ¿Pluses? ¿Qué tipo de clínica paga pluses a sus celadores? Y hay algo más. De vez en cuando nos enseña joyas y otros objetos pequeños que intenta vendernos. Nada sofisticado, y acepta prácticamente cualquier cantidad por ellos. –Señaló la puerta que estaba detrás de la barra–. Le compré una pieza para mi mujer. Huber dice que tiene un primo que consigue esos objetos en el mercado negro judío, en Berlín.

–Es posible, supongo –dijo Schenke.

El tabernero se inclinó a recoger unos cuantos troncos partidos de la cesta de la madera, a un lado de la chimenea, y los puso encima de las brasas. Cuando se enderezó, volvió a meter los pulgares en el cinturón y miró a los tres policías.

–Ya ha dejado de nevar. Querrán seguir su camino, supongo.

–No vamos a ir a ningún sitio en un coche quemado y destrozado –señaló Schenke–. Y, si las líneas telefónicas han caído, no podemos llamar para pedir que vengan a buscarnos. Así que pasaremos la noche aquí y mañana iremos caminando hasta la ciudad.

El tabernero frunció el ceño.

–Mire, inspector... Dentro de una hora cerraré el establecimiento, así que no pueden quedarse aquí.

–¿Cuál es el problema? No vamos a robarle nada.

Schenke vio que seguía sin decidirse, de modo que intentó enfocarlo de una manera distinta.

–A cambio, no informaré a las autoridades locales de que ha vulnerado las normas del oscurecimiento. Quizá me equivoque... No tengo ni idea de cómo se hace esto en el campo, pero supongo que aquí tampoco se permite que la luz sea visible a tanta distancia. ¿Qué opina usted?

El tabernero gruñó, frustrado, y luego asintió de mala gana.

–Ustedes ganan. Pero los quiero fuera de aquí en cuanto amanezca.

–Gracias.

–Y no quiero volver a ver sus caras nunca más.

–¿O si no qué? –le desafió Hauser.

El tabernero no dio respuesta alguna, simplemente agitó un

dedo como advertencia. Luego se volvió y desapareció detrás del mostrador.

Hauser volvió a reclinarse en su silla y estiró los pies hacia el hogar.

–Bueno, estaremos bien aquí. Un fuego decente, unas sillas cómodas, una baraja, bebida a mano, compañía y camaradería... Y Liebwitz, por supuesto.

El aludido se volvió hacia él con expresión confusa.

–¿Eso es un insulto?

–En absoluto –sonrió Hauser–. Se llama guasa. Entiendo que en la Gestapo no se lleve mucho, pero si se queda unos cuantos meses en la Kripo llegará a apreciarla.

–¿Guasa?

–Búsquelo en el manual, cuando volvamos a Pankow.

Liebwitz parecía herido.

–Tranquilo, Hauser –lo interrumpió Schenke–. Guárdeselo hasta que estemos de vuelta en la comisaría. Tenemos trabajo que hacer.

–¿Trabajo? –Hauser levantó una ceja.

–Búsquelo en el manual, cuando volvamos a Pankow –dijo Liebwitz, con un tono de voz monótono.

Hauser lo miró con la boca abierta y luego soltó una carcajada.

–¡Ah! ¡El chico es capaz de aprender! ¿Sabe, Scharführer Liebwitz? Creo que incluso puede que me guste y todo, algún día.

Schenke dirigió a su sargento una mirada de advertencia y se dio cuenta entonces de que los demás clientes les estaban prestando poca atención. Hizo señas a Liebwitz de que se sentara y habló en voz baja.

–Usted se quedará aquí esta noche, Hauser. Si no hemos vuelto por la mañana, quiero que llame a la policía de Postdam.

–¿Por qué? ¿Qué demonios está pensando hacer, señor?

–Cuando la mujer ha venido con el cuenco, ¿no se ha fijado en el colgante que llevaba?

Hauser negó con la cabeza.

–Me resultó familiar, pero me ha costado un momento situarlo. Lo he visto antes. Se parece a uno que vi en una foto de

Greta Scholtz. Bastante inusual, así que dudo de que sea pura coincidencia. Si es el mismo, ¿cómo lo habrá conseguido?

Liebwitz respondió.

–Huber.

–Eso creo. Se lo vendió a ella. Debió de robarlo de los efectos personales de Greta, después de su muerte. O se lo quitó cuando todavía estaba viva...

–O después de matarla, quizá –sugirió Liebwitz.

Hauser negó con la cabeza.

–Eso sería suponer demasiado. Puede que no sea ni siquiera el mismo colgante que el de la foto.

–A mí me resulta muy parecido –insistió Schenke–. Quiero saber cómo lo consiguió Huber. Eso significa que tenemos que volver a entrar en la clínica antes de que el celador, el director o cualquier otro tengan la oportunidad de escondernos más cosas. –Se volvió hacia Liebwitz–. No estoy seguro de que podamos confiar en el tabernero o en sus clientes habituales. Esperaremos hasta que cierren el local y luego saldremos. Entonces descubriremos lo que está ocurriendo realmente dentro de esa maldita clínica.

Capítulo veintidós

Se detuvieron al borde del camino del bosque y miraron la carretera que iba hacia la entrada principal de la clínica. El cielo se había despejado, y las estrellas relucían ante un fondo negro como la pez. Schenke guiñó los ojos mirando las manecillas de su reloj.

–Son las once menos diez. Tenemos muchísimo tiempo para registrar todo el lugar antes de que amanezca.

–Si es que podemos entrar... –respondió Liebwitz–. Y siempre que no nos descubran.

No había luces en las ventanas de la casita del portero, ni siquiera el resplandor más leve en torno a los bordes de los postigos. Schenke supuso que los que estaban dentro se habrían ido a dormir.

–Vamos –dijo, en voz muy baja, y los dos salieron de cubierto.

Corrieron por la nieve hacia la puerta. Schenke introdujo la mano entre los barrotes para encontrar el pasador de hierro que mantenía el cerrojo en su lugar, e intentó abrirlo. El clavo se negó a moverse.

–Mierda –masculló–. Está congelado.

Lo intentó de nuevo, pero el pasador parecía inamovible.

–Tendremos que buscar otra manera. –Miró a lo largo del muro y luego la parte superior de la puerta. Se oyó un leve clic y se volvió a mirar a Liebwitz, que sujetaba el clavito en su mano enguantada.

–Seguramente lo habrá aflojado usted, señor. Ha salido con

mucha facilidad.

–Bien. Abramos la puerta.

Liebwitz dejó el pasador junto al pilar y destrabó el cerrojo muy despacio. Una vez fuera de su soporte, Schenke abrió la puerta lo suficiente para que pasaran los dos a través del hueco, y luego la volvió a juntar de modo que si el portero despertaba y se le ocurría mirar por su ventana nada pareciera estar fuera de lugar.

Bajaron por el camino hacia la garita vacía de la puerta interior. Ante ellos se alzaba el edificio principal, oscuro e inhóspito, y a Schenke le recordó las historias de fantasmas que tanto le asustaban de niño. Un temblor de ansiedad le helaba la columna vertebral. Sólo se veía una luz, una lámpara oscurecida en un soporte encima de la entrada. Una vez desvanecida la tormenta, sin el rumor del viento, todo lo que quedaba era un silencio sombrío que flotaba en el aire.

Tras cruzar la puerta interior, Liebwitz se detuvo un instante e inclinó la cabeza.

–¿Qué ocurre? –le susurró Schenke.

–Escuche.

Afinó el oído, mirando hacia la oscura masa del edificio. Y entonces lo oyó: un gemido débil que aumentaba su tono hasta convertirse en un grito, para luego cortarse en seco. Luego, una voz de hombre, seguida por un breve silencio que daba paso de nuevo al gemido, más fuerte esta vez, al que se unió otra voz que cantaba de manera patética. Schenke notó que se le erizaba el vello de la nuca, e incluso sintió la tentación de darse la vuelta y salir corriendo de aquel sitio. Miró a Liebwitz.

–Quizás alguno de los niños está inquieto. Continuemos.

Dio un paso hacia la entrada, pero Liebwitz permaneció quieto.

–¿Qué ocurre? –volvió a preguntarle Schenke.

No hubo respuesta, de modo que dio unos toquecitos a su compañero en el brazo. Liebwitz retrocedió como si hubiera utilizado un hierro al rojo y jadeó. Aun con el débil resplandor de la nieve, Schenke pudo ver la expresión ansiosa en su rostro. Era la primera vez que le veía mostrar alguna emoción, y eso lo puso muy nervioso. Schenke lo cogió por los hombros para que

reaccionara, y entonces notó que el oficial de la Gestapo estaba temblando.

–¡Scharführer Liebwitz! ¡Rehágase, maldito sea!

Liebwitz cerró los ojos y respiró con fuerza unas cuantas veces, y luego se liberó de su presa. Carraspeó.

–Lo siento, señor.

–¿Qué demonios le pasa?

–Nada. Ya estoy bien.

Schenke lo miró.

–Será mejor que sea así. ¿Preparado?

–Sí, señor. –La voz de Liebwitz había recuperado su tono neutro.

Schenke señaló hacia la entrada y fueron allí, con la nieve crujiendo suavemente bajo sus zapatos. Conforme se acercaban, pudo distinguir un puñado de voces, inconfundiblemente de niños. Algunos parecían llorar, otros gritaban, e incluso le pareció advertir alguna risa. Un ligero resplandor se colaba a través del cristal de las puertas, lo que le permitió advertir una pequeña lámpara eléctrica en el mostrador de recepción. Más allá se encontraba un hombre de perfil, absorto en el libro que tenía entre las manos.

Schenke se movió a un lado de la entrada y permaneció de pie junto a la pared.

–Vamos a tener que encontrar otra manera de entrar. Seguro que hay una entrada de servicio o algo así...

Avanzaron, pues, a lo largo del muro exterior, hacia la torre situada en el extremo del edificio, donde Pieper tenía su despacho. Iban con los ojos y los oídos alerta para captar cualquier señal de peligro. Justo antes de que sobresaliera la base de la torre, dieron con un tramo de escaleras que descendía hasta una enorme puerta de metal situada por debajo del nivel del suelo. Schenke probó el picaporte, pero la puerta estaba cerrada. Así que continuaron hasta la parte trasera del edificio, donde advirtieron un invernadero. Una de las ventanas estaba suelta, sujeta con un simple pasador.

–Yo me ocupo de esto –dijo Liebwitz.

Se oyó un chasquido metálico, seguido de un leve brillo de metal cuando la hoja de su navaja se introdujo en el sitio.

Moviendo la punta entre la ventana y el marco descascarillado pudo liberar el pasador. En cuanto ambos estuvieron dentro, Schenke cerró la ventana y la aseguró de nuevo.

Unas cuantas plantas, que de alguna manera habían sobrevivido a las largas semanas de temperaturas bajo cero, estaban colocadas en grandes macetones. Los muebles del invernadero habían sido cubiertos para protegerlos durante el invierno. El aire en el interior de la estructura era casi tan frío como afuera, debido a que los radiadores situados en las paredes estaban apagados. Schenke probó a abrir la puerta más cercana y el picaporte cedió con facilidad. La abrió lentamente y se encontraron en una zona de descanso, con sofás y sillas situadas en torno a mesitas bajas. Hacía mucho más calor en aquella habitación, en la que se distinguían unos retratos enmarcados en las paredes. Schenke hizo una pausa para orientarse y luego cruzó la habitación para alcanzar la puerta opuesta. La abrió tratando de no producir ningún sonido, y tras hacerlo se encontró con un pasillo que se extendía a izquierda y derecha, a lo largo del edificio.

–Por aquí.

No había luz en el pasillo. Liebwitz sacó una linterna pequeña y encendió el interruptor, protegiendo el rayo con la mano para sofocar la luz. Les bastaba con un leve fulgor con el que saber por dónde iban. Pasaron junto a diversas puertas a ambos lados, antes de llegar a la entrada en forma de arco en la base de la torre. Más allá, vieron la escalera en espiral. Schenke estaba a punto de poner el pie en el primer escalón cuando captó una ráfaga de aire por debajo, y un intenso olor químico le llenó la nariz.

–¿Huele eso? –susurró.

Liebwitz se quedó quieto un momento y respondió:

–Sí... No estoy seguro de reconocerlo. ¿Deberíamos mirar a ver qué es?

–Más tarde, si tenemos la oportunidad. La prioridad es el estudio de Pieper y cualquier registro que podamos encontrar. Vamos.

Bajaron muy despacio por los escalones de hierro, apoyando su peso con cuidado en un pie y luego en el otro para hacer el

menor ruido posible. El primer piso se abría a lo que supuso que era una zona de almacenaje, llena de baúles de madera, jergones y pilas de colchones. Schenke calculó que el vestíbulo de entrada tenía un techo muy alto, de modo que las oficinas debían de estar en el siguiente piso. Siguieron avanzando, y esta vez salieron a la zona donde Wilke los había escoltado la tarde anterior. Schenke hizo una pausa para escuchar, pero no se oía sonido alguno ni se apreciaba movimiento. Silencio, aparte de los débiles ruidos de aquellos niños cuyo sueño se había visto perturbado. Se preguntó cómo podía soportar alguien vivir en un sitio como aquél.

La puerta del despacho de Pieper no estaba cerrada con llave, así que no tuvieron problema alguno para entrar. Unos pesados postigos de madera tapaban la ventana en arco, por lo que Schenke creyó que era seguro encender la lámpara del escritorio, cuya luz fue suficiente para apreciar los detalles de la habitación, como los archivadores que había a un lado.

–Usted empiece desde la derecha –le dijo a Liebwitz–. Estamos buscando cualquier referencia a los nombres de los niños que murieron aquí.

Fue a abrir el cajón de arriba, pero estaba cerrado. Una búsqueda en el escritorio no reveló llave alguna, por lo que Schenke maldijo entre dientes. Tomó un atizador de su soporte junto a una chimenea no usada, pero que contenía una maceta con helechos, y metió la punta en el hueco de la cerradura.

–No tenemos orden para hacer eso, señor –dijo Liebwitz.

–No puso usted tantas pegas cuando se ofreció a forzar la ventana –señaló Schenke–. No tenemos orden para registrar el despacho, eso para empezar. Pero estamos investigando una serie de posibles asesinatos. Algo que todavía tiene que aprender, Scharführer, es que todo policía se enfrenta alguna vez a la necesidad de infringir una ley menor, en interés de una justicia mayor.

–La ley no es una contingencia conveniente, señor.

Schenke no tenía tiempo para debatir aquel asunto.

–Soy su superior en rango. Eso significa que tiene que obedecer mis órdenes sin tener en cuenta las circunstancias, y le ordeno que fuerce esos archivadores y busque pruebas en ellos.

Puede usted calcular la disyuntiva entre disciplina y legalidad cuando nos podamos permitir el lujo de hacerlo. Y, ahora, lleve a cabo mis órdenes.

–Sí, señor. Pero quizá necesite una confirmación por escrito de que estoy actuando bajo su autoridad, por si hubiese posteriormente una investigación sobre este asunto.

Si otro miembro de su equipo le hubiera dicho aquellas palabras, Schenke lo habría achacado a la cobardía. En el caso de Liebwitz, sabía que era pedantería.

Schenke apoyó su peso en el atizador, apretó los dientes e hizo fuerza para romper la cerradura, pero controlándose para no hacer más daño del necesario. Hubo un chasquido intenso, y el cajón se abrió un poco. Quitó el atizador y se lo tendió a Liebwitz. Este último dejó su linterna y se puso a trabajar.

Los expedientes estaban en orden alfabético, empezando por el cajón superior del archivador que había abierto Schenke. Rápidamente encontró el primero de los que ya habían examinado, pero aun así lo sacó para echarle un vistazo. No apreció diferencia alguna. No se había añadido ni quitado nada. Cogió otro nombre al azar para comparar los expedientes. Ese niño, un chico de catorce años, era descrito como «subnormal», y llegaba allí recomendado por un doctor de Mitte. Una vez más, había un formulario de la oficina de certificación de higiene racial, pero éste tenía un guion, en lugar de una cruz, y contenía una breve observación en la casilla de comentarios que apuntaba a que el chico era capaz de realizar trabajos físicos. Por la fotografía que acompañaba el expediente, parecía que estaba en forma, aunque su expresión era un poco torpe y tenía la boca abierta. Pero lo mismo ocurría con algunos de los Camisas Pardas que se había encontrado por ahí Schenke.

Al seguir trabajando en los expedientes, vio que un puñado de formularios estaban marcados con el mismo signo «más» que aparecía en los informes de los niños muertos. Algunos de ellos habían recibido el Plan de Dieta Especial M, pero no había conexiones obvias. Otros formularios tenían sólo un guion y una observación ocasional sobre su capacidad de hacer trabajo físico. Cuando llegó a los últimos expedientes, en el cajón inferior, lo cerró con un suspiro de frustración.

–No hay nada que nos ayude aquí. ¿Y usted?

Liebwitz había cogido una pequeña pila de expedientes y los había puesto encima del escritorio. Parecía haber leído la mayoría de ellos. Schenke se sentó frente a él.

–Archivos personales –explicó Liebwitz–. Aquí están todos los expedientes del personal excepto el del director; supongo que lo tendrá la persona ante la que responde. Hasta ahora, sólo he encontrado otro doctor cualificado y cuatro enfermeras. El resto son celadores, vigilantes, cocineros o encargados. Esperaba una proporción más elevada de personal especializado, como terapeutas o algo así.

–Sin duda, es otra forma de mantener los costes bajos por parte de la clínica –comentó Schenke–. No es la calidad de cuidados que se les había prometido a los padres. Está empezando a parecer más una prisión que un hogar infantil.

–No hay tantas diferencias como usted pueda creer, señor. –Liebwitz dio unos golpecitos en dos expedientes que había apartado a un lado–. Wilke y Huber. El expediente de Wilke es breve, como se podría esperar de alguien de su edad. Es su primer trabajo. Lo cogieron porque su padre trabajó aquí unos cuantos años, antes de retirarse. Su expediente escolar es bueno; dicen que es honrado y trabajador. Estaba en una coral católica antes de ingresar en el partido. No existe mención alguna de que se haya metido jamás en líos con la policía ni haya recibido ninguna acción disciplinaria, al menos desde que empezó a trabajar aquí. Parece que es un empleado modelo.

–¿Y Huber?

Liebwitz indicó el más grueso de los dos expedientes.

–Como se podría esperar, es un personaje mucho más interesante. Luchó en un regimiento de la Guardia Prusiana en la última guerra. Consiguió una Cruz de Hierro de segunda clase, pero fue castigado por robo, insubordinación, emborracharse mientras estaba de servicio y por pelearse. Después de ser desmovilizado, al final de la guerra, se unió a una unidad de los Cuerpos Libres que ayudaban a reprimir a los revolucionarios comunistas. Fue acusado de asesinato, pero un juez desestimó los cargos. Luego se alistó con los Cascos de Acero y se convirtió en miembro del partido el año anterior a que éste

llegase al poder. Ha tenido muchos trabajos desde que dejó el ejército, ninguno de los cuales le duró demasiado. Hasta que el doctor Pieper le ofreció un trabajo en la clínica. Trabaja directamente para él y no se ha registrado ningún problema de disciplina.

–Así que de repente se convirtió en un trabajador ejemplar, ¿eh? –Schenke soltó una risita seca–. Me resulta difícil de creer.

–También está a cargo de administrar el Plan de Dieta Espacial M, señor. Y se le ha encargado la responsabilidad del transporte de los pacientes de la clínica.

Schenke recordó lo que le había contado Wilke de que Huber conducía el autobús marrón.

–Interesante. Siga.

–Eso no es lo más interesante, señor. Tendría que ver esto. –Liebwitz abrió el expediente y volvió unas cuantas páginas antes de encontrar la que estaba buscando, y se la pasó a su superior.

Schenke vio por el membrete que venía del Comité del Reich para el Registro Científico de Enfermedades Graves Hereditarias y Congénitas, y requería a Huber que se presentase en la oficina de Berlín para su formación para deberes adicionales. La formación la llevaría a cabo Albert Widmann, del laboratorio forense de la Kripo.

Levantó la vista.

–¿Widmann? ¿Qué demonios tiene que ver con la formación del personal para hogares infantiles?

–No se menciona eso en el expediente, señor. Pero mire la firma que está al pie de la carta.

Schenke examinó los detalles administrativos del curso. Aunque parecía que había sido firmado apresuradamente, todavía se podía leer el nombre con bastante facilidad.

–Doctor Schmesler de las SS del Reich... –Schenke se frotó la mandíbula–. ¿Qué demonios...?

De pronto, se sintió profundamente confuso, como si el suelo debajo de sus pies se hubiese movido y pudiese ver las cosas desde un punto de vista distinto. Un montón de preguntas invadieron su mente. ¿Qué tenía que ver Schmesler con la clínica? ¿Cuál era su papel en ese comité? ¿Existía una conexión entre el asesinato de Schmesler y las muertes de los niños en la

clínica? De repente, el peligro de la investigación de Schmesler volvió a aparecer en primer plano, y sintió miedo.

Oyó un clic detrás de él. Liebwitz levantó la vista y buscó algo dentro de su abrigo.

–¡No! –exclamó una voz–. ¡Levante las manos y póngalas donde pueda verlas o le pego un tiro ahí donde está!

Liebwitz hizo lo que se le decía con calma, y Schenke también, pero aprovechó para volverse hacia la puerta. Huber estaba de pie en el umbral, con la mano izquierda en el picaporte, mientras con la derecha sujetaba una pistola que apuntaba a los dos policías.

Capítulo veintitrés

–Qué suerte que tenga la costumbre de hacer una ronda a última hora, antes de acabar mi turno, ¿eh?

Huber atravesó la habitación sin dejar de apuntar a los agentes, hasta colocarse con la espalda contra la pared, frente al escritorio, de modo que podía controlar a ambos hombres. Tenía los ojos alerta, y, aunque era diez años mayor que Schenke, tenía una figura muy robusta. Incluso desarmado, podía ser peligroso.

–¿Saben que podría pegarles un tiro a cada uno y alegar que pensé que eran ladrones? Les aseguro que no me pasaría nada, por muy policías que sean. –Huber sonrió–. Así que será mejor que no se les ocurra ningún acto heroico. He matado hombres antes y no dudaré en hacerlo de nuevo si es necesario. ¿Está claro, caballeros?

–Lo entiendo –dijo Liebwitz.

–Lo primero es lo primero –continuó Huber–. Sus armas. Quiero que las pongan en medio de la mesa. Una a una. Usted primero, inspector. Despacio.

–No vamos armados –replicó Schenke.

–Tonterías.

Bajó las manos por sus solapas y apartó el abrigo y la chaqueta para demostrar que no llevaba pistolera.

–Sólo hemos venido a hacer preguntas. No había necesidad alguna de traer armas.

Huber le hizo señas de que se sentara y se volvió a Liebwitz.

–A ver usted, amigo.

Liebwitz repitió los actos de su superior, y se volvió a sentar

en su sitio.

–¿Podemos bajar las manos ahora? –preguntó Schenke.

–No. Me gustan donde están. –Huber movió su pistola para que estuviera alineada con el pecho de Schenke–. Primera pregunta: ¿Dónde está el otro policía? –Miró a Liebwitz–. Me refiero a ese que es tan feo. Y no intenten mentirme. Lo sabré si lo hacen.

–Está bien... –Schenke pensó rápidamente su respuesta–. El sargento Hauser está esperándonos en Postdam. Si no volvemos, tiene órdenes de traer a la policía local.

Huber bufó con desdén.

–¡Qué historia más poco probable! Está por aquí, en alguna parte. Será mejor que me digan dónde.

–Parece que después de todo es usted incapaz de averiguar si alguien le está diciendo la verdad o no –observó Liebwitz.

Schenke le dirigió una mirada de advertencia.

–Cállese, Scharführer.

–¿Scharführer? –Huber arqueó una ceja–. ¿SS?

Liebwitz asintió.

Huber se quedó pensativo un momento, pero luego se encogió de hombros.

–En realidad, me da igual si es un policía o un hombre del partido. La cuestión es que intentan aprovecharse de mí.

Se acercó a Liebwitz por detrás y le asestó un tremendo golpe encima de la oreja con la culata. El oficial soltó un respingo y se llevó una mano a la cabeza, mientras Huber volvía a su posición previa.

–Esas manos, póngalas donde yo pueda verlas.

–Está sangrando –protestó Schenke.

El arma había abierto la piel por encima de la oreja, de modo que la sangre corría hacia el cuello de su camisa. Parecía algo aturdido al principio, pero luego Schenke advirtió un brillo de furia en sus ojos y cómo curvaba los dedos hasta convertirlos en garras. Por primera vez, se dio cuenta de lo terrorífico que podía ser el demacrado hombre de la Gestapo si se le provocaba. Le preocupó que su ira pudiera hacer que los mataran a los dos.

–Liebwitz –se dirigió a él con viveza–. ¡Cálmese, hombre!

Por un momento, el Scharführer parecía que iba a saltar desde

su silla y arrojarse contra Huber, pero al final logró controlarse y recuperar su habitual expresión impasible.

–Así me gusta –dijo Huber–. Mejor no tener problemas, ¿eh? Y ahora, sobre su amigo, Hauser... ¿Dónde está?

–Le he dicho la verdad. No está aquí. Pensé que la cosa podía complicarse, así que me pareció una buena idea tener un plan de respaldo, por si nos ocurría algo.

–Bueno, pues sí les ha ocurrido. Suponiendo que me esté diciendo la verdad, ¿en qué lugar de Postdam está? –Como Schenke no respondió, añadió–: Si cree que no voy a ser capaz de averiguarlo, se equivoca, inspector.

–No le voy a contar nada. Me haga lo que me haga.

–Imagino que eso es cierto. Tiene pinta de ser un cabrón muy duro de pelar. Pero no voy a perder tiempo intentando averiguarlo. –Señaló con el arma a Liebwitz–. Las cosas van a ir así: me dirá ahora lo que necesito saber o heriré a su hombre de las SS una vez más... y otra. Como siga sin hablar, acabaré por pegarle un tiro. –Levantó y apuntó a la cabeza de Liebwitz–. ¡Bang! Así, sin más.

Schenke vaciló. Huber golpeó con el puño en el extremo del escritorio.

–¡Dígame dónde está su amigo!

–Está en el cuartel general de la policía. Le repito que, si no hemos vuelto al amanecer, vendrá con refuerzos. Y le aseguro que, si eso ocurre..., no va a colar ninguna excusa que se consiga inventar.

–¿Eso cree? –Huber sonrió–. Bien, pongamos que fuera así. Resulta que conozco a gente del partido a quien he hecho favores en el pasado. Gente importante. Ellos respaldarán mi versión de los hechos y yo seré un hombre libre, mientras que ustedes dos estarán muertos. Es evidente quién tiene las de ganar aquí, así que haremos las cosas a mi manera. Me ocuparé de su amigo más tarde. Ahora quiero saber qué estaban husmeando en la clínica, en mitad de la noche.

Schenke le respondió sin apartar la mirada.

–Ha habido demasiados niños muertos en la clínica en los últimos meses para que sea una coincidencia. Estamos intentando averiguar por qué. ¿Cuál es el objetivo del Plan Dieta

M?

–¡Ah, venga! Usted es el investigador criminal. No me diga que todavía no lo ha averiguado...

–Quiero oírselo decir a usted.

–¿Y qué va a probar eso?

–La responsabilidad que tiene en esas muertes.

–¿Mi responsabilidad? –Huber se echó a reír–. Dios mío, no tiene usted ni idea de en qué se ha metido, ¿verdad?

–Sé algo de Greta Scholtz. Ella tenía un colgante. Uno muy especial. El mismo que ahora lleva otra persona. Porque usted lo vendió después de que Greta fuese asesinada.

La expresión de Huber era difícil de leer: algo entre compasión y desprecio.

–Va a encontrar muy difícil colgarnos los asesinatos a mí o a cualquier otro de los implicados.

–¿Quién más está metido en esto, pues? –exigió Schenke–. ¿Pieper? ¿Lenger?

–Claro, ¿por qué no? Ellos y muchos otros, me atrevería a decir. Me ha ido muy bien vendiendo los efectos personales de esos mocosos, y no tengo ninguna prisa por dejar de hacerlo.

–Así que está metido en esto por el dinero.

–Bueno, por eso y por otros motivos.

–¿Y qué hacen usted y sus amigos con las víctimas? ¿Abusan de ellos antes de matarlos? ¿Es eso?

La sonrisa de Huber se desvaneció y la sangre desapareció de su rostro mientras levantaba los labios con desdén.

–¿Me está usted llamando pervertido?

–Bueno, ¿no lo es acaso? Usted y los demás.

Schenke vio la ira en la expresión del hombre al levantar el arma.

–¡Cállese la boca! Si dice una palabra más sobre este tema, juro por Dios que los mato ahora mismo a los dos.

Todo quedó momentánea y terroríficamente quieto. El corazón de Schenke latía con fuerza, pero los pulmones no se atrevían a tomar aire, ya que el menor movimiento podía provocar que Huber apretase el gatillo. Los rasgos del celador estaban fijos en una expresión de desagrado. Luego sus labios se separaron y respiró a través de los dientes apretados. Se alejó y

ocupó un puesto junto a un lado de la puerta.

–Ya basta de hablar. ¡Pónganse de pie!

Schenke dudó.

–¿Adónde nos lleva?

–A algún lugar donde no puedan causar ningún daño, mientras esperamos que vuelva el doctor Pieper y decida qué hay que hacer con ustedes. –Huber agitó la pistola–. Muévanse. Mantengan las manos donde yo pueda verlas.

Los dos policías se levantaron y se dirigieron a la puerta mientras Huber los seguía, con el dedo en el gatillo y dispuesto a apretarlo al menor atisbo de problemas. Schenke era consciente de que su colega tenía todavía el cuchillo en el bolsillo, pero deseó que Liebwitz no intentara nada temerario. También que a Huber no le diera por registrarlos.

Antes de cruzar el umbral de la puerta, Schenke dudó.

–Está cometiendo un error, Huber. Esta manera de tratarnos le va a acarrear muchos inconvenientes. Le convendría bajar el arma y dejarnos ir.

–Cierre la boca. A menos que quiera que le machaque la cabeza como a su amigo. –Huber levantó la culata de la pistola.

Schenke se apartó de su alcance y salió de la habitación, seguido por Liebwitz. Fuera, Huber señaló hacia la escalera y luego encendió la luz que la iluminaba.

–Vamos, abajo. Hasta el final.

Schenke iba el primero. Las placas de metal de la escalera resonaban bajo sus pies a medida que descendía. La planta baja de la torre estaba llena de muebles y cajas. Notaba que la temperatura iba bajando a medida que se adentraban en el nivel subterráneo del edificio. Al final de las escaleras, el suelo estaba pavimentado con losas de piedra, y los muros de alrededor eran de ladrillo sin adorno alguno. El aire era gélido y olía a humedad. Había más cajas allí, y unos estantes de madera donde almacenaban verduras y frutas.

–¡Apártense de las escaleras! –ordenó Huber–. Hacia el túnel. Venga.

La boca del pasadizo era negra, ya que la luz de la escalera apenas se atrevía a adentrarse. Huber accionó otro interruptor y un cordón con bombillas débiles que se alejaban en la distancia

cobró vida. Schenke estimó que el túnel debía de extenderse a todo lo largo del edificio. Había puertas situadas regularmente a ambos lados. Lo recorrió con las manos en alto, mientras los otros lo seguían y el eco de sus pasos retumbaba en las paredes. A través de unos arcos abiertos a cada lado, captó atisbos de más bodegas de almacenaje. Entonces percibió ese olor que ya había notado antes, ese ligero toque agrio tan típico de los desinfectantes. Las puertas tenían unas aberturas con rejillas al nivel de los ojos y llegaban hasta el suelo, como las celdas de la comisaría de Pankow.

–Alto aquí –ordenó Huber–. La siguiente a su izquierda. Ábrala y métase dentro.

Schenke miró la puerta, que quedaba algo hundida. A diferencia de las otras por las que habían pasado, ésta era de acero, del mismo color gris apagado de un buque de guerra. Estaba cerrada mediante una barra deslizante muy robusta, sujeta por un cerrojo con muelles. En medio de la puerta, había una ventana pequeña de cristal que podía taparse mediante una placa de metal corredera. El inspector tuvo que usar ambas manos para descorrer el cerrojo y levantar la barra, antes de ser capaz de abrir la pesada puerta.

Entró en un espacio de unos cinco metros de largo por tres de ancho, apenas lo bastante alto para permanecer de pie, y se dirigió al extremo más alejado tal y como le indicó Huber. Vio que las paredes y el suelo de baldosas estaban cubiertos por una gruesa capa de la misma pintura gris. El aire era helado, y su aliento salía formando nubecillas arremolinadas al volverse y esperar a que Liebwitz se uniera a él. El olor a desinfectante era mucho más intenso allí. Huber se quedó fuera, en el túnel.

–Pues ya está, caballeros. Pueden bajar los brazos.

–No tiene usted autoridad para encerrarnos aquí –protestó Schenke–. Esto le traerá consecuencias.

–¿Ah, sí? –Huber esbozó una sonrisa torcida–. Yo tengo un arma. A mí me parece que eso me da toda la autoridad que necesito, inspector. Se quedarán aquí hasta que Pieper decida qué hay que hacer con ustedes. Que duerman bien –dijo, y se dispuso a cerrar la puerta.

–¡Espere! –le gritó Schenke–. Si nos deja aquí, nos moriremos

de frío...

–Tranquilícese. Si los niños son capaces de sobrevivir a una noche en las celdas, ustedes también podrán.

La puerta se cerró y la placa de metal se deslizó sobre la ventana, apagando toda la luz del túnel. Escucharon el chasquido metálico de la barra y por último un clic agudo cuando el cerrojo completó el sellado. Cuando el sonido de los pasos se desvaneció, ya sólo les quedó una oscuridad total y el sonido de su propia respiración.

–¿Tiene usted su linterna? –preguntó Schenke.

–No, señor. Se ha quedado en el despacho del director.

–¿Y unas cerillas?

–No fumo, señor.

Schenke buscó en los bolsillos su propio encendedor, pero luego recordó que lo había perdido cuando el coche se salió.

–Mierda...

Intentó recordar los detalles que había atisbado en la celda antes de que la cerraran, pero la verdad era que le había parecido que estaba completamente vacía. Aun así, se dedicó a palpar las paredes por si se le había pasado algo por alto. Sólo encontró un conducto en la pared más cercana al exterior, pero no había señal alguna de iluminación o de movimiento de aire.

–¿Alguien puede oírme? –gritó. Esperó una respuesta que no recibió, tras lo cual volvió a intentarlo una vez más antes de rendirse.

–Liebwitz, ¿dónde está?

–Aquí, señor, junto a la puerta.

Schenke siguió la pared con las manos hasta chocar con las rodillas levantadas del Scharführer.

–Lo siento.

Tomó asiento junto al otro hombre tras meterse el abrigo por debajo de las nalgas. Luego se ajustó bien la bufanda y envolvió las rodillas con los brazos, bien juntos ambos.

–Tenemos problemas...

–Eso parece, señor.

–Huber y los suyos nos matarán, siempre que no lo haga antes el frío.

–Es posible.

La voz de Liebwitz tenía un punto sombrío y resignado, pero también le pareció que temblaba. Eso lo hacía parecer más humano.

–Todo irá bien, Scharführer. El sargento Hauser dará la alarma cuando vea que no volvemos. Entonces se volverán las tornas para ese matón.

–Sí, señor. Todavía tengo mi cuchillo. Si tengo la ocasión de usarlo, ¿me da usted permiso para actuar?

–¿Actuar?

–Matar a Huber y a todos los que entren, cuando vengan a por nosotros.

–No nos precipitemos. Si veo que nuestras vidas están en peligro, yo mismo daré la orden de golpear. Pero no antes. ¿Entendido?

–Sí, señor.

Se sentaron acurrucados contra la puerta. Después de un rato, una hora quizá, el frío se le había metido a Schenke en los huesos y empezó a tiritar.

Metió bien la cabeza en los pliegues de su bufanda e intentó distraerse de sus sufrimientos pensando en la conversación con Huber en la oficina del director. La insinuación de que había otros implicados en el asesinato de los niños, quizá muchos, era muy preocupante. ¿Y si se trataba de una banda de abusadores de niños, como sospechaba Schenke? ¿Y si había gente influyente implicada? ¿De esos que podían hacer desaparecer a dos policías sin temer las consecuencias? En cualquier caso, la ira de Huber ante la sugerencia de que era una especie de pervertido parecía auténtica. ¿Qué otra motivación podía albergar? Desde luego, todo cuanto pudiera sacar por vender los efectos personales de los niños no era suficiente para el riesgo asumido.

«Demasiadas incoherencias», pensó. Sobre todo para una mente que empezaba a embotarse por el terrible frío. Notaba que los dedos de manos y pies se le empezaban a entumecer, así como la espalda. Se sentó muy tieso y empezó a mover los pies, mientras seguía abrazándose a sí mismo.

–¿Qué tal va?

–Estoy congelado, señor –respondió Liebwitz.

–Dígame algo que no sepa. –Schenke forzó una risita–.

Levántese y muévase. Eso ayudará.

–Sí, señor.

Oyó un roce cuando el otro hombre se puso de pie, y luego unos pasos rítmicos al mover los pies.

–No es un buen sitio éste, señor –murmuró Liebwitz, tan afectado que Schenke se volvió en dirección a la voz de su compañero.

–¿Qué es lo que le preocupa tanto? Desde que pusimos los ojos en esta clínica se ha estado comportando de una manera extraña. Hubo un momento allí en el despacho que pensé que iba a saltar y arrojarse encima de Huber. Nunca había visto tal furia en su expresión. ¿De qué demonios va todo esto?

Liebwitz se quedó en silencio y luego carraspeó un poco.

–Reconozco este sitio, señor. No la clínica Schiller específicamente. Me refiero a estas instituciones para niños que no cuadran con las expectativas de la sociedad. Me mandaron a una así durante mi infancia. Estuve tres años yendo de un centro a otro.

Schenke había sospechado que se tratara de algo así. Le pareció que todo cuadraba.

–¿Por qué motivo harían algo así? Es usted uno de los oficiales de policía más inteligentes y hábiles que he conocido jamás. Dios mío, si hasta tiene un doctorado y es capaz de darle al ojo de una mosca a veinte pasos...

–Nunca he intentado eso, señor.

–Es un decir. Pero, en serio..., ¿por qué?

–Tardé muchos años en comenzar a hablar. Supongo que era inevitable que mis padres pensaran que me pasaba algo malo a nivel psicológico, así que me llevaron a un médico primero, y luego a un psicólogo. El resultado fue que me declararon subnormal congénito, diagnóstico que mis padres se negaron a aceptar. Por eso me enviaron a una clínica, para que me curaran.

–¿Y por qué no hablaba?

–Porque no quería, señor. Prefería observar lo que me rodeaba.

Schenke agitó la cabeza y se rio con nerviosismo.

–Pero eso es una locura...

–No lo sabía, por aquel entonces. Yo pensaba que era algo

bastante normal. No tenía nada con lo que medir mi estado mental o mi capacidad, a esa edad.

–No lo entiendo. ¿Y qué le pasó durante su etapa como... –Schenke luchó brevemente por encontrar la palabra correcta– paciente?

–Al principio los doctores intentaron hablar conmigo. Me hicieron pruebas de lectura. Material sencillo. Mi madre ya me había enseñado las palabras y los sonidos, y yo lo había captado con facilidad. De modo que, cuando pusieron aquellos libros infantiles delante de mí, yo los hojeé sin demasiado interés, y ellos lo tomaron como una prueba más de mi idiotez. Después de eso, me enviaron a otra institución, donde el tratamiento era más extremo. Usaron durante meses el galvanismo, que es una terapia de elecrochoques.

Schenke había oído hablar de esos procedimientos, y pensaba que sonaban más bien a tortura.

–¿Qué edad tenía usted por aquel entonces?

–Seis años, señor.

–Seis... –Schenke notó que el estómago se le encogía de desagrado–. Por el amor de Dios...

–Fue una época terrible para mí –continuó Liebwitz, monótono–. Después de seis meses decidieron que el tratamiento no estaba funcionando. Me declararon incurable y me enviaron a otra institución. Un lugar mucho más incómodo. Yo estaba entre los lisiados, los niños deformes y los descritos como locos o mentalmente deficientes. Los que estaban encargados de cuidarnos eran hombres como Huber. No tenían apenas supervisión, así que nos trataban con crueldad. Nos pegaban si causábamos problemas, y abusaban sexualmente de muchos de los niños. –Tosió–. Cuanto más me maltrataban, más me retiraba yo a mi interior, hasta el punto de que vivía casi por completo en mi mente, donde podía concentrar mis pensamientos y escapar de cuanto me rodeaba.

–¿Y cómo consiguió salir de allí?

–Mi madre murió justo antes de cumplir los nueve años. Estaba afectada por la tuberculosis, por lo que mi padre se vio obligado a cuidarla. Supongo que eso lo destrozó e hizo que la siguiera a la tumba poco después. Mi tío me visitó para darme la

noticia, lo que provocó lo que ninguna terapia había logrado antes. Ésa fue la primera vez que hablé. Bueno, más bien lloré y pedí a gritos que viniera mi madre. A pesar de todo, tuve suerte. Mi tío era un hombre educado, profesor de matemáticas en Frankfurt. Se quedó horrorizado al ver las condiciones de la institución e insistió en llevarme a su casa. Él y su mujer no tenían hijos, así que me educaron como si yo lo fuera. Supieron animarme a hablar, y así pude iniciar mi educación académica. Aun así, seguía sin encajar con nadie, por lo que siempre me sentí como un intruso. Por ejemplo, no comprendía las bromas de la gente. Pero no me importaba, ya que en el fondo no sentía mucho interés por los demás, salvo por mi tío y mi tía. En cualquier caso, me obligué a desterrar esos recuerdos tempranos. Así es como he vivido hasta ahora. Al menos hasta que usted me ha traído a este sitio, señor. De pronto, todo me ha venido a la mente de nuevo. Cada detalle...

Schenke no pudo evitar sentirse culpable por todo aquello.

–Lo siento mucho, Liebwitz.

–¿Por qué, señor? Usted no tiene la culpa de nada. ¿Podía haber anticipado una cosa semejante? Es un asunto que debo aprender a tratar, una vez más. Eso es todo.

Un primer impulso llevó a Schenke a buscar el hombro de su compañero para consolarlo, pero se detuvo antes de hacerlo. ¿De qué iba a servirle? ¿Qué podía hacer él que ayudase a que las cosas fueran mejores de alguna manera? Consideró que podía haber algo en este mundo incluso más oscuro e inmoral que el régimen nazi. La experiencia de Liebwitz fue producto de una maldad institucionalizada.

–Quizá no seamos capaces de cambiar nuestro pasado, Scharführer, pero podemos poner fin a lo que está ocurriendo en esta clínica y llevar ante la justicia a los responsables.

–Eso espero, señor –suspiró Liebwitz–. Mientras tanto, debemos permanecer ágiles y alerta para cuando Huber vuelva a por nosotros. Debemos seguir moviéndonos.

Schenke oyó los pasos de su compañero, que empezaba a recorrer arriba y abajo el lado más alejado de la celda. Al cabo de un momento, decidió seguir su ejemplo, con las manos metidas muy hondo en los bolsillos, la cabeza gacha, a través de las largas

y frías horas de la oscuridad, mientras esperaban que se decidiera su destino.

Capítulo veinticuatro

4 de febrero

Para cuando volvieron a escuchar unos pasos que se acercaban, ambos hombres ya temblaban de manera incontrolada. A Schenke le dolía mucho la pierna, y de vez en cuando se veía obligado a apoyarse en la pared para poder frotarse el miembro e intentar aliviar el dolor. Su sufrimiento se veía aumentado por una jaqueca que había ido empeorando a lo largo de la noche. Sospechaba que lo causaba el acre hedor químico que flotaba en el aire húmedo y frío. Liebwitz sufría un dolor de cabeza similar, pero parecía menos afectado por el frío mientras caminaba, incansable.

Quienquiera que fuese se detuvo junto a la puerta. La placa del ventanuco fue descorrida, lo que permitió que un débil rayo de luz penetrara por el cristal hacia la oscuridad. Al menos hasta que quedó obstruido en parte por la silueta de una cabeza. Luego se volvió a cerrar la portilla y se oyó un intercambio de voces ahogadas en el túnel. Schenke se movió hacia la puerta y pegó el oído contra el metal helado.

Distinguió la voz de Huber y la de Pieper, pero no pudo distinguir lo que decían.

–Hay dos: Huber y Pieper. Prepare su cuchillo, pero téngalo fuera de la vista.

–Sí, señor.

Se oyó un débil clic y luego, un instante más tarde, el sonido

del cerrojo de la puerta que se retiraba y el chirrido de la barra al levantarla. Cuando se abrió la puerta, la luz inundó la celda, haciendo que Schenke parpadease y guiñase los ojos.

–¡Fuera, ahora mismo! –ordenó Pieper, con dureza–. No me tomo bien que me despierten en mitad de la noche, y mucho menos que me hagan venir en coche.

Los ojos de Schenke se acostumbraron a la luz rápidamente. Miró su reloj y vio que eran las seis de la mañana. Luego se dirigió al director.

–Creo que esto ya ha durado bastante. Dígale a su gorila que baje el arma y que nos lleve a algún sitio caliente donde pueda usted explicarnos este ultraje.

Pieper soltó una risita.

–Palabras osadas, inspector. De acuerdo con Huber, usted aseguraba que deberíamos estar rodeados por su sargento y los refuerzos en cualquier momento. –Miró a ambos lados hacia el túnel y se encogió de hombros–. Pues bien, parece que se estaba usted tirando un farol.

–Tenga paciencia –respondió Schenke.

–Lo que tengo es tiempo, así que me gustaría hacerle unas cuantas preguntas antes de tomar una decisión. –Pieper hizo un gesto en dirección a la celda–. Pero no aquí.

Frunció el ceño al ver la sangre seca en el cuello de Liebwitz, y las vetas que manchaban su mandíbula y la parte lateral de la cabeza.

–¿Qué es esto, Huber? Dijo que no habían sufrido ningún daño.

–Fue sólo un golpecito –gruñó Huber.

–A mí no me lo parece. –Pieper volvió su atención a Schenke–. Vayamos a algún sitio más cálido. A mi despacho, si quieren. Imagino que ya conocen el camino.

Señaló en dirección a la torre y Schenke se puso en marcha, con Liebwitz a su lado.

–¿Y ahora, señor? –susurró Liebwitz.

–¡No hablen! –exclamó Huber–. A menos que quiera que le vuelva a dar en la oreja de nuevo.

Los cuatro marcharon en silencio hasta las escaleras y subieron al despacho de Pieper, donde el director dio

instrucciones a los policías de que se sentaran en el otro lado de su escritorio. Huber permaneció de pie junto a la puerta con la pistola presta, mientras su superior se quedaba de pie frente al escritorio con los brazos cruzados. Los expedientes que habían estado mirando los policías unas horas antes estaban repartidos por la superficie.

–Es hora de las preguntas...

Schenke negó con la cabeza.

–Es hora de limpiarle la herida a Liebwitz. Y yo necesito orinar.

Era cierto que tenía que aliviarse, pero la necesidad más acuciante era ganar tiempo para que apareciera Hauser, suponiendo que el sargento hubiese sido capaz de convencer al oficial a cargo en Postdam de que enviase a sus hombres.

–Tendría que haberlo hecho en la celda. Ahora tendrá que esperar.

Schenke señaló la alfombra que tenía debajo de su silla.

–Me parece cara. Sería una lástima estropearla.

Los labios de Pieper se curvaron, con asco.

–No sería capaz de hacerlo...

–Póngame a prueba y verá.

El director suspiró con exasperación y señaló una puerta que había en un rincón de su despacho.

–Ahí. Uno por uno, y dejen la puerta abierta. Su amigo primero.

Liebwitz fue al baño y Schenke oyó el sonido del agua que corría. Mientras esperaban, miró a Pieper.

–¿Cómo cree que va a acabar esto? ¿De verdad piensa que puede hacer desaparecer sin más a dos oficiales de la Kripo?

–Cosas más raras han ocurrido. Con guerra o sin ella, las autoridades tienen otras prioridades. Además, he pasado junto a un vehículo accidentado al venir hacia aquí. Se parecía mucho al coche que estaba delante de la clínica cuando me fui ayer. ¿Le parecería muy poco creíble que mañana se encontraran los cuerpos en la escena del accidente, completamente quemados?

Schenke tragó saliva. Notaba la boca seca, pero mantuvo su expresión desafiante.

–¿No se está olvidando usted del sargento Hauser?

–¿El superviviente del accidente? –Pieper fingió una expresión de simpatía–. Siempre se puede alegar que está conmocionado por el *shock*. Es comprensible, dado el calvario de perder a dos camaradas tan íntimos... Si dice algo distinto, lo negaré y lo achacaré al trauma. Será su palabra contra la nuestra. Y, como estamos en guerra, la gente tendrá cosas mejores de las que preocuparse que de las divagaciones de un sargento afligido.

–No creerá de verdad que se va a librar de todo esto... –lo desafió Schenke.

Pieper compuso una expresión divertida.

–Le diré lo mismo que usted a mí: póngame a prueba.

Se volvió hacia el lavabo y le habló al oficial de la Gestapo.

–Ya ha tenido tiempo suficiente. Salga y vuelva a su silla.

Liebwitz salió con gotas de agua en sus barbudas mejillas. Se había limpiado la sangre de la cara y, al acercarse al escritorio, abrió la mano lo suficiente para que Schenke pudiese ver la punta de la hoja de la navaja que sobresalía de su manga, en la palma.

Tras sentarse, Schenke fue hacia el aseo. Era una habitación de tamaño muy reducido, con un inodoro y un lavabo. La ventana era demasiado pequeña para escapar, aunque pudieran atrancar la puerta. Tras aliviarse y limpiarse las manos, captó por la ventana el brillo de un par de faros, lo que le dio un atisbo de esperanza.

–¿A qué está esperando? –preguntó Huber–. Vuelva a su sitio.

Una vez sentado de nuevo en la silla, Pieper clavó la mirada en él.

–¿Por qué volvió aquí anoche? ¿Qué estaba buscando?

–Pruebas sobre las muertes de los niños de la clínica, por supuesto. Quiero saber los nombres de todos los implicados con el plan maquiavélico que tienen montado aquí. Sé que hay más gente implicada, además de ustedes dos. También que Huber saca dinero, al igual que los doctores que envían a los niños. De igual modo, tenemos constancia de la dieta especial que dan a los niños para acelerar su muerte. Sabemos que Huber se lleva a los niños en un autobús marrón y que no vuelven nunca más. Por no hablar de la implicación del doctor Schmesler, motivo por el que intentaron intimidarme con sus matones, que me secuestraron y amenazaron con matarme si continuaba con la investigación.

En la cara de Pieper se pintó una breve expresión de sorpresa, antes de soltar una risita seca.

–Eso lo ha entendido usted mal, inspector. Yo no sé nada de ningún secuestro. Aparte de eso, parece que sabe demasiado. Más de lo que resultaría saludable. Ha metido las narices en muchos sitios que no le importaban. Incluso se ha saltado los procedimientos legales, como demuestra el asalto a mis archivos de esta noche. Supongo que es usted quien está detrás de la intrusión en el local de Lenger, poco después de Año Nuevo...

–¿Lenger? –Aquella revelación había cogido a Schenke desprevenido, quien intercambió una breve mirada con Liebwitz.

–No se haga el inocente –dijo Pieper–. Sé que fue usted. ¿Por qué, si no, iba a venir a la clínica a enfrentarse conmigo? –Una breve duda cruzó por su rostro–. ¿Quién más podría ser, eh? –Se volvió hacia Huber–. Creo que seguiremos nuestro plan inicial. No me gusta nada la perspectiva de llevar los cuerpos al coche. Les dispararemos aquí mismo y diremos que los tomamos por vulgares ladrones. Un trágico accidente y todo eso. Hágalo ya...

La cabeza de Schenke se volvió de pronto hacia Liebwitz.

–¡Ahora!

Liebwitz se arrojó hacia delante al mismo tiempo que Huber levantaba la pistola para apuntar al otro lado de la habitación. El oficial de la Gestapo impulsó el brazo hacia delante, haciendo que el brillo del cuchillo rasgara el aire. La sorpresa de Huber fue tal que los ojos se le abrieron por completo, pero, aunque tuvo tiempo de lanzar un disparo, no pudo evitar que la estrecha punta de la navaja se le clavara en la carne de la mejilla. El impacto le sacudió la cabeza hacia un lado, al mismo tiempo que saltaban astillas de la pulida superficie del escritorio primero y, luego, las esquirlas de la ventana.

El explosivo sonido del disparo llenó la habitación e hizo que los oídos de Schenke pitaran al arrojarse hacia Pieper. Cayó sobre el director, que estaba agachado y no tuvo tiempo de reaccionar cuando el inspector se situó detrás y le sujetó los brazos a la espalda para utilizarlo como escudo ante Huber. Su matón, que había recuperado el ánimo a una velocidad alarmante, se quitó el cuchillo de la mejilla con un aullido de

rabia y de dolor, y luego disparó a ciegas a Liebwitz. Por suerte, éste reaccionó lo bastante rápido para arrojarse tras el escritorio, así que las balas sólo dieron en los paneles de madera e hicieron saltar más cristales de la ventana. El aire congelado se introdujo en la habitación, haciendo que el humo acre que salía de la boca de la pistola formara remolinos.

–¡Alto! –gritó Pieper–. ¡Que me va a dar a mí, maldito idiota!

Huber respondió a la orden apuntando con su arma al director y Schenke, mientras presionaba la mejilla con la otra mano para intentar detener el flujo de sangre.

Los ojos de Pieper se abrieron mucho, llenos de temor.

–¿Qué está haciendo?

–¡Cerrarle la boca! –aulló Huber–. Suéltelo, inspector. Hágalo o le pego un tiro.

–¡Pero me dará a mí! –gritó Pieper.

Schenke agarró con más fuerza aún los brazos del director y agachó la cabeza detrás de los hombros del otro hombre.

–Liebwitz, ¿cuántos disparos ha hecho?

–Seis, señor. Le quedan dos balas.

–Me basta con dos... –Huber avanzó a través de la habitación.

En ese momento, llegaron hasta ellos unos gritos y el estruendo de muchas botas en la escalera. Al comprender lo que aquello significaba, Huber se quedó helado, con una mirada acosada en su cara ensangrentada. Un segundo más tarde, la puerta se abrió de par en par. Y allí estaba Hauser, al fin, pistola en mano. Tras él, Schenke pudo ver a varios policías uniformados con sus abrigos y empuñando sus propias armas.

Huber se dio la vuelta en redondo y apuntó al sargento.

–Suéltela –le ordenó Hauser, con calma–. En el suelo, ahora mismo, o le agujereo la cabeza.

Huber se quedó quieto un instante, pero no tardó mucho en inclinarse y dejar la pistola. Schenke liberó su presa y empujó al director ante él, alejándolo, y luego se volvió hacia el escritorio.

–¿Liebwitz? ¿Está bien?

La cabeza del Scharführer apareció por el otro lado del escritorio y se incorporó sacudiéndose las astillas que llevaba en las solapas de su abrigo de cuero.

–Sin heridas, señor.

–Me alegro de oírlo.

Liebwitz recuperó su cuchillo mientras Hauser entraba con el pelotón policial en la habitación. Cogió el mango, miró la sangre que tenía en la hoja con asco, se inclinó y la limpió en la chaqueta de Huber.

Schenke respiró hondo para calmarse, antes de volver a hablar.

–Sargento Hauser, arreste a estos hombres. La acusación es asesinato.

Capítulo veinticinco

De pie delante de la clínica Schiller, Hauser sacudió la cabeza.

–¿Está usted de broma?

–Sólo sigo el protocolo, sargento. –El Hauptmann Böeliche, de la comisaría de Postdam, levantó la barbilla y continuó–: Un protocolo que exige que todo subordinado reconozca mi rango, aunque se trate de un engreído miembro de la Kripo.

Böeliche era un individuo bajo y corpulento de unos cincuenta años, que parecía más robusto aún por el abrigo acolchado que llevaba. El cuello estaba forrado de piel, cosa que resaltaba aún más la redondez de su rostro.

Se volvió hacia los hombres que custodiaban a Pieper y Huber. Este último llevaba un vendaje en torno a la herida de la mejilla, y miraba furibundo a Liebwitz, que estaba de pie en la nieve y tiritando.

–Métanlos en el camión y llévenlos a la comisaría. Pónganlos en una de las celdas hasta recibir más órdenes.

Los policías uniformados condujeron a los prisioneros al camión cubierto y los hicieron subir a la caja del vehículo. La luz pálida del amanecer teñía la nieve en el exterior de la clínica de un tono azul muy frío. El aire límpido estaba lleno de remolinos que escapaban de los tubos de escape de los motores y el aliento brumoso de los oficiales con el rostro encogido, apiñados en torno al coche y a los dos camiones. Un par de miembros del personal de la clínica permanecían en el porche, contemplando lo que estaba ocurriendo con expresión confusa. Había otros rostros detrás de las ventanas, ya que varios pacientes curiosos

miraban también desde sus habitaciones.

Schenke miró con frustración y no poco desagrado a Böeliche. Desde luego, era un mezquino oportunista, una cualidad bastante común entre los oficiales de rango medio de la policía uniformada. No era más que otro tipo mediocre en su trabajo, motivo por el cuál jamás pensaban en ellos para un ascenso. Sería mejor seguirle la corriente, si con ello lograba hacerlo cambiar de opinión.

Se adelantó y fue junto a Hauser.

–Esos dos son sospechosos clave en una investigación de la Kripo. Deberían venir con nosotros a Pankow para ser interrogados. Apreciamos mucho la ayuda que nos han prestado durante el arresto, y puedo asegurarle de que expresaré mi gratitud por su rápida intervención cuando informe a mis superiores. Ahora, si pudiera usted por favor trasladarlos a nuestra custodia...

La expresión de Böeliche era arrogante.

–Me encantará hacerlo en el momento en que reciba la documentación correcta por los canales oficiales. Hasta entonces, yo llevaré a cabo mi propia investigación con respecto a cualquier delito que puedan haber cometido. Y, si se los acusa, me aseguraré de mencionar el pequeño papel que usted y sus colegas han representado en su detención. Mientras tanto, puede pedir que transfieran a los prisioneros a su comisaría.

Schenke se tragó la rabia que sentía y volvió a intentarlo.

–Mire, señor, llevamos tiempo recogiendo pruebas sobre estos hombres en torno a un presunto caso de asesinato de niños...

–Entonces quizá sea usted tan amable de enviarme los documentos relevantes para ayudarme a interrogar a los sospechosos.

–No puedo hacer tal cosa, señor. Pertenecen a la Kripo. Tendrá que pedirles a mis superiores acceso a esas pruebas.

Böeliche se encogió de hombros.

–Parece que estamos en un punto muerto, inspector. Si esto hubiese ocurrido dentro de su jurisdicción, tendría usted todas las de ganar. Pero el caso es que ha ocurrido en la mía, y no me hace la menor gracia que investigadores criminales de Berlín

vengan a meter las narices en mi terreno sin tener la cortesía de anunciarme primero sus intenciones.

–Sólo queríamos interrogar al director, señor. No teníamos ni idea de que las cosas llegarían a este extremo. Pero es vital que llevemos a los prisioneros a Pankow para interrogarlos antes de que tengan la oportunidad de amañar sus historias y escapar a la justicia. Por no mencionar el peligro de que existan otros implicados que puedan enterarse de los arrestos y borrar el rastro.

Böeliche señaló con un dedo el pecho de Schenke.

–Entonces le sugiero que vuelva a Berlín de inmediato y empiece a preparar los papeles para la transferencia.

Durante un instante, Schenke sintió la tentación irrefrenable de asestarle un puñetazo en la cara a aquel hombre.

–Espero que sus actos no comprometan nuestro trabajo, señor. Dudo que mis superiores contemplen con agrado que entorpezca una investigación criminal.

–Ahórrese sus amenazas, inspector. Tengo contactos en el partido que lo apartarían de su cargo como si de una mosca se tratara. No tiene sentido prolongar este intercambio de opiniones. ¿Desea usted que alguno de mis hombres los lleve en coche a Pankow, o hará usted sus propios arreglos?

La idea de estar en deuda con aquel policía mezquino de provincias crispaba los nervios a Schenke, pero sería más rápido aceptar su oferta que pedir que les enviasen un coche. El tiempo era precioso. Quería asegurar a los prisioneros con la mayor rapidez posible.

–¿Y bien? –inquirió Böeliche.

–Tomaremos uno de sus coches.

El Hauptmann miró muy serio a Schenke pero no dijo nada. No tuvo necesidad.

Schenke rechinó los dientes.

–Le agradecería mucho que nos proporcionara un coche para volver a Berlín, señor.

–Así está mejor. –Böeliche gritó una orden a un hombre que estaba de pie junto a un Opel de aspecto destartalado, y luego se dio un golpecito en el ala del sombrero como despedida–. Que tenga un buen día, inspector.

Se dirigió hacia el otro vehículo, donde uno de sus hombres abrió la portezuela trasera para que entrase. El policía uniformado que quedaba se subió al camión, y, cuando todos estuvieron sentados, se oyó un fuerte golpe en la parte trasera del camión, la señal para que el vehículo se pusiera en movimiento hacia la puerta. Los seguía el coche de Böeliche.

Schenke y Hauser se quedaron mirándolos un momento. Entonces, el inspector señaló a sus camaradas.

–Espérenme en el coche.

–¿Adónde va, señor? –preguntó Hauser.

–A llamar a Kleist. Espero poder convencerlo de que ponga en marcha los documentos de transferencia mientras volvemos.

* * *

Cuando el coche salió a la carretera hacia Postdam, Schenke le contó a Hauser lo que había ocurrido tras separarse la noche anterior. Justo cuando terminó de ponerlo al día, el coche pasó junto a la taberna. Los tres se quedaron mirando el edificio cubierto de nieve.

–¿Y qué pasa con Wilke? –preguntó Liebwitz.

–Emitiré órdenes para que lo arresten y lo traigan para su interrogatorio –respondió Schenke–. Pero enviaremos a alguien de la sección para que haga ese trabajo y se asegure de que lo llevan directo a Pankow, antes de que Böeliche se entere y nos cause más problemas todavía. Eso suponiendo que a Wilke no le haya entrado el pánico y se haya escondido...

–Maldito Böeliche –gruñó Hauser–. Me costó un montón convencer a ese hijo de puta para que fuera a la clínica. Sólo accedió a hacerlo cuando le dije que llevar a esos asesinos ante la justicia era algo de lo que podría sacar provecho. Cuando se imaginó su nombre en los periódicos, le faltó aire para empezar a dar órdenes. En fin... Siento que las cosas no salieran tan bien para nosotros, señor. Böeliche sólo mira por sus propios intereses.

Schenke vio que el conductor asentía con la cabeza a toda aquella valoración, en silencio.

–No me dio la sensación de que Wilke estuviese implicado en esas muertes –continuó Hauser.

–Quizá no, pero es probable que tenga información que pueda ayudarnos, así que debemos hablar de nuevo con él. –Schenke se arrellanó en el asiento de atrás y bostezó de manera ostentosa, lo que le provocó un leve acceso de tos–. Me temo que hay más cosas de las que pensaba detrás de esas muertes. El vínculo con Schmesler me preocupa, pero también está el asunto de Lenger. –Se volvió hacia Liebwitz–. ¿Recuerdan? Pieper habló de una intrusión en la consulta del doctor, algo que también éste nos mencionó cuando Hauser y yo fuimos a verlo.

–Pieper parecía creer que la policía estaba implicada. –Liebwitz agitó la cabeza–. No veo por qué. Los de la Kripo investigamos delitos, no los cometemos.

Hauser se volvió y captó la mirada de su superior. Luego fijó la vista de nuevo en el Scharführer.

–Así es, chico. Nosotros no hacemos ese tipo de cosas, ¿verdad?

A Schenke le agradó que el antiguo hombre de la Gestapo se sintiera parte de la Kripo. Estaría bien no tener que preocuparse por la lealtad de su nuevo colega.

–La cuestión es descubrir quién entró en la consulta de Lenger.

Hauser cogió aire con fuerza.

–No estoy seguro de querer saber la respuesta a eso.

–¿Por qué no? –preguntó Liebwitz.

–Dios mío, ¿nació usted ayer? No, ni se le ocurra responder a eso. Escuche, ¿quién cree que fue el responsable del secuestro del inspector la otra noche?

–Pues no lo sé con seguridad.

–Haga una suposición.

–Bueno, teniendo en cuenta que le advirtieron que debía dejar el caso Schmesler, junto con lo que dijo Pieper sobre el allanamiento de la consulta del doctor Lenger, es posible que fuesen los mismos hombres.

–¿Y? –preguntó Hauser, cansado.

–Si fueron los mismos, es posible que trabajasen para Heydrich, ya que él hizo una advertencia similar al inspector.

Probablemente SS. O SD.

–De cualquier manera, personas con las que no queremos tener problemas.

Schenke notó que el conductor había mirado fugazmente hacia atrás al mencionar al jefe de la Oficina Principal de Seguridad del Reich. Se inclinó hacia delante y habló en voz muy baja al oído al hombre.

–Usted concéntrese en conducir. Olvidará todo lo que ha oído desde que dejamos la clínica, si sabe lo que le conviene. ¿Entendido?

–Sí, señor –asintió el policía.

–Bien. –Schenke volvió a reclinarse antes de continuar la conversación con sus colegas.

–Será mejor que no digamos nada más por ahora. Estoy cansado. Todos lo estamos. Sería bueno intentar descansar un poco antes de llegar a Pankow.

Se apoyó en la esquina junto a la portezuela y, tras bajarse el ala del sombrero, cerró los ojos. Aunque dudaba de que pudiera dormir, dadas las sacudidas del viejo coche, que le llevaron a evocar el accidente de la noche anterior. Se esforzó por pensar en Karin, en que ambos estaban sentados junto a la chimenea, con la cabeza en el regazo de ella. Pero la imagen de su rostro se difuminaba hasta convertirse en la de Ruth. Fuera cual fuera la conexión entre la muerte de Schmesler y la de los niños, hacía que la situación fuese más peligrosa para cualquiera que intentase descubrir la verdad. Temía por la joven, así que esperaba convencerla para que abandonara la persecución.

* * *

A última hora de la mañana, llegaron a la ciudad y salieron del vehículo con los huesos y los músculos machacados. La noche sin dormir y el drama del encuentro con Huber y Pieper habían dejado a Schenke exhausto, a pesar de los pocos ratos en los que pudo dormir un poco en el viaje de vuelta. Sin embargo, no iba a permitirse nada más hasta que tuviese la custodia asegurada.

Al entrar en la oficina, Frieda Echs corrió hacia él con expresión ansiosa.

–Gracias a Dios que ha vuelto, señor.

–¿Qué ha pasado?

–Muchas cosas. Han venido varios abogados exigiendo que varios de los que detuvimos durante la cerrada fuesen liberados. Pero es peor todavía, porque he recibido una llamada del Gauleiter, que deseaba saber por qué uno de sus amigos del partido había sido arrestado. He logrado calmarlo alegando que usted se lo explicaría cuando regresara.

–Ah, gracias...

–Está incluido en el sueldo, señor.

–¿Algo más que deba saber?

Ella asintió.

–Kleist ya tiene preparadas las órdenes de transferencia.

–¿Pero no ha hecho aún esa dichosa llamada? –Schenke notó que lo invadía la irritación ante semejante demora. Esperaba que Huber y Pieper ya estuviesen de camino desde Postdam–. Mierda...

–Y hay otra cosa, señor. Karin Canaris ha llamado tres veces esta mañana para preguntar por usted.

–¿Y qué le ha dicho?

–Que había salido de la oficina por un asunto oficial.

Schenke frunció el ceño. Se sentía culpable por causarle tanta preocupación a Karin, pero también por no hablarle del tiroteo en la calle.

–¿Quieren un poco de café, señor?

–Nos ha leído el pensamiento –sonrió Hauser.

–Ése no es un desafío demasiado grande, sargento –respondió Frieda–. Miró a Liebwitz, que asintió brevemente.

Schenke se fue a su escritorio, cogió el teléfono y marcó el número de su piso. Apenas había sonado el segundo timbrazo cuando respondió Karin.

–¿Horst?

–Sí.

–¡Gracias a Dios! ¿Estás bien?

–De primera. Nos atrapó la tormenta de nieve en el camino de vuelta desde Postdam, ayer. Por eso no he podido ir a casa.

–¿ Postdam?

–Es una larga historia. Te la contaré toda más tarde.

–¿Qué ha pasado?

–Escucha, Karin, no puedo hablar ahora. Tengo que hacer algo. Sólo quería que supieras que estoy a salvo.

–¿Volverás a casa esta noche?

–Yo... espero que sí.

–Horst...

–Lo siento, tengo que dejarte.

–No puedes tratarme así.

–Karin, tengo que dejarte. –Colgó con el temor de que la llamada hubiese causado más problemas de los que pretendía resolver, y luego volvió a la oficina principal.

–¿Y ahora qué? –preguntó Hauser, mientras se calentaba en la estufa.

–Voy a ver a Kleist. Conseguiré que traigan a los sospechosos. Quiero que Liebwitz y usted hagan algunas llamadas, a ver lo que pueden averiguar del Comité para el Registro Científico de... –Hizo una pausa para intentar recordar el resto del largo título.

–Enfermedades Graves Hereditarias y Congénitas, señor –dijo Liebwitz.

–Eso. Averigüen lo que puedan y vean si hay algún vínculo entre Schmesler y Lenger, así como con nuestros amigos de la clínica.

–¿Amigos?

–Simplemente hágalo, Scharführer.

–Sí, señor.

Cuando Schenke iba a salir de la oficina, Echs regresó con tres tazas humeantes en una bandeja redonda.

–¿Ya se va, señor?

–Volveré dentro de unos minutos. Guárdemela.

Se dirigió hacia el edificio donde estaba la oficina de Kleist, donde intercambió un saludo informal con el ayudante del comandante de la comisaría.

–Tengo que recoger una autorización de transferencia de prisioneros.

–Sí, señor. El Oberst me la ha dejado porque tenía una reunión. –El ayudante buscó un formulario y se lo tendió.

Schenke parpadeó para enfocar la vista cansada. En cuanto se aseguró de que el informe estaba en orden, asintió al comprobar la firma de Kleist al final de la segunda página.

–Bien. Tendría que usar su teléfono.

El ayudante se lo acercó por encima del escritorio, y Schenke marcó el número de la centralita para que le comunicaran con la policía de Postdam. Hubo un breve retraso en la conexión, que chasqueaba, y luego se oyó un clic.

–Comisaría de policía de Postdam, recepción.

–Al habla el inspector criminal Schenke de la comisaría de Pankow. Tengo una orden firmada por el Oberst Kleist para la transferencia de dos individuos que tienen ustedes en custodia. Pueden recoger los papeles cuando nos entreguen a los prisioneros.

–Sí, señor. ¿Me da sus nombres?

–Huber y Pieper.

Hubo una pausa y el hombre del otro extremo repitió:

–¿Huber y Pieper?

Schenke notó una ominosa sensación de anticipación.

–¿Qué pasa?

–Bueno, señor, fueron puestos en libertad hace una hora.

La mano de Schenke se cerró con fuerza en torno al receptor, y se lo apretó contra el oído.

–¿Cómo? ¿Quién demonios ha sido el responsable? ¿Böeliche?

–No, señor. La orden procedía de la Oficina Principal de Seguridad del Reich.

Un escalofrío recorrió la nuca de Schenke.

–¿Bajo la autoridad de quién?

–El SS Gruppenführer Heydrich, señor...

Capítulo veintiséis

Hauser bajó la cabeza y se la sujetó entre las manos.

–Heydrich... Nos estamos metiendo en aguas muy profundas, señor. Si ese hijo de puta está implicado en lo de los niños y Schmesler, tenemos que dejarlo de inmediato, o si no harán pisapapeles con nuestras pelotas. ¿Qué coño vamos a hacer ahora?

Schenke dibujó una mueca de desagrado al plasmar en su mente el castigo mencionado por Hauser. Se echó hacia atrás en su silla mientras pensaba en la situación.

–Ahora mismo no lo sé. Tendremos que ir con muchísimo cuidado. Nadie nos ha advertido que dejemos la investigación del asesinato de los niños.

–Todavía no. Pero siento en las tripas que lo harán, y pronto.

–Entonces nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento. Hasta entonces, nos vamos a apartar de todo lo que tenga que ver con la muerte de Schmesler y nos concentraremos en lo que está pasando en la clínica. Con Huber y Pieper fuera de la escena, tendremos que continuar nuestras investigaciones por algún otro sitio. Por lo que dijo ese condenado doctor, está claro que Lenger está implicado. Tendremos que volver a hablar con él. –Schenke levantó una mano para ahogar un bostezo y luego continuó–: Y hay alguien más a quien tendríamos que interrogar también.

–¿Se refiere a Widmann?

–Sí. Quiero saber por qué su nombre aparecía en los expedientes de Pieper. Si está implicado en los asesinatos, todo

este asunto se está acercando demasiado a nosotros para que resulte cómodo. Poner el foco en uno de nuestros hombres causará malestar entre las filas de la Kripo. No importa si es culpable o no. Así son las cosas. De modo que tenemos que ir con mucha cautela con él. Especialmente al insinuar que tenga algo que ver con los asuntos de Heydrich.

–Amén –estuvo de acuerdo Hausser–. ¿Cuál es el primer paso?

–Quiero que usted y Liebwitz investiguen ese comité. Use sus fuentes en otras comisarías y departamentos, a ver qué puede averiguar, pero sea discreto... Mejor que se ocupe usted de las llamadas. Hágame saber lo que tenga cuando vuelva.

–¿Cuando vuelva?

–Tengo que hablar con alguien. –Schenke se dirigió hacia la puerta. Al pasar junto al escritorio de Echs, ella levantó la vista y le dirigió una mirada de reproche.

–No hace falta que me lo pregunte. Ya he llamado a Karin.

–Muy inteligente por su parte, señor. Parece una chica muy agradable. –Había un tono ligeramente maternal en la voz de su subordinada–. No se conoce a muchas jóvenes agradables en nuestro trabajo.

–La he conocido a usted –replicó Schenke con una ligera sonrisa.

Tras abrocharse el abrigo, se despidió con un gesto y salió de la oficina. Cogió un coche sin marcas y salió de la comisaría, sin dejar de echar miradas al retrovisor para asegurarse de que no lo seguía ningún otro vehículo. Incluso se desvió varias veces de manera repentina por calles adyacentes antes de volver a su ruta original. No tenía ni idea de quién podía estar siguiéndolo, pero la mera posibilidad lo asustaba. Sobre todo teniendo en cuenta a dónde se dirigía.

Le habían advertido que abandonase el caso Schmesler, pero ahora necesitaba a Brigitte para que le dijera por qué había aparecido el nombre de su marido en los archivos de la clínica Schiller. Estaba claro que existía una conexión, pero por el momento era imposible determinar hasta qué punto Schmesler era cómplice del asesinato de los niños. También quedaba por dilucidar por qué los hombres de Heydrich estaban tan

decididos a evitar la investigación de su muerte. ¿Y por qué su oficina había autorizado la liberación de Huber y Pieper? Heydrich tenía algo que ver en ambos casos, y eso señalaba con claridad que, en realidad, todo formaba parte del mismo asunto, lo cual hacía que tanto Schenke como sus colegas estaban en peligro, en especial si seguían adelante.

Pero había otro motivo por el que acudir a la residencia Schmesler: advertir a Ruth que abandonase sus investigaciones, que se ocultara hasta que el peligro pasara.

En cuanto a Schmesler, a Schenke le parecía que el buen doctor quizá no fuese tan bueno, a fin de cuentas. Se había visto implicado con unos asesinos de niños, y quizás eso fuera lo que lo llevara a la tumba. Tal vez sabía demasiado y representaba una amenaza para Heydrich. En ese caso, existía la posibilidad de que el régimen intentase cubrir algo. ¿Y si estaba implicado un miembro influyente del partido en algún tipo de abuso infantil? Eso explicaría que lo raptaran, que se atrevieran a coaccionar incluso a un inspector de la Kripo, o la orden de Heydrich de liberar a Pieper y a Huber para no ser interrogados. ¿Qué era lo que no quería que divulgasen aquellos dos?

* * *

Schenke aparcó a dos calles de distancia de la casa de Schmesler, y se levantó el cuello del abrigo al dirigirse a la esquina. Hizo una pausa y levantó la muñeca, mirando con ostentación su reloj mientras examinaba ambos lados de la calle junto a la casa. Como había anticipado, la propiedad estaba siendo vigilada. Vio un coche negro aparcado a unos veinte metros de la casa, detrás de un camión. Aunque la ventanilla trasera estaba empañada por la condensación, pudo distinguir las siluetas de dos hombres sentados en su interior.

Bajó el brazo, miró a ambos lados, como si estuviera buscando a alguien, luego se volvió y deshizo lo andado hasta la entrada del callejón de servicio que corría detrás de las casas. Unos muros altos puntuados por cancelas corrían a lo largo del callejón, y se apresuró hasta que encontró el acceso trasero a la

casa de Schmesler. Miró por detrás de él rápidamente, pero no había nadie a la vista, así que abrió el pestillo de la puerta y entró en el patio. Vio algunos cobertizos y un garaje a su derecha, frente al que, al otro lado de la zona empedrada, había dos carboneras casi vacías junto con algunos cubos y vasijas pequeñas. Un corto tramo de escaleras subía hasta una puerta trasera, y otras estrechas bajaban a lo que parecía ser una bodega.

Schenke subió los escalones hasta la puerta trasera y usó el llamador de latón que había a un lado. Sonó una campanilla dentro de la casa. Esperó unos segundos y volvió a tirar del pomo, dos veces en esta ocasión. Un momento más tarde, se oyó un roce cuando corrieron un pestillo y la puerta se abrió un poco, hasta que la detuvo una cadena de seguridad. En el hueco apareció una cara de mujer que lo miraba con suspicacia. A Schenke le costó un momento darse cuenta de que se trataba de Brigitte Schmesler. Llevaba el pelo suelto y veteado de gris, y la cara parecía fatigada y arrugada.

–No esperaba volver a verlo, inspector. ¿No había abandonado por fin la búsqueda del asesino de mi marido?

–Déjeme entrar, por favor. Tengo que hablar con usted.

Ella no se movió, sino que lo miró con los labios apretados y una expresión amarga.

–Es urgente –insistió Schenke.

Quizá fue algo en su tono, o quizá simplemente ella ya se sentía satisfecha con haberlo tenido un rato de pie fuera, el caso es que cerró un poco la puerta, quitó la cadena, abrió y le hizo señas de que entrase. Cuando él cerró la puerta, volvió a correr el cerrojo. Advirtió que estaban en una pequeña despensa con una puerta que conducía a la cocina. Unos estantes contenían escasas latas, frascos, botellas y cajas de madera de hortalizas. La escasez causada por la guerra y el duro invierno estaban empezando a afectar incluso a los más adinerados.

–Por aquí –murmuró Brigitte.

Lo condujo a la cocina y el calor que procedía de la pesada cocina de hierro lo envolvió totalmente.

–¿Por qué ha venido usted? –le preguntó ella–. ¿Ha descubierto algo?

–Sí. –Schenke se quitó el sombrero mientras pensaba qué

contarle–. Primero, tengo que disculparme.

–Estoy de acuerdo.

–Cuando mis colegas y yo estuvimos aquí, encontramos pruebas que sugerían que su marido no se suicidó.

–¿Que lo sugerían? Creo que era algo más definitivo que eso.

Él asintió.

–Parece que recibió un disparo a bocajarro por parte de un tercero. Es lo que le dije a mi superior cuando informé de nuestras conclusiones, para que se iniciase una nueva investigación. Sin embargo, se me dijo que no habría investigación y que el caso estaba cerrado. El veredicto de suicidio sería el que prevalecería. Cuando la llamé a usted para hacérselo saber, no quise darle falsas esperanzas de nuevas investigaciones. Siento mucho haber parecido brusco.

–No obstante, usted continuó investigando en base a sus sospechas. Y lo peor fue que decidió implicar a una joven vulnerable para que hiciese su trabajo en su lugar...

Schenke notó que la culpabilidad volvía a hacer mella en él.

–Ruth... ¿Qué es lo que le ha contado?

–Que estaba decidida a llegar hasta el final. –Brigitte esbozó una ligera sonrisa y continuó en un tono afectuoso–. Es una chica muy buena, valiente. –Miró al inspector con intención–. Que es más de lo que se puede decir de algunos...

Schenke se resistió a la tentación de defenderse. No había tiempo que perder.

–Tengo que hacerle algunas preguntas sobre un asunto relacionado.

–¿Por qué tendría yo que ayudarlo?

–Porque es algo que tiene que ver con la muerte de su marido, estoy seguro de ello. –Le explicó brevemente el destino de los niños y los expedientes que habían descubierto en la clínica–. ¿Sabe usted si su marido conocía al doctor Pieper?

–¿Pieper? Sí, recuerdo que mencionó ese nombre. Creo que se conocieron en el partido. Manfred era de la opinión de que el fervor político de Pieper era mucho más evidente que su competencia médica. Como puede imaginar, nunca fueron amigos.

–Ya veo... ¿Mencionó su marido alguna vez la clínica Schiller?

Ella pensó un momento, pero negó con la cabeza.

–¿Y a un hombre llamado Huber?

–No.

–¿Widmann?

Ella se removió.

–¿Un hombre gordo con la cara más bien lúgubre? Sí, a ese lo conozco. Lo he visto un par de veces. Estuvo aquí ayer.

–¿Ayer? –Schenke se sobresaltó–. ¿Para qué?

–Vino con dos hombres de las SS. Comentó que olvidaron un par de documentos la primera vez que estuvieron aquí, tras la muerte de Manfred. Estuvieron en su estudio muy poco rato, pero lo dejaron hecho un desastre y estropearon algunos de los muebles. No cogieron nada, que yo viera, al menos. Simplemente se fueron sin decir nada más, y mucho menos sin disculparse por los daños. Unos brutos...

Schenke intentó recordar los detalles del estudio. No había señal alguna de más expedientes o documentos. Quizás estuvieran ocultos. Fijó su mirada en Brigitte de nuevo.

–Ha mencionado usted que había visto a Widmann más veces.

–Es cierto. Vino a casa hace un mes, más o menos..., antes de aquella noche. Le dijo a Manfred que necesitaba hablar con él. Estuvieron en su estudio unas cuantas horas, y luego Widmann se fue.

–¿Le dijo algo su marido de por qué había visitado su casa?

–No, ya se lo dije, no me contaba gran cosa de su trabajo. Pero recuerdo que Widmann parecía preocupado cuando se quedó en el vestíbulo con mi marido. Algo sobre una prueba que no funcionaba, que habían tenido que usar otras instalaciones. Manfred dijo que se ocuparía de eso. –Hizo una pausa y negó con la cabeza–. Más o menos fue así. Por lo que yo recuerdo.

–¿Está usted segura de que no hay nada más?

–Lo siento, eso es todo.

Schenke pensó en cómo podía encajar esa información con lo que ya sabía. Pero estaba demasiado fatigado para sacar nada en claro.

–¿Podría darme un vaso de agua?

–Supongo que sí. Hay vasos en el armario que tiene detrás.

–Gracias. –Abrió la puerta de un armario grande. El estante

más alto estaba lleno de platos y vasos sencillos a un lado. El inferior estaba vacío, excepto un pequeño plato con unas bolitas pequeñas grises en él. Hizo una pausa al notar un olor acre, y retrocedió antes de coger un vaso e ir al grifo del fregadero.

–Es por las ratas –dijo Brigitte.

–¿Cómo?

–En el armario. He visto su reacción –explicó–. No huele demasiado bien, pero es efectivo. No puedo dejar que los bichos se apoderen de todo esto.

–Ah, ya lo veo. –Schenke se llenó el vaso y, mientras bebía, reordenó sus pensamientos–. ¿Sigue usted sin tener ni idea de en qué trabajaba su marido, o para quién?

–Ah, no, ahora sé algo de eso, creo. Me lo contó Ruth.

Schenke se puso tenso.

–¿Y cómo lo averiguó ella?

–Estaba fuera cuando Widmann y sus matones salieron de la casa. Los siguió hasta su coche, a distancia, y oyó que les ordenaba buscar en el despacho de Manfred en la Cancillería.

Él notó que se le aceleraba el corazón.

–¿En la Cancillería? ¿Estaba segura de eso?

–Bastante, sí.

–Dios... –Se esforzó para reprimir su alarma ante el significado de aquella información. El despacho de Manfred Schmesler estaba en el mismo corazón del gobierno–. ¿Y dónde está Ruth ahora? Tengo que hablar con ella.

–Yo... no lo sé. –Brigitte juntó las manos y se las retorció–. Le he contado todo lo que sé. Creo que es hora de que se vaya. Déjeme en paz.

–Primero tiene que oírme –dijo Schenke, con firmeza, y, dando un paso hacia ella, continuó–: Ruth está en peligro. Todos lo estamos. Hay gente por ahí que está dispuesta a matar para ocultar sus secretos. No les importa que yo sea oficial de policía; no temen asesinarme a mí o a mis colegas. Aún tenemos una oportunidad de evitarlo, pero sólo si olvidamos este asunto. Pero para Ruth es mucho peor, dada su condición de judía. El partido la matará al mínimo atisbo de que les molesta. Tengo que avisarla. Debe esconderse hasta que esté seguro de que su vida ya no corre peligro. –Schenke se inclinó hacia delante–. Teniendo en

cuenta que viene por aquí a menudo, por favor, le ruego que le transmita mi advertencia.

–Parece que no soy la única que se preocupa por ella.

Schenke se sonrojó al comprender que, debido a su fatiga, había bajado las defensas y hablado con mayor emoción de lo que pretendía. Eso lo hizo ser consciente, quizá por primera vez, de que Ruth le importaba más de lo que jamás antes se había permitido reconocer. Y de manera peligrosa, tanto para él como para ella. Casi de inmediato, una oleada de culpabilidad lo invadió al recordar a Karin. Se recordó a sí mismo que la amaba, que le había propuesto matrimonio. Y, sin embargo, estaba ese poso de emoción por Ruth, ese deseo de protegerla de los peligros del mundo. Para calmar la culpa, se dijo que tal vez no fuese más que eso, mera preocupación. Al fin y al cabo, era lo correcto: un hombre de verdad debe alzarse y proteger a los vulnerables.

Brigitte leyó sus expresiones de cerca y no pudo evitar sonreír.

–Ruth tenía razón sobre usted, inspector. Es un buen hombre. Veo que se preocupa y está más unido a ella de lo que usted mismo quiere reconocer. –Dio un paso hacia la puerta que conducía al resto de la casa–. Está bien. Estás segura, puedes salir.

Una figura salió de las sombras hacia el salón, dejándose ver a la luz de la cocina. Su ligera silueta estaba envuelta en un grueso jersey y una larga falda de lana. Llevaba el pelo oscuro con un peinado distinto, una melena corta.

–Hola, Horst. –Ruth le sonrió con gesto nervioso.

–Entiendo que has oído cada palabra.

–Sí, cada una. –La sonrisa de ella era más cálida.

Él se la devolvió, aliviado de verla de nuevo y saber que estaba segura, al menos por el momento. Notó la urgencia de abrazarla, pero se contuvo a duras penas. Sería muy peligroso ir por semejante camino. Demasiado peligroso.

Capítulo veintisiete

Por un momento, se hizo el silencio, hasta que Schenke se acercó a Ruth y le cogió la mano.

–Gracias a Dios que estás a salvo.

Pero la soltó enseguida, dio un paso atrás y se sentó en el borde de la mesa de madera, muy baqueteada, que había en el centro de la habitación. Hizo un esfuerzo para concentrarse en la situación en la que los tres estaban atrapados.

–No es seguro que estés aquí –dijo–. Están vigilando la casa.

–Ya lo sé. El coche está abajo, en la calle. Lleva varios días ahí. Llega al amanecer y se va a las seis de la tarde, y otro ocupa su lugar. Dos hombres. Si Brigitte sale, uno de ellos la sigue. Si alguien viene a visitarla, también van tras él cuando sale, para averiguar quién es. –Ruth sonrió–. Los he estado vigilando tanto tiempo que ya me conozco sus rutinas.

–¿Quién sabe que estás aquí?

–Sólo yo –respondió Brigitte.

–¿Y su madre? –Schenke recordó a la entrometida de la vez que vino a examinar la escena del crimen. Le había parecido de esas que confiaría grandes secretos a su círculo íntimo de amigos.

–Ella no tiene ni idea –lo tranquilizó Brigitte.

–¿Y los sirvientes?

–No tenemos desde antes de Navidad. Nuestra criada contrajo la tuberculosis y está en el hospital. Pasará algún tiempo antes de que vuelva a sus deberes. Ruth está segura aquí, se lo prometo.

–Bien. –Reflexionó durante un momento–. ¿Hay algún

escondite? ¿Dónde estabas cuando llamó Widmann?

–En la bodega. Hay un hueco detrás de uno de los armarios. He puesto allí mantas de sobras y algunos baúles de ropa delante. Sólo hay espacio para meterme dentro del hueco y quedarme allí quieta, en caso de emergencia.

Schenke agitó la cabeza.

–Si hacen un registro concienzudo, te encontrarán con facilidad. En ese caso, te enviarán a un campo en cuanto descubran que eres judía. Y a usted, Brigitte, la castigarían por esconder a una judía.

«Y más, si descubren que su padre también lo era», pensó Schenke.

–Conozco los riesgos que estoy corriendo –respondió Brigitte, con expresión desafiante–. Ruth es como una hija para mí, alguien a quien no puedo negarme a acoger. Ahora debemos confiar en que usted haga todo lo posible para protegerla.

–Su secreto está a salvo conmigo.

–Lo sabemos –dijo Ruth.

Schenke no quería exponerse a revelar la profundidad de sus sentimientos, así que cambió de tema rápidamente.

–¿Estás segura de lo que dijo Widmann sobre la Cancillería?

–Estoy segura. No estaba más lejos de él de lo que estoy de ti cuando pasó. Oí sus palabras con toda claridad.

–Entonces Schmesler trabajaba directamente para el partido –dedujo. Se volvió hacia Brigitte–. ¿Había oído alguna vez hablar del Comité del Reich para el Registro Científico de Enfermedades Graves Hereditarias y Congénitas?

–Vaya trabalenguas... –dijo ella.

–¿Mencionó alguna vez Manfred el comité, o algo con un título similar?

–No..., creo que me acordaría. ¿Qué tiene eso que ver con él?

–Puede que trabajara para ellos. ¿Y Widmann? ¿Habló alguna vez su marido de él, antes o después de la visita a su casa?

–Le pregunté por Widmann después, pero Manfred dijo que era un asunto confidencial y que no podía comentarlo. No parecían estar en términos muy amistosos. Tengo la impresión de que usted ya lo conoce.

Schenke asintió.

–Es uno de los nuestros. Quiero decir que forma parte del departamento de investigación criminal.

–¿Un policía? –inquirió Ruth.

–Más bien un científico. Es un especialista en química forense del instituto de investigación criminal de la Kripo.

–Entonces, ¿qué estaba haciendo aquí? –intervino Brigitte–. No tiene nada que ver con el área de conocimiento de Manfred. Nada en absoluto.

–Bueno, a mí no me parecía que fuese una visita social. Tenían que haber estado trabajando en algo juntos. Quizás en algo relacionado con lo que ocurría en la clínica Schiller.

Al considerar las posibilidades, se le ocurrió una idea oscura. Había algo en el largo título del comité del Reich que sugería un objetivo mucho más siniestro que sencillamente registrar los defectos de nacimiento. La doctrina del partido se basaba en la idea de la superioridad de la raza germana, y Schenke ocasionalmente había oído programas de radio y leído artículos de periódico sobre lo deseable que resultaba eliminar cualquier debilidad en el pueblo alemán para producir una raza mucho mejor. ¿Y si algunos miembros del partido con formación médica hubieran decidido tomar la iniciativa en semejantes ambiciones? Tal vez habían creado una red pequeña y secreta de personas afines que enviaba a los niños a la clínica para que Pieper los eliminase. Por supuesto, el trabajo sucio lo llevaría a cabo Huber, que ya sabía lo que era matar y estaba encantado de poderse aprovechar de los efectos personales de aquellos de los que se libraba.

Ahora que todo empezaba a encajar, Schenke reconoció para sí que había estado dilatando sus sospechas. La naturaleza horripilante de aquel plan le había impedido pensar siquiera que fuese posible, antes de aquel momento.

–¿Qué ocurre? –preguntó Ruth, interrumpiendo sus pensamientos–. Tu expresión me preocupa.

¿Cómo podía contarle lo que estaba pensando? ¿Que Manfred Schmesler estaba relacionado con un grupo de asesinos de niños motivados ideológicamente? Aquél no era el amable doctor al que Ruth consideraba amigo de la familia. Más espantosa aún era la perspectiva de que Brigitte hubiese estado

casada con un monstruo sin saberlo. Aunque quizás hubiese sospechado algo. Lo suficiente para no querer saber más, y así salvar su conciencia. No sería la primera esposa en construir un muro protector de ignorancia para poder seguir con la persona a la que amaba. En aquel momento, sin embargo, Schenke no tenía pruebas en absoluto de sus sospechas, y airearlas podía ser contraproducente.

–Yo intentaba saber por qué mataron a Manfred –dijo–. Es un interrogante para el cual no tenemos aún una respuesta. Estoy convencido de que fue porque sabía algo. Los hombres que me secuestraron también me habrían matado en caso de sospechar que sabía lo mismo que él. Pieper quería acabar conmigo por el mismo motivo.

–¿Cree que Manfred había descubierto lo que estaba pasando? –preguntó Brigitte.

La pregunta estaba a cierta distancia de la imagen siniestra que se había formado Schenke mentalmente, así que asintió, despacio, y tras un breve silencio decidió ofrecerle una respuesta clara:

–Es posible. Quizás averiguase algo que Heydrich quería mantener en secreto, y por eso se lo silenció, pero vistiéndolo de suicidio, tal y como se les ordenó a mis superiores. De ahí que Heydrich me amenazara y me secuestrara.

Ruth frunció el ceño.

–Si Heydrich estaba dispuesto a matar a Manfred, no le habría importado silenciarte a ti de la misma manera. ¿Por qué correr el riesgo de dejarte vivo?

–Pues no lo sé... Tengo la sensación de que me respeta un poco.

–¿Realmente crees eso?

–Eso me pareció cuando me convocó a su despacho para que le diera un informe, al final del año pasado.

Schenke recordó el encuentro con Heydrich y cómo aquel se mostró impresionado. Pero, al mismo tiempo, su reputación de hombre cruel y con el corazón de hielo hacían bastante improbable que perdonase a alguien ante la menor posibilidad de poner en peligro un asunto de prioridad máxima.

–No lo sé –se pasó la mano por el pelo. Notaba los párpados

pesados y sus pensamientos estaban nublados por el cansancio. Necesitaba descansar con desesperación–. Hay demasiados fragmentos que no he podido ordenar todavía. Necesito tiempo para pensar. –Hizo una pausa y fijó su atención en Ruth–. No puedes quedarte aquí. No es seguro.

–No hemos tenido problemas hasta ahora –replicó Brigitte–. Ruth se mantiene fuera de la vista durante el día, cuando no está trabajando o intentando ayudarlo a encontrar al asesino de Manfred, y muy pocas personas llaman a la puerta.

–Widmann estuvo aquí. ¿Y si vuelve y la ve por la ventana, o ella hace ruido cuando él y sus hombres estén en la casa? El menor error y podrían descubrirla, y entonces nadie podría salvar a ninguna de las dos.

–¿Y dónde puede ir, si no? –preguntó Brigitte–. Berlín es un lugar frío y poco amistoso para su gente. Están todos medio muertos de hambre, se les niega el carbón y sólo lo consiguen gracias a lo que pueden encontrar en el mercado negro. Y, si los cogen infringiendo cualquiera de las reglas nazis, los arrestan y los mandan al este, Dios sabe hacia qué destino. He oído rumores del modo en que los tratan en Polonia que le pondrían los pelos de punta, inspector. Aunque imagino que usted ha oído relatos similares. A mí me educaron para mostrar compasión por los débiles y los vulnerables, y no pienso traicionar esos valores. Sé que si Manfred estuviera vivo diría lo mismo. Daría la bienvenida a Ruth en nuestro hogar y le ofrecería refugio.

–¿Aun siendo miembro de las SS? –preguntó Schenke.

–Se unió a las SS porque su carrera dependía de ello. Como casi cualquier otro médico de Alemania. En su corazón sabía distinguir lo que estaba bien de lo que estaba mal. Lo único que quería era lo mejor para su país y para la gente que lo rodeaba. Incluyendo a Ruth y su familia. –Se llevó una mano al pecho–. Lo sé con tanta seguridad como respiro.

Schenke notó una sensación de náuseas en la boca del estómago al pensar en todos esos compatriotas alemanes que no se atrevían a reconocer las maldades que se estaban llevando a cabo en nombre de la patria, por miedo al castigo o a unos remordimientos insoportables. Se habían acostumbrado a vivir con unos códigos morales paralelos. Él no era mejor que ellos en

muchos aspectos, a pesar de que intentase decirse a sí mismo que tenía más conciencia que la mayoría. En algunos aspectos, eso hacía que se sintiera aún peor, hasta el punto de que a veces deseaba dejarse llevar por la ideología del partido, creer en ella incuestionablemente. Quizás así conseguiría un poco de paz mental, así como expulsar las dudas y la culpabilidad que tanto le afectaban el corazón y la mente.

–Mi Manfred era un buen hombre, y yo honro su recuerdo haciéndome cargo de Ruth. –Brigitte sonrió a la mujer más joven–. Puede quedarse aquí todo el tiempo que quiera.

Ruth la abrazó.

–Eres muy amable conmigo... –Luego se apartó–. Aun así, Horst tiene razón sobre el riesgo al que nos enfrentamos. No puedo ponerte en peligro. Ya has perdido demasiado. Tendré que encontrar otro sitio, si esos hombres del coche siguen vigilando la casa.

Brigitte bufó como desafiándola, pero Ruth levantó la mano.

–Ya me he decidido. Siempre te estaré agradecida, y quizá tenga que volver aquí de vez en cuando, pero sólo cuando esté segura de que no te pongo en peligro.

–Como desees, cariño, pero haz lo que tengas que hacer para sobrevivir.

Ella asintió con determinación.

–Pienso sobrevivir al Führer y a su partido para ver días mejores en Alemania. Esto se acabará tarde o temprano. Nada dura para siempre.

Schenke se sintió conmovido por su fuerza de voluntad. Al mismo tiempo, encontraba difícil de creer que un régimen que sometía a su pueblo a semejante opresión durase tan poco como ella esperaba. La perspectiva se sumó al peso de su cansancio cuando iba a recoger su sombrero.

–Muy bien. Ya he dicho lo que quería. Debo irme.

Brigitte le cogió la mano.

–¿Y el asesino de mi marido? Me lo dirá si averigua algo, ¿verdad? –suplicó–. Si hay alguna noticia...

–Haré lo que pueda –replicó él. A ella quizá no le gustase enterarse de lo que descubría, si sus sospechas sobre su marido resultaban ser correctas. Quizás era mejor que determinadas

verdades no quedaran expuestas. Ninguna de aquellas dos mujeres le daría las gracias si resultaba que el doctor estaba implicado en el asesinato de niños. Era difícil conjugar que Schmesler fuese un buen marido para Brigitte y un leal amigo para Ruth y su familia, y que al mismo tiempo creyese justificable construir el futuro de Alemania sobre las tumbas de niños cuya única falta había sido nacer en unos cuerpos que no se ajustaban a los requisitos del partido.

Le dijo adiós con un gesto y se volvió para salir de la cocina. Cuando abrió la puerta trasera, oyó pasos y al volverse vio que Ruth corría tras él. Ella le cogió la mano y se la estrechó.

–Mantente a salvo, Horst.

–Tú también.

Hubo un momento de silencio, que él rompió para besarla en la frente, pero luego se apartó, para no caer en más tentaciones.

Cerró la puerta tras él y bajó corriendo la escalera hasta llegar al patio, hacia el callejón de servicio. La luz ya se estaba desvaneciendo, así que avanzó con precaución, buscando cualquier señal de los hombres que vigilaban la casa. Hacía un frío intenso. Demasiado para deambular por la calle durante demasiado tiempo, así que imaginó que los tipos en cuestión permanecerían dentro del coche. Con una temperatura menos extrema, quizás hubiesen estado vigilando ambos, uno en la parte delantera de la casa y el otro en la trasera.

Volvió a su coche sin marcas, lo puso en marcha y se dirigió a la comisaría. Por el camino, mientras sorteaba el tráfico de las calles oscuras, no pude dejar de pensar en Schmesler, en cómo compartiría sus reflexiones con Hauser y Liebwitz. Quizá desecharan sus ideas por ser demasiado descabelladas. Demasiado peligrosas. Pero, ¿y si no era así? Entonces los tres se estarían poniendo en un peligro aún mayor, que aumentaría conforme se acercaran al corazón de los crímenes.

Cuando llegó a la comisaría, Schenke pasó junto a un Mercedes negro que estaba aparcado junto a los garajes, con el motor en marcha. Devolvió su coche a su espacio de aparcamiento, tendió las llaves al mecánico en el quiosco y firmó la hoja de devolución. Algunos de los prisioneros del caso de falsificación empezaron a gritar desde sus celdas cuando

repararon en su presencia. Al dirigirse a la entrada posterior del edificio principal, dos hombres con abrigos y sombreros de cuero oscuro salieron del Mercedes y fueron a interceptarlo.

–¿Inspector Schenke?

El aludido se volvió hacia ellos.

–¿Sí?

Ambos individuos se detuvieron junto a él, a un lado y al otro. Eran tipos altos, muy robustos, lo que hizo que se le helara la sangre.

–¿Qué quieren ustedes?

Uno de ellos sacó una insignia de identificación de la Gestapo.

–Tiene que venir con nosotros.

No era una petición, no había formalidades ni cortesías, simplemente una aserción firme y autoritaria que no toleraba resistencia de ningún tipo.

–¿Adónde?

–Alguien quiere hablar con usted. –El hombre señaló el coche–. Entre.

Capítulo veintiocho

–¿Se puede saber dónde vamos? –preguntó Schenke al sentarse en el asiento de atrás del Mercedes, entre los dos hombres.

Un tercer personaje, con un abrigo oscuro idéntico, iba al volante. Llevaban escrito en la frente su condición de matones de la Gestapo, pensó Schenke amargamente. Cuando el coche arrancó, vio que Hauser salía de la parte trasera de la comisaría y miraba a su alrededor con un papel en la mano. Luego se perdió de vista, mientras el Mercedes se alejaba del patio y salía a la calle.

–Sigo esperando una respuesta a mi pregunta. –Schenke se echó hacia delante para volverse hacia el hombre a su izquierda, pero éste de inmediato lo empujó para que volviera al sitio.

–Quédese quieto, señor –insistió el hombre que iba a su derecha–. Pórtese como un caballero.

Schenke no hizo más intentos de moverse, pero habló de nuevo.

–Al menos díganme quién ha dado la orden de arrestarme.

–No he dicho que estuviera bajo arresto.

–Entonces pare el coche y déjeme ir.

–No puedo hacerlo, señor. Tenemos nuestras órdenes.

–¿Y quién se las ha dado?

–Lo averiguará muy pronto. Y, ahora, permanezca en silencio. No quiero tener que hacerle daño. Nos ocuparemos de eso cuando llegue el momento.

Su tono pragmático le recordó a Liebwitz. Por lo visto, era algo que inculcaban a los hombres de la Gestapo. Había un

espantoso desapego en su forma de hablar, como si hacer daño a las personas fuese una parte rutinaria de su día a día. Aquello bastó para convencer a Schenke de quedarse callado, mirando por la ventanilla, hacia las calles por las que transitaban.

Por lo que pudo apreciar, se movían hacia el sur, al centro de Berlín. Era probable que lo llevasen al cuartel general de la Gestapo en Prinz-Albrecht-Strasse, lo cual no era un buen augurio. No le consolaba demasiado que le hubieran dicho que no estaba bajo arresto. A pesar de ello, podían mantenerlo retenido bajo la ley de custodia protectora, si deseaban tenerlo allí un cierto periodo de tiempo.

A pesar del fatalismo que empezaba a apoderarse de él, trató de dejar el miedo a un lado y despejar la mente. Había pocas dudas de que la Gestapo se lo llevaba por algo que tenía que ver o bien con el caso Schmesler o bien con los asesinatos de niños.

Era más probable que fuese lo primero, razonó. Kleist, Heydrich y los hombres que lo secuestraron le advirtieron que no se metiera con el veredicto de suicidio, unas instrucciones que no había seguido tan al pie de la letra como se le requería. Ahora le tocaba responder por ello. Pero, ¿ante quién? ¿Müller, el jefe de la Gestapo? ¿O su superior, Heydrich? Dios no quisiera que la cosa fuera más arriba aún... Sólo había visto a Himmler una vez, en una reunión de oficiales de policía en una cervecería. Aunque el Reichsführer-SS se había mostrado bastante jovial en aquella ocasión, sus modales cambiaron al instante cuando un mozo que servía le derramó un poco de cerveza en la guerrera. Schenke nunca olvidaría la mirada asesina que se reflejó en los ojos del hombre.

Entraron en Mitte y cruzaron un puente por encima del Spree, por lo que supuso que estaban en Friedrichstrasse. Un momento más tarde, giraron hacia Unter den Linden, y vio la silueta oscura de la puerta de Brandemburgo ante la luz moribunda del atardecer. Al acercarse a la puerta, el coche bajó la velocidad y el conductor lo hizo girar en redondo para aparcar junto a la entrada del hotel Adlon, cubierta por un dosel. El hombre que estaba a la derecha de Schenke abrió la portezuela trasera y, tras salir, le hizo señas para que lo imitara y fuera tras él.

–Vamos, inspector.

Era un giro inesperado de los acontecimientos, pensó Schenke. Estaba convencido de que los iban a llevar al cuartel general de la Gestapo, en lugar de al mejor hotel de Berlín.

Tras salir del vehículo, el otro tipo se unió a ellos, y cada uno volvió a situarse a ambos lados de Schenke. El portero con librea abrió la puerta de paneles de cristal para dejarlos pasar. El vestíbulo panelado tenía grandes radiadores a cada lado, así que el aire caliente envolvió a los tres hombres mientras se dirigían a las puertas oscurecidas que conducían al vestíbulo, donde esperaba otro portero. Allí se vieron rodeados por la luz de unas arañas que colgaban del alto techo. Se oía el sonido de risas y el murmullo de conversaciones procedentes de las personas sentadas en los sillones frente al mostrador de recepción de roble. La mayoría de los hombres llevaba uniforme, ya fuera militar o del partido, y con ellos se encontraban varias mujeres lujosamente vestidas.

El hombre robusto de la Gestapo cogió a Schenke por el codo y lo condujo hacia la parte trasera del vestíbulo, en dirección a uno de los reservados para fiestas privadas y acontecimientos sociales. Pasaron junto a unas cuantas puertas cerradas, detrás de las cuales Schenke escuchó voces ahogadas. Se detuvieron junto a un par que conducían a una de las habitaciones de servicio más grandes, y el hombre de la Gestapo lo miró.

–Espere aquí. –Abrió la puerta lo suficiente para que él pudiera entrar y la cerró tras él.

La mente fatigada de Schenke se esforzaba para averiguar lo que estaba ocurriendo. Que se lo llevase la Gestapo raramente podía presagiar un objetivo que no fuera siniestro, y, sin embargo allí estaba, en el hotel Adlon. A pesar del lujo de su entorno, la ansiedad se apoderó de él una vez más.

Se abrió la puerta. El hombre de la Gestapo salió y señaló la puerta siguiente.

–Ahí.

Schenke se encontró en una zona de servicio para las funciones de la habitación adyacente, con mesas llenas de botellas de vino y de licores, cajas de cigarros y bandejas de carne fría, queso y panecillos de aspecto delicado. Una mesa al

final tenía apilados platos, cubertería y vasos, preparado todo para un pequeño festín. Dos camareros vestidos de blanco, que estaban limpiando los cubiertos, hicieron una pausa para mirar a su alrededor, y vieron a los tres hombres que acababan de entrar en la sala.

–Desaparezcan –ordenó el hombre de la Gestapo–. Cuando los necesitemos los llamaremos de nuevo.

Los camareros se fueron sin perder ni un segundo. Ahora, los únicos sonidos que se oían eran las voces del partido en la sala de al lado. Schenke clavó los ojos en la comida y se dio cuenta de que no había comido nada desde el día anterior. Señaló las bandejas más cercanas.

–¿Les importa?

El hombre grueso de la Gestapo se encogió de hombros.

–En absoluto. Usted mismo.

Schenke se quitó los guantes y cogió un panecillo y unas lonchas de jamón frío. Comió con voracidad, porque no sabía cuándo tendría la oportunidad de volver a hacerlo, y mucho menos tan bien. Quienquiera que fuese el destinatario de aquel pequeño festín, era tan influyente que no se preocupaba en absoluto por las restricciones de racionamiento de la gente corriente. «Una regla para ellos y otra para nosotros», pensó Schenke. Lo habitual en un régimen, donde no se podía pedir cuentas a nadie.

En cuanto se terminó su bocadillo improvisado, cogió una manzana y la mordió, volviéndose hacia sus escoltas.

–Creo que es hora de que me digan por qué estoy aquí y quién ha dado la orden.

Ellos lo miraron impasibles, y él notó que su furia iba en aumento.

–¡Venga, hombre! Me he comportado como un corderito manso. ¿Qué daño puede hacer que me expliquen por qué?

Ante la falta de respuestas, tiró el corazón de la manzana a la mesa y se encaminó hacia la puerta de la habitación contigua. El más cercano de los hombres de la Gestapo corrió a bloquearlo mientras sacaba una porra de goma.

–Yo no quería...

Antes de que el enfrentamiento fuese más allá, el picaporte de

la puerta giró con un suave chasquido y Heydrich entró en la habitación con un acompañante. Tras ellos, Schenke advirtió una mesa de comedor muy larga, en la cual se encontraban sentados unos veinte hombres, con cuencos de sopa y copas frente a ellos. Uno levantó la vista y lo miró, y la luz de una araña se reflejó en sus gafas con montura metálica, por debajo del pelo rapado muy corto. Tenía la cara ovalada y la barbilla débil. Schenke notó que las tripas se le congelaban cuando se cerró la puerta.

Heydrich se detuvo a dos pasos de distancia y lo contempló con una mirada de desaprobación. Sólo entonces reparó Schenke en la barba de varios días que cubría sus mejillas, o en lo sucio que tenía el abrigo tras lo ocurrido la noche anterior. El acompañante de Heydrich, en cambio, vestía un traje oscuro normal y corbata. Tenía el pelo muy negro y espeso, y llevaba gafas. Schenke no lo reconoció, pero si estaba cerca de Heydrich y Himmler debía ser porque se trataba de alguien a quien tener en cuenta. Alguien a quien temer.

–Inspector Schenke –empezó Heydrich–. ¿Qué ha estado haciendo desde la última vez que hablamos?

–Señor, yo...

Heydrich levantó un dedo para que guardara silencio.

–Creí haber dejado perfectamente claro que tenía que abandonar el caso Schmesler. De hecho, le dije que aquélla era la última advertencia que le iba a hacer. ¿Acaso lo recuerdo mal?

–En absoluto, señor.

–Entonces dígame, por favor, qué está haciendo, inspector.

–¿Señor?

–¿Qué hacía usted en la clínica Schiller?

Schenke trató de ordenar rápidamente sus pensamientos.

–Investigaba la muerte de varios niños ingresados allí. No tiene nada que ver con el doctor Schmesler, señor. Es un caso totalmente distinto.

–¿Un caso totalmente distinto? –repitió Heydrich, con una débil sonrisa. Se volvió para intercambiar una mirada rápida con el otro hombre, que levantó una ceja y se encogió de hombros–. ¿Y espera usted que me crea eso?

–Es cierto, señor. Vino a verme la madre de uno de los niños, que estaba preocupada por las circunstancias de la muerte de su

hija mientras estaba ingresada en la clínica.

–Ya veo. ¿Y cómo se llama esa familia?

Schenke dudó.

–No crea que puede engañarme, inspector. De una manera u otra tendré la información que necesito. Sólo cambiará el sufrimiento que tenga que provocarle para conseguir lo que quiero. ¿Nos entendemos bien?

–Sí, señor.

–Sólo para estar seguro... Kuntz, por favor.

Antes de que Schenke pudiese reaccionar, el hombre de la Gestapo movió su porra en un arco feroz que conectó con su muslo izquierdo. El dolor estalló a lo largo de toda la extremidad, provocando que Schenke se tambaleara entre jadeos hacia un lado.

–Es la pierna que se hirió en el accidente en las carreras de coches, ¿verdad? –murmuró Heydrich–. Por lo tanto, doblemente doloroso, imagino. ¿El nombre, pues?

–Scholtz –murmuró Schenke con los dientes apretados.

Heydrich asintió.

–Así que sólo con la palabra de esa mujer, Scholtz, usted decide iniciar una investigación y va a la clínica, en lo más crudo del invierno, para interrogar al SS doctor Pieper... Muy concienzudo por su parte. ¿Es así como actúa siempre cuando una familia se acerca a usted con una queja burocrática?

–Como he dicho, los indicios apuntan a varias muertes –respondió Schenke, inclinándose contra la pared y haciendo una mueca–. Tenía buenos motivos para sospechar que se había cometido un delito. Y encontramos pruebas que apoyaban mis sospechas. Pieper y uno de sus empleados están implicados directamente en las muertes.

–Sí, Pieper me informó de esas acusaciones. –Heydrich cruzó hasta la mesa de la comida y cogió una sola uva de un cuenco de fruta, la mordió y la masticó con calma–. Antes de desaparecer.

Schenke frunció el ceño.

–¿Desaparecer?

–Por favor, no se haga el inocente, inspector.

–No le entiendo, señor.

–Kuntz...

–¡No, espere! –Schenke se apartó del hombre de la Gestapo–. No tengo ni idea de lo que está hablando. Lo juro por Dios. La última vez que vi a Pieper y Huber, la policía de Postdam se los llevaba en custodia.

Heydrich hizo un gesto a su esbirro para que se detuviera.

–Sé que Pieper estaba retenido en Postdam. Llamó a mi despacho desde la comisaría y yo di la orden de su liberación. Incluso envié a un coche a que recogiera a ambos. Pero cuando el vehículo llegó ellos ya no estaban. Al parecer, había aparecido otro coche con unos tipos alegando que eran de la Gestapo y se los llevaron. Es evidente que envió a alguno de sus hombres mediante esa estratagema, dada la discusión que tuvo con el oficial de Postdam.

–No...

Schenke estaba confuso. ¿Qué demonios estaba pasando?

–¿Adónde los han llevado? –preguntó Heydrich.

–Le repito que no los tengo –respondió Schenke, desesperado–. Pregúntele al Oberst Kleist. Yo tenía ya la documentación preparada para la transferencia. Iba a hacerlo a través de los canales legales, lo juro.

–¿Kleist?

–El oficial al mando de Pankow. Él le confirmará lo que estoy diciendo. ¿Por qué iba a secuestrarlos, si tenía un documento oficial en mis manos para llevármelos bajo mi custodia?

Heydrich lo pensó brevemente y luego se acercó más, adelantando la cabeza a medida que sus ojos se entrecerraban.

–¿Está diciendo usted que no ha tenido nada que ver con su desaparición?

–Sí, señor.

–¡Mentiroso! –chilló, y lo golpeó brutalmente en la cara–. ¿Para quién trabaja, cerdo? ¿Para quién?

Aquella súbita violencia asombró a Schenke un momento, y enseguida su furia salió a la superficie.

–¡Para nadie! –escupió Schenke–. ¡Sólo estoy haciendo mi maldito trabajo!

Los hombres de la Gestapo se acercaron más aún, pero Heydrich negó con la cabeza.

–Su trabajo, inspector, es coger a los criminales y mantener la

maldita nariz fuera de temas que no le conciernen.

–El asesinato de niños me concierne. –Schenke fulminó a su superior.

Heydrich echó la cabeza hacia atrás y miró al techo.

–Supongamos por un momento que está usted diciendo la verdad. Entonces... ¿quién demonios se ha llevado a Pieper?

–Pues no lo sé. Yo estaba convencido de que había sido la Gestapo, al menos hasta ahora.

Se le ocurrió que quizá Heydrich le estuviese mintiendo, que sólo trataba de colocarle una pista falsa y en realidad sí se habían llevado a los sospechosos. ¿Pero qué motivo tendría para hacer algo así? Heydrich era el hombre que sabía dónde estaban enterrados los cadáveres, literalmente. ¿A quién podía temer hasta el extremo de desear ocultar sus actos?

–Sígame la corriente –continuó Heydrich–. ¿Quién podía querer a esos dos hombres?

Schenke sentía como si estuviese patinando por el hielo más fino. Los nervios lo hicieron carraspear.

–Antes de responder, ¿puedo hacer una pregunta?

Heydrich parecía sorprendido.

–No estoy seguro de que capte la naturaleza de nuestra relación, inspector.

–Sí, lo hago, señor. Créame. Pero estoy intentando desentrañar la verdad de todo esto.

–Está bien. Haga su pregunta.

–Hace tres noches, cuando salía del laboratorio de la Kripo, me raptaron varios hombres que, tras vendarme, me llevaron a un almacén cerca del aeródromo de Tempelhof. Fueron muy explícitos al decir que me mantuviera apartado del caso Schmesler y que, si seguía con el asunto, me matarían. –Schenke hizo una pausa para observar la expresión de Heydrich, pero el esbelto rostro del otro hombre no denotaba emoción alguna–. Supuse que trabajaban para usted. Igual que asumo que los dos hombres que están en un coche vigilando la casa del difunto doctor también lo hacen. Dígame que estoy equivocado.

Heydrich se acarició la barbilla. Una vez más, intercambió una mirada con el hombre que estaba todavía de pie junto a la puerta de la habitación de servicio.

–¿Qué opina?

El hombre escrutó a Schenke un momento y luego habló.

–Si está diciendo la verdad, alguien ha puesto en marcha un juego muy peligroso, Reinhard.

–Pues sí. –Heydrich se quedó callado, mientras se comía la otra mitad de la uva y consideraba lo que había oído. Tragó.

–Inspector, como respuesta a su pregunta, yo no tuve nada que ver con su secuestro. Los hombres que están vigilando la casa tampoco son míos, y no tengo ni idea de quién y a dónde se han llevado a Pieper y Huber. Quienquiera que sea, no trabaja para mí.

–¿Entonces para quién? –preguntó Schenke.

Heydrich sonrió.

–Usted es el policía. Si lo averigua, venga y deme la respuesta y yo me ocuparé de todo. Le sugiero que lo haga rápidamente, antes de que desaparezca nadie más. Incluyendo usted mismo. Ocúpese de eso.

Se volvió y tanto él como su compañero regresaron a la reunión.

En cuanto la puerta se cerró tras ellos, Schenke respiró hondo, aliviado. Luego miró a los hombres de la Gestapo.

–Soy libre para irme, entiendo...

–No está usted arrestado, así que haga lo que quiera.

Schenke pensó en decirles que lo llevaran a su casa, pero la idea de estar más tiempo en su compañía era más de lo que podía soportar. Cogió otro panecillo con una alita de pollo, dio un amplio rodeo en torno a los hombres vestidos de negro y cruzó el hotel hasta llegar a la calle. Aunque el aire era terriblemente frío, lo aspiró agradecido, mientras se dirigía a la entrada de la estación del U-Bahn que quedaba enfrente.

Capítulo veintinueve

Eran las ocho de la noche cuando por fin llegó a su apartamento. Al abrir la puerta del piso, oyó que Karin se movía en el salón y salía corriendo al recibidor para echarse en sus brazos.

–¡Horst, Dios mío, qué preocupada estaba!

Ella lo estrechó con fuerza durante un momento, volvió la cabeza, se puso de puntillas y lo besó en los labios. Luego se echó atrás.

–Estás horrible.

–Gracias. –Él forzó una sonrisa–. Estoy destrozado.

–Y lo pareces... –La mujer arrugó la frente–. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde has estado los dos últimos días? He intentado llamarte a la comisaría, pero nadie sabía dónde estabas. Ni tu sargento ni el otro.

–Liebwitz.

Ella asintió.

–Me han dicho que te fuiste ayer y que desde entonces no tenían noticias tuyas. Yo pensaba... pensaba... –Sonrió nerviosamente mientras agitaba la cabeza–. No importa. Ya has vuelto, sano y salvo. Es lo único que me importa.

Dado su encuentro con Heydrich, Schenke no quería desvelarle sus preocupaciones sobre su propia seguridad, así que se limitó a devolverle la sonrisa.

–Necesito una copa.

Cerró la puerta y, tras quitarse la ropa de abrigo, la siguió hacia el salón. Un momento más tarde, estaban sentados en el sofá frente al fuego, cada uno de ellos con un vaso de brandi en

la mano.

–¿Todo esto tiene que ver con la chica Scholtz? –preguntó Karin.

–Con ella y con los otros niños. Llevé a Hauser y a Liebwitz conmigo a la clínica Schiller para interrogar al director y al personal.

–¿Y averiguaste algo?

–Más de lo que me habría gustado. –Dio un sorbo y el líquido le quemó la garganta. Esperó a que la sensación se disipase antes de continuar–. Creo que los niños fueron asesinados, pero todavía no tengo muy claro por qué ni cómo. Pero sé quién es el responsable.

Le describió lo que había ocurrido la noche anterior y la mañana siguiente, evitando cualquier mención a Ruth. Todavía le carcomía la culpa por los sentimientos que ahora sentía por ella y la confusión de emociones que eso le provocaba con respecto a Karin. Pero ahora había vuelto con la mujer a la que le había pedido matrimonio, de vuelta a un terreno seguro que no quería poner en peligro.

–El director de la clínica y su empleado... ¿todavía siguen desaparecidos? –preguntó Karin.

–Sí, por lo que yo sé.

–¿Y no tienes idea de quién se los llevó?

–No. Hay otro jugador en esta partida, y me han tenido totalmente engañado. Estaba tan seguro de que Heydrich era quien movía los hilos... Supongo que lo fácil es pensar siempre que el régimen es responsable de estas cosas.

–Bueno, con un buen motivo –respondió Karin–. Generalmente lo es.

–Quizá, pero no deberíamos sacar conclusiones precipitadas. Un buen investigador criminal no puede permitir que sus prejuicios personales se interpongan en el análisis de las pruebas. Es la primera regla que nos enseñan durante nuestros estudios. Yo no he sido capaz de hacer bien mi trabajo, y a causa de ello he pasado por alto algo. Sé que ha sido así.

–¿Y si Heydrich estuviese mintiendo? –preguntó ella–. ¿Y si fue él quien te hizo raptar? Después de todo, te dijo que abandonaras el caso Schmesler.

–Eso fue después de que se me llevaran esos hombres. ¿Por qué iba a hacerme otra advertencia? Ya parecía excesiva entonces. –Schenke sacudió la cabeza y dio otro sorbo–. Creo que está diciendo la verdad cuando asegura que no tiene nada que ver con nada de esto.

–¿Entonces quién podría ser el responsable?

–He estado pensando en ello cuando volvía desde el Adlon. El motivo para apartarme del caso Schmesler debe estar relacionado con algún tipo de tapadera. Es posible que la víctima supiera algo capaz de poner nervioso a alguna de las figuras más relevantes del régimen, o que fuera directamente el responsable. En cualquier caso, había que silenciarlo para poner fin al asunto. Heydrich es cómplice en el encubrimiento, pero hay alguien más implicado, desconocido tanto para él como para mí. Parece como una lucha entre facciones del partido.

–Bien. Cualquier cosa que haga que esos hijos de puta se enzarcen entre ellos me parece bien.

Schenke la miró preocupado. Aunque estaban solos en la privacidad de su piso, no pudo evitar un pinchazo de miedo al oírla hablar tan alegremente. Aunque fuese la sobrina del almirante Canaris, y por tanto estaba bien conectada con la élite de la sociedad alemana, eso no le confería inmunidad. Necesitaba desviar la conversación, así que recordó que justo ese día tenía que comenzar su iniciación en el cuerpo de enfermeras voluntarias.

–¿Has empezado a trabajar en el hospital?

–Sí. Pensaba quedarme aquí hasta que volvieras, pero la preocupación me estaba volviendo loca. He tenido que hacer algo para ocupar la mente.

–¿Y qué tal ha ido tu primer día, entonces? –preguntó Schenke, aflojándose la corbata tras rellenarse el vaso.

Karin miró los carbones encendidos de la chimenea.

–No era lo que yo esperaba. Cuando me apunté, supuse que el entrenamiento consistiría en aprender a cuidar a soldados heridos.

–Parece una expectativa muy razonable –murmuró Schenke, con un punto de ironía–. Y supongo que eso no ha pasado...

–En cuanto nos hemos puesto los uniformes, nos han

obligado a marchar. –Miró a Schenke–. Y de manera literal, como si fuéramos unos malditos reclutas del ejército o algo por el estilo... En fin, que nos han hecho marchar hasta la cantina del hospital, donde hemos esperado a que llegara un cargo del partido. Un tipo joven, guapo, con la sonrisa fácil. Yo pensaba que nos iba a dar una breve bienvenida antes de empezar el adiestramiento. Pero no, en absoluto. Nos ha dicho que estaba allí para darnos una charla sobre el papel de las enfermeras en la Alemania nazi. –Agitó la cabeza–. De verdad, Horst, tendrías que haberlo visto...

Ella se levantó, se puso de pie, con los hombros hacia atrás y la barbilla levantada en ángulo, mientras hablaba con voz retumbante:

–¡Señoras! El Führer está orgulloso de vosotras. Al presentaros voluntarias para servir al Reich, habéis mostrado la dedicación y el sacrificio que es la característica definitoria de la raza aria. Habéis elegido uniros a la lucha contra nuestros enemigos, que se está llevando a cabo con la sangre y el valor de nuestros valerosos jóvenes de uniforme. Vosotras también sois heroínas, a vuestra manera. ¡A partir de hoy, es vuestro deber patriótico cuidar a nuestros heridos y conseguir que recuperen la salud, para poder volver a combatir con el corazón animoso y el cuerpo ágil, y continuar la lucha por la supremacía de los sagrados valores y creencias de nuestra ideología nazi!

Schenke no pudo evitar soltar una risita ante su imitación de la retórica de los funcionarios del partido. Él ya había asistido a los suficientes actos de educación política obligatoria los últimos años para reconocer ese tono intimidatorio y virtuoso.

–¡Camaradas alemanes! –continuó ella, señalando con el dedo a un público imaginario–. Vivimos en tiempos históricos. El destino de Alemania es gobernar el mundo bajo nuestro Führer, Adolf Hitler. Nadie puede resistirse al poderío de un soldado, marinero o aviador alemán. Ningún líder puede superar el genio militar del Führer, y la asombrosa velocidad de nuestra victoria en Polonia es prueba ante el mundo de que Alemania es la potencia preeminente. *Sieg Heil! Heil Hitler!*

Levantó el brazo y juntó los talones sin hacer ruido, ya que llevaba zapatillas. Mantuvo la postura un momento, luego se

relajó y cayó flojamente al lado de Schenke y se acurrucó junto a su hombro.

–Ha sido así, más o menos.

–Ah, sí, seguro que sí.

–He sentido la tentación de levantar la mano al final y preguntar, con toda mi inocencia, cómo es que ahora somos aliados de Rusia, cuando hace sólo un año era el peor de los males.

–Menos mal que no lo has hecho.

–En ese caso, imagino que se habría limitado a negar esa premisa del pasado. O que todo era parte del Gran Plan del Führer y que debemos confiar en su genio.

–Es increíble que se puedan decir tales cosas y que tantas personas lo acepten sin pensar. Es como si el partido fuese algún culto fanático religioso y Hitler su profeta. Básicamente es el mismo modo de operar: la fe es más fuerte que los hechos.

–No eres la primera persona en decirlo.

–Yo diría que muchos lo pensamos, quizá la mayoría. Sólo que no nos atrevemos a decirlo en voz alta, y menos aún en público. La conformidad nos hace cobardes a todos.

Ella se incorporó y lo miró.

–No a todos.

Él notó el familiar escalofrío de ansiedad al oír sus palabras.

–Karin, ¿qué sentido tiene oponerse a algo que no tienes oportunidad alguna de derrotar? ¿Qué sentido tiene que te aplasten bajo la bota del partido nazi, como si fueras una hormiga? No digo que las cosas no vayan a cambiar, pero por ahora el partido tiene completamente dominado el poder, y destruirá a aquellos que los desafíen. Si esa garra se debilita y existe una oportunidad real de derrotarlos, entonces y sólo entonces será razonable hablar.

Ella se apartó de él y desvió la mirada a la chimenea.

–¿Y quién será el primero en hablar, si todos nos hemos consignado a la cobardía del silencio? Si los que realmente aman a Alemania quieren alzarse alguna vez, cuando el régimen sea vulnerable, la gente necesita saber que no están solos en su oposición al partido.

–Ese día yo hablaré en voz alta.

–¿Y hasta entonces?

–Me dedicaré a perseguir criminales. Eso siempre es necesario, y, bueno, ocurra lo que ocurra en el mundo.

–¿Y eso satisfará tu conciencia? –le preguntó ella–. ¿No piensas hacer nada para desafiar a los nazis?

Instintivamente él se enfureció ante aquella acusación.

¡Ya había desafiado al régimen! A sabiendas, ayudó a Ruth a evadir las restricciones legales impuestas a los judíos. Y al hacerlo había vulnerado la ley, con un riesgo personal considerable. Sin embargo, no podía justificarse de ese modo ante Karin, por temor a dejar entrever sus sentimientos por Ruth. A pesar de toda esa altivez, Karin era inteligente y perceptiva. Vería más allá de las explicaciones de él, y la sospecha envenenaría sus pensamientos y sugeriría hechos en los que Schenke no se había metido. Si ocurría eso, sería difícil extraer ese veneno de la herida que se abriera entre ellos.

–Mi conciencia no está en juego. Puedo vivir con lo que decida hacer –dijo–. Y me ahorrará una muerte inútil. No hay virtud alguna en la futilidad. ¿Crees que soy un cobarde?

–No he dicho eso.

–¿Pero lo piensas?

–Ah, ¿así que ahora dices que no deberíamos tener miedo de decir lo que realmente pensamos?

Él frunció el ceño.

–Eso no es justo, amor mío.

–¿Por qué no? –lo desafió ella. Ninguno de los dos habló durante un momento, y luego ella suspiró, cansada–. No, no creo que seas un cobarde. Pero estoy decepcionada. Eso lo reconozco.

Schenke notó una sensación opaca y abrumadora que le encogía el corazón ante semejantes palabras. Respiró hondo un momento, y luego se puso de pie y se dirigió hacia la chimenea para mover la pantalla que tapaba las llamas moribundas. Sin mirarla, dijo:

–Me voy a la cama.

La dejó sola en el salón y recorrió el breve pasillo hasta el dormitorio, sin saber si tales desacuerdos podrían poner en peligro su relación. Notaba el estómago encogido con una desesperación plomiza al reflexionar sobre los valores que los

dividían. Ella lo había herido en lo más hondo, y le sería difícil soportarlo. Igual que la vergüenza de saber que realmente sí tenía miedo a las consecuencias de intentar desafiar al régimen. A los nazis se les daba muy bien propagar el terror, tanto o más que el patriotismo más burdo. A Schenke le parecía que estaba afligido por una malsana enfermedad moral. Pero, claro, también estaban los millones que contemplaban lo que estaba ocurriendo en su país en silencio.

Mientras se quitaba la chaqueta y la corbata, sintió el intenso peso de aquel cansancio abyecto del cuerpo y del alma. Sentado al borde de la cama, se quitó los zapatos, para luego echarse y cerrar los ojos antes de desvestirse por completo. Cinco minutos y luego se desnudaría para meterse bajo las mantas. Pero el sueño lo venció en cuestión de segundos. Un sueño profundo y sin fantasías oníricas. El único medio que tenía de escapar del país en el que se había convertido Alemania.

Capítulo treinta

5 de febrero

El agudo timbre del teléfono sacó a Schenke de su descanso y lo hizo incorporarse con un gruñido. Le dolía la cabeza y notaba el cuerpo como si cada músculo estuviese hecho de plomo. Hizo una mueca al notar el dolor en el muslo, donde el matón de la Gestapo le había golpeado la noche anterior. Le costó un momento despejar la niebla del cansancio de su cerebro, y entonces miró al otro lado de la cama pero vio que no había ni rastro de Karin. Más allá, la luz del día se filtraba por los bordes de la cortina. Echó un vistazo a su reloj y vio que eran más de las ocho y media de la mañana.

–¡Mierda! Mierda..., mierda... –gruñó, al levantarse muy tieso de la cama y darse cuenta de que seguía vestido. El teléfono seguía sonando, así que corrió hacia el salón y levantó el receptor de la pequeña mesita que había a mitad de camino.

–Schenke.

La línea chasqueó y dio paso a la voz de Hauser.

–Señor, ¿está bien?

–Sí. Perfectamente.

–Me disculpo por llamarle a casa. Es que lo esperábamos en la oficina hace ya una hora. Dado todo lo que está pasando, quería asegurarme de que no le había pasado nada.

Schenke dudó, todavía haciendo un esfuerzo para pensar con claridad.

–Los informaré cuando llegue. Ya voy. –Estaba a punto de colgar el receptor cuando recordó uno de los detalles más importantes del día anterior–. Hauser, ¿se encuentra todavía en la oficina?

–Sí, señor.

–Creo que Liebwitz también, ¿no?

–Ha sido el primero en llegar, por supuesto.

–Bien. Cojan un coche y vengan a buscame a mi apartamento. Se lo explicaré cuando lleguen aquí. Vengan rápido.

Tras colgar, se detuvo a escuchar, pero no se oía ningún sonido ni se notaba movimiento en ningún lugar del apartamento.

Corrió hacia el baño e hizo una mueca al ver su reflejo en el espejo. Se enjabonó apresuradamente y se afeitó lo mejor que pudo, aunque las prisas hicieron que se hiciera un corte debajo de la barbilla. Mientras tanto, recordó la discusión de la noche anterior con Karin y el dolor que había sentido ante la acusación de cobardía moral. La existencia del régimen convertía sus ideales abstractos en algo muy peligroso, así que deseó con fervor que no fuese de ese tipo de personas que luchan por una causa sin aplicar la razón.

Una vez la cara afeitada, lavada y secada, tras abrocharse la corbata, tomó otro abrigo del armario del dormitorio, ya que su abrigo de trabajo estaba sucio. Entonces fue cuando vio la hoja de papel doblada en la mesita que había en el lado de la cama de Karin. La cogió y leyó su contenido rápidamente.

Mi querido Horst:

Siento mucho que te preocupases tanto por lo que te dije anoche. No quería herirte. Estabas cansado y fue muy injusto someterte a un interrogatorio sobre tus valores políticos y morales. Dicho esto, algún día tendrás que elegir si te resistes y te puedes contar entre aquellos que se oponen a la tiranía del partido, o bien si eres sólo un mirón. Tienes que ser consciente de que, en lo que respecta a la tiranía, la inacción te pone de lado del tirano.

Creo que necesitas pasar un tiempo solo para pensar en tus valores. He vuelto al apartamento de mi tío y me quedaré allí unos cuantos días. Espero que sea suficiente para que se despejen

las cosas entre nosotros.

Todo mi amor,

Karin

Notó que un peso enorme descendía sobre su corazón al mirar aquella nota. Pero también sintió ira. No dirigida hacia Karin, sino a la época en la que vivían y a la forma en que la sombra oscura del régimen se interponía en casi todos los aspectos de la vida. Diez años antes, cuando los nazis todavía no se habían hecho con el poder, no habría existido esa dolorosa diferencia entre ellos. Por un momento, dejó vía libre al odio y el desprecio que sentía hacia Hitler y su camarilla de gánsteres. Habían dejado indefenso a casi todo el mundo gracias a su arrogante e inmisericorde abuso del poder. Se habían colocado fuera del alcance de la ley y de toda la decencia de una nación civilizada, y no respondían ante nadie. Schenke odiaba la sensación de no poder impedirlo. Y mucho más dado que había estado totalmente en poder de Heydrich en el Adlon. Una sola palabra del SS Gruppenführer habría sellado su destino de manera tan inmisericorde y segura como una bala en la cabeza. Quizá si Karin se enfrentase a una experiencia similar tendría más simpatía por su punto de vista.

Volvió a doblar la nota y se la metió en el bolsillo para sentirse más cerca de ella mientras resolvían sus diferencias. Corrió a la cocina, bebió un poco de agua para saciar su sed y luego se metió en el bolsillo una chocolatina que había guardado para compartirla con ella. Tras ponerse el abrigo, el sombrero y la bufanda, salió del apartamento.

Esperó en el vestíbulo a que llegase el coche. El guardián del bloque, Kuhle, entró desde la calle con una bolsa de papel llena de comestibles, y los dos hombres intercambiaron un breve saludo. Nunca había existido espíritu de buenos vecinos entre ambos, aunque no era menos cierto que Schenke hacía pocos esfuerzos para congraciarse con el funcionario de baja categoría del partido, a diferencia de los otros residentes en el bloque de pisos. A pesar de ello, Kuhle se detuvo al pie de la escalera y se volvió.

–Inspector Schenke, ¿puede dedicarme un momento?

–Estoy esperando a que vengan a recogerme.

–Será muy breve. –Kuhle sonrió apenas–. Voy a dar una charla sobre las últimas revisiones de las reglas de la ley de oscurecimiento y el simulacro para los ataques aéreos en mi apartamento, mañana por la noche. Es una reunión importante. El Ministerio del Aire ha emitido una información sobre los efectos del bombardeo ruso en ciudades de Finlandia, y ha enviado algunos consejos útiles a los guardianes de bloque, para que los compartamos con aquellos de los que somos responsables. Espero que se una a nosotros. Habrá pasteles después.

Otro mezquino ejercicio de autoridad. Tan mezquino como inútil. A pesar del ocasional sonido de las sirenas antiaéreas en la capital, lo único que habían echado encima de la ciudad eran panfletos de propaganda apelando al pueblo alemán a que se levantara contra Hitler y su régimen. Los panfletos eran más efectivos como material para encender fuego que para incitar a la insurrección, pensaba Schenke.

–Estaré allí si me lo permiten mis obligaciones –replicó.

–Eso espero, inspector. Después de todo, usted se perdió la última charla sobre el reconocimiento de espías enemigos. Que tenga buenos días. –Kuhle se tocó el ala del sombrero y desapareció por las escaleras.

Schenke tomó nota mental de que, llegado el momento, cogería el manual de regulación de la ley de oscurecimiento y se lo metería por la garganta al guardián del bloque.

El ruido de un motor anticipó la llegada de Hauser con un coche patrulla. Liebwitz iba sentado en el asiento del pasajero, con los brazos cruzados, erguido, e inclinó la cabeza como saludo cuando Schenke abrió la puerta de atrás y subió. Nadie habló hasta que Schenke carraspeó.

–Sé que dije que empezaría temprano en la oficina. No me pregunten.

Hauser no pudo evitar sonreír mientras dirigía a su superior una mirada cómplice.

–No, desde luego, señor. Eso es algo entre usted y la bella Karin.

–No me presione, sargento. Dejémoslo así.

–¿Adónde vamos, señor?

–A la consulta de Lenger. El doctor tiene que responder a unas preguntas.

–Suponiendo que tenga algo que añadir a lo que ya nos dijo.

–Ah, sí, creo que sí lo tiene –respondió Schenke–. Pieper nos acusó de allanar la consulta de Lenger, cosa que implica que había algo allí que valía la pena llevarse. Pudo ser obra de algunos ladrones de poca monta, pero, dado cómo están yendo las cosas en esta investigación, me parece demasiada coincidencia. Sobre todo después de mi viaje al Adlon anoche para ver a Heydrich.

Hauser lo miró por encima del hombro, mientras ponía en marcha el coche y se apartaba del bordillo.

–Dios... ¿De qué iba?

–Me cogieron unos amigos de la Gestapo que esperaban delante de la comisaría.

–Sería después de que devolviera el coche al garaje –dijo Liebwitz–. He visto la anotación en la hoja, esta mañana.

–Sí, fui a ver a Brigitte Schmesler para preguntarle algunas cosas sobre el trabajo de su marido –dijo Schenke, ansioso de ocultar la verdad a sus colegas–. Tuve mucho cuidado de asegurarme de que no me vieran entrar en la casa.

–¿Por qué no la llamó por teléfono sin más, señor?

–No tenía el número.

–Ya veo –asintió Liebwitz, al parecer satisfecho por la explicación.

–¿Y qué quería Heydrich? –preguntó Hauser.

Schenke agradeció el cambio de tema.

–Quería saber dónde habíamos llevado a Pieper y Huber. También quería saber por qué todavía estábamos investigando la muerte de Schmesler, a pesar de sus advertencias.

–Pero no lo estamos haciendo –dijo Liebwitz.

–No. Pero parece que él cree que sí, de modo que ha trazado una línea entre el asesinato de esos niños y lo que le ocurrió a Schmesler.

–¿Y qué cojones es todo eso de Pieper y Huber? –preguntó Hauser–. Fue el maldito Heydrich quien dio la orden de que se los liberase. Sus esbirros de la Gestapo los recogieron de Postdam.

–En realidad, Heydrich me acusó de habérmelos llevado para que la Kripo pudiera interrogarlos sin tener que esperar a una orden de transferencia. Es una lástima que Kleist no actuase en cuanto yo lo llamé. Habríamos tenido a Pieper y su matón favorito en Pankow mucho antes de que otros pudieran recogerlos, y hubiésemos evitado que Heydrich pensara que nosotros estábamos detrás de todo.

–¿Y por qué creería algo así? ¿Por qué nos íbamos a meter en semejante fregado?

–Quizá Heydrich supuso que los queríamos por la misma razón que él. Podían conducirnos a sus amigos. Lo que saben es peligroso para los otros implicados en sus crímenes, que imagino que será alguien de muy arriba del partido. ¿Por qué, si no, iba a estar Heydrich tan ansioso de que no llegaran a manos de la policía?

–Es posible que el Gruppenführer mienta y los prisioneros estén bajo su custodia –dijo Liebwitz–. Para ponernos en la pista equivocada.

–Eso se me ha pasado por la cabeza –replicó Schenke–. Pero no hay motivo alguno. Si ya tiene a Pieper y Huber, no gana nada haciendo que nosotros corramos en círculos para encontrarlos. De hecho, Heydrich me dejó claro que averiguara quién se los llevó y por qué. Si lo conseguimos, lo único que tendrá que hacer luego es limpiar el desastre y encargarse de cualquier testigo no deseado.

–Mientras no estemos nosotros entre esos... –dijo Hauser.

–Amén. –Schenke se echó atrás y se rascó la mandíbula, en el lugar donde se había cortado–. Así que el asunto más acuciante es saber quién se llevó a Pieper y Huber. No estoy seguro de si me gustará la respuesta. He pensado en todo ello. Sabemos que los niños fueron asesinados, y que Pieper y Huber estaban implicados directamente. También existen vínculos con Lenger y Schmesler. Resulta que Schmesler trabajaba para un comité con base en una de las oficinas de la Cancillería. El Comité del Reich para el Registro Científico de Enfermedades Graves Hereditarias y Congénitas.

–¿Cuándo averiguó eso? –preguntó Hauser.

–Por los archivos que Liebwitz y yo examinamos en la

oficina de Pieper, en la clínica.

Schenke hizo una pausa momentánea mientras su mente cansada conectaba la información.

–Así que tenemos a un oscuro comité con un nombre muy sugestivo que emplea al doctor Schmesler. Luego están los pagos que se hacen a Lenger por recomendar que unos niños con diversas minusvalías mentales y físicas sean ingresados en la clínica Schiller. Los mismos niños reciben unos programas de tratamiento especiales y sucumben a la neumonía o condiciones fatales similares. Se eliminan los cuerpos antes de que un forense pueda examinarlos.

–Mierda –gruñó Hauser–. Realmente, no me gusta adónde conduce todo eso. ¿Y qué papel tiene Heydrich en todo esto? Espero, por lo más sagrado, que no esté detrás. Si piensa que hemos averiguado que él es el responsable de la muerte de los niños, nos reuniremos con ellos muy pronto.

Liebwitz lo miró con expresión tensa.

–El Gruppenführer es el oficial supremo del cumplimiento de la ley en el Reich. Eso es impensable.

–Está claro que es mucho más que eso, Scharführer. Su primera lealtad es hacia el partido.

Schenke intervino.

–Asumamos que Heydrich está detrás de esto. No es un secreto que la ambición del partido es librar a Alemania de esos individuos que ellos creen que degradan la raza aria. Se mostraron abiertos ante la propuesta de las Leyes de Nuremberg, después de todo.

–Aun así, ¿matar a niños? –intervino Hauser–. Si alguna vez llega al conocimiento del público...

–Precisamente. ¿Pero y si alguien de muy arriba está a favor de practicar la eutanasia a niños discapacitados? No como política. Sin órdenes escritas, sin nada que pueda conducir hasta ellos. ¿Y si algunos funcionarios demasiado celosos han decidido echar a rodar la bola? Una pequeña operación por libre, al principio. Pero, si la cosa funciona sin desatar un escándalo público, entonces ese funcionario podría estar en una posición ideal para ser promovido y llevar a cabo el plan en toda Alemania...

–No. –Hauser negó con la cabeza–. No lo creo.

–¿Por qué no? –preguntó Liebwitz.

–¿Quién iba a hacer una cosa semejante? ¿Quién podría vivir con eso en su conciencia? En el partido son políticos, no psicópatas ni asesinos de niños. Inspector, va usted por el camino equivocado. Ya sabe cómo trabajamos nosotros. La respuesta más sencilla normalmente es la correcta. En este caso, creo que estamos tratando con un puñado de pervertidos que están matando a los niños, mientras que Huber tiene un negocio bien montado, aparte, vendiendo sus efectos.

–Quizá –respondió Schenke–. He considerado esa posibilidad. Cuando le sugerí todo esto a Huber, se puso furioso ante la simple idea. De todos modos, me parece lógico que Heydrich quiera descubrir la verdad. Si son pedófilos, querrá que se encarguen de ellos antes de que se sepa que hay miembros del partido y oficiales de las SS que están implicados en los crímenes. Si es una operación por libre, tendrá que determinar si se hace con el control del plan o si lo cierra y se libra de las pruebas. Lo que tendrá en mente, sobre todo, es asegurarse de que la reputación del partido no queda manchada. Cueste lo que cueste.

Liebwitz inclinó la cabeza a un lado y frunció el ceño.

–¿Qué ocurre, Scharführer?

–No he dicho nada, señor.

–Ya lo sé. Su silencio es atronador. Escupa.

–Sí, señor. Si lo que usted dice es correcto, parece lógico que los hombres que lo secuestraron, los que irrumpieron en la consulta de Lenger y los que se llevaron a Pieper y Huber sean las mismas personas.

–Sí, ¿y qué?

–Entonces, ¿por qué lo respetaron a usted? Si querían mantener su operación en secreto ante los extraños, habría tenido mucho más sentido matarlo.

–Gracias por pensar en ello, Scharführer. Pero sí, estoy de acuerdo. ¿Por qué no lo hicieron, entonces?

Como sus colegas no dieron ninguna respuesta, Schenke suspiró y miró por la ventanilla.

–Esperemos sacar algo del doctor Lenger. De momento, es

nuestra única pista.

Capítulo treinta y uno

Había un coche aparcado en la calle, al lado de la consulta del doctor Lenger, cuando Hauser se detuvo junto a la acera. Las puertas traseras se abrieron y vieron que dentro había varias cajas de madera. Un hombre con la cara amarillenta, con un gorro de piel, se inclinaba hacia un lado de la furgoneta mientras se liaba un cigarrillo. Pero, en cuanto los tres oficiales salieron del coche y se acercaron a él, levantó la vista de su tarea. Al atisbar el abrigo negro de Liebwitz, casi se dio la vuelta hacia el otro lado.

–Parece que alguien se está trasladando... –dijo Hauser.

El hombre asintió.

Hauser se detuvo ante él y levantó su insignia.

–¿Y de quién se trata?

El hombre hizo una señal hacia el primer piso.

–El doctor.

–¿Ah, sí? –Hauser miró a Schenke–. ¿Dónde lleva estas cosas?

–A un almacén. Lenger se va de Berlín.

–¿Sí? ¿Y cuándo lo contrató a usted?

–Ayer. –Se puso el cigarrillo en la boca y buscó en su bolsillo–. Un trabajo urgente. Tuvo suerte de que yo estuviera disponible con tan poco tiempo de aviso.

Hauser sacó una caja de cerillas y el hombre asintió, agradecido.

–Tenemos que hablar con el doctor –dijo Schenke–. Puede usted tomarse un descanso y seguir con su trabajo cuando terminemos con él. Ya que estamos, puede hacer algo por

nosotros también. Le agradeceríamos que vigilara el lugar mientras nosotros estamos dentro. ¿De acuerdo?

Después de que asintiera, entraron en el edificio y subieron las escaleras hasta el primer piso. La puerta de la consulta estaba abierta. Los dos sofás y la mesita de la sala de espera habían sido arrinconados a un lado para dejar sitio a las cajas de embalaje. No había señal alguna de la recepcionista. Se oía una tos persistente desde la dirección de la consulta de Lenge, por lo que Schenke recorrió el corto pasillo hasta la puerta abierta que había al final. Al atravesar el umbral, vio que los diagramas enmarcados y otras fotos de las paredes se habían quitado, y que había expedientes y documentos amontonados en el escritorio. Lenger estaba de pie, de espaldas a la puerta, examinando un fajo de notas escritas a mano, que luego arrugó y arrojó a una papelera que había al lado del escritorio.

–¿Se va a alguna parte? –preguntó Schenke, y avanzó, examinando las cajas que se encontraban junto al escritorio. Hauser y Liebwitz lo siguieron.

Lenger se dio la vuelta con expresión de pánico. Su mirada angustiada no paraba de saltar de los policías a la puerta. Entonces, se giró de repente y agarró el tirador de un cajón del escritorio, pero Liebwitz fue más rápido que él, atravesó la habitación a la carrera y cerró el cajón en los dedos del doctor dentro. Lenger aulló, dolorido, y cuando pudo liberarse fue tambaleándose hacia la ventana mientras se agarraba la mano herida.

–¡Cabrón!

Liebwitz abrió el cajón y sacó una pequeña pistola entre sus dedos índice y pulgar, enguantados. La sujetó en alto para que los otros la vieran.

–Guarde eso, Scharführer. Puede constituir una prueba.

Cogió un sobre grande y metió dentro el arma, lo dobló y se lo metió en el bolsillo del costado.

–Ésa no es forma de saludarnos, doctor –dijo Schenke–. No puedo decir que tenga mucha fe en su trato con los pacientes, si es así como recibe a sus visitantes.

–¿Qué están haciendo aquí? –exigió Lenger, mientras se sujetaba la mano contra el pecho.

–En mi última visita le comenté que quizá tendríamos más preguntas. ¿Y recuerda lo otro que le dije, justo antes de irnos?

Lenger negó con la cabeza.

–Pues se lo recordaré. Le dije que no abandonase Berlín sin notificarlo en la comisaría. –Schenke se volvió a Hauser–. ¿Hemos recibido tal notificación, sargento?

–No, señor.

Schenke fijó su mirada en el doctor, una vez más.

–Puede imaginarse lo decepcionados que estamos de encontrarlo aquí, empaquetando su negocio. ¿Le importaría decirnos adónde se proponía ir?

–Pues... me traslado a Dresde, a casa de mi hermana. A ella le preocupa mucho que Berlín pueda ser bombardeado por el enemigo.

–Y eso lo ha decidido de un día para otro, parece ser. Bueno, pues me gusta la gente decidida. La decisión es una cualidad que aprueba el Reich en estos tiempos. Sin embargo, no puedo evitar pensar que su súbito traslado pueda haberse visto motivado por alguna otra razón.

Los hombros de Lenger se abatieron un poco.

–Tengo razón, ¿verdad? Así que empecemos con las preguntas de rigor, que sin duda alguna estará tentado de responder con mentiras. Pero le convendría saber que mi sargento las huele a kilómetros, y el Scharführer ha sido entrenado perfectamente por la Gestapo en técnicas de interrogatorio efectivas. ¿Verdad, Liebwitz?

–Sí, señor.

–Entonces, empecemos. –El tono de Schenke se endureció–. ¿Por qué se va usted de Berlín?

Los ojos acuosos de Lenger se cerraron un momento antes de responder.

–Me ordenaron que me fuera por mi propio bien o desaparecería como el doctor Pieper.

–¿Quién se lo dijo?

–Un hombre al teléfono. Me llamó ayer.

–¿Y reacciona siempre de una manera tan extrema a llamadas telefónicas amenazantes?

–Yo sabía quién era. El mismo que vino a mi consulta hace

varios días con otros enmascarados. Sus órdenes eran que dejara de enviar niños a la clínica Schiller, o de lo contrario me matarían. Me inmovilizaron en el suelo mientras registraban mis archivos, y se llevaron algunos documentos. Pero antes también insistieron en que si quería vivir no dijera ni una palabra a nadie, incluido la policía.

–Supongo que se asustó mucho –dijo Schenke, con intención.

–Estaba aterrorizado. ¿Qué demonios había hecho yo para que me tratasen de esa manera? Soy un buen hombre, alguien que se toma en serio su trabajo. Es indignante recibir semejante trato. –Lenger señaló con un dedo a Schenke–. ¡Se supone que usted debe proteger a la gente de criminales como ésos! Para eso pago mis impuestos.

–Hacemos lo que podemos, doctor. Los documentos que se llevaron los hombres, ¿recuerda cuáles eran?

–Por supuesto. Eran los últimos reembolsos que estaba preparando para el comité.

Schenke notó que se le aceleraba el pulso.

–¿Qué tipo de reembolsos?

–Los que envío para los niños que recomiendo para la clínica Schiller. No me pagan hasta que procesan los formularios.

–¿Y quién los procesa? –preguntó Schenke.

–Eso es confidencial.

–Ya no, parece ser. Usted envía los formularios al comité de la Cancillería, ¿verdad?

Una breve mirada de sorpresa pasó por los rasgos de Lenger, y luego asintió.

–¿Cómo sabe lo del comité? Me dijeron que era secreto.

–No para nosotros –respondió Schenke. Decidió aprovechar la oportunidad para hacer su siguiente pregunta–. ¿Y a quién se envían esos formularios? ¿Al doctor Schmesler o a uno de los otros?

–Schmesler –confirmó Lenger.

Schenke hizo un esfuerzo para no reaccionar. Su mente repasaba rápidamente todo lo que él y sus colegas habían descubierto hasta el momento. La conexión entre los asesinos de niños y Schmesler quedaba al fin confirmada. Schenke comprendió que era la información de los formularios lo que

había conducido a los hombres a la casa de Schmesler, donde fue asesinado.

–Schmesler está muerto –anunció–. Casi con toda seguridad a manos de los que lo visitaron a usted.

La sangre desapareció del rostro de Lenger.

–Los mismos hombres fueron responsables también del secuestro del doctor Pieper. Puede que lo hayan matado ya, como a Schmesler. Por tanto, es posible que vengan a por usted, especialmente si se enteran de que hemos estado aquí. Por lo visto, vigilan con atención a los implicados con el comité de actividades.

Lenger miró por la ventana.

–Doctor, podría ser más seguro para usted que lo pusiéramos en custodia protectora, dadas las circunstancias.

–No. Tengo que salir de Berlín. Encontraré algún sitio donde esconderme hasta que pase todo esto.

–¿Dónde cree que estará seguro? Los hombres que le persiguen están desesperados. Puede que lo dejaran vivir la última vez, pero ahora la apuesta es más alta. Si lo encuentran otra vez, lo matarán. Imagino que acabará en una zanja, como probablemente Pieper y Huber.

–Usted no sabe si están muertos...

–Ni que no lo estén. ¿Qué opina, doctor? ¿Cree que siguen vivos? ¿O han ido por el mismo camino que Schmesler?

Lenger hizo una mueca y se retorció las manos.

–Ay, Dios mío, yo no quería meterme en esto. Era sólo un poco de dinero extra... Schmesler me prometió que no había ningún riesgo. Me dijo que estaba haciendo un servicio al país.

–Y, ahora que está muerto, ¿quién lo va a proteger a usted? Insisto en que estaría más seguro en custodia protectora. ¿Quiere venir o no?

–Sí..., sí que quiero –cedió Lenger.

–Muy bien. Antes de llevarlo a comisaría, necesitaré que nos proporcione los expedientes de todos los niños que ha enviado a la clínica.

–Por supuesto. Lo que usted... –Lenger hizo una pausa–. ¿Por qué?

–Estamos buscando cualquier detalle que nos ayude a seguir

la pista de estos asesinos que lo amenazan.

–Puede cogerlos. Están ahí. –Señaló hacia un archivador junto a Liebwitz–. ¿Puedo?

El Scharführer se apartó del archivador. Lenger abrió el cajón superior y empezó a buscar entre el contenido, sacando expedientes y colocándolos en la esquina del escritorio que tenía detrás. Schenke los hojeó, abrió la cubierta y miró su contenido. Todos tenían una foto del paciente en cuestión sujeta con un clip a la esquina. Notó un desgarro en el corazón al ver la foto de Greta Scholtz.

Había mirado ya los cinco primeros expedientes, más o menos, cuando llegó a una foto que lo obligó a hacer una pausa. Una niña de unos diez años de edad. Tenía una mirada ausente, perdida más allá de la foto, y había algo en ella que le resultó familiar. Esa cara... La conocía... Levantó la esquina de la foto y leyó la anotación que había debajo. «Kleist, Maria Hilda».

–Kleist... –murmuró, para sí, y lo repitió en voz alta–. Kleist.

Hauser, Liebwitz y Lenger miraron hacia él. Schenke levantó el expediente para que el doctor pudiera ver la foto.

–Maria Kleist. ¿Recuerda su caso?

–Por supuesto. Murió a principios de noviembre, creo.

–¿Y sus padres? ¿Los recuerda?

–Sí. Bueno, a la madre, al menos. El padre no pudo asistir a la consulta. Tenía compromisos de trabajo. Es policía, como usted. En la comisaría de Pankow, recuerdo que me dijo su mujer. Seguramente lo conocerá.

–Oberst Kleist. Sí, lo conozco.

Schenke no daba crédito. Era el mismo Kleist que estaba decidido a cerrar la investigación sobre la muerte de Schmesler. No había emitido la transferencia de custodia a tiempo para evitar que Pieper y Huber desapareciesen. ¿Y si había pasado la información de su arresto, de que los tenían en una celda en Postdam? Quizá fue él quien, fingiendo que era un oficial del cuartel general de Heydrich, llamó a la policía de Postdam para autorizar la liberación. Las piezas empezaban a encajar, así como la identidad del sombrío grupo responsable de tantas muertes, secuestros y amenazas. Desde luego, si Pieper y Huber todavía estaban vivos, no sería por mucho tiempo, si su deducción era

correcta.

–¿Y qué tenía que ver Kleist con esto? –preguntó Hauser.

–Todo. –Schenke dejó los expedientes y se volvió hacia Lenger–. ¿Cuántos expedientes más hay aquí?

Lenger le tendió uno.

–Éste es el último.

Schenke lo añadió a los demás.

–Es probable que todos y cada uno de ellos estén vinculados a los asesinos de Schmesler. Tenemos que llevarlos a la comisaría de inmediato. Usted vendrá con nosotros, Lenger. Coja su abrigo y su sombrero.

* * *

Hauser sujetó el brazo de Lenger cuando salían a la calle. El tipo de las mudanzas abrió la puerta de su furgoneta en cuanto los vio.

–Es curioso, pero usted tenía razón, alguien estaba vigilando esta casa –dijo, haciendo una pausa para dar una chupada a su cigarrillo–. Ha pasado un coche muy despacio y se ha parado justo enfrente. El conductor ha abierto la puerta y ha salido. Yo pensaba que iba a cruzar la calle, pero sólo dio un paso y miró hacia arriba..., a la ventana, diría yo..., y entonces se volvió a meter en el coche antes de marcharse. –Señaló hacia la calle, y luego guiñó los ojos–. Es ése de ahí. Ahora vuelve.

Schenke y los suyos se volvieron y vieron un coche oscuro que aceleraba hacia ellos sin tener en cuenta los fragmentos de hielo de la calzada.

–¡Abajo! –gritó el inspector, y luego arrojó a Lenger contra el costado de la furgoneta antes de echarse sobre él para cubrirlo. Hauser y Liebwitz lo imitaron.

El vehículo pasó rugiendo por el otro lado de la furgoneta, calle abajo, hacia un grupo de trabajadores que iban en la otra dirección. Por la ventanilla del copiloto asomaba un hombre con una gorra, que apuntaba hacia los policías con una pistola. Estalló un relámpago junto con un agudo estampido que resonó en los edificios a ambos lados de la calzada. El centro de la

ventanilla de la tienda de muebles se hizo añicos, que cayeron en la nieve compacta de la acera. Los trabajadores se diseminaron en todas direcciones.

La Walther de Liebwitz apareció de pronto en su mano. El oficial de la Gestapo se puso de pie, flexionó las rodillas y los codos... y apuntó.

–¡No dispare! –ordenó Schenke, preocupado porque los trabajadores se vieran atrapados en un fuego cruzado.

El Scharführer relajó su postura, pero mantuvo el arma levantada hacia el coche, que se retiraba. El tirador se había escondido dentro del vehículo, el cual aceleró antes de desaparecer tras doblar una esquina.

Durante unos instantes nadie se movió. Los únicos sonidos que quedaron fueron el rugido del motor del coche que se iba desvaneciendo y la respiración forzada de los hombres refugiados junto a la furgoneta. El conductor de la empresa de mudanzas buscó la llave en el contacto, pero Schenke lo agarró del brazo.

–No ha terminado aquí. Suba a la consulta y empaquete todos los documentos que pueda encontrar, cualquier trocito de papel, y métalos en cajas. Quiero que lo entregue en la comisaría de Pankow.

El conductor negó con la cabeza, lleno de ansiedad.

–Yo sólo soy un transportista. ¡No quiero verme envuelto en ningún maldito tiroteo! –Miró más allá de Schenke, a Lenger, que temblaba de manera incontrolada–. Busque a otra persona para que acabe este trabajo, señor. Devolveré las cajas que llevo detrás cuando sea seguro. –Y colocó de nuevo la llave en el contacto.

Esta vez Schenke le retorció el brazo, lo sacó a rastras de la cabina, y lo empujó hacia el costado de la furgoneta. Señaló el nombre que había allí pintado.

–Sé quién es. Y, ahora, o cumple lo que le he ordenado, o me hago unas esposas con sus pelotas. ¿Entendido?

–Sí, señor –murmuró el conductor, y Schenke lo soltó.

Miró hacia la calle, pero no había señal alguna de otras amenazas. Las pocas personas que deambulaban por la calle se habían refugiado al oír el sonido de los disparos. Schenke dio

unas palmaditas a Hauser en el hombro.

–Meta a Lenger en el coche. Salgamos de aquí.

Capítulo treinta y dos

Mientras Hauser conducía hacia la comisaría, Schenke miraba con frecuencia por la estrecha ventanilla trasera para asegurarse de que no los seguían. Lenger estaba sentado encorvado junto a él, moviendo los labios y rezando de vez en cuando. El desprecio que sentía Schenke por el doctor fue en aumento. ¿Cómo podía esperar la protección de ningún dios un hombre que era cómplice del asesinato de niños?

Liebwitz todavía tenía la Luger en la mano, con el seguro puesto, por si había otro ataque. Se volvió hacia Schenke.

–Señor, ¿qué tiene que ver el Oberst Kleist con nuestra investigación?

Schenke le explicó la conexión entre el expediente y la foto familiar en el despacho de Kleist, y lo que significaba que no hubiese transferido los prisioneros desde Postdam.

–Nos ha estado engañando todo el tiempo, de eso estoy seguro.

–¿Y qué vamos a hacer? –preguntó Hauser–. No puede entrar en su oficina sin más y arrestarlo. Las pruebas no son lo bastante firmes. Ahora mismo, lo peor de lo que podemos acusarlo es de incompetencia.

–Entonces tendremos que romper la cadena de mando.

–¿Qué quiere decir, señor?

–Necesitaré la autoridad de los superiores de Kleist para actuar.

Hauser captó el asunto de inmediato. Por encima de la comisaría, la autoridad policial estaba canalizada a través de la

Oficina Principal de Seguridad del Reich.

–Mierda... Heydrich.

–No tengo elección. Tenemos que echarle el guante a Kleist antes de que se entere de lo que ha ocurrido en la consulta de Lenger. Los del coche saben que lo tenemos. Y, si tengo razón, acabamos de conseguir sus identidades. –Dio unos golpecitos en el paquete de expedientes que tenía en el asiento a su lado.

Hauser lo miró.

–Si tiene usted razón, los hombres detrás de los que vamos son los padres de los niños asesinados.

–Sí...

–No estoy seguro de lo que siento respecto a eso, dado lo que han hecho Schmesler, Pieper y Huber. Han asesinado a niños, maldita sea. Se merecen la horca. Algunos dirían que Kleist y sus hombres están haciendo justicia, simplemente.

–Ya lo sé –concedió Schenke–. No estoy en desacuerdo, Hauser. Pero no podemos permitir que la gente se tome la justicia por su mano. Tiene que haber una investigación como es debido, y luego un proceso legal. ¿Qué ocurrirá si dejamos la justicia a las víctimas y sus familias? ¿Y si van detrás de la gente equivocada? No podemos correr el riesgo de una justicia de linchamiento.

–Pero la verdad es que han ido detrás de las personas acertadas, señor. Ésa es la diferencia.

–Eso puede ser cierto ahora. ¿Pero qué pasará la próxima vez? No podemos dejar que ocurra algo así, sargento. Sean cuales sean nuestros sentimientos al respecto. Tenemos que elegir entre la ley y sus defensores y un caos sangriento. Por nuestra parte, no tenemos elección. Me gusta tanto como a usted, pero hay que detener a Kleist y sus amigos. ¿Se olvida usted de que han amenazado con matarme, si me interponía en su camino? Seguramente se habrán dado cuenta de que estamos siguiéndoles la pista, que la policía pronto vendrá a por ellos. Lo primero que harán será advertir a Kleist. Tenemos que ir a por él antes de que pueda huir. Llamaré a Heydrich en cuanto lleguemos a la comisaría. Liebwitz, quiero que usted averigüe dónde está Kleist y le tenga vigilado. Si sale del edificio, sígalo e informe de dónde va en cuanto tenga oportunidad.

–Sí, señor. ¿Tengo autorización para disparar si me descubren y me amenazan?

–Sólo si existe peligro para su vida.

–Sí, señor.

–¿Y yo? –preguntó Hauser.

–Quiero que meta a Lenger en una celda. Regístrelo con un nombre falso, y ponga que se trata de una persona de interés en la investigación de la falsificación. Enviaré a uno de nuestra sección a hacer guardia ante la celda. Luego reúnase conmigo. Quiero respaldo para ir a por Kleist. –Schenke sacudió la cabeza con cierto pesar al comprender la frustración de Hauser por el curso de la acción–. Dios sabe que desearía no encontrarme en esta situación, sargento. Trataría con dureza a cualquier oficial de policía que vulnerase la ley bajo otras circunstancias, pero esto es diferente. El mal auténtico se encuentra del lado de Pieper y Huber. No niego que se merezcan un mal fin, pero, si no cogemos a Kleist y sus hombres antes de que maten a Pieper y Huber, nunca tendremos la oportunidad de descubrir hasta dónde se extiende la banda de asesinos de niños.

Hauser condujo por las calles a la mayor velocidad posible. Llegaron a la comisaría y entraron en el garaje. En cuanto Hauser devolvió el coche, cruzaron el patio hacia el edificio principal sin hacer caso de los gritos enfurecidos de los presos confinados. Lenger miró hacia aquel escándalo con evidentes muestras de nerviosismo, y Hauser le dio un toque para que siguiera moviéndose.

–Relájese, usted va a recibir un trato preferente: una bonita celda para usted solo en el sótano. Seguramente estará unos cinco grados menos congelada que las de esos pobres tipos.

Se separaron en el vestíbulo de entrada a la comisaría. Hauser se dirigió hacia el sótano con el hombre que estaba a su cargo, Liebwitz cubrió la entrada principal y Schenke corrió escaleras arriba, hacia la oficina de la sección Kripo. Entró rápidamente en su cubículo, ignorando las miradas de los que estaban en sus escritorios, e hizo una pausa en el umbral.

–¡Persinger!

–¿Señor?

–Baje a las celdas del sótano. Hauser lo espera allí. Le

explicará lo que tiene que hacer. Vaya.

–Sí, señor.

Cerró la puerta tras él y, tras dejar los expedientes en el escritorio, cogió el teléfono y marcó el número de la centralita de la Oficina Principal de Seguridad del Reich. Se oyó un ruido sordo y ronroneante antes de que conectaran la llamada.

–Póngame con la oficina del Gruppenführer Heydrich.

–Sí, señor.

Hubo un retraso y luego una voz masculina respondió:

–¿Sí?

–Aquí el inspector criminal Schenke. Necesito hablar con el Gruppenführer. Es urgente.

–Sí, señor. Creo que está en una reunión, pero déjeme que lo compruebe. Por favor, no cuelgue.

Schenke reconoció la táctica de filtrado que usaba el personal de Heydrich para todas las llamadas, excepto las más necesarias. Oyó que cogían el teléfono y respondió una voz distinta.

–¿Inspector Schenke? Soy el ayudante del Gruppenführer. ¿En qué puedo ayudarlo?

–Tengo que hablar con el propio Heydrich.

–Me temo que el Gruppenführer no se puede poner ahora mis...

–Dígale que tiene que ver con el asunto que discutimos anoche.

–Señor, como he dicho, no se puede poner ahora..

–¡Dígaselo! –saltó Schenke–. ¡Le aseguro que, si averigua después que usted me ha estado eludiendo, irá en el primer camión con destino a algún puesto perdido en Polonia!

–Un momento, por favor.

Esperó de nuevo, tamborileando con los dedos en el escritorio.

–Schenke... –La habitual voz sedosa, de tono agudo, hizo que se enderezase instintivamente–. Será mejor que sea importante. Por cierto, tenga mucho cuidado con lo que dice en una línea abierta.

¿Cuidado? Schenke se sorprendió. Si alguien podía tener una línea de teléfono segura en Berlín, debería ser el jefe del servicio de seguridad el Reich. El hecho de que el propio Heydrich

pudiese estar preocupado por si lo espiaban no se le había ocurrido nunca.

Carraspeó un poco.

–Señor, creo que hemos encontrado a uno de los miembros del grupo del que hablamos ayer.

–¿Cree?

Maldijo su equivocación. Heydrich era un hombre que exigía inmediatez en sus subordinados.

–Sé que es uno de ellos.

–Muy bien. Entonces arréstelo y que le dé el nombre del resto de su banda.

–Sí, lo haría, pero existe un problema, señor. Necesito su autoridad para actuar.

–¿Por qué? –El tono de Heydrich era frío.

–El sospechoso es el Obert Kleist, comandante de la comisaría de Pankow.

Hubo una pausa.

–¿Está usted seguro de ello, Schenke? Yo lo conozco. Kleist es de la vieja guardia. Fue herido junto a Hitler en el golpe de Múnich. Es uno de los favoritos del Führer. ¿Lo entiende? ¿Está usted completamente seguro?

Schenke respiró hondo para calmarse.

–Sí, señor. Necesito su autorización para arrestarlo.

–Ya veo... Muy bien, tiene usted mi autorización verbal. Si alguien le pregunta, dígale que llame a mi oficina. Manténgame informado.

Se oyó un clic y la llamada se cortó. Cuando Schenke volvió a colgar el receptor, sonreía con gesto cínico. Una autorización verbal significaba que Heydrich podía negar habérsela dado si las cosas se ponían mal. Bueno, no había tiempo de ponerlo por escrito.

Sacó su pistola de la sobaquera y rellenó el cargador. Tras montarlo de nuevo, se ajustó el sombrero y fue hacia la escalera, donde esperó a que Hauser se uniera a él. Era consciente del peligro al que se estaba sometiendo él mismo y a sus colegas, así que decidió asumir la responsabilidad plena por las consecuencias. Esperaba que eso bastase para ahorrar a Hauser y Liebwitz cualquier acción que pudiera emprender Heydrich.

Oyó pasos y al volverse vio a Hauser que subía las escaleras hacia él.

–Lenger está a salvo, señor.

–Bien. –Schenke contempló al sargento con afecto y respeto–. No puedo hacer esto solo. No querría que usted, o Liebwitz, o cualquiera de la sección sufriera si...

–Estamos perdiendo tiempo, señor. –Hauser señaló hacia el pasillo–. Después de usted.

Schenke sonrió con gratitud y avanzó en dirección a la oficina de Kleist, con la mente fija en el enfrentamiento. Su sombría decisión no pasó inadvertida a algunos de los policías uniformados con los que se cruzó. Varios de ellos levantaron la vista de sus escritorios con curiosidad, preguntándose qué habría llevado a los dos oficiales de la Kripo a aquella parte de la comisaría.

Al llegar a la antesala del despacho de Kleist, pasaron junto al escritorio de su ayudante hasta alcanzar la puerta.

–¡Esperen! –les gritó el ayudante–. ¿Qué creen que están haciendo?

Hauser le dirigió una mirada glacial.

–Cumplir con nuestro deber. Siéntese.

Schenke y Hauser cerraron la puerta tras entrar en la habitación. Kleist tenía el auricular del teléfono en la mano y estaba a punto de marcar un número. Se quedó con la boca abierta un momento, pero enseguida colgó con fuerza y se puso de pie.

–¿Qué demonios significa todo esto? ¡Explíquese, inspector!

Schenke se acercó al escritorio.

–Oberst Kleist, se ha convertido en una persona de interés con respecto al secuestro del doctor Pieper de las SS del Reich y un miembro de su personal. Está también implicado en la muerte del doctor Schmesler, de las SS del Reich.

La expresión se le heló en la cara, pero sólo durante un momento, porque luego se echó a reír.

–¿Es una especie de broma, Schenke? ¿Se ha vuelto usted loco?

–Ayer lo llamé desde la clínica Schiller, a primera hora de la mañana, para requerir con urgencia la transferencia de dos

prisioneros de Postdam a Pankow. Usted retrasó el cumplimiento de mi petición para poder hablar con sus cómplices. Llamó a Postdam, asegurando ser un oficial de la Oficina Principal de Seguridad del Reich, y les dijo que el Gruppenführer Heydrich había ordenado la liberación de los prisioneros. Sus cómplices, fingiendo que eran agentes de la Gestapo, secuestraron entonces a los dos sospechosos. Así que mi primera pregunta es obvia: ¿Dónde han llevado a Pieper y Huber?

Kleist retrocedió un poco, alejándose de su escritorio, con la frente arrugada.

–¿Qué tontería es ésta? ¿Cómo se atreve a irrumpir en mi despacho y hacer tales acusaciones? Haré que lo arresten por insubordinación y que lo expulsen de la Kripo. Cuando haya terminado con usted, tendrá suerte si lo dejan trabajar en la policía del río, en la patrulla de las alcantarillas...

–Siéntese –respondió Schenke.

–Es usted un insolente...

–¡Cállese! –gritó Schenke–. ¡Siéntese!

Ambos rivales se miraron el uno al otro un momento, como para probar quién cedería primero. La tensión se rompió cuando entró el ayudante de Kleist. Miró a los dos oficiales de la Kripo y luego a su superior.

–Señor, necesita... ¿necesita ayuda?

–Salga –dijo Hauser–. Ahora. Antes de que vaya a por usted.

–¡Arreste a estos hombres! –gritó Kleist.

Schenke se dirigió al ayudante.

–Actúo siguiendo órdenes personales del Gruppenführer de las SS Heydrich. Me ha autorizado a interrogar y arrestar al Oberst Kleist. Cualquiera que intente interferir será acusado de obstrucción y sufrirá una severa disciplina. Si desea tener una confirmación de mis órdenes, llame al personal de Heydrich en la Oficina Principal de Seguridad del Reich. Y ahora salga.

La amenaza bastó para que el ayudante retrocediera y cerrara la puerta tras él. Kleist aprovechó la distracción para abrir un cajón de su escritorio y sacar una pistola automática. Amartilló el arma y luego apuntó a Schenke.

–¡Manos arriba!

El inspector fue a coger el arma que llevaba en su sobaquera, pero Kleist adelantó la pistola.

–¡Levanten las manos o les pego un tiro ahí mismo donde están!

Schenke apartó las manos lentamente de su arma.

–Usted también, sargento, y retírese a un lado para que pueda ver a los dos claramente... Así está mejor.

–¿Qué cree que va a hacer ahora? –preguntó Schenke–. No puede salirse con la suya. Si nos ocurre algo, Heydrich cargará contra usted. Y ambos sabemos lo que eso significa. Todavía tiene a su mujer y un hijo. Piense en ellos. Mejor que se rinda ante mí que ante Heydrich.

–Al final será lo mismo. –Kleist se derrumbó en su silla y apoyó el codo en el escritorio, todavía apuntando a los oficiales de la Kripo. Su expresión tensa dejó paso a una resignación cansada–. Esperaba esto. ¿Quién me ha traicionado?

–Tengo los nombres de todos los que están implicados en su conspiración. Todo ha terminado, señor. Lo único que resta es recoger su confesión y entregar las pruebas a la oficina del fiscal. Por favor, deje el arma. No puede escapar a la justicia.

–¿Justicia? –escupió Kleist–. ¿Cómo puede llamar justicia a esto? Esos hijos de puta asesinaron a nuestros hijos. Schmesler, Pieper, Huber y los demás. Schmesler ha pagado por lo que hizo. Pieper y Huber son los siguientes. Algunos de nuestro grupo todavía están en libertad. Harán lo que puedan para terminar el trabajo y matar a los otros asesinos antes de que los cojan.

–¿Pieper y Huber todavía están vivos?

–Hasta que obtengamos lo que necesitamos de ellos.

–¿Y dónde están?

–¿Cree que se lo voy a decir? Entonces está realmente loco, inspector. No, ellos permanecerán bien ocultos hasta que hayan revelado lo que saben, especialmente los nombres de los que quedan en su banda. Entonces mis amigos les meterán una bala a cada uno en la cabeza y arrojarán sus cuerpos a una zanja para que las ratas se los coman. Es el final que merecen.

–No es así como funcionan las cosas, señor. Nosotros somos policías, no jueces, jurados y verdugos. Prometimos respetar la ley, no retorcerla para nuestro beneficio. Usted ha roto esa

palabra.

–¿Cree usted que me importa la distinción entre la ley y la justicia? A veces un crimen es tan espantoso que no puedes correr el riesgo de que el culpable quede libre, si los tribunales no consiguen cumplir su objetivo. El hombre al que hemos matado y aquellos que lo seguirán son culpables, lisa y llanamente. Vamos a ahorrarnos los intermediarios y hacer lo que hay que hacer. No somos criminales como ellos, Schenke. Por eso lo dejamos ir después de haberle advertido.

–¿Y Lenger? Una advertencia no bastó con él. Uno de sus cómplices recibió un disparo que iba dirigido a él, esta mañana. Pero el doctor está a salvo, por ahora.

–Una lástima. Al principio, nuestro líder afirmaba que había que dejar a Lenger, ya que lo único que hizo fue coger el dinero. Yo lo quería muerto desde el principio. Parece que algunos de los otros se han pasado a mi lado. Y, como usted nos ha puesto a todos a la sombra de la guillotina, no tenemos nada que perder.

Schenke vio el brillo de la locura en los ojos del hombre, y notó que el dedo de su gatillo temblaba ligeramente. Un escalofrío de temor subió por su columna vertebral.

–Señor, si nos cuenta lo que sabe, los hombres responsables del asesinato de su hija y los de los otros niños pagarán por sus crímenes. Le doy mi palabra de que haré todo lo que esté en mi mano para garantizarlo.

Kleist sonrió con tristeza.

–Me conmueve su devoción hacia el deber, inspector. En otra vida, yo hablaría como usted lo está haciendo ahora. Pero no estamos en esa vida. Fue mi niña, mi Maria, a la que asesinaron esos demonios. ¿Es usted padre?

–No, señor.

–Entonces ¿qué sabe de mi dolor? ¿Cómo puede comprender la profundidad de la herida que sufrí cuando arrancaron a Maria de mi familia? –Hizo una pausa y se mordió el labio–. No, no puede. Igual que tampoco es capaz de comprender el dolor de los que se convencieron de unirse a nuestro grupo cuando yo conseguí los detalles de las víctimas de los archivos de Lenger.

Schenke frunció el ceño mientras encajaba aquella información con lo que ya sabía, y Kleist vio que la expresión

pasaba por su rostro.

–Entré en la oficina de Lenger y revolví sus archivos para encontrar quién más había sufrido la pérdida de un hijo. Dejé los expedientes en el suelo, destrocé todo el lugar y robé unas cuantas drogas para que pareciese un atraco. Luego hablé con todos los padres que pude localizar y los sondeé. Algunos se negaron a implicarse. La mayoría querían justicia.

–Señor, no puedo imaginar cómo es su pérdida. Pero esto... ¿Todo esto? Está mal, y usted lo sabe.

–Por supuesto que lo sé. He dedicado la mayor parte de mi vida al cuerpo policial. Ya era un fiel servidor de la justicia cuando usted todavía iba en pañales, así que no necesito que me dé lecciones sobre mi deber. Pero también he trabajado el tiempo suficiente para ver todos los vicios, a las víctimas de los crímenes y sus familias. He tenido que soportar que liberasen a criminales por un tecnicismo. Lo he visto todo –concluyó, fatigado–. Y me lo he tragado porque es lo que hace un policía. Y no me cuestionaba si era bueno o era malo. Era mi trabajo. O lo fue, hasta que asesinaron a Maria. Era una niña muy fuerte. Nunca estuvo enferma en toda su vida. Hasta que fue a la clínica Schiller. Al cabo de dos semanas estaba muerta, y supe desde el principio que la habían asesinado. Entonces, ese juramento del que habla dejó de ser suficiente. Esta vez decidí que lo más importante era la justicia.

–¿La justicia? ¿O más bien la venganza?

–No hay tanta diferencia entre ambas cosas, en realidad. –Kleist lo miró con firmeza, desafiando a Schenke a disentir–. Y ahora ya lo sabe. Me ha cogido, y me harán pagar por lo que he hecho. Eso no puedo cambiarlo. Pero puedo hacer una última cosa... –Se puso de pie–. Pónganse los dos de rodillas. Con las manos detrás de la cabeza. Háganlo.

–Nos va a matar –murmuró Hauser–. ¿Señor?

Por un instante, Schenke temió que su camarada tuviese razón. Pero Kleist buscó el teléfono con la otra mano, y ese gesto indicaba que tenía otro objetivo en mente.

–Haga lo que le dice, sargento.

Schenke se agachó y dobló su pierna buena primero, y luego la otra, haciendo una mueca por el dolor. A su lado, Hauser lo

imitó. Satisfecho al ver que no suponían una amenaza inmediata, Kleist marcó con el dedo del gatillo un número, y luego apuntó el arma hacia ellos. Schenke pudo oír el tono del teléfono, y luego unos crujidos, y al fin una voz que hablaba en voz baja.

–Soy Kleist –dijo el Oberst–. Lo siento, me ha llegado la hora. Estoy apuntando con mi pistola a dos oficiales de la Kripo que han venido a arrestarme. Aseguran que tienen los nombres de todos los del grupo... Sí, eso me temo. Muy pronto... No, usted está a salvo, por el momento, pero debe ocuparse de Pieper y Huber antes de que sea demasiado tarde. –Escuchó la voz del teléfono y luego asintió lentamente–. Usted también. Buena suerte y adiós.

Cuando volvió a colgar, miró a Schenke un momento y luego se volvió hacia Hauser.

–¿Y usted, sargento? ¿Está casado?

–Sí, señor.

–¿Tiene hijos?

–Sí, señor.

Kleist sonrió amablemente.

–Entonces lo entiende...

Irguió los hombros, abrió mucho la boca, dio la vuelta a la pistola y apoyó el cañón en el labio inferior, apuntando hacia su cráneo.

–¡No! –gritó Schenke, lanzándose hacia el escritorio.

Kleist apretó el gatillo. Su cabeza rebotó hacia atrás justo cuando la sangre, los sesos y los fragmentos de hueso y cartílago explotaron detrás de él, rociando la pared y la foto enmarcada de su familia.

Capítulo treinta y tres

–¿Y dice que se ha pegado un tiro? –La voz de Heydrich al otro lado de la línea sonaba sin emoción.

–Sí, señor.

–Muy bien, pues uno menos. ¿Cuántos más son?

Schenke se tomó un momento para centrar sus pensamientos. Era difícil olvidar la imagen del cuerpo de Kleist derrumbado sobre el escritorio con la parte de atrás de la cabeza desaparecida. Al mismo tiempo, el tono de Heydrich le hacía sentir una fuerte repugnancia ante la falta de sentimientos del Gruppenführer. Se esforzó por pensar con claridad.

–Tenemos los archivos de diez niños enviados por Lenger a la clínica Schiller. Dos viven todavía, de modo que podemos descontar a sus familias. De los otros, es probable que el grupo de Kleist haya contactado con algunos de ellos y se hayan negado a unirse.

–Tendremos que ocuparnos de todos esos más adelante.

–¿Ocuparnos?

–Si entraron en contacto con ellos tendrían que haber informado a la policía. Si no queda registro alguno de tal hecho, fueron cómplices por omisión y serán castigados. Continúe.

–Ah, sí, señor. Por lo tanto, tenemos a no más de siete, dado que Kleist ha muerto. –Schenke cogió un papel con una lista de nombres–. Scholtz, Breker, Aubin, Kappler, Oehler, Gruber y Haushofer. Todos ellos proceden de entornos respetables, como Gruber, que es abogado. Tres de ellos son miembros del partido. He detallado varios escuadrones policiales, bajo el mando de

miembros de mi sección, para que los busquen y arresten a los siete.

–Bien. Cuando los tenga a todos, quiero que los entreguen en el cuartel general de la Gestapo, donde Müller pueda ocuparse de ellos.

–Señor, los sospechosos deberían ser interrogados aquí, para recoger sus confesiones antes de ser llevados a juicio.

–¿Juicio? –Schenke captó el atisbo de diversión en la voz de Heydrich al repetir esa palabra–. Inspector, ha descubierto a un grupo de hombres que han asesinado a un miembro de las SS y quizás a un segundo, así que yo no pensaría que el Reich les debe un juicio.

–Sí, señor.

–Eso es todo, entonces. Hágamelo saber cuando haya reunido al último de esos sinvergüenzas. –Y Heydrich cortó la llamada.

Schenke colgó el auricular y salió de su cubículo, hacia donde Hauser estaba informando a los escuadrones de arresto de los detalles de los sospechosos. Schenke había usado la autoridad de Heydrich para hacerse cargo del mando de la policía uniformada de la comisaría, mientras los cómplices de Kleist eran perseguidos. Ninguno de los demás oficiales, ni siquiera los superiores a él en rango, se habían atrevido hasta el momento a oponerse. En el caso de que surgieran problemas, quizás un tiroteo con bajas policiales, tenía pocas dudas de que Heydrich negaría su participación en el drama y lo vendería.

Había otros asuntos que le perturbaban profundamente, en especial su conversación final con Kleist. Sentía solidaridad con Kleist por la agonía sufrida debido al asesinato de su hija, así que, a pesar de su profesión, comprendía por qué esos padres habían decidido tomarse la justicia por sus manos. Intentó colocarse en su lugar. ¿Se habría visto tentado de actuar al margen de la ley? Esperaba que no. Pero nunca había forma de saberlo hasta que ocurría. Incluso el hombre más íntegro del mundo podía acabar roto por la experiencia.

Cerró los ojos y se quedó pensando. No albergaba tales sentimientos de simpatía hacia los asesinos de los niños. Eran monstruos y se merecían su final, ya fuera administrado por los padres de las víctimas o por el Estado. Schmesler, Pieper y los

demás se veían movidos por su ideología, se justificaban con la noble empresa de la purificación racial. Schenke encontraba difícil decidir si eso era peor que un caso de abusadores de niños. Para Kleist y sus cómplices, como era obvio, la justificación de los asesinos era irrelevante. Ninguna ideología podía excusarlos. Si los ideales se convertían en una licencia para asesinar, ¿en qué justificación moral se basaban? Sintió que se estaba desplazando hacia un terreno muy incómodo. Se imaginó a Karin mirándolo por encima del hombro y señalándole la conclusión obvia.

Un golpe leve en la puerta de cristal de su cubículo lo sacó de aquellas reflexiones. Hauser abrió la puerta y entró.

–Los hombres están listos, señor. ¿Alguna instrucción final?

Schenke comprendió lo que le estaba preguntando su subordinado, así que asintió. Ayudaría decir algo a los oficiales para establecer su autoridad, aunque ésta fuese temporal. Se levantó de su silla y siguió a Hauser fuera. Unos cuarenta o cincuenta policías uniformados estaban reunidos en la oficina de la sección Kripo, junto con el equipo de Schenke. Todos lo miraban expectantes.

–Estoy seguro de que les han llegado noticias de la muerte del Oberst Kleist. Sé que han corrido rumores, pero creo que merecen ustedes saber la verdad, antes de ir a buscar y arrestar a sus cómplices. Kleist se ha suicidado. Como algunos de ustedes sabrán, perdió a su hija el año pasado. Fue asesinada, y Kleist y algunos cómplices se hicieron cargo de rastrear y asesinar a los responsables. Kleist entregó su vida a la fuerza policial. Muchos de aquí lo respetaban y admiraban. Tuvo una carrera distinguida. Ejemplar, dirían algunos, incluso. Hasta que decidió abandonar su deber de hacer cumplir la ley y se embarcó en una cruzada personal de venganza. No cuestiono que se sintiera impulsado a actuar como lo hizo, pero la verdad es que transgredió la ley, y ningún policía que se precie podría tolerar eso, sin tener en cuenta lo que pudiera pensar en privado.

»Los hombres a los que vamos a detener pueden creer que no tienen nada por lo que vivir, ahora que están fuera de la ley y son fugitivos de la policía. Están armados, y es probable que algunos decidan resistirse. Si pueden, tráiganlos vivos. Si representan un peligro mortal para ustedes, no duden en abatirlos a tiros. Si

podemos detenerlos con vida, espero que el sufrimiento que han estado soportando por el asesinato de sus hijos sea tenido en cuenta cuando sean juzgados por los que tienen autoridad para hacerlo.

No encontraba más palabras que añadir, de modo que concluyó, sencillamente:

–Buena suerte.

Hauser se aclaró la garganta.

–Ya han oído al inspector. ¡Muévanse!

Los agentes salieron de la oficina y Hauser se volvió a su superior.

–¿Preparado?

–Dentro de lo posible.

Schenke había decidido que el primer arrestado sería Gottfried Scholtz, lo que además había supuesto su implicación personal. Sentía que le debía al padre de Greta la oportunidad de rendirse pacíficamente, si estaba implicado en el plan de venganza.

Hauser, Liebwitz y cuatro hombres uniformados formaban el escuadrón de detención.

–¿Van todos armados? –Los otros asintieron y Schenke hizo un gesto para que lo siguieran–. Vamos.

* * *

El apartamento de los Scholtz estaba en el distrito de Heinersdorf, en un barrio modesto de clase media. Su bloque se había construido en torno a un patio que se usaba para entregas y donde jugaban también los niños más pequeños, bajo la atenta mirada de sus padres. Aunque hacía más de una década desde los crímenes que inspiraron *M*, la película de Fritz Lang sobre un asesino de niños que acechaba en las calles, los padres todavía sentían la necesidad de no quitarles los ojos de encima. «Qué irónico», se dijo Schenke, al pensar en el caso que tenían entre manos. En esta ocasión, el responsable de semejante aberración no era un pervertido furtivo con cara de sapo, sino unos respetables médicos. Los mismos que se suponía debían ser los

máximos defensores de la vida.

Cuando la pequeña furgoneta policial entró en la calle y se detuvo junto a la entrada, Schenke miró el reloj. Era un poco antes de las dos de la tarde. Scholtz debía de estar en el trabajo, de modo que tendría que ser su esposa quien les dijera la ubicación de su escuela. En caso de que fuera uno de los del grupo de Kleist, quizá se habría refugiado en un lugar secreto, junto con Pieper y Huber.

El equipo salió de la furgoneta y se reunió en torno a Schenke, formando un corro mientras él les daba las órdenes.

–Subiré al apartamento con el sargento y el Scharführer. Quiero que dos hombres uniformados esperen aquí, dentro de la entrada principal, y otros dos en el patio trasero. Ya saben qué aspecto tiene Scholtz. Si está dentro y se nos escabulle, ustedes tendrán que detenerlo. Si entra en el edificio, quiero que lo arresten de inmediato y luego nos llamen a los demás. ¿Está claro?

Los otros asintieron. Schenke se apartó el abrigo y soltó el cierre de la trabilla que sujetaba su pistola, por si tenía que sacarla con rapidez. Hauser y Liebwitz hicieron lo mismo. Luego él dirigió el camino hacia arriba, subieron los tres escalones hacia la entrada del bloque y abrieron la puerta con paneles de cristal. El suelo del vestíbulo era un mosaico geométrico que se extendía desde el centro. La escalera estaba en el otro extremo, y se veía una puerta abierta de par en par a la izquierda, por lo que la temperatura apenas era mayor que en el exterior. Cuando el segundo policía cerró la puerta de la calle, una mujer de unos sesenta años, con el pelo gris sujeto en un moño, salió de la puerta abierta y los miró, expectante.

–¿Es usted la portera? –preguntó Schenke.

Asintió.

–¿Están aquí por lo de la radio?

–¿La radio?

–Está en el número catorce. He oído que escucha programas extranjeros. Llamé a la policía para informar y...

–No. Buscamos el apartamento de los Scholtz. El número quince. ¿En qué piso está?

–Tercero. A la izquierda, cuando lleguen al rellano.

–¿Están en casa?

–Ella, sí. Él está en el trabajo, o algo así. Regular como un reloj. Lo veo salir siempre a las siete de la mañana, y vuelve a casa a las cinco treinta. –Hizo una mueca–. Aunque la verdad es que no lo he visto desde hace un par de días. Pero puede que le haya dado por entrar por la puerta del patio.

Schenke se volvió hacia los dos oficiales uniformados.

–Quédense aquí. Permanezcan alerta.

Los tres hombres de la Kripo se dirigieron hacia la escalera y empezaron a subir al tercer piso. El sonido de sus pasos resonaba en las paredes. Schenke miró hacia arriba por el hueco de la escalera de vez en cuando, pero no advirtió a nadie por encima de ellos. En el rellano vio el pasillo que se extendía a ambos lados, con cuatro puertas cada uno y ocho pisos en total. Doblaron hacia la izquierda y caminaron lo más despacio que pudieron hasta llegar al número 15. Hauser se colocó a un lado de la puerta e hizo gestos al Scharführer de que se situara al otro lado.

–¿Preparado? –dijo Schenke en voz baja, con la mano derecha junto a la pistola, mientras levantaba la izquierda y daba unos golpes en la madera barnizada. Dentro no se oyó sonido alguno, así que probó de nuevo.

–Señor... –Liebwitz señaló la parte inferior de la puerta, donde se vio un resplandor que parpadeó ligeramente cuando alguien se movió dentro del apartamento.

–¡Abran la puerta! –gritó Schenke, en voz alta–. ¡Policía!

Esta vez aporreó la puerta, y continuó hasta que oyó el roce de una cadena. Se apartó y buscó la pistola mientras esperaba. Tras un suave crujido, la puerta se abrió un poco y reveló la cara de la mujer a la que había conocido unos días antes en el Dorfman. Vio que tenía un moretón en la mejilla y otro en la frente.

Johanna Scholtz lo contempló cautelosamente.

–Inspector Schenke... ¿Tiene usted noticias para nosotros?

–¿Dónde está su marido?

–Gottfried está en el trabajo. No vuelve a casa hasta las seis, como muy pronto.

–Tenemos que entrar. Apártese, por favor.

Ella dudó, pero luego se encogió de hombros y obedeció la orden, no sin cerrar la puerta cuando los tres agentes ocuparon casi todo el pequeño vestíbulo. Una ventana que daba a la calle en la pared de enfrente proporcionaba iluminación natural para lo que era poco más que un pasillo entre las habitaciones. Se veía un teléfono colocado en la pared a mitad de camino, entre dos cuadros al óleo enmarcados de escenas rurales.

Johanna Scholtz se retiró al salón, mientras Schenke y sus hombres rápidamente registraban las otras habitaciones. Cuando terminaron, volvieron con ella, que estaba sentada en la esquina del sofá.

–¿Dónde trabaja su marido? –le preguntó Schenke.

–En el Gymnasium de la Schleicher-Strasse. Es jefe del departamento de Historia –dijo, con un punto de orgullo, señalando una foto de un hombre de cara muy seria de pie junto a un grupo de chicos sonrientes.

Schenke se volvió a Liebwitz.

–Llame a la escuela. Use el teléfono del vestíbulo. –El Scharführer salió de la habitación.

–¿Cuándo lo vio por última vez? –continuó él.

–Esta mañana.

–La portera dice que no lo ha visto ni salir ni entrar del apartamento desde hace dos días.

–Es vieja y le falla la memoria.

–No tan vieja, y me parece de esas que tienen tan buen ojo para los detalles que está al tanto de todas las idas y venidas del bloque, de modo que se lo preguntaré otra vez. ¿Dónde está su marido?

–Ya se lo he dicho. Gottfried está en el trabajo.

–Si está usted mintiendo, se enfrentará a la acusación de obstrucción. Además de cualquier otro cargo relativo a las actividades en las que ha estado implicado su marido. –Era una provocación calculada, que funcionó, pues vio un atisbo de alarma en la expresión de ella. A pesar de ello, la mujer se cruzó de brazos y no dijo nada.

Liebwitz volvió a la habitación.

–Scholtz no está en la escuela. Hace tres días que no le ven el pelo. La secretaria del director dice que han telefoneado a su

mujer, pero que ella les ha dicho que su madre estaba gravemente enferma y que se había ido a Leipzig a verla.

Schenke se volvió hacia Johanna.

–¿Dónde está?

–En Leipzig. Como acaba de decir su hombre.

El cansancio estaba acabando con la paciencia de Schenke.

–¡No me mienta! –exclamó–. Estamos al tanto del crimen del doctor Schmesler. Sabemos que su marido está implicado con los padres de otros niños asesinados y que se están ocupando de los responsables. ¡Dígame dónde está!

Ella vaciló pero luego recuperó su compostura y sus labios se curvaron con desprecio.

–Gottfried me lo contó todo ayer. Me dijo que él y los demás no tendrían que ocuparse de este asunto si usted hubiese hecho su trabajo y la justicia que merecía nuestra niñita. Usted nos ha fallado, así que, en lo que a mí respecta, mi marido ha hecho lo correcto. Supongo que me equivoqué al pedirle ayuda. Cuando le conté lo que había hecho, esto fue lo que conseguí. –Y señaló su cara magullada–. Maldito sea... No tendría que haber hablado nunca con usted.

–Él no está haciendo lo correcto. Está en el lado equivocado de la ley, y alegar que buscaba justicia para Greta no le servirá como defensa. Pero, si lo encuentro antes de que las cosas empeoren más aún, quizá pueda conseguirle un trato benévolo. Es un hombre del partido, así que si tiene un buen historial eso pesará a su favor.

–No estoy tan segura. Los hombres a los que persigue también son miembros del partido.

–Quizá. Pero, si no se detiene, no habrá compasión para él. ¿Es eso lo que quiere? ¿Que lo maten a tiros?

–¡Por supuesto que no! –escupió ella–. ¡Queremos justicia!

–Ya sé que las autoridades les han fallado antes. Pero yo, no. Tuvimos una oportunidad de trabajar juntos, de acabar con los asesinos de Greta. Sin embargo, su marido decidió actuar fuera de la ley, y ahora los niños no serán los únicos en sufrir. ¿Cuántas familias perderán a sus padres? Qué desperdicio. Qué locura. Lo único que habrán conseguido es convertir en viudas a todas esas madres que aún están de luto por sus hijos. –Agitó la

cabeza y suavizó la voz–. ¿Qué bien hará eso, Johanna? Usted ha pasado por una tragedia terrible, y eso será lo único que le quedará al final de todo.

La frente se le arrugó con una expresión de sufrimiento, al igual que el resto del rostro. Luego dejó escapar un gemido y empezó a sollozar, y sus delgados hombros temblaron de dolor, mientras la tensión de los meses recientes la abrumaba.

Hauser se agachó y le pasó el brazo en torno al hombro.

–Ya está –murmuró–. Llore. Ningún padre debería soportar algo así...

Ella se apoyó en su pecho, sollozando. Schenke la miró y asintió.

–Queremos ayudarla –continuó Hauser–. No deje que esta situación le robe a su marido. Ambos han perdido demasiado ya. Vamos, díganos dónde encontrarlo. Le juro que haremos cuanto esté en nuestras manos para que no acabe herido. Pongamos fin a todo este sufrimiento, ¿eh? –Le cogió la mano y la apretó–. ¿Dónde está, Johanna?

Ella iba a decir algo pero se atragantó. Luego lo intentó otra vez.

–El aeródromo... Le oí decirlo por teléfono..., hace unas pocas noches.

–¿El aeródromo? –repitió Schenke–. ¿Tempelhof?

La mujer asintió.

–Allí es donde lo encontrarán.

–Pero ¿dónde exactamente? –preguntó Liebwitz.

–Eso no lo sé –murmuró–. Fue lo único que oí.

–-Creo que sé dónde –dijo Schenke–. Y también a quién preguntarle para estar seguros.

Capítulo treinta y cuatro

Klaus Zebrinski había empezado su turno en el hangar sólo media hora antes. Tras hacer una jarra de café en el taller, ya sentado frente a la estufa, examinaba la hoja de horarios que tenía en una tablilla. Los dos técnicos a sus órdenes ya estaban trabajando bajo el motor de babor del Ju 52, en el hangar. La tarea iba con retraso, tanto que la compañía de ingeniería encargada de reconvertir la nave de la Lufthansa para objetivos militares estaba bajo una gran presión por parte del Ministerio de Aviación de Goering. Debido a ello, un ejecutivo de alto rango del ministerio había enviado un mensaje formulado en términos muy duros al responsable de la división de Tempelhof, que a su vez le echó una bronca increíble al encargado de aquel hangar en particular, que tuvo unas palabras iracundas con los capataces del turno. Zebrinski no estaba demasiado preocupado. Con una guerra en marcha, muchos de los técnicos más jóvenes habían sido reclutados, y los trabajadores más diestros de mantenimiento de las aeronaves escaseaban bastante. Difícilmente los despedirían si se retrasaban un poco en el plan previsto.

Lo interrumpió un golpe en la puerta exterior del taller. Dejó el café y se dirigió a la puerta, que resonó de nuevo.

–¡Ya voy! –gritó. Y luego murmuró–: Maldito cabrón impaciente...

Descorrió el cerrojo, abrió la puerta y miró hacia fuera. El sol se estaba poniendo entre finos jirones de nubes hacia el oeste, lavando el cielo con unos rayos de un rosa chillón. Tres camiones

cubiertos habían aparcado a poca distancia a lo largo de la pista de estacionamiento que estaba frente al vasto complejo. Sus motores estaban en marcha, y pequeñas nubes de gas surgían arremolinadas de los tubos de escape. Junto a la puerta se veía un coche aparcado, y dos hombres sentados dentro y un tercero justo delante de la puerta del hangar.

–¿Se acuerda de mí?

* * *

Zebrinski miró a Schenke de arriba abajo y asintió.

–El policía del otro día, ¿verdad? Claro que me acuerdo. ¿Qué se le ofrece?

–Necesito su ayuda. –Schenke señaló en dirección a la estufa–. Donde no haga frío, si no le importa. Y me vendría bien un poco de café...

Zebrinski dejó entrar a su visitante y luego cerró la puerta. Schenke se dirigió hacia la estufa y levantó sus manos enguantadas.

–Recordará usted la última vez que estuve aquí...

–¿Cómo iba a olvidarme? Se encontraba usted en muy mal estado, inspector.

Schenke sonrió al ver que recordaba su rango. Cogió una de las tazas vacías que había en un estante junto a la jarra de café y se sirvió una pequeña cantidad.

–Ahora lo veo mucho mejor, sin embargo –dijo Zebrinski–. ¿Qué le trae por aquí?

–Mencionó usted que había visto a algunos hombres junto a los almacenes de la Lufthansa.

–Sí, es cierto. ¿Y qué?

–Necesito que me indique el lugar. –Schenke dio un sorbo al café.

–Ya le dije dónde están.

–Sí, lo sé. Pero necesito a alguien que conozca bien las instalaciones, que pueda guiarnos incluso en la oscuridad, si es necesario. Lo necesito a usted, Zebrinski. Hay vidas que dependen de ello.

–¿Entonces esos tipos son peligrosos?

–Sí. Y van armados. Pero usted estará a salvo. Tengo a veinte hombres esperando en esos camiones de ahí fuera.

–Suena más divertido que quedarme aquí metido toda la noche. –El ingeniero buscó su abrigo y empezó a ponérselo encima del mono manchado–. Está bien, pero usted será el único responsable de posibles destrozos o cualquier otro daño, ¿de acuerdo? Esos hijos de puta son un grano en el culo, constantemente.

–Le doy mi palabra. Vamos. –Schenke vació la taza y la dejó.

–Un momento. –Zebrinski fue hacia la puerta interior, la abrió y llamó a los mecánicos que estaban trabajando en el motor de los Junkers.

–Han venido a buscarme, así que os dejo solos un rato. Pero no aflojéis, ¿vale?

Uno de ellos agitó una mano con displicencia.

–Cómo no.

Cerró la puerta.

–Si dependiéramos de gente como ésta, Alemania tendría que tirar la toalla otra vez.

Se puso un gorro de lana en la cabeza y luego los guantes en las manos.

–Vamos a por esos hombres a los que busca.

* * *

Schenke dejó que Zebrinski se subiera en el asiento trasero del coche y se dirigieron hacia los camiones. Los sargentos a cargo de los escuadrones salieron de las cabinas y se reunieron con el inspector.

–Vamos a cruzar el campo abierto. –Señaló la línea de cobertizos que estaban casi a un kilómetro, en el extremo más alejado del perímetro de Tempelhof–. Esperaremos hasta que la luz haya desaparecido casi del todo. –Señaló a dos de los sargentos–. Ustedes llevarán sus vehículos a ambos extremos del aeródromo, y se detendrán lo bastante lejos para que ellos no oigan los motores. Desde allí irán a pie y formarán una pantalla a

cien metros de los cobertizos. Su trabajo consistirá en detener a cualquiera que intente escapar. Disparen sólo si es necesario. No quiero que haya balas perdidas que nos den a los demás. Asegúrense de que todos, hasta los de gatillo más suelto, entienden esto. ¿Ha quedado bien claro?

Los sargentos asintieron.

–Entonces muevan ya esos camiones. –Se volvió hacia el oficial que quedaba–. Que salgan sus chicos ahora.

–Sí, señor.

Mientras los otros vehículos se alejaban en ambas direcciones, hacia los extremos del vasto edificio, la sección elegida para apoyar a los oficiales de la Kripo bajó de los camiones, dando golpes en el suelo con los pies para intentar sacudirse el frío penetrante mientras esperaban la orden de avanzar. Todos los hombres llevaban un rifle colgando a su espalda. Algunos sacaron cigarrillos y los encendieron, y las puntas ardieron brillantes al inhalar el cálido humo. El sol acababa de ponerse y el paisaje estaba teñido de un color azul. Dos hangares se encontraban abiertos, en el extremo occidental del complejo de la terminal, y su luz se derramaba sobre la pista de estacionamiento exterior, cubierta de nieve. El aparato que había dentro brillaba bajo las lámparas, mientras unas figuras diminutas se movían a su alrededor, inconscientes del drama que estaba a punto de tener lugar.

Schenke dio unos golpecitos en la ventanilla del coche y Hauser, Liebwitz y Zebrinski salieron.

–Creo que ya se han presentado entre ustedes.

Hauser sonrió.

–Resulta que este hombre sirvió en el mismo regimiento que mi padre, en el antiguo ejército imperial. Qué pequeño es el mundo, ¿verdad? Está bien tener a un soldado auténtico con nosotros, en lugar de algunos de los chicos más jóvenes de la Orpo.

–Esos jóvenes... –dijo Zebrinski–. Tienen la cabeza llena de ideología del partido, hoy en día, en lugar de una educación decente.

Schenke le dirigió una breve sonrisa.

–Somos más que suficientes para ocuparnos de cualquier

problema. –Miró la luz desfalleciente del cielo–. Se pondrá oscuro dentro de unos pocos minutos. Entonces iremos y acabaremos con todo esto.

–Espero que tenga razón, señor –dijo Liebwitz.

–¿Qué quiere decir?

El Scharführer miró hacia la terminal de la Lufthansa en la distancia.

–Aún no estoy seguro del todo, señor. Siento que aquí hay más de lo que sabemos.

–Quizá, pero debemos mantenernos centrados en el asunto que nos ocupa. Quiero que todo vaya suavemente. Haré que los chicos de la Orpo se mantengan a la espera cuando lleguemos a los cobertizos. Es probable que los hombres a los que buscamos tengan a alguien vigilando, de modo que iremos sólo nosotros cuatro en busca de los prisioneros. Probablemente estén en el mismo lugar donde me interrogaron a mí.

–Pieper y Huber puede que estén muertos ya –dijo Hauser.

–Es posible, pero lo dudo. ¿Por qué traerlos aquí, si ése fuera el caso?

–Igual Johanna Scholtz mentía en ese aspecto –sugirió Liebwitz.

–No lo creo. Es probable que la advertencia de Kleist fuera transmitida a los otros. Si yo estuviera en su caso, preferiría reunirme para discutir las opciones. Y, si los prisioneros todavía están vivos, necesitarán decidir su destino. –Schenke hizo una pausa–. Estoy seguro de que están aquí.

Miró otra vez. La luz iba desvaneciéndose rápidamente, y se oyó un débil traqueteo cuando las puertas del hangar del otro lado del edificio empezaron a cerrarse, estrechando los rayos de luz que arrojaban sobre la nieve, hasta que al final desaparecieron abruptamente.

–Ya es hora. –Se volvió hacia el sargento–. Ponga a sus hombres en línea. Cada diez metros. Y carguen.

Se transmitieron las órdenes y los policías uniformados dieron una última calada a sus cigarrillos antes de arrojarlos a la nieve. Luego se quitaron los rifles del hombro y sacaron la munición de los bolsillos para cargar las armas, una tarea difícil por culpa de los guantes.

–¡Pongan el seguro! –advirtió el sargento, y luego desplegó a sus hombres en una hilera de figuras oscuras contra el resplandor apagado de la nieve. Cuando estuvieron en posición, Schenke y su partida avanzaron diez pasos por delante de ellos.

Schenke miró hacia atrás.

–Nadie abrirá fuego a menos que yo dé la orden. –Respiró hondo y luego agitó el brazo hacia los cobertizos.

La línea avanzó hacia delante. Los hombres de la Orpo sujetaban sus rifles dispuestos, mientras sus botas crujían suavemente en la nieve, que les llegaba a la altura de las pantorrillas. Schenke mantuvo el paso lento y regular para dar tiempo al otro escuadrón a que ocupara sus puestos. A medida que avanzaban, el complejo de la terminal quedó tras ellos y la oscuridad se hizo más densa.

Mientras la línea de hombres avanzaba por terreno abierto, Schenke fue consciente de su propia respiración agitada, del suave resonar de la sangre en sus oídos. Los sentidos se le habían potenciado, pero, a pesar de ello, se esforzó para detectar cualquier movimiento procedente de los edificios o cualquier sonido que pudiera guiarlos. Al mismo tiempo, era consciente de que representaban un blanco fácil para cualquiera que se escondiera entre las sombras del hangar de la Lufthansa, sobre todo si iba armado con un rifle. Era casi como si pudiera notar la mira de un rifle sobre la frente. En cualquier momento, estallaría una llamarada y el impacto salvaje de una bala lo tumbaría antes incluso de oír la detonación. Algo que valía para cualquiera de sus compañeros, así que sólo le quedaba esperar a que ninguno de los agentes más inexpertos se dejara llevar por el miedo y le diera por empezar a disparar a las sombras.

–Zebrinski –dijo, en voz baja–. ¿En qué lado vio usted a esos hombres?

–Lejos, hacia la derecha. –El ingeniero levantó una mano para señalar en esa dirección.

–Entonces iremos desde la izquierda y usaremos los otros cobertizos para cubrirnos.

Continuaron acercándose hasta que Schenke advirtió el brillo de las luces enmascaradas a la izquierda, en la dirección de la carretera perimetral que conducía a la terminal. Captó el débil

ronroneo de un motor, que de repente cesó, y las luces se apagaron. A cien pasos más allá vio otras a su derecha, y oyó el segundo camión de la policía, que no dejaba de acercarse. El ruido del motor cada vez era más fuerte.

–¿Qué está haciendo ese idiota? –siseó Hauser.

–¡Silencio!

No podían hacer nada para detener el camión, aunque Schenke temía que revelase todo el juego. Entonces, de repente, el vehículo se detuvo al fin. Luego dio la vuelta y se alejó por el mismo sitio por donde había venido, con las luces rojas de freno parpadeando en la oscuridad.

–¿Pero adónde va? –preguntó Zebrinski–. Está huyendo de la pelea.

–No, sólo es que se ha acercado demasiado y, cuando se ha dado cuenta, ha querido rectificar volviendo. Menudo cabeza hueca.

Unos minutos más tarde, cuando los edificios de la terminal estaban ya muy cerca, Schenke levantó la mano y ordenó a los otros que se detuvieran.

–¡Sargento! –exclamó al hombre uniformado que iba inmediatamente detrás–. Venga.

El policía se adelantó caminando por la nieve, que era más profunda en aquel lado del aeródromo.

–¿Señor?

–Quiero que sus hombres cubran el terreno delante de los cobertizos. Dígales que estén agachados, quietos y en silencio. Tendrán que enfrentarse a cualquiera que venga por este lado. Dispararán a herir, siempre que sea posible. Están bajo su control desde este mismo instante.

–Sí, señor. Buena suerte.

Schenke se volvió hacia el capataz del hangar.

–Usted quédese cerca de mí pase lo que pase, ¿entendido? No quiero que vaya por ahí y le disparen por accidente.

Zebrinski soltó una risita.

–Estaré justo detrás de usted.

–Hauser.

–¿Señor?

–Siga a nuestro amigo. Que vaya detrás Liebwitz. Abra bien

los ojos y compruebe ambos lados mientras avanzamos. ¿Preparado? Vamos allá.

Schenke fue el primero en avanzar casi saliéndose de la impoluta manta de nieve, y los otros siguieron sus profundas huellas. Se movieron despacio, con mucha atención a cualquier peligro, hasta llegar al lateral de un pequeño cobertizo de madera, donde hicieron una pausa. A su izquierda había otro edificio y el resto se extendía a lo lejos, hacia la derecha.

–¿Qué tenemos por ese camino? –preguntó Schenke.

A Zebrinski le costó un momento orientarse.

–Algunos garajes, luego almacenes de recambios, talleres y un par de hangares pequeños con tanques de combustible viejos. Más allá, un terreno abierto.

–¿Qué sitio elegiría usted si tuviera que esconderse aquí unos días?

–Los talleres, sin duda. Es más fácil calentarlos.

–Estoy de acuerdo. –Schenke sacó la pistola de su sobaquera y echó hacia atrás la corredera para introducir en la recámara la primera carga.

–Preparen sus armas.

Hauser y Liebwitz lo imitaron.

–Compruebe el seguro. –Miró sus rasgos, apenas visibles en la oscuridad–. Y usted también. No disparen a menos que yo lo diga. Preferiría dar a esos hombres la oportunidad de rendirse y darnos una explicación. Ya han sufrido bastante.

–¿Y si no lo hacen, señor? –preguntó Liebwitz–. ¿Y si deciden resistirse?

–Entonces no tendremos elección. ¿Entendido?

Ambos hombres asintieron, y Schenke se volvió hacia el final del cobertizo. En la esquina hizo una pausa y miró con cautela a su alrededor. Había dos camiones cisterna de combustible aparcados entre ellos y el siguiente grupo de edificios, pero ni una señal de nadie más. Tampoco sonido, aparte de los leves suspiros de su respiración agitada.

–Está bien, Zebrinski, quiero que nos dirija hacia los talleres. Debemos permanecer ocultos todo lo que sea posible. Usted fue soldado, así que sabrá dónde es más probable que hayan apostado un centinela.

–Haré lo que pueda, inspector.

Schenke asintió, tras lo cual el ingeniero se dirigió hacia la esquina y miró en todas direcciones. A continuación, se dirigió hasta la siguiente cisterna seguido por los tres agentes, todos tan agachados como les era posible, con las armas dispuestas y mirando a un lado y a otro. Zebrinski señaló un edificio grande con una torre a su izquierda, entre su posición y el siguiente edificio.

–Ése es el antiguo cuartel de bomberos –susurró–. La torre de secado sería un buen punto para un vigía, pero lleva mucho tiempo abandonada. A un centinela le costaría mucho soportar el frío ahí. Dudo que lo usen.

Schenke examinó la imponente estructura. Había una pasarela en la parte superior, pero no se veía ninguna silueta contra el cielo estrellado.

–Nos arriesgaremos. Siga avanzando.

Dio unas palmaditas al capataz en la espalda, y Zebrinski salió de nuevo al trote, con los otros muy cerca tras él. Schenke notó que se le aceleraba el corazón y sus oídos se aguzaban en busca de cualquier sonido por encima del crujido de la nieve bajo los pies.

Llegaron a un almacén bajo, de acero corrugado, y Zebrinski pasó junto a él a corta distancia para alcanzar una puerta. Probó el picaporte y vio que estaba abierta. Al moverla, se oyó el chirrido rasposo de las bisagras.

Schenke notó que el estómago se le encogía. Zebrinski se quedó inmóvil y el sonido cesó. Los cuatro miraron con ansiedad a la espera de cualquier signo de que habían sido descubiertos, pero la tranquilidad de la noche invernal era absoluta.

–Santo Dios... –murmuró Hauser–. Por poco me da algo.

Schenke hizo señas a Zebrinski.

–¿Hay otro camino?

–Claro, pero tendríamos que cruzar el terreno abierto frente al cuartel de bomberos, o bien movernos por el otro lado, a plena vista del taller más cercano. Si cruzamos este almacén, permaneceremos ocultos más tiempo. Además, el extremo más lejano domina la pista de aterrizaje frente al almacén principal y

la zona de talleres.

A Schenke le resultó un argumento razonable.

–Vamos, pues.

Zebrinski se introdujo por el hueco y los demás lo siguieron, con Liebwitz en retaguardia. Intentó cerrar la puerta, pero el movimiento más ligero provocaba una protesta airada de las bisagras.

–Déjela abierta –le ordenó Schenke, en voz baja.

–Señor, si entra brisa, el ruido puede atraer la atención.

–Pues encuentre algo para hacer de cuña.

Liebwitz palpó la pared hasta encontrar una pila de sacos vacíos. Los metió bajo la parte inferior de la puerta hasta que quedó firmemente sujeta.

–¿Hay alguna ventana por ahí? –preguntó Schenke, al sacar la linterna de su bolsillo y dirigir el pequeño haz de luz hacia el suelo.

Hubo una pausa, y luego Zebrinski respondió.

–Por supuesto. Síganme.

Se desplazó a lo largo de la pared hasta que llegó a una puerta interior, de contrachapado barato y que, por tanto, sólo produjo un ligero sonido al abrirla. Dentro, la luz de la linterna descubrió un urinario largo y unos lavabos en una pared, así como unos cubículos en el otro. En el aire helado flotaba un olor agrio y mohoso.

Schenke abrió uno de los cubículos y vio las ventanas, una serie de aberturas estrechas con cristal reforzado con alambres y asegurado con palancas de metal. Se enfundó la pistola, apagó la linterna y se la metió en el bolsillo.

–Iré yo primero, luego Zebrinski, y lo seguirán ustedes dos.

Trepó al asiento del váter para llegar a la palanca y abrió la ventana. Una vaharada de aire helado le mordió la parte expuesta de la cara, haciéndolo parpadear mientras se aupaba. Una vez superada la ventana, se dejó caer sobre la nieve profunda. Tras levantarse y limpiarse la cara, sacó de nuevo la pistola y miró alrededor. Cuando estuvo seguro de que no había peligro alguno, animó a los demás a seguirlo.

–Zebrinski, le toca.

El capataz se desplomó junto a Schenke y los otros lo

siguieron enseguida, incluido Hauser, que se paró todo el rato gruñendo por el esfuerzo de pasar por el estrecho hueco. Cuando el sargento estuvo listo, el grupo se dirigió a lo largo de la parte trasera del bloque de las letrinas hasta la esquina. Schenke les hizo señas de que retrocedieran y luego miró hacia el final de la estructura. Había un hueco de diez metros hasta los talleres, y aparcado frente al más cercano advirtieron un camión cubierto y una furgoneta. Un resplandor apagado surgía de una pequeña ventana muy alta en la pared del taller.

Schenke estaba a punto de retroceder cuando, de pronto, le pareció ver el leve fulgor de una calada a un cigarrillo, lo suficiente para iluminar el rostro de un hombre que vigilaba el otro lado del taller. Schenke examinó la zona en busca de un segundo centinela, pero no encontró a nadie más.

Se volvió hacia sus compañeros y describió lo que había visto mediante gestos.

–Supongo que habrá una apertura grande hacia la parte delantera del taller –le susurró a Zebrinski–. ¿Alguna otra entrada?

–No hay más puertas. Sólo una ventana en la parte trasera. Eso es todo.

–Bien, es hora de que se vaya. Vuelva hasta el final del almacén y luego por el terreno abierto hasta la sección de la policía. Dígales que se acerquen hasta aquí.

En cuanto Zebrinski se alejó, Schenke dio instrucciones a sus hombres, que esperaban con las armas empuñadas.

–De uno en uno. Yo iré primero. Esperen hasta que el vigía mire hacia el otro lado para moverse.

–¿Y si nos ve, señor? –preguntó Liebwitz.

–Entonces actuaremos de manera expeditiva, mientras rezamos para que no maten a los prisioneros. Si es que todavía están vivos.

–No perdería el sueño si les pegasen un tiro a esos hijos de puta... –gruñó Hauser.

Schenke lo riñó.

–Los quiero vivos. A todos. Ésa es nuestra prioridad, sargento.

Miró con dureza a Hauser para asegurarse de que le quedaba

bien claro, y luego se desplazó de nuevo a la esquina y miró hacia el camión. La luz del cigarrillo había desaparecido, y por más que forzó la vista no pudo distinguir señal alguna del centinela. Estaba a punto de echar a correr hacia el taller cuando oyó un largo suspiro muy cerca, seguido por el sonido de una salpicadura sorda. Al asomarse por la esquina, vio al vigía a no más de tres metros de distancia, orinando contra la pared y con los guantes en la boca.

Schenke actuó por puro instinto: dobló la esquina y corrió hacia el centinela. Éste lo vio demasiado tarde para evitar que la culata de la Walther le golpeara en la frente y lo hiciera trastabillar. Los guantes se le cayeron de la boca, pero antes de que pudiera lanzar un grito de advertencia un segundo golpe lo hizo caer de espaldas sobre la nieve. Y ahí se quedó, con los brazos abiertos y todavía orinándose encima de los pantalones y el abdomen.

Schenke lo cacheó hasta encontrar una Luger en una sobaquera. Se guardó el arma y luego le cubrió la entrepierna con el sombrero.

–Uno fuera de combate. –Hauser empujó el cuerpo con el pie cuando él y Liebwitz llegaron junto al inspector.

No hubo señal de ningún otro centinela. Schenke señaló la linterna de foco que estaba junto a la ventana del conductor, en el camión.

–Hauser, colóquese en posición junto al camión. Si ve alguna señal de peligro, encienda la linterna y enfoque las puertas del taller. Nuestros objetivos quedarán deslumbrados y no sabrán que está solo. Ordene a cualquiera que salga por ahí que tire las armas y se eche al suelo boca abajo.

–¿Y usted, señor?

–Nosotros cubriremos las ventanas de atrás, mientras esperamos a que llegue aquí la policía y cierre la trampa.

Schenke hizo un gesto a Liebwitz y corrió hacia la parte trasera del taller. Cuando llegaron a la esquina, pudo oír voces que procedían del interior del edificio. Voces estentóreas, discutiendo, pero al mismo tiempo indistintas. Al pasar vio otro parpadeo, esta vez más brillante. Si hubiese sido una zona más urbanizada, seguramente habrían tomado medidas para el

oscurecimiento, pero allí, protegidos por los demás edificios, no había que preocuparse por atraer la atención de nadie. Un débil charco de luz se proyectaba en la nieve en torno a la ventana, así que Schenke se agachó mucho al llegar al marco de madera descascarillada.

–Liebwitz, quédese a este lado y manténgase fuera de la vista.

Se arrastró más allá de la ventana y ocupó una posición en el extremo más alejado. Luego se enderezó y echó un vistazo al interior. La mayoría de los cristales estaban rotos o veteados de suciedad, pero aun así puedo ver el interior y distinguir lo que ocurría.

Pieper y Huber estaban sentados en unas sillas en el centro de la sala, con los brazos atados a la espalda. Gottfried Scholtz los vigilaba, pistola en mano. Schenke lo reconoció por la foto que su mujer le había enseñado. Los tres estaban en el centro del resplandor de las lámparas que colgaban de la viga de acero central. Un par de metros delante de las sillas, suspendidas sobre un foso de inspección, vio dos cuerdas que acababan en sendas horcas.

Capítulo treinta y cinco

Pero aquello no era todo. A un lado, iluminados por la luz que caía desde arriba, se encontraba un pequeño grupo de hombres. Schenke reconoció los rostros por las fotos familiares en los archivos cogidos en la consulta de Lenger.

–¡Ya basta de mierdas legales! –exclamó una voz–. Yo digo que colguemos a estos hijos de puta ahora mismo y salgamos huyendo de Berlín mientras todavía podemos. La policía sabe quiénes somos. Kleist se lo dijo. Cada minuto que pasemos aquí sentados nos pone en un peligro mayor. Hagamos lo que nos corresponde y luego que cada uno mire por sí mismo.

Dos de los individuos asintieron, pero el del sombrero negó con la cabeza.

–Acordamos al comenzar que haríamos esto como es debido, siguiendo los principios de la justicia. Eso es lo que nos diferencia de estas ratas, de sus amigos del partido que los han estado protegiendo. –Y señaló a los prisioneros–. Lo haremos de manera correcta y, cuando se presenten las pruebas, decidiremos si son culpables o inocentes. Hicimos un juramento.

–¡A la mierda el juramento! –gritó el primer tipo. Schenke situó su cara entonces. Era Dieter Oehler, padre de una de las víctimas–. Eso fue antes de que esos hijos de puta de la Kripo nos persiguieran. No tenemos tiempo que perder, Gruber. –Se volvió hacia los otros–. Votemos, muchachos. Aquí y ahora. ¿Qué dicen?

Todos asintieron o lo aprobaron con un simple gruñido, salvo uno de ellos.

–¿Quién dice que ya hemos oído todo lo que necesitábamos para probar su culpabilidad, y, por tanto, que los ejecutemos ahora mismo? –Levantó su mano y otros dos lo imitaron. Luego se volvió hacia Scholtz–. ¿Y usted?

–Colguémoslos –respondió el aludido.

–Eso es –dijo Oehler–. Cuatro a uno.

–¿Y Breker, que está fuera? –respondió Gruber–. También debería opinar.

–No lo necesitamos. Ya hemos votado. Matamos a estos cabrones ahora mismo. –Oehler señaló con un dedo a los prisioneros.

Schenke vio la expresión de terror en el rostro de Pieper.

–¡No pueden hacer eso! –dijo el director de la clínica–. ¡Es un asesinato!

–¡Cállese la boca! –rugió Oehler–. ¡Ustedes mataron a nuestros hijos! Esto es justicia. Ojo por ojo.

–¡Se equivocan! –gritó Pieper, con la voz temblando, pero también teñida de indignación–. Sólo cumplíamos órdenes. Actuábamos en beneficio del Estado. Fueron muertes misericordiosas. El mismísimo Führer dijo que sus vidas no valían la pena. Actuábamos siguiendo sus órdenes. Lo juro.

–¡Mentiroso! –le escupió Oehler. Se dirigió a grandes zancadas hacia él y le asestó un revés en la mejilla–. ¿Cómo se atreve a acusar al Führer de semejante cosa?

–Es cierto –insistió el médico–. Pueden confirmarlo fácilmente. Llamen a Obergruppenführer Bouhler, en la Cancillería. Él lo sabe todo. Pregúntenle por el programa. ¡Háganlo!

Oehler lo miró con desprecio.

–Usted haría cualquier cosa para salvar su pellejo, basura inmunda. –Volvió a golpear al director, y la sangre brotó de la nariz de Pieper. Oehler retrocedió dos pasos–. ¿Sus últimas palabras?

–¡Juro que estoy diciendo la verdad! –gritó Pieper, de manera patética–. Obedecíamos órdenes. Somos hombres buenos. Buenos nazis. Cumplíamos con nuestro deber...

Huber lo miró.

–Deje de lloriquear. Estábamos muertos en el momento en

que estos cerdos nos secuestraron. ¡Muera con un poco de dignidad al menos, maldita sea! –Escupió en el suelo a los pies de Oehler, y luego se enderezó, muy tieso, sacando la barbilla con su habitual arrogancia brutal–. Reconozco que fui uno de los que mató a vuestros hijos. Y lo repetiría una y otra vez. Lo hice por el Reich. Los traidores aquí sois vosotros, hijos de puta. Y pagaréis por ello cuando os cacen...

Oehler negó con la cabeza.

–Ya he oído bastante. Acabemos con esto y salgamos de aquí. Scholtz, écheme una mano. Primero Pieper.

–¡Esperen! –Gruber abrió las manos–. Se lo ruego. Ya le han oído. Esto va más allá de nuestros hijos. Hay más cosas en juego. Tenemos que exponer los crímenes del partido. Por eso hemos hecho todo esto.

–Me importa ya una mierda. Ahora mismo sólo quiero venganza contra los cabrones que mataron a mi hijo.

Schenke miró hacia los policías que avanzaban hacia el taller, todavía demasiado lejos para intervenir a tiempo de salvar a los prisioneros.

Oehler cogió el brazo de Pieper y lo arrastró hacia una de las horcas, que le ajustó al cuello.

–¡No! –chilló Pieper–. ¡Por caridad!

–¿Dónde estaba tu caridad hacia nuestros hijos? –le exigió Oehler, colocándose detrás de su prisionero.

Schenke ya había visto suficiente. Rompió el cristal de la ventana que tenía más cerca con la culata de su arma y apuntó hacia la habitación, mientras gritaba:

–¡Policía! ¡Levanten las manos y tiren las armas!

A su izquierda, Liebwitz se levantó y también apuntó, mientras los hombres del taller se volvían hacia la ventana. Durante un instante, se quedaron todos inmóviles. Luego Schenke repitió la orden y estalló un frenesí de actividad. Huber se balanceó para caer de costado en el suelo de manera estrepitosa. Oehler arrojó a Pieper hacia delante, y el director se tambaleó hasta el borde del foso de inspección con un chillido que quedó cortado de manera abrupta cuando la cuerda en torno al cuello se puso tensa. Gruber y los demás sacaron sus armas. Uno de ellos llevaba una escopeta con los cañones recortados.

Oehler levantó su arma y miró hacia arriba. Se vieron dos llamaradas al mismo tiempo que otros tantos estruendos estallaban y el interior del taller se sumía en la más absoluta oscuridad.

–¡Abran fuego! –rugió, y acto seguido la escopeta destrozó varios cristales entre los dos policías.

Schenke notó un dolor intenso en la mejilla, como si se la hubiese perforado una aguja calentada al rojo vivo. Hubo más relámpagos cuando los otros tipos dispararon a las ventanas y al fino metal corrugado de las paredes que tenían cerca. Sus balas atravesaron el helado aire nocturno, y Schenke notó que una de ellas incluso penetraba entre los pliegues de su abrigo mientras se retiraba. Más añicos de cristal cayeron sobre él, así que se protegió la cara con la mano. A su izquierda, Liebwitz estaba soltando un cargador entero, apuntando alto para asustar a los hombres de dentro y obligarlos a buscar cobijo hasta que el escuadrón de la policía pudiese llegar. Luego cambió de posición justo antes de que una andanada de balas golpeara el punto del que se había apartado. Con calma, quitó el cargador vacío y puso más munición.

–¿Está bien, señor? –le preguntó.

–Perfectamente –respondió Schenke, mientras miraba hacia el terreno abierto más allá de los edificios del hangar. Podía ver las primeras siluetas oscuras del escuadrón de policías, que corrían hacia el sonido de los disparos. Al otro lado del taller rugía un motor, lo que le hizo temer que alguien de la banda estuviese escapando, pero se dio cuenta enseguida de que debía ser Hauser. En la distancia escuchó el sonido de más vehículos y los débiles gritos de los escuadrones que se desplazaban para cerrar la trampa.

En cambio, el griterío en el interior del taller desapareció, dejando sólo el crujido de la cuerda y los sonidos guturales de Pieper, que se asfixiaba. Hasta que sonó una voz dentro.

–¿Los tenemos?

Gruber llamó uno a uno a sus compañeros para asegurarse de que ninguno había sufrido daños. Entonces Oehler les dio instrucciones:

–Ahí fuera sólo hay dos. Los mantendré con la cabeza gacha

mientras ustedes salen de aquí. ¡Vamos!

–¿Y qué pasa con Huber? –preguntó Scholtz.

–Póngalo de pie. Lo usaremos como rehén.

Un gran rugido penetró el hangar poco antes de que las puertas se abrieran de golpe, embestidas por el camión. La linterna de foco montada en el asiento del conductor deslumbró a Gruber y los demás con su resplandor. El vehículo chocó contra una columna y se detuvo. En la súbita quietud, Pieper se retorcía iluminado de pleno por el rayo de luz, y su sombra bailoteaba grotescamente en la pared de enfrente.

–¡Policía! –rugió Hauser–. ¡Tiren las armas!

Tras aquel primer momento de sorpresa y confusión, los secuestradores corrieron a ponerse a cubierto entre la maquinaria y las cajas de almacenamiento apiladas. Uno de ellos mantuvo el terreno y disparó hacia la cabina del camión. El cristal de la ventanilla se hizo pedazos, lo que obligó a Hauser a devolverles el fuego. Dos de las balas dieron al pistolero en el pecho y lo abatieron.

Fuera, Schenke y Liebwitz volvieron a asomarse por la ventana al saberse olvidados por sus enemigos. La escopeta retumbó de nuevo. Un chorro de llamas y chispas salió en dirección al camión, provocando que más cristales saltaran por los aires. Schenke notó un pellizco de temor por Hauser, pero la puerta del pasajero se abrió de repente y el sargento salió con ímpetu. Tras dar una voltereta, se puso a cubierto en la parte trasera del vehículo al mismo tiempo que las balas hacían impacto en la cabina y en el compartimento del motor.

Oehler corrió hacia Scholtz al ver que este último intentaba poner de pie a un Huber que se resistía a ser levantado. Oehler le golpeó en la mejilla con la culata de su arma y aulló:

–¡Levántate, o te juro que te vuelo los sesos ahí mismo! –Huber no necesitó más advertencias y se levantó como pudo. Con Scholtz conduciéndolo por el brazo, mientras Oehler cubría la retirada, los tres hombres se dirigieron hacia el otro lado del taller.

Los cristales de la ventana que tenía cerca Schenke estaban reventados, lo que dejó un hueco lo bastante grande para que se metiera por allí. Pasó una pierna por encima del marco y lanzó

un gemido de dolor cuando un añico de cristal atravesó la tela de sus pantalones y le rozó el muslo. Echó todo su peso hacia delante para dejarse caer, pero de inmediato se agazapó y buscó el refugio de unas cajas de madera llenas de piezas de motor desechadas.

–¡Uno de esos hijos de puta se ha metido por la ventana! Va hacia la izquierda.

Resonaron más disparos, brillaron nuevas ráfagas que iluminaron el techo como fuegos de artificio ante un cielo nocturno nublado. Las balas daban en las cajas y pasaban por encima de su cabeza, lo que obligó a Schenke a apretarse contra el suelo. Estaba inmovilizado, lo que lo hizo sentirse un idiota por actuar de manera tan irreflexiva. Pero pensó que tal vez todavía tuviera una posibilidad de salvar a Pieper, así que se arriesgó a echar un rápido vistazo por encima de una de las cajas más grandes. El director aún se movía débilmente, y su cuerpo se balanceaba de lado a lado. Schenke levantó la pistola para ver si podía dispararle a la cuerda. Se oyó un fuerte estampido justo por encima de su cabeza, cuando una bala dio en la caja, lo que hizo que tuviera quea ponerse a cubierto de nuevo. «Mierda», pensó.

Llamó a Liebwitz.

–¿Señor?

–Salve a Pieper. ¡Dispare a la cuerda!

–Sí, señor.

Liebwitz se tomó su tiempo para hacer puntería. Dio un disparo. Luego otro. Y el tercero, al fin, dio de refilón en la soga, lo bastante al menos para deshilachar unas cuantas hebras. Luego, con un sonido vibrante, la cuerda se partió y el cuerpo oscilante de Pieper cayó, se golpeó con la cabeza en el borde del foso de inspección y luego desapareció de la vista.

Hubo más disparos dirigidos hacia Liebwitz, antes de que el fragor de los vehículos y los gritos de los policías lo inundara todo.

–¡Fuera! –gritó Gruber–. ¡Corran!

Dos de los secuestradores salieron de su escondite y echaron a correr más allá del camión, lanzándose hacia la abertura entre las puertas destrozadas del taller.

–¡Alto! –gritó Hauser.

Uno de los hombres se volvió hacia el sargento y levantó su pistola, pero se vio un relámpago que procedía de detrás del camión, junto con su correspondiente detonación, que hizo que el secuestrador se derrumbara en el suelo. Al ver cómo se retorcía, su camarada se detuvo y levantó las manos.

–¡Tire el arma! –le ordenó Hauser, y el individuo arrojó lejos la pistola. Ésta repiqueteó con fuerza en el suelo.

Gruber y el hombre con la escopeta estaban acorralados en la esquina del taller. El abogado debió de comprender que, a menos que se movieran rápidamente, no tendrían oportunidad alguna de salvarse. Salieron de donde estaban a cubierto y se dirigieron hacia la ventana. La escopeta disparó de nuevo y Schenke temió que Liebwitz se viera atrapado por los perdigones de plomo. Sin embargo, en cuanto el segundo cañón quedó vacío, el Scharführer reapareció y disparó dos veces. El que llevaba la escopeta cayó de espaldas. Gruber levantó su pistola para apuntar.

–¡No! –exclamó Schenke.

Pero era demasiado tarde. Gruber disparó y, un instante después, el siguiente tiro de Liebwitz le dio en la frente, justo por debajo del ala del sombrero. Su cabeza rebotó hacia atrás y cayó, con los brazos abiertos, encima del cadáver de su camarada.

El estruendo de los últimos disparos tardó un momento en desvanecerse, pero, cuando ocurrió, Schenke pudo oír cómo se alejaban los dos últimos miembros de la banda y su prisionero. Aun así, su prioridad era Pieper, así que tras decidir que era seguro salir de su escondite, corrió hacia el foso de inspección. Con su linterna, alumbró el fondo, donde vio los rasgos retorcidos del director: los ojos saltones e inyectados en sangre, la lengua sobresaliente, y un boquete sangriento y hondo en un lado de su cráneo, allí donde se había golpeado la cabeza en el borde del foso. Ni la menor señal de aliento en el aire frío. Cuando Schenke se quitó el guante, soltó la soga y buscó el pulso, no encontró nada.

–Maldita sea... –murmuró. Se volvió a poner el guante y apagó la linterna.

Al salir del foso, vio que Liebwitz había pasado también por la ventana y estaba poniendo un nuevo cargador en su pistola. Hauser había aparecido desde la parte de atrás del camión y le había dado una patada a la pistola del hombre herido que estaba en el suelo, cubriendo también al que se había rendido.

–Los tenemos, señor... Espere. ¿Dónde está Huber?

–Quedan dos todavía –respondió Schenke–. Se lo han llevado con ellos. Quédese aquí y vigile a esos dos hasta que lleguen los chicos de la Orpo.

Fue hacia la oscuridad en el extremo más alejado del taller mientras recargaba su arma. Cogió de nuevo su linterna y la preparó en la mano izquierda mientras avanzaba con muchas precauciones, escuchando a su presa.

Capítulo treinta y seis

En la negrura, Schenke pudo distinguir la silueta de un biplano despojado de su motor. Se dirigió hacia él y atisbó por encima del fuselaje cubierto de lona. En el otro extremo del taller había una puerta; Scholtz arrastraba a Huber a través de ella mientras Oehler le cubría la retirada.

–¡Ríndanse! –les ordenó Schenke–. La policía tiene rodeado el hangar. ¡No hay escapatoria!

Oehler disparó ciegamente hacia el sonido de su voz, y dos proyectiles atravesaron la carlinga del avión. Entonces salió por la puerta y desapareció.

Schenke dio la vuelta en torno a la parte posterior de la aeronave y corrió hacia la pared. Sabía que podía ser un blanco fácil si atravesaba la puerta corriendo. Había una fregona y un cubo a corta distancia, así que se dirigió hacia allí y, tras coger la linterna con la mano en la que llevaba el arma, se quitó el abrigo. Lo colocó en torno a la cabeza de la mopa, y luego la acercó a la abertura. De inmediato, sonaron los disparos de los fugitivos, que le arrancaron la fregona y el abrigo de la mano.

–¡Le hemos dado! –gritó Scholtz.

–Cállese –exclamó Oehler–. Siga andando. ¡Que ese cerdo se ponga de pie!

Sin abrigo, Schenke se vio expuesto al frío viento que soplaba en el exterior, por lo que no pudo evitar tiritar al echar un vistazo por la puerta. Había varios montículos grandes cubiertos de nieve a corta distancia, y, más allá de ellos, lo que parecía una antigua torre de control. Incluso en la oscuridad pudo distinguir

el rastro de nieve pisoteada que indicaba la dirección de aquellos tipos. Se sentía aislado y expuesto.

Además, estaba dejando de lado todo lo que había aprendido durante su formación sobre los peligros de iniciar una persecución de criminales armados. Sabía que debía esperar a que llegase la policía uniformada y cerrase la trampa, pero no confiaba en que llegasen a tiempo. A pesar del resplandor de la nieve y la leve luz de las estrellas, había muchos lugares donde esconderse y sombras que ayudarían a los fugitivos a ocultarse. No le quedaba otra que seguirlos, mantenerse lo bastante cerca hasta que acudiera la ayuda.

Cuando logró calmar los nervios, salió corriendo por la puerta y giró hacia un lado. Luego cambió de dirección abruptamente y corrió hacia el refugio del siguiente montículo, donde se agachó para cubrirse mientras miraba a su alrededor, con la pistola en ristre. Ni la menor señal de movimiento, salvo el suave respiro de la brisa helada que zarandeaba las ramas desnudas de los árboles junto al hangar. Se enfocó, entonces, en los reniegos de Huber y en las huellas en la nieve.

Hubo un ruido súbito cuando uno de los camiones de la Orpo rodeó el edificio por detrás de la torre. Schenke pensó en alertarlos lanzando un disparo al aire, pero eso también descubriría su posición a los fugitivos, que aún pensaban que lo habían abatido. Así que esperó hasta que el sonido del camión se desvaneció para continuar su camino más allá de los montículos nevados a cada lado.

Un súbito movimiento a la izquierda captó su atención: una silueta entre dos pilas de nieve. Hubo una deflagración y se oyó un chasquido, pero Schenke ya estaba cayendo hacia delante. Aun así, la bala pasó por encima de su cabeza. Cuando logró incorporarse sobre el codo y apuntar en la dirección del disparo, el tirador se había ido. Se agachó hasta quedar en cuclillas y avanzó por la nieve en la dirección opuesta, con la esperanza de rodear la torre de control sin tener que enfrentarse a otra emboscada. Detrás de él podía oír la distante voz de Hauser advirtiendo de la presencia de oficiales a los hombres de la Orpo que se acercaban.

Al alcanzar el último de los montículos, Schenke vio una

pequeña franja de terreno abierto ante la entrada de la torre de control y un par de puertas, una de las cuales estaba abierta de par en par. Justo a la que conducía el rastro. Era demasiado peligroso arriesgarse a pasar por aquella puerta, de modo que corrió hacia los árboles y se escabulló más allá, hasta el otro lado del edificio, donde encontró otra puerta más pequeña que estaba cerrada. Allí existía una posibilidad de entrar en el edificio desde una dirección inesperada y cogerlos por sorpresa. Probó el pomo con la mano de la linterna. Éste cedió con un ligerísimo chirrido de protesta al girar, y empujó con suavidad. La puerta cedió fácilmente, dejando un bajo parapeto de nieve en el umbral. Sujetó la pistola delante de él, preparó la linterna y dio un paso hacia el interior oscuro, aguzando la vista y el oído.

No oyó ni un solo sonido, pero una pistola surgió de las sombras junto a la puerta. Sintió la boca del cañón contra la sien.

–Baje el arma, despacio –dijo una voz, en tono bajo. Como Schenke dudó, el cañón se clavó en su cabeza dolorosamente–. Hágalo.

Bajó su Walther hasta el suelo.

–También la linterna.

En cuanto la dejó, el hombre le golpeó con la culata de la pistola, tan fuerte que Schenke vio destellos blancos que le deslumbraron. Cuando se le aclaró la visión, advirtió que el hombre recogía su pistola y la linterna y luego hacía un gesto hacia el interior del edificio. Se oyó un suave clic y la linterna iluminó un pequeño vestíbulo con una puerta al final.

–Por ahí.

Todavía aturdido, Schenke se tambaleó hasta la puerta y la abrió. Había una sala grande y cuadrada al otro lado, llena de mesas y, delante de él, la entrada que había visto un momento antes. El rayo de la linterna iluminó a Huber, que estaba de rodillas, en la esquina, con Scholtz de pie a su lado, apuntándole. Un empujón propulsó a Schenke hasta el rincón opuesto, donde se apoyó en una de las mesas.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó Scholtz, con la voz temblorosa de miedo.

–Calle, estoy intentando pensar. –Oehler fue hacia la puerta e intentó cerrarla, pero las maderas se habían alabeado hacía

mucho tiempo y no encajaban ya en el marco, de modo que tuvo que dejar una ligera rendija. Volvió hacia la habitación y enfocó a Schenke con la luz.

–Inspector Schenke... No podía mantener la nariz fuera de esto, ¿verdad? Las órdenes de Kleist y nuestra advertencia no han bastado, por lo que parece. Dígame cuántos hombres tiene ahí fuera.

Schenke pensó que no tenía sentido mentir.

–Tres secciones. No pueden escapar.

–Eso ya lo veremos. ¿Cómo están desplegados sus hombres?

–El hangar está rodeado. Ya están buscando en el resto de los edificios. Sólo tienen unos minutos antes de que nos descubran. Todo ha terminado. O bien se rinden ahora mismo, o tendrán que abrirse paso a tiros cuando mis hombres los encuentren.

–No mientras tengamos rehenes. Incluyendo a su líder –dijo Oehler–. Gracias por darme más fuerza, por cierto.

–¿Realmente cree que esto cambia algo?

–Si sus amigos quieren que usted viva, sí. Pediré uno de sus camiones y estaremos muy lejos de aquí antes de que lleguen los refuerzos.

–¿Y dónde irán entonces? Su identidad será conocida por todos los oficiales de policía de Berlín. No podrán esconderse mucho tiempo. En cualquier caso, ¿no están olvidando algo?

–¿El qué?

–Que también otros pueden jugar a su mismo juego. Lo primero que hará la Gestapo será arrestar a sus familias. Casi puedo verlo: Heydrich les dará un plazo, créanme que no muy largo, para entregarse. Tras eso, matarán a sus mujeres y a los hijos que todavía les quedan.

–Santo Dios, no... –murmuró Scholtz.

Hubo una pausa antes de que Oehler hablase de nuevo.

–¿Por qué esta cacería, Schenke? Usted sabía lo que estos hijos de puta habían hecho. ¿Desde cuándo la policía se pone del lado de asesinos de niños?

–No nos hemos puesto de su lado. Necesitábamos a Pieper y Huber para localizar al resto de los hombres que asesinaron a sus hijos. Y ustedes nos lo han impedido. Al tomarse la justicia por su mano, han ayudado a quienes tanto daño les han hecho.

–Hicimos todo eso porque la policía nos falló –replicó Oehler–. Ya conocía a Gruber, y, cuando hablé con él de mis sospechas sobre la muerte de nuestros hijos y de la negativa de las autoridades a hacer algo al respecto, dijo que lo único que nos quedaba era actuar por nuestra cuenta. Entonces reclutamos a los demás.

–Y mataron a Schmesler.

–Ejecutamos a Schmesler –lo corrigió Oehler–. Gruber y yo fuimos a su casa y lo encontramos en su estudio. Lo informamos de que nuestro pequeño tribunal le había encontrado culpable y lo obligamos a ponerse de rodillas para ejecutar la sentencia.

–Le pegaron un tiro en la cabeza. A eso lo llamo asesinato a sangre fría.

–Toda ejecución es a sangre fría, inspector. Se lo merecía. Íbamos a ocuparnos de todos los demás. Sólo queríamos acabar con esos enfermos fanáticos y poner fin al asesinato de niños. Hasta que usted metió las narices. Aun así, nos cargamos a Schmesler. Me atrevería a decir que Pieper está muerto, y este cerdo se reunirá con su jefe en cuanto haya servido a su propósito como rehén.

–¿Y yo? ¿Me matarán a mí también?

–Quizá. Pero si no nos da problemas tal vez salga vivo de ésta.

Se oyó una risita seca y el rayo de la linterna se desplazó a Huber, cuya expresión se había retorcido en una mueca de desprecio.

–¿Qué le resulta tan divertido? –preguntó Oehler.

–Usted, por supuesto. Usted y su patético grupito de vengadores. ¿Creen que resolverán algo matándonos? ¿Creen que ése será el final de los asesinatos? Dios mío, qué idiotas, no tienen ni la más remota idea de lo que está pasando en realidad, ¿verdad?

–¿A qué se refiere? –Scholtz agarró a Huber del cuello de la camisa y lo sacudió–. ¡Hable!

–Ya ha oído lo que ha dicho Pieper en el taller. Estos asesinatos no formaban parte de un plan aislado. En realidad, acaba de empezar. Nuestras órdenes venían directamente de arriba, de la Cancillería. Quizás incluso del propio Führer. Es

una oportunidad de librar a Alemania de bocas inútiles que contaminan la raza aria, así me lo dijo Pieper cuando me reclutaron. Era nuestro deber patriótico.

–Miente –lo interrumpió Oehler.

–¿Eso cree? Déjeme que le cuente cómo lo hicimos. Me va a matar de todos modos, así que no tengo nada que ganar ocultando la verdad.

–¡Cierre la boca! –saltó Schenke. Si tensaba demasiado a sus captores, le pegarían un tiro a cada uno.

Oehler volvió su pistola hacia él.

–Quieto o lo pagará. Continúa, cerdo.

–Nuestra técnica era bastante burda, al principio –dijo Huber–. Los niños marcados se llevaban a una sala especial y se les mataba de hambre hasta el punto de que o bien morían de enfermedad o Pieper los remataba con una sobredosis de drogas. Pero era un proceso demasiado largo para satisfacer a los responsables del programa, de modo que un especialista del laboratorio de la policía experimentó con gas para encontrar una forma más eficiente de librarnos de ellos.

Schenke notó que se le removían las tripas al hacer la conexión.

–Widmann.

Huber asintió.

–Ése. Un hombre listo, la verdad. Cuando descubrimos que el gas se quedaba demasiado tiempo en el sótano, Widmann pensó que necesitábamos una solución mejor. Entonces es cuando dio con la idea del autobús. Ya lo habíamos alterado para encerrar a los niños mientras yo los llevaba a un lugar tranquilo. Entonces lo único que había que hacer era accionar una palanca y el tubo de escape del motor se redirigía al interior del vehículo. Costaba media hora hacer el trabajo, y luego yo llevaba los cuerpos al crematorio.

Scholtz soltó un gemido.

–Hijo de puta... Monstruo... –Se movió delante de Huber y le apuntó con la pistola a la cara.

–¡Tranquilo, Scholtz! –intervino Oehler–. Lo necesitamos vivo por ahora.

–¿Vivo? ¿Después de esto? ¿Después de lo que ha dicho?

Oehler se adelantó y suavemente apartó la mano de Scholtz.

–Cuando llegue el momento, prometo que le podrá meter una bala en el cerebro. Pero necesitamos que delate a sus cómplices y que ponga fin a esto.

–¿Es que no me han escuchado? –Huber se volvió a reír–. La clínica Schiller es sólo una gota en el océano. El programa de eutanasia se está llevando a cabo en toda Alemania. Pronto, centenares, y luego miles de niños defectuosos, serán eliminados. Ustedes no han conseguido nada. No podían haberlo detenido jamás. No tiene ni idea de hasta dónde llega este asunto.

–No es cierto... ¡Diga que no es cierto! –exclamó Scholtz, furioso.

–Si no me creen, pregúntenle a Schenke lo que piensa. Es lo bastante listo para haberlo entendido ya, ¿verdad, inspector?

Scholtz se volvió hacia el inspector, con la pistola temblando en su mano. Schenke, con la boca seca, tragó saliva antes de hablar.

–Lo más sensato que pueden hacer es rendirse. Dejen que me lleve a Huber para interrogarlo. En cuanto haya registrado toda su historia, se hará justicia.

–Es usted un idiota –bufó Huber–. ¿Cree que el partido dejará que esa información se haga pública?

–Ellos mataron a mi hija –murmuró Scholtz–. La mataron como si fuera un animal que se envía al matadero.

–No, un animal, no –dijo Huber–. Simplemente, un miembro no aceptable de la raza aria.

–¡Cabrón! –jadeó Oehler–. ¡Mi hijo era alemán! La misma carne que cualquier otro ario. ¡No era gitano, ni homosexual, ni un sucio judío! ¡Todos esos merecen ser exterminados como las ratas que son! Pero no mi hijo... Mi hijo no...

Por un momento, cualquier simpatía que Schenke hubiese podido sentir por Oehler se desvaneció. En el fondo, era como todos los demás miembros del partido. En su interior bullía el mismo odio hacia los que eran diferentes. Sintió náuseas. Había tantos como él, con la mente enferma... Los miembros de alto rango del partido responsables de la creación del programa de eutanasia, por un lado. Aquellos que la llevaban a cabo con cumplimiento ciego de su ideología, como Schmesler, Pieper y

Huber. Incluso individuos como Oehler, que sólo parecía mostrarse como un ser humano cuando se trataba de su familia más inmediata. Estaban tan ciegos que ni siquiera ahora captaban la ironía: que su fanático apoyo al partido había permitido su tragedia personal. Al final, las únicas víctimas eran los propios niños y, como mucho, los padres que como Scholtz se movían sólo por el dolor y la sed de venganza.

–Guarden las armas y levanten las manos. –La voz de Hauser rompió la tensión en la habitación. La puerta se abrió de par en par y Schenke se dio cuenta de que el sargento estaba usando la oscuridad del exterior para esconderse.

Oehler fue el primero en reaccionar, se volvió rápidamente, desplazó el rayo de la linterna hacia la puerta, e hizo tres disparos en rápida sucesión. Se oyeron dos detonaciones como respuesta, que penetraron en su pecho y lo arrojaron hacia atrás. El arma y la linterna salieron volando, y el haz de luz dio la vuelta a la habitación y acabó apuntando al suelo, hacia Huber y Scholtz.

–¡Oehler! –gritó Scholtz–. Oehler...

–Se ha ido. –Schenke le habló con calma–. Usted es el último de ellos. Todo ha terminado. Deje el arma y ríndase.

Scholtz se quedó congelado, con el rostro retorcido, sin comprender nada. Agitó la cabeza, señalando con el arma a Huber.

–Está mintiendo... Tiene que ser así. El partido no haría jamás nada semejante. El Führer no lo permitiría.

–Haga lo que le dice el inspector –dijo Hauser–. Hágalo ahora. Baje el arma.

Scholtz se volvió hacia la puerta abierta. Sus rasgos adoptaron un aspecto de fría máscara implacable al colocar la boca del cañón contra la frente de Huber... y apretar el gatillo.

Hubo dos disparos casi instantáneos. La cabeza de Huber dio un respingo hacia atrás, y la parte trasera de su cráneo explotó encima de la mesa y en la pared. Por otra parte, la bala que mató a Scholtz le dio debajo del oído, lo que provocó que su cuerpo se derrumbara sobre el de Huber. Ambos quedaron unidos por la muerte.

El frío helador envolvió de repente a Schenke al contemplar

los tres cuerpos que quedaban en el interior el arco de luz de la linterna. Oyó el crujido de los zapatos de Hauser cuando el sargento cruzó la entrada.

–Todo ha terminado, señor. Tenemos a dos con esposas en el taller. Tenga. –Arrojó un abrigo a Schenke–. Es el suyo, creo. Con agujeros de bala y todo.

Schenke se lo puso, agradecido, se abrochó los botones, y miró el rostro de Huber, con los labios todavía curvados en una cínica sonrisa.

–¿Ha oído todo lo que ha dicho? –preguntó a Hauser.

–Hasta la última palabra.

–Entonces ya debe de saber que no ha terminado nada. De hecho, acaba de empezar... Que Dios nos asista.

Capítulo treinta y siete

El camión volvió de la torre de control con los tres últimos cuerpos, que colocaron en fila junto a los demás, enfrente de las puertas rotas del taller. Los focos de cabina de los otros dos vehículos iluminaban la escena mientras la policía recogía las armas. Buscaron el escondite de la banda para reunir cualquier prueba relevante, así como la probable acusación de los dos supervivientes, Breker y Kappler.

Mientras tanto, Schenke permaneció sentado en la cabina de uno de los camiones.

–Intente no moverse, señor –le pidió el sargento, mientras usaba un trozo de gasa empapada en desinfectante para limpiarle los cortes producidos por los vidrios–. Parece como si se hubiese peleado con Max Schmeling.

–Me siento más bien como Schmeling después de que Joe Louis terminase con él.

–Eso no es muy patriótico por su parte, señor...

–Pero pertinente.

–No estoy seguro de que Karin vaya a aprobar su aspecto...

Karin... Schenke estuvo de acuerdo en que se pondría loca de preocupación.

–Lo importante es que hemos salido bastante bien del trance. No hemos tenido muertos ni heridos de nuestro lado.

–Supongo que sí –dijo Schenke.

No había conseguido salvar la vida a Pieper y Huber, y por tanto el secreto de la identidad de los otros implicados parecía haber muerto con ellos. Hasta ahí llegaba su pesar. Cualquier

posible simpatía que sintiera estaba reservada a quienes habían decidido vengarse de los asesinos. Incluso hacia Oehler, que seguía siendo un padre doliente a pesar de sus puntos de vista retorcidos. Y la compasión la reservaba para los niños, las auténticas víctimas de todo aquel asunto lamentable. Cuando sus rostros aparecían en su mente de vez en cuando, se le llenaba el corazón de negra desesperación. ¡Qué horror debieron sentir tras ser arrancados de sus familias y recibir un trato tan cruel! Y el peso en su conciencia era mayor tras la confesión de Huber con respecto al programa de eutanasia. Si todo eso era cierto... Se esforzó por alejar esa línea de pensamiento. Había otros asuntos que atender primero.

–Tendremos que registrar las viviendas de los implicados para ver si hay otros de los que no sepamos nada.

Hauser miró la hilera de cuerpos que yacían bajo el resplandor de las lámparas.

–Dado lo que he oído antes, cuando Huber estaba vomitándolo todo, debe de haber cabrones como él y Pieper operando en todo el país –dijo, en voz baja–. Y siguiendo órdenes de alguien en lo más alto. No creo que sea una buena noticia para nosotros, señor.

–No..., pero al menos detuvimos a este grupo.

–Igual no deberíamos haberlo hecho. Quizá fuera mejor ir a por la gente a la que perseguían.

Schenke se había estado preguntando cuánto tardaría su sargento en sugerir algo así. De hecho, una parte de sí mismo deseaba fervientemente que los que estaban a cargo del programa fueran cazados y sus actos revelados a la opinión pública. La nación quedaría tan horrorizada que el partido tendría que clausurar el proyecto. Pero había demasiados obstáculos para que un deseo como ése fuera posible. Aun así, quizá se pudieran dar algunos pasos para enfrentarse a la situación. El conocimiento de tal monstruosidad era una carga más pesada de lo que podía soportar cualquier hombre.

–Hauser, piénselo bien –le pidió–. Si Huber dijo la verdad, ¿contra quién cree que nos enfrentaríamos? ¿Cuánto tiempo nos permitirían vivir si intentásemos llevarlos ante la justicia?

El sargento frunció el ceño.

–¿Está usted sugiriendo que no hagamos nada?

–Más bien que, hagamos lo que hagamos, seamos cuidadosos. Porque será peligroso tanto para nosotros como para nuestros seres queridos.

–Pero... –Hauser cerró con fuerza los ojos–. Mierda..., mierda... –Parecía hundido en la desesperación.

Al contemplar a su sargento, Schenke se sintió muy agradecido de que fuese Hauser quien interviniera en la torre de control. Liebwitz, en cambio, habría perseguido a los culpables dentro del partido hasta que su búsqueda lo destruyera. O quizá no. Quizás el hecho de que el programa viniese de lo más alto del régimen le hiciese ver que era algo que no podía ser desafiado. Incluso cabía dentro de lo posible que se inclinara por el mismo razonamiento que Schenke: elegir sólo las batallas que pudiera ganar. A pesar de las experiencias vividas con él, el inspector se dio cuenta de que no comprendía lo bastante bien a Liebwitz para saber cómo reaccionaría. Motivo de más para alegrarse de estar hablando con Hauser.

–Escúcheme, sargento: tres de los hombres culpables han muerto, pero al menos el doble de los padres también han fallecido, o morirán en cuanto Heydrich les eche las manos encima. Debemos tener la esperanza de que este incidente le enseñe al régimen que no pueden ocultar todos sus secretos. Quizá cierren el programa para no arriesgarse a provocar a otros hombres como Gruber. Es a lo mejor que podemos aspirar por el momento. Así es como funciona esta mierda de investigación.

–Parece que ha estado hablando demasiado tiempo con Liebwitz. Esto va del bien y el mal, señor. Es la única forma de medir las cosas al final.

–Pero no estamos en ningún final. Habrá un ajuste de cuentas, pero me temo que no ocurrirá hasta dentro de un tiempo. Meses, años... ¿Quién sabe? Sea como sea, nuestro deber es sobrevivir y dar testimonio. Para eso, tenemos que mantenernos vivos. Es una verdad muy dura que debemos sobrellevar mientras luchamos contra el mal desde dentro del sistema. Porque si no lo hacemos nosotros, ¿quién lo hará?

Pero mientras hablaba, Schenke no pudo evitar preguntarse si no sería el mismo sistema la fuente del mal. ¿Qué harían

entonces?

Hauser se quedó callado un momento.

–No sé si podré hacerlo, señor. Tengo hijos. Cuando pienso en las víctimas de Pieper, veo las caritas de mis niños...

Un fulgor de luz captó la atención de Schenke: dos vehículos se aproximaban por la carretera perimetral de la terminal de Tempelhof.

–Tenemos compañía.

–¿Más compinches de Gruber?

–No. Ya nos hemos ocupado de los que estaban en los archivos de Lenger.

–Entonces quizás hay otras células...

–Es posible –reconoció Schenke.

Pero, dada la sincronización, no le parecía probable que el abogado pudiese haber descubierto a una red semejante. Había una explicación más verosímil.

–Creo que son hombres de Heydrich.

–¿Cómo han podido enterarse con tanta rapidez?

–¿A usted qué le parece? Alguien de Pankow se lo ha contado.

–¿Y qué estarán haciendo aquí?

Schenke trató de pensar con rapidez.

–Atando los cabos sueltos. –Se volvió a Hauser con el corazón acelerado. Sólo tenían unos minutos antes de que los vehículos distantes llegasen hasta donde se encontraban ellos–. ¿Todavía quiere usted hacer algún bien? Escuche...

* * *

Apenas un minuto más tarde, ambos dejaron la cabina. Schenke llamó a los sargentos uniformados.

–Ya hemos cumplido lo que vinimos a hacer. Les doy las gracias a usted y a sus chicos, pero hace mucho frío y ya es hora de que volvamos a Pankow antes de que se nos congelen las pelotas. Carguen los cuerpos y los prisioneros en uno de los camiones y déjenlo aquí. Nosotros nos lo llevaremos. Salgan cuando estén preparados y procuren ir en esa dirección. –Señaló

la carretera opuesta a aquella por la que se acercaban los vehículos–. No entorpezcan a los refuerzos.

Los sargentos miraron hacia las luces débiles que se aproximaban.

–¿Refuerzos? –inquirió uno.

–Gestapo –respondió Schenke–. Siempre llegan tarde a la escena cuando hay problemas, ¿verdad?

Lanzó una risa forzada, que los otros respondieron de inmediato. Luego se apresuraron a cumplir sus órdenes, ansiosos de retirarse antes de que llegasen los de la Gestapo.

–Esperen. ¿Alguien ha visto a Zebrinski?

Uno de los sargentos señaló con el pulgar hacia la terminal.

–Se fue en cuanto empezaron los tiros, señor.

Schenke sonrió.

–Muy sabio por su parte. Está bien, ya tienen sus órdenes. Vayan.

En cuanto los camiones de los Orpo desaparecieron entre los edificios, Schenke corrió a la parte trasera del vehículo que quedaba, apartó la lona que lo cubría e iluminó los cuerpos que yacían en el interior. Los prisioneros estaban sentados en unos estrechos bancos de madera a ambos lados. Levantaron la mano para taparse los ojos.

–Salgan –les ordenó, y se apartó un poco.

Los dos hombres dudaron.

–Bajen ahora mismo, si quieren vivir –insistió–. La Gestapo llegará en pocos minutos. Dado lo que han hecho, creo que está claro lo que les espera si llegan a las celdas de Prinz-Albrecht-Strasse.

Obedecieron al comprender lo que les estaba diciendo. El que había salido indemne ayudó a su compañero herido. Una vez fuera del camión, Schenke señaló hacia las ventanas destrozadas de la parte trasera del taller.

–Huyan por ahí y sigan el camino hasta que encuentren refugio en otro edificio. Después, serán libres siempre que se mantengan lo más alejados posible de Berlín. Si quieren mantener a sus familiares fuera de peligro, no contacten con ellos. También les recomiendo que, en caso de riesgo de ser capturados, más les vale que no los cojan vivos. A ustedes, a su

familia y a nosotros. ¿Entendido?

Uno de los padres lo miró, suspicaz.

–¿Por qué nos deja libres?

–¿Importa acaso? Váyanse antes de que sea demasiado tarde y dejen de preocuparse por nosotros. ¡Largo!

Tras darle un empujón al que tiraba del otro, ambos cruzaron el taller y, tras subirse a la ventana, desaparecieron en la noche. Schenke se volvió hacia Liebwitz, que no había dicho nada durante la conversación pero lo miraba con expresión de curiosidad.

–Scharführer, necesito saber que puedo confiar en usted.

–¿Señor?

–¿Sabe por qué he dejado escapar a esos hombres?

–Parece que tiene algo que ver con el imperativo moral asociado con la aplicación de la justicia, señor.

Schenke no pudo evitar una torva sonrisa.

–Ciertamente.

–Entiendo su necesidad de venganza, señor –continuó Liebwitz, en tono neutro–. Como apreciará.

–Entonces, puedo confiar en que no le cuente a nadie que los he dejado escapar.

–Sí, señor. Pero ¿puede usted confiar en que esos hombres no hablen, si los cogen vivos?

–Después de lo que han pasado, se merecen una oportunidad de vivir. No puedo soportar la idea de entregarlos a los matones de Heydrich. Confío en que no me traicionarán.

–Su generoso gesto es un riesgo, señor.

–Lo sé. Me aseguraré de que sea responsabilidad mía únicamente si me piden cuentas.

–Sí, señor. –Liebwitz se quedó callado un momento–. He llegado a la conclusión de que es usted un buen hombre, inspector. Espero que no sea su perdición.

Tras aquello, se subió a la cabina del camión.

–Esto ha sido inesperado –dijo Hauser, tras lanzar un silbido suave–. Siempre he imaginado que nuestro amigo trataría este asunto según las normas.

–Tiene sus motivos. Motivos personales. Intente no provocarlo tanto en el futuro.

–Sí, desde luego.

* * *

El gruñido de los vehículos creció hasta que, unos segundos después, las luces de un coche estilizado aparecieron entre los edificios e iluminaron a los hombres de la Kripo. Lo seguía un camión grande y cubierto.

–Pues vamos allá –murmuró Hauser.

Los vehículos aminoraron su velocidad hasta aparcar a escasa distancia. Alguien gritó una orden y varios hombres bajaron de la parte trasera del camión para formar un cordón frente al taller. Una vez asegurada la zona, se abrió la portezuela trasera del coche, por la que salió un oficial con gafas y una gorra. Cuando la luz incidió sobre él, pudieron distinguir la insignia de plata de las SS en el cuello de su uniforme, junto con la pequeña calavera de metal en la parte delantera de la gorra. Al verlo avanzar, Schenke lo reconoció de inmediato. Era el hombre que estaba con Heydrich en el hotel Adlon.

El individuo se enderezó y echó un vistazo a su alrededor, hasta posar al fin los ojos sobre Schenke.

–Alguien en Pankow nos ha dicho que quizá necesitasen algo de ayuda. ¿Dónde han ido los uniformados?

–Los he enviado de vuelta a la comisaría. –Schenke señaló las luces distantes de los camiones de la Orpo que avanzaban por la carretera perimetral–. Ya no tenía mucho sentido mantenerlos aquí, teniendo en cuenta que el trabajo está hecho.

–¿Qué ha ocurrido aquí?

–Me temo que no conozco su nombre...

El oficial de las SS levantó la barbilla y señaló su insignia.

–¿Reconoce usted el rango?

–Sí, señor.

–Mejor. –Los labios del hombre se retorcieron brevemente–. Obergruppenführer Bouhler...

Al reconocer el nombre, Schenke notó que la sangre se le congelaba.

–Imagino que está usted sorprendido de ver a un oficial de mi

rango asistiendo a este incidente. Y, si no es así, debería estarlo. Tómelo como una medida de la seriedad con la que nos tomamos este asunto en la Oficina Principal de Seguridad del Reich.

–Sí, señor.

–Bueno, ¿los cogieron ustedes al final?

–Así es, señor. Los cuerpos están en la parte de atrás. Por desgracia, no pudimos salvar a los prisioneros. El doctor Pieper y Huber fueron asesinados durante el tiroteo con los miembros de la banda.

–Enséñemelos.

Schenke dirigió la marcha e iluminó con su linterna los cadáveres. Bouhler los miró en silencio un momento.

–Bien.

–El líder parecía ser ése, señor. –Schenke señaló con la linterna a la cabeza de Gruber–. Un abogado.

–Abogados, ¿eh? Son una molestia, en el mejor de los casos. Peor aún cuando se les mete entre ceja y ceja la idea de perseguir la justicia.

Bouhler sacudió la cabeza, luego se apartó del camión y se dirigió a la entrada destrozada del taller. Schenke lo siguió e inspeccionaron el interior a la luz de la linterna de foco del camión. La segunda horca todavía colgaba sobre el foso de inspección.

–Inspector Schenke, ahora que usted ha encontrado y eliminado a la banda responsable de la muerte de Schmesler, el asunto está cerrado.

–Sí, señor.

–Ya sabe lo que se dice: los muertos no hablan...

–Lo he oído decir, señor.

Bouhler se volvió hacia él.

–¿Alguien de la banda tuvo ocasión de comentar algo con usted o con los oficiales de policía implicados en el incidente?

–No, señor. El tiroteo empezó en cuanto descubrimos su posición y vimos que estaban a punto de ejecutar a los prisioneros.

–Lástima que no fuera usted capaz de salvar a Pieper y Huber. El doctor Pieper era un valioso miembro de las SS, y Huber era un buen camarada del partido. Se les echará en falta.

Entiendo que no hay forma de saber si pasaron información a sus captores o a alguien más antes de morir, ¿no?

–No, señor.

–Ya veo. Entonces el asunto de las muertes de los niños murió también con ellos.

–Eso parece, sí.

–En ese caso, lo único que queda es que entregue usted su informe directamente a la oficina de Heydrich, a poder ser mañana.

–Sí, señor.

–No se hará ninguna copia del informe para los archivos de la Kripo. Entregará usted el original junto con sus notas. O sea, toda la información que tenga que ver con el caso. ¿Queda claro?

–Sí, señor. Pero...

–No hay pero que valga, inspector. El doctor Pieper y sus socios estaban implicados en asuntos criminales de tal envergadura que el conocimiento público de sus actos dañaría la reputación del partido y a sus funcionarios. Ellos actuaban independientemente. El partido no sabía nada de sus actividades. ¿Entendido?

–Sí, señor.

–Alemania está en guerra. Su gente no puede permitirse que la muerte de unos desdichados niños la distraiga. Sin embargo, los culpables han sido castigados, y los padres que se tomaron la justicia por su mano han pagado con sus vidas. El asunto está resuelto. En cuanto remita su informe, no habrá necesidad de hablar más de ello. Espero que le complazca dejar atrás este asunto malsano y vuelva a dedicarse a otros temas, inspector.

–Yo...

–¿Pero qué es lo que quiere? –El rostro de Bouhler reflejaba una expresión de irritación preocupante, así que Schenke se esforzó por calmarse–. ¿Tiene algo más que decir?

–No, señor.

–Entonces haré que mis hombres se lleven los cuerpos y se deshagan de ellos mediante el procedimiento especial. Nos ahorrará cualquier papeleo de los que suelen hacer en su sección de Pankow. Ya puede irse. –Bouhler hizo una seña por encima de su hombro–. Vuelva a su despacho y redacte el informe.

De pronto, se desentendió del inspector y empezó a gritar órdenes a sus subordinados. Uno de ellos hizo retroceder el camión de las SS hasta la caja del otro vehículo y rápidamente transfirieron los cuerpos. Luego se subieron al vehículo y cerraron la portezuela abatible. Bouhler se tocó la visera de la gorra como despedida y subió de nuevo al coche, que partió seguido por el camión.

–¿Y ahora qué? –preguntó Hauser.

–Ahora recemos a Dios para que estén tan desesperados por cubrir esto que no indaguen más sobre el informe que voy a escribir. Como se les ocurra preguntar a los uniformados o encuentren a los fugitivos, las cosas se nos complicarán, amigo mío.

–Es un maestro en el uso del eufemismo, señor.

–Vámonos ya de este sitio.

Se subieron a la cabina, uno a cada lado de Liebwitz. El Scharführer estaba agachado hacia delante para mantener el calor, mirando al frente.

–¿Está bien, Liebwitz? –le preguntó Schenke, mientras Hauser apagaba el foco.

–Perfectamente, señor.

–Le debo más que una disculpa por no delatarnos ante esos hombres. Lo he puesto en peligro; a usted, al sargento y a mí mismo.

–Descuide, señor –replicó Liebwitz. Se quedó callado y luego continuó–: A veces, el peligro es inevitable.

–¿Está dispuesto a aceptar ese hecho?

–¿Habría alguna diferencia en caso contrario, señor?

Hauser metió la llave de contacto y puso en marcha el motor.

–Buena respuesta. ¿Sabe? Para ser un hombre de la Gestapo, es usted un buen tipo.

Liebwitz lo miró y se encogió de hombros. Luego dirigió de nuevo la vista hacia delante.

–¿Volvemos a la comisaría, señor? –preguntó Hauser.

–Sí –respondió Schenke. Anulada la crisis, sintió que el agotamiento hacía mella en él; le costaba pensar correctamente–. Y luego a casa. Nos vendrá bien dormir un poco.

–Claro, maldita sea. –Hauser puso la primera marcha y el

camión empezó a avanzar entre la nieve.

Schenke clavó una mirada ausente en el exterior, mientras el vehículo traqueteaba por la pista cubierta de hielo. Pero para él todavía no había terminado la noche. Le quedaba una tarea más antes de poder permitirse el descanso.

Capítulo treinta y ocho

Justo cuando Schenke aparcó el coche patrulla frente a la casa de los Schmesler, sonó el campanario de la iglesia. Apagó el motor y comprobó la hora en su reloj bajo el débil resplandor de las luces del salpicadero. Las once en punto. Le dio al interruptor y la oscuridad llenó de nuevo el interior del coche.

Se quedó un momento allí sentado, mirando hacia la calle, pero no advirtió señal alguna del coche que antes vigilaba la casa. En cualquier caso, no dudaba de que al día siguiente habría ojos nuevos sobre la casa. Bouhler iría a por las familias de cualquiera que estuviera conectado con la banda de Gruber, aunque sólo fuera para buscar cualquier resto de información incriminatoria. Por fortuna, la rutina de la Gestapo era tan inamovible como previsible: llegar al amanecer, golpear en las puertas, apartar a los somnolientos moradores y, a continuación, revolver sus casas de arriba abajo. Así que, de momento, no había peligro alguno.

Salió del coche, subió los escalones y golpeó la puerta con el llamador. Dentro sonó un débil tintineo y tuvo que esperar pacientemente un minuto hasta que en la ventana del primer piso se abrió una rendija.

–¿Quién anda ahí? –preguntó Brigitte Schmesler.

–Schenke. Déjeme entrar...

Ella dudó.

–Es tarde...

–No hay tiempo que perder. Abra.

Se oyó una conversación en sordina, y luego la ventana se cerró. Unos momentos más tarde, corrieron los cerrojos y lo

dejaron entrar en la casa. En cuanto aseguraron de nuevo la puerta, Brigitte encendió la luz del vestíbulo, lo que le permitió ver que llevaba un abrigo de piel encima del camisón y el batín de noche. En el vestíbulo también se encontraba Ruth, vestida de forma similar. Notó un brote de afecto al verla, pero también una gran ansiedad por su seguridad.

–Horst, ¿qué pasa? –preguntó ella–. ¿Por qué has venido a estas horas?

–Debéis marcharos, y rápido. Haced las maletas y salid cuanto antes.

–¿Por qué? –preguntó Brigitte–. ¿Qué está pasando?

–Escuche, tengo que sacar a Ruth de aquí. Casi con toda seguridad la Gestapo les hará una visita mañana a primera hora para registrar su casa.

–¿Otro registro?

Schenke asintió.

–Y esta vez lo pondrán todo patas arriba para asegurarse de que no se dejan nada. Si Ruth está aquí, se la llevarán y la enviarán a los campos. Es muy probable que usted también corra la misma suerte por dar cobijo a una judía, aunque no descubran la verdad sobre su origen.

Los ojos de Brigitte se abrieron mucho y se volvió hacia Ruth.

–¿Se lo has contado?

–Sí. Confío en él. No se lo dirá a nadie más.

–¿Por qué?

–Tenía que entender por qué te estaba ayudando.

Brigitte bajó la cabeza un momento, luego levantó la vista hacia Schenke.

–¿Y por qué van a venir aquí los de la Gestapo?

El inspector suspiró. Tal y como había anticipado, tenía que contarle la verdad sobre su marido.

–Me vendría muy bien una bebida caliente.

–Sí, claro. –Ella señaló la puerta al fondo del vestíbulo–. En la cocina me queda un poco de café. El fogón mantiene la habitación caliente.

–Suena bien. –Schenke sonrió agradecido y la siguió.

Ruth caminó a su lado.

–¿Sabe la Gestapo que estoy aquí?

–No. Al menos, no lo creo. –Le apretó la mano con suavidad–. Te llevaré a algún sitio donde estés segura unos días hasta que encuentres otro lugar donde quedarte.

Él se sentó en la mesa de la cocina y, tras quitarse el sombrero, se pasó la mano por el pelo. Le dolían los ojos del cansancio. Brigitte se puso a buscar algo en un armario, y Ruth tomó asiento frente a él con expresión preocupada.

–Tienes un aspecto horrible.

–Gracias...

–¿Has tenido un accidente? ¿Te has peleado?

–Una pelea. –Él forzó otra sonrisa–. Deberías ver cómo ha quedado el otro...

–Horst, ¿qué ha pasado?

En el camino desde Tempelhof, Schenke había tenido tiempo de pensar qué contarles a ambas mujeres. Llegó a pensar que lo mejor sería ocultarles la verdad sobre Manfred, para protegerlas de cualquier peligro. Pero al final decidió que la enormidad de lo que había descubierto tenía que ser conocida. En el futuro, cuando se pidieran cuentas a los culpables, sería bueno que alguien diera testimonio de lo ocurrido. Por muy terrible que fuese para Brigitte y Ruth, debían compartir esa carga.

La viuda levantó la pesada tapa de una de las placas del fogón y puso encima la cafetera, y luego se sentó junto a Ruth. Schenke estaba demasiado cansado para medir sus pasos, así que empezó con sencillez.

–Hemos encontrado a los asesinos de su marido. Y los seguimos hasta su escondite en el aeródromo de Tempelhof, donde se desató un tiroteo. El líder y la mayoría de sus hombres han muerto.

Brigitte se llevó una mano a la boca al mismo tiempo que daba un respingo, y luego se inclinó para acercarse más al inspector.

–¿Y quiénes eran?

–Los padres de unos niños que fueron llevados a una clínica para discapacitados, donde fueron asesinados. Buscaban venganza.

Ruth frunció el ceño.

–¿Y eso qué tiene que ver con Manfred?

Schenke sostuvo su mirada.

–Conoces mejor que nadie las políticas del partido: la raza aria debe ser purificada. Por eso han prohibido el matrimonio entre judíos y arios, o han esterilizado a las criaturas engendradas por las tropas negras, cuando ocuparon Renania tras la última guerra. También quieren eliminar a lo que llaman «consumidores inútiles», o sea, a los discapacitados mentales y físicos. Y decidieron empezar por los niños. Todo en nombre de la higiene racial.

Clavó su mirada en Brigitte.

–Ésa es el área en la que estaba especializado su marido. Su nombramiento más reciente lo destinó a una oficina establecida por la Cancillería, desde donde se puso en marcha un proyecto secreto. –Hizo una pausa–. El objetivo del programa es recopilar informes médicos de niños nacidos con defectos mentales y físicos, los cuales eran estudiados por Manfred y otros especialistas de confianza del régimen. Aquellos que pudieran suponer una carga para el Estado eran marcados para ser asesinados en la clínica a la que eran enviados. –Volvió a enmudecer durante un momento, a la vez que agitaba la cabeza con tristeza–. Lo siento, Frau Schmesler.

–No. –La mujer cerró los ojos–. No. No es cierto. Manfred, no. Él nunca habría podido...

–Sí que pudo. Y por eso fue asesinado por los padres de sus víctimas.

–Espera –intervino Ruth–. ¿Cómo has podido enterarte de todo esto, si era secreto?

–Lo deduje en su mayor parte, pero luego me lo confirmó uno de los responsables de los asesinatos antes de morir, esta misma noche.

–¿Y cómo descubrieron la verdad esos padres?

–Porque se sucedieron demasiadas muertes en el mismo lapso de tiempo y bajo circunstancias similares. Eso los hizo sospechar. Varios se aliaron para encontrar una respuesta, y, cuando lo consiguieron, decidieron cazar y asesinar a los responsables. Por eso trataron de apartarme de la investigación del asesinato de Manfred. De haberlo sabido, quizá sí lo habría dejado correr

para que se ocuparan de los cómplices de su marido. Quizá.

Ruth negó con la cabeza.

–Yo conocía a Manfred desde niña. Era un buen hombre. Adoraba a los niños. Nunca les habría hecho el menor daño. Incluso después de que el partido tomara el poder, cuidó de nosotros. De mí y de mi familia... Era un buen hombre –repitió, sin demasiada convicción.

–No siempre, parece ser.

La cafetera empezó a burbujear, a soltar vapor, así que Schenke la sacó del hornillo y cogió unas tazas. Sirvió un poco del contenido en cada una y luego volvió a su puesto, donde se calentó las manos con el café antes de llevárselo a los labios. La cabeza de Brigitte permanecía agachada, como si estuviera intentando asimilar lo que había oído. Schenke dio un sorbo al fin, cuidadoso. El caldo negro estaba amargo y tenía un gusto desagradable. La mezcla de sucedáneos jamás conseguiría pasar por auténtico.

–¿Y ahora qué? –preguntó Ruth.

–¿Ahora?

–Has averiguado lo que estaba pasando. Sabes lo de su programa de eutanasia. Alguien tiene que ponerle fin. La policía tendría que hacer algo. Son asesinatos.

–Sí, lo son. Pero están autorizados por la cúpula, quizá por el mismísimo Hitler, en cuyo caso tiene que mantenerse en secreto. Así es como funciona este régimen. El Führer decide lo que está dentro de la ley y lo que no, en estos tiempos. Nadie puede cuestionárselo. Si ha aprobado el programa, no se puede hacer nada para detenerlo. Nada, ¿comprendes? Estoy impotente.

–Quiero que se vaya de aquí –dijo Brigitte. Se levantó con expresión airada–. Quiero que se marche de mi casa.

Schenke dio otro sorbo al café y dejó la taza.

–Como quiera. Ruth, coge tus pertenencias.

Ella se había vuelto hacia Brigitte y le tomó la mano, desgarrada entre la necesidad de consolarla y la de abandonar la casa con la que tan familiarizada estaba desde niña.

–Tienes que irte con él –dijo Brigitte–. Estaré bien, mi pequeña. Vete.

Ruth se inclinó para besarla en la mejilla, luego se levantó y

corrió hacia el sótano.

Schenke se puso de pie.

–La esperaré en la puerta delantera.

Brigitte lo despidió con un gesto de la mano. Schenke le echó una última mirada: los hombros hundidos, el pecho agitado mientras luchaba por contener las lágrimas... Luego salió de la cocina y cerró la puerta con suavidad tras él.

Unos minutos después, Ruth se le unió, vestida y cargada con una bolsa de mano de aspecto baqueteado. Sólo se detuvo un instante para mirar hacia atrás, al vestíbulo.

–Espero que consiga asimilar lo que le has contado. ¿Y si se lo dice a alguien?

–No lo hará.

–¿Cómo puedes estar seguro?

–¿Lo harías tú, si Manfred fuera tu marido? Ella conseguirá aceptarlo, algún día. Pero pasará mucho tiempo. Puedes volver a consolarla cuando sea seguro.

–¿Y adónde me llevas?

Él ya se había decidido. Hasta que arreglase su desacuerdo con Karin, el apartamento sería bastante seguro.

–A mi casa. Allí podrás pasar desapercibida mientras pensamos adónde puedes ir después.

Ella lo miró.

–¿Tu casa?

–Sí. –Su escrutinio lo hizo sentirse incómodo–. Sólo quiero que no sufras ningún daño.

–¿Y qué pasará contigo? ¿Qué le puede ocurrir a un inspector de la Kripo si descubren que está ocultando a una judía?

–Eso es problema mío. Vamos.

Salieron del edificio y llegaron al coche. Schenke puso la maleta en el asiento de atrás, donde también la hizo sentarse.

–Mantente agachada. No quiero preguntas comprometidas si alguno de mis vecinos me ve en el coche con una mujer a estas horas de la noche.

Completaron el breve viaje en silencio. Schenke aparcó a cierta distancia de la entrada principal de su bloque. Se volvió hacia ella.

–Iremos por el patio. Hay menos posibilidades de que alguien

nos vea. Lo último que quiero es que nuestra portera cotilla te vea. ¿Preparada?

Ella asintió.

Tras bajar del coche, Schenke la cogió del brazo y recorrieron el oscuro callejón que, tras pasar por debajo de un arco, daba al patio. Él encendió la linterna para orientarse hacia la entrada trasera, luego abrió la puerta y miró hacia la escalera. Todo tranquilo. Le hizo señas para que avanzara y subieron por la escalera hasta su apartamento. Una vez dentro, él pasó la cadena de seguridad de la puerta y encendió las luces.

Ruth observó los detalles del vestíbulo.

–Sobrio y ordenado. Lo que esperaba de un policía soltero.

–¿Cómo sabes que estoy soltero?

–No llevas anillo. Tampoco hay toque femenino alguno en este lugar, y no podías haberme traído aquí de estar casado, obviamente.

–Bastante acertado. –Se volvió para señalar las puertas–. Cocina, despensa, baño, salón, mi estudio y el dormitorio. Puedes quedarte en la cama. Yo me las arreglaré con el sofá.

Ambos se miraron a los ojos, en silencio, hasta que Ruth se puso de puntillas, le puso la mano en la nuca, y lo besó en los labios. No duró más que un momento, pero el calor del aliento de ella y la suavidad de su piel causaron en Schenke tal estremecimiento de emoción que sintió cómo se extendía a través de sus venas. Cuando ella hizo ademán de retroceder, el inspector la cogió entre sus brazos y la sujetó. Esta vez fue él quien apretó sus labios contra los de la mujer. Cerró los ojos y se entregó al deleite, dejando a un lado momentáneamente todos sus problemas.

Al cabo de un minuto, se separaron, incómodos.

–Lo siento –dijo él.

–¿Por qué?

–Te he dicho que no esperaba ningún favor.

–¿Ah, eso es, entonces? A mí no me lo ha parecido.

–No es justo por mi parte.

–No me estás obligando a hacer nada que no quisiera hacer, Horst. Bésame otra vez.

Él dudó.

–Quiero que lo hagas –dijo ella, acariciándole la nuca y haciendo que le temblase la carne.

–No puedo. –La apartó un poco–. Hay otra persona. Al menos, espero que todavía la haya.

Se sintió avergonzado al recordar la discusión con Karin. Era el tipo de malentendidos que las parejas acaban solucionando, cuando se extingue el resentimiento. Y, sin embargo, había una parte de él que no lamentaba haberse visto apartado durante un tiempo de las ocasionales fricciones que comportaba estar con ella.

–Está bien –Ruth sonrió con cierta tristeza–. No quiero forzarte.

Ella atravesó el salón y se fue al dormitorio, donde desapareció. Schenke fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua, que bebió en unos pocos tragos ansiosos. Se quitó la ropa, la colgó junto a la puerta y luego fue al armario que había en el vestíbulo, donde guardaba ropa de cama y toallas de repuesto. Cogió dos mantas y una almohada e improvisó una cama en el sofá. Hacía frío en el salón, pero estaba demasiado cansado para pensar en encender un fuego. Así que simplemente se quitó la corbata y los zapatos, se aflojó la camisa, y luego se dejó caer antes de cubrirse con las mantas.

Estaba furioso consigo mismo. El plan siempre había sido darle cobijo a Ruth durante unos pocos días, hasta que hubiese pasado el peligro de la Gestapo. Nunca tuvo ninguna otra intención... O tal vez sí. Se conocía muy bien a sí mismo y veía más allá de aquel autoengaño. Ella lo atraía. La deseaba, y saber aquello le asustaba, teniendo en cuenta el peligro que suponía para ambos.

A pesar del agotamiento no podía dormir, en parte debido al frío entumecedor que se había apoderado de su cuerpo. Se levantó, fue al armario del vestíbulo y cogió otra manta. Entonces escuchó un suave clic en la puerta del dormitorio y Ruth apareció allí de pie con una de sus camisas gruesas de montaña, con las piernas desnudas cruzadas por los tobillos.

–Espero que no te importe. –Ella tocó la tela que le cubría el pecho–. He encontrado esto en el cajón del vestidor. Hace mucho frío.

–Sí que lo hace.

Ella lo miró.

–Nos calentaríamos mejor los dos si nos metiéramos en tu cama. Necesitas dormir, Horst. No podrás dormir si tienes frío.

–Yo...

–Sssh. Ya te he dicho que no me estás obligando a hacer nada. Quiero hacer esto. Ahora, bésame otra vez.

Él le pasó los brazos alrededor y la atrajo hacia sí. Esta vez se abandonaron los dos al beso y al abrazo que los mantenía juntos y apretados. Mientras la rodeaba, Schenke se sintió desgarrado por sentimientos enfrentados: de culpa por su traición hacia Karin; de ansiedad por la locura de lo que estaban haciendo.

–Esto es peligroso –susurró él–. Muy peligroso.

–Vivimos en tiempos peligrosos, Horst. Es mejor que comprendamos eso y convivamos con ello, si queremos sobrevivir.

Entonces Ruth se apartó y lo condujo hacia la cama. Se metió bajo las mantas, mientras Schenke se desnudaba. Él extendió la frazada que sobraba por encima de la cama y se quedó allí de pie, desnudo.

–¿A qué esperas? –dijo Ruth, en voz baja–. Ven conmigo.

Capítulo treinta y nueve

6 de febrero

El teléfono que sonaba en el vestíbulo sacó a Schenke de un sueño en el cual iba andando por las montañas de Bavaria, un cálido día de verano. Se había detenido a descansar junto a una taberna y a tomarse una cerveza, y oía a los niños jugando. Pero, al abrir los ojos, se encontró echado de espaldas, mirando al techo de su dormitorio. El teléfono dejó de sonar y él se preguntó si en realidad había sido parte del sueño. Tenía la mente empañada por una niebla soñolienta, y luego oyó un suspiro en su oído y una mano se posó en su pecho y le acarició el hombro.

De inmediato se despejó del todo y vio a Ruth echada junto a él, con mechones de su pelo negro por delante de los ojos. Sólo se le veía la nariz y los labios, que se movieron suavemente y murmuraron algo muy bajito. Los acontecimientos del día anterior y, sobre todo, de la noche anterior, volvieron en tromba a su mente, lo que hizo que se incorporara rápidamente.

–¿Mmm? –Ruth retiró su brazo y se apartó, pero luego se retorció hacia él, de modo que pudo sentir de nuevo su piel caliente.

Schenke se frotó la frente. Tenía un ligero dolor de cabeza y estaba inquieto por lo ocurrido la noche anterior. Acostarse con Ruth estuvo mal, en todos los sentidos que se pudiera imaginar, aunque le hubiese permitido olvidar los peligros del mundo y rendirse a la intimidad. No dejaba de pensar que había

traicionado a Karin y utilizado a Ruth, aunque era ella quien había empezado con lo de hacer el amor.

El teléfono sonó de nuevo. Salió de debajo de las mantas al aire frío del dormitorio, agarró su batín de detrás de la puerta y se fue al salón, donde levantó el receptor.

–Schenke –dijo en voz baja.

–Horst, soy yo.

Él notó que la sangre se le helaba.

–Karin...

–He llamado a la oficina de tu sección y a tu piso. ¿Estás bien? –La preocupación en ella era tan evidente que abrió una nueva herida en su conciencia–. He estado muy preocupada por ti.

–La investigación me ha tenido muy ocupado... Pero ya se acabó.

–Ah..., ¿la niña de Scholtz?

–Sí.

–¿Has averiguado algo?

–Sí.

–¿Y?

¿Cómo podía responder a aquello, dada la maraña de horrores que habían desenterrado?

–Era lo que se temían.

–¿Y habéis encontrado al responsable?

–Sí.

Él notó un suave silbido como de vapor que se escapa al otro lado de la línea.

–¿Qué pasa, Horst? Cuando me hablas con monosílabos, me preocupo.

–Lo siento, no puedo hablar de todo esto por una línea abierta. Además, estoy muy cansado. No pienso correctamente. Estaré mejor cuando haya tomado una ducha y comido algo.

–Bueno, no quiero interrumpirte –respondió ella, con un tono cortante.

–Karin, lo siento...

–¿Lo sientes?

Durante un instante, tuvo el impulso de confesar. De decir la verdad abiertamente para no tener que cargar con engaño

alguno, de llenar el mundo con más mentiras, dolor y crueldad. Pero en absoluto quería tener aquella conversación mientras Ruth estuviese en su apartamento. Podía estar despierta, escuchando, por lo que luego tendría que enfrentarse a ella.

–Siento no tener tiempo para explicarte todos los detalles ahora. Te lo contaré cuando nos veamos. Tenemos que hablar.

–Sí, creo que sí. –Su voz temblaba ligeramente–. Escucha, Horst. He decidido irme de Berlín unas semanas. Voy a pasar un tiempo con unos amigos en Austria. Llevaba años prometiéndoles que iría a esquiar, y ahora me parece que es un buen momento. Nos dará a los dos la oportunidad de pensar en lo que queremos de nuestra relación... Suponiendo que todavía la tengamos. No estoy segura ya, la verdad. Llevas muy distante desde antes de Navidad.

–¿Ah, sí? –Schenke recordó la investigación por asesinato que le había ocupado entonces. Fue cuando conoció a Ruth–. Perdóname, Karin. No ha sido fácil durante todo este tiempo. Te he descuidado un poco.

–Sí, maldita sea, lo has hecho.

–Intentaré compensarte cuando vuelvas a Berlín.

Ella se quedó callada unos segundos antes de volver a hablar.

–¿Hay alguien más, Horst? ¿Por eso has estado evitando mis llamadas durante los últimos días?

–No. Simplemente he estado metido en problemas hasta el cuello. No he tenido la oportunidad de hablar contigo antes.

–Espero que eso sea verdad. En caso contrario, no te necesito en mi vida. Ya encontraré a alguien en quien pueda confiar.

–Escucha, Karin...

–Ya he escuchado bastante –lo cortó ella–. Hablaremos cuando vuelva.

La línea se cortó, y él volvió a colocar el receptor en su sitio y cerró los ojos.

–Mierda...

–¿Era ella?

Se volvió y vio a Ruth de pie en el umbral del dormitorio. Se había vuelto a poner su camisa.

–¿Es la mujer a la que mencionaste anoche?

–Sí. Se llama Karin.

–Por lo que he oído al final de tu conversación, tienes problemas.

–Sí. Le pedí hace unos días que se casara conmigo.

Ruth lo miró con expresión dolorida.

–No tenía que haber dejado que me trajeras aquí anoche.

–¿Y adónde querías que te llevase a esas horas?

–No lo sé. Pero ha sido mala idea venir aquí. Aunque yo quisiera. Aunque te deseara.

–Yo también te deseaba a ti.

–¿Y ahora qué vamos a hacer?

Schenke se deslizó hacia su forma habitual de pensar, más práctica. Más fría.

–Tienes que quedarte aquí de momento. Puedes usar lo que necesites, como encender el fuego. Pero no abras a nadie y procura no hacer ruido, para evitar que los vecinos curioseen.

–¿Y Karin? ¿Y si aparece cuando vuelva a Berlín y me encuentra aquí?

Schenke se preguntó cuánto de la conversación telefónica había escuchado Ruth.

–No volverá hasta dentro de un mes, por lo menos. Debería bastar con ese tiempo para que encuentres un nuevo sitio donde vivir o sea seguro volver con Brigitte. Mientras tanto, puedes quedarte aquí. ¿Volverás a tu antiguo empleo?

–No existe la menor oportunidad. Demasiadas preguntas sobre mi ausencia. Tendré que ver qué puedo encontrar en la Bolsa Judía. Supongo que será más o menos lo mismo: un salario de miseria, muchas horas de trabajo y un capataz con las manos muy largas.

–Haré lo que pueda para ayudarte.

–Cuídate tú, Horst. Sobreviviré.

En su voz se notaba un tono afilado. Un cambio de humor comprensible. Era difícil vivir en un país donde la ciudadanía, propiedades y casi todos los derechos civiles de su gente les habían sido arrebatados. La noche anterior habían sido iguales. Ahora, a la helada luz del amanecer, los separaban unas leyes incomprensibles, absurdas.

–Tengo que ir a la comisaría –dijo Schenke, mientras se dirigía hacia el dormitorio.

Ruth lo dejó entrar y luego se sentó en la cama, donde observó cómo se vestía. Schenke tenía tanta prisa por dejar el apartamento que no se afeitó ni comió nada. Tan sólo se detuvo antes de cruzar la puerta y la miró un momento.

–Podemos hablar cuando vuelva.

–¿Hablar? ¿De qué? No me hago ilusiones de lo que me depara el futuro. Y poco puedes hacer tú tampoco, Horst.

Él negó con la cabeza y la dejó. Cerró la puerta del apartamento y bajó a toda carrera las escaleras. Salió a la calle, donde el aire helado le mordió las mejillas, lo conmocionó, lo puso alerta.

* * *

Había una extraña atmósfera de calma en la oficina de la sección cuando llegó. El resto del personal de la Kripo había continuado su investigación sobre el caso de los cupones falsificados mientras Schenke, Hauser y Liebwitz se veían atrapados en el torbellino de los últimos días. El inspector envió a Liebwitz a las celdas para que liberase al doctor Lenger, ahora que su vida parecía que ya no estaba en peligro.

La rutina diaria continuó como antes. Frieda Echs le llevó un café y el sumario del día de los informes de las otras oficinas de la Kripo en Berlín. Estaban también las ediciones matutinas de los periódicos de Berlín, el primero de los cuales publicaba un artículo sobre la esperada botadura del *Bismarck*, el buque de guerra más poderoso jamás construido. «Imposible de hundir», alardeaba el titular.

Schenke dejó a un lado todo el paquete y empezó a redactar el informe para Heydrich. Era una narración bastante directa sobre las acusaciones hechas por los padres de los niños que habían muerto en la clínica Schiller. No hizo mención alguna del programa de eutanasia, y concluyó que Gruber y los demás habían sido eliminados después de matar a los responsables de los asesinatos de sus hijos. No había más investigaciones pendientes, y, por lo tanto, Schenke solicitó permiso a Heydrich para cerrar el caso.

Sin duda, Heydrich accedería. Lo que ocurriera después no estaría ya en sus manos, lo que provocó una sensación enfermiza en su alma, que intentó sofocar. ¿Qué sentido tenía resolver un crimen, cuando en secreto continuaba existiendo una injusticia infinitamente mayor? Recordó que uno de sus profesores de la academia de policía les dijo que como agentes tendrían que aprender a vivir con la certeza de que jamás podrían derrotar al crimen por completo, pero que aun así no había excusa para abandonar la lucha. Sin embargo, ese consejo sonaba falso para aquellos que trabajaban a la sombra del régimen nazi.

Cuando terminó el informe, lo mecanografió en su máquina Olympia sin sacar copias de papel carbón. Era ya mediodía cuando completó el trabajo y firmó el expediente. Lo metió en un sobre, lo cerró y estampó el sello de la sección en la solapa, para asegurarse de que cualquier intento de abrirlo antes de que llegase a su destinatario pudiera ser detectado.

–¡Persinger! –exclamó, al salir de su cubículo, con el sobre en alto.

El detective levantó la vista de la documentación en la que trabajaba en su escritorio.

–¿Sí, señor?

–Lleve esto al secretario de Heydrich en la Oficina Principal de Seguridad del Reich.

–¿Ahora, señor? –Persinger miró el reloj, sin duda notando que estaba a punto de perderse la pausa para el almuerzo.

–Inmediatamente.

Schenke volvió a su escritorio y cogió los archivos de los cupones falsificados. Suponía un alivio volver a una investigación criminal mucho más rutinaria. Aquello era un trabajo que podía llevar a cabo con la conciencia limpia y orgullo profesional. Una labor donde no había duda alguna de quién era el criminal y quién la víctima.

Un golpecito en la puerta rompió el hilo de sus pensamientos. Hauser entró en el cubículo sin esperar a que le dieran permiso.

–Me ha llamado un amigo de la comisaría de Mariendorf, señor.

–¿Y?

–Le dije que estábamos interesados en dos nombres que

habían surgido durante el curso de nuestra investigación de la falsificación. A primera hora de la mañana, antes de que usted llegase. Breker y Kappler.

Schenke aspiró aire con fuerza.

–¿Por qué hizo tal cosa?

–Imaginé que, si volvían a salir de nuevo, sería mejor que nosotros nos enterásemos antes que Heydrich y los suyos, ya que eso nos daría un poco más de tiempo para ocuparnos del problema. –Había algo afilado en el tono del sargento que implicaba cómo se proponía manejar el asunto, si alguna vez surgía.

–Ya veo. Ha sido una precaución inteligente. Pero tendría que haberme preguntado antes.

–Iba a decírselo en cuanto acabase el informe para Heydrich.

–Bueno, pues ahora ya lo sé. Gracias –respondió Schenke, escueto–. ¿Y qué le ha contado su amigo de Mariendorf?

–La policía del río ha encontrado dos cuerpos junto al canal de Teltow a primera hora de la mañana. Ambos tenían un tiro en la cabeza. Y se ha encontrado una pistola en el suelo, a su lado.

–¿Brecker y Kappler?

Hauser asintió.

–Llevaban sus documentos de identidad.

Schenke se quedó callado un momento.

–Esos pobres cabrones no han ido muy lejos. Tenían que saber que no podían volver con sus familias, y al no tener ningún sitio a donde ir... En cualquier caso, no habría sido fácil, ya que uno de ellos estaba herido. –Sacudió la cabeza.

–Eso es lo que me parece a mí. Mi amigo dice que hará que nos manden los cuerpos y los informes aquí, para que nos ocupemos nosotros. –Hauser miró a su superior–. Dos víctimas más de la banda criminal a la que estábamos buscando, eso es lo que pienso.

–Sí, eso sería lo mejor.

–Bien. Me ocuparé de los detalles, señor.

–Gracias. –Schenke dio unos golpecitos a los archivos que tenía delante–. Es hora de que centremos nuestra atención en la investigación sobre la falsificación. En cuanto haya llamado a su amigo, empezaremos el interrogatorio de los sospechosos que

tenemos en el patio.

–Sí, señor –dijo Hauser–. Después de unas noches pasando frío, estarán dispuestos a cantar como canarios.

–Me imagino que sí –asintió Schenke–. Será un cambio muy bienvenido con respecto a los últimos días.

Hauser lo miró un segundo y luego replicó:

–Como ya le había dicho, tiene usted un don para los eufemismos.

–He tenido que aprender, sargento...

Hauser se alejó y Schenke volvió a preparar sus notas para el primer interrogatorio del día.

Nota histórica

Cuando investigaba el periodo que cubre el ascenso y caída de la Alemania nazi, a veces me costaba creer las escuetas estadísticas concernientes al número de personas asesinadas por el régimen. Tampoco fue fácil comprender el talante frío que parecían haber mostrado los responsables. A veces, la simple escala y amplitud de los horrores infligidos por los nazis es casi imposible de contemplar, y resulta necesario dividir esas atrocidades de una forma que permita a las personas conectar con las víctimas de una manera más personal y empática. Ése es el enfoque que he adoptado en esta novela.

Para comprender lo que se empezó a conocer después de la guerra como programa «Aktion T4», debemos ser conscientes de que la política de asesinatos en masa era resultado de muchos años de preparativos conscientes, procedentes de influencias mucho más amplias que las situadas puramente en Alemania. Una perversión de las teorías de la evolución de Darwin dio lugar a un número creciente de obras de científicos y pseudocientíficos que defendían la eliminación de humanos «defectuosos» para sacarlos de la cadena de la herencia y, por lo tanto «mejorar» la humanidad. Tales ideas fueron abrazadas de buen grado en Europa y América, y proporcionaron un estímulo febril para el programa político de Adolf Hitler y sus seguidores, ya a mediados de los años 20, cuando Hitler ya defendía la eliminación de aquellos que contemplaba como «degenerados» (*degeneriert*).

Cuando el partido nazi se hizo con el poder en 1933, no

perdieron el tiempo a la hora de imponer su ideología en Alemania. Además de la supresión de los medios de comunicación, el arresto, tortura y asesinato de los rivales políticos y la eliminación de los derechos civiles de los judíos, una de las primeras medidas que se puso en práctica fue la esterilización obligatoria de determinados grupos. Esto se impuso a muchos de los que se consideraban degenerados, como a los gitanos, las prostitutas, los vagos, los delincuentes habituales, personas de raza mestiza y aquellos con discapacidades incurables mentales y físicas. Aquel mismo mes de julio, Hitler se propuso aprobar unas leyes que le permitirían matar a los pacientes diagnosticados con enfermedades mentales, pero se le persuadió de que ese movimiento era demasiado controvertido. Aun así, en 1935 hizo saber que en caso de guerra introduciría esa medida. De este modo, se aprovecharía de que la atención del público estuviera distraída para camuflar dichas muertes entre los fallecimientos en el frente de batalla. Desde 1937, un comité secreto del partido nazi hacía planes para un programa de eutanasia, difundiendo la idea a través de artículos favorables en la prensa controlada por los nazis, que retrataba la vida de la gente con discapacidades como «una vida que no merece ser vivida» (*Lebensunwertes Leben*).

El programa fue activado en febrero de 1939, cuando el padre de Gerhard Kretschmar, un niño que había nacido con la carencia de diversos miembros, solicitó a Hitler que mataran a su hijo. El padre ya se había dirigido a un doctor de Leipzig para pedirle que terminase con la vida de Gerhard, pero el doctor se negó por temor a ser acusado de asesinato. Tras revisar el caso, Hitler envió a su médico personal, Karl Brandt, para que dispusiera la muerte del niño a finales de julio. Al mismo tiempo, Hitler autorizó a Brandt a supervisar la creación de un programa de eutanasia. Un mes más tarde, Hitler puso fin al programa de esterilización. Las cosas habían pasado de prevenir la reproducción de los «degenerados» a eliminarlos completamente. En octubre, Hitler firmó otra orden dando autorización a los médicos para librar a la sociedad de «consumidores inútiles» (*unnütze Esser*), proporcionándoles una «muerte misericordiosa» (*barmherziger Tod*).

El programa era responsabilidad del Comité para el registro científico de enfermedades graves hereditarias y congénitas del Reich, cuya estructura y objetivo se mantenían en secreto para el público en general. El jefe supremo del programa era Philipp Bouhler, oficial de las SS, uno de los primeros miembros del partido nazi. La sección del programa que se ocupaba de los niños se hallaba bajo el control de un doctor de las SS, Viktor Brack, y tenía su base en Tiergartenstrasse 4, de donde deriva el nombre posterior, Aktion T4. Desde el principio, el énfasis en el programa era asesinar no a niños que ya estuvieran en las instituciones, sino a aquellos que todavía vivían en casa con sus familias, antes de pasar a la eliminación de los que ya estaban institucionalizados. Los doctores convencían a los padres de que confiaran a sus hijos a instituciones donde supuestamente cuidarían mejor de ellos. En cuanto los niños eran sacados de sus hogares, se les sometía a distintos tratamientos destinados a darles muerte. A algunos les inyectaban drogas que los iban debilitando poco a poco, mientras que a otros se los mataba de hambre. En todos los casos, el fallecimiento se calificaba como causa natural. A menudo se quemaban los cuerpos para destruir las pruebas, y a los padres sólo les enviaban la noticia de la muerte de su hijo. Se realizaron esfuerzos considerables para ocultar la escala de los asesinatos. Por ejemplo, los oficiales de Brack tenían un mapa en su despacho con alfileres colocados en él por cada niño muerto, para asegurarse de que no había acumulaciones sospechosas, y que las víctimas estaban distribuidas por igual.

Las presiones para eliminar a más aumentaron muy pronto. Las fuerzas alemanas en Polonia estaban ya comprometidas con el asesinato masivo de pacientes con enfermedades mentales de todas las edades, y habían empezado a usar gas venenoso con los reclusos polacos transportados a Posen. Llevaron al experto químico Albert Widmann, del departamento forense de la Kripo, para que desarrollase los medios más eficientes (en aquel momento, envenenamiento por monóxido de carbono) para asesinar a gente, o, como los describían ellos, «bestias en forma humana». Widmann supervisó la construcción de una unidad de pruebas en la prisión de Brandemburgo, donde pacientes

diagnosticados con enfermedades mentales fueron gaseados en grupos de quince a veinte. El proceso se consumaba en aproximadamente veinte minutos.

El programa se expandió rápidamente por toda Alemania, y durante algún tiempo lograron mantenerlo en secreto. Pero, conforme el número de muertes en instituciones aumentaron, las sospechas también lo hicieron. Un cierto número de médicos, forenses, jueces y sacerdotes católicos empezaron a protestar. El periodista americano William Shirer se enteró del programa muy pronto, pero sólo consiguió pruebas concretas de su existencia cuando contactó con un funcionario a quien le remordía la conciencia y le pasó los detalles en septiembre de 1940. Sin embargo, a través de una combinación de negación, distracción, amenazas y justificaciones ideológicas, el régimen nazi consiguió evitar cualquier oposición efectiva al programa. Al final de la guerra, más de 80 000 personas con discapacidad habían sido asesinadas. Cinco mil de ellas fueron niños.

Aunque el Holocausto es el crimen más famoso cometido por el partido nazi, el programa de eutanasia fue su primer gran experimento de exterminación. El sistema fue perfeccionado para asesinar posteriormente a grandes cantidades de judíos, oponentes políticos, gitanos, homosexuales y otras víctimas. Sobre los cuerpos de esos niños indefensos se construyó la atrocidad más terrible de todo el siglo XX.

¿Y cuál fue el destino de los responsables? Philipp Bouhler fue capturado por los americanos y se suicidó. Karl Brandt fue juzgado y ahorcado en 1948, igual que Viktor Brack. Albert Widmann escapó a la justicia hasta 1959, cuando fue finalmente juzgado por su papel en el programa y sentenciado a seis años de prisión. Murió en 1986. Incluso después de la guerra, muchos de los médicos implicados en el programa expresaron su orgullo por lo que ellos retrataban como un proceso para mejorar la raza humana. En realidad, todos ellos fueron las auténticas «bestias en forma humana».

Vale la pena recordar que los nazis no fueron los únicos en imponer la esterilización obligatoria. Como he mencionado antes, la causa de mejorar la pureza racial consiguió defensores en muchos países. Entre 1907 y 1939, Estados Unidos llevó a

cabo 60 000 esterilizaciones obligatorias. En Europa, Suiza, Dinamarca y Noruega también se embarcaron en un programa similar en los años 30. En el caso de Suecia, entre 1935 y 1975, se llevaron a cabo más de 63 000 esterilizaciones obligatorias. Es una cantidad mayor proporcionalmente, teniendo en cuenta las poblaciones relativas, que los 350 000 de la Alemania nazi. Está claro que algunas semillas de las políticas raciales de la Alemania nazi fructificaron en otras naciones influenciadas por defensores de la eugenesia de ambos extremos del espectro político. No deberíamos ser tan complacientes como para asumir que lo que ocurrió en la Alemania nazi no podía replicarse en algún otro sitio y en algún otro momento.

Estoy seguro de que la mayoría de personas que han leído este relato del programa Aktion T4 compartirán mi desesperación al ver que estas cosas son posibles. ¿Cómo pudieron existir aberraciones inhumanas como el programa Aktion T4 y el Holocausto? No se me ocurre mayor horror que asesinar a sangre fría a niños vulnerables, como hicieron los nazis.

* * *

Para los que estén interesados en saber más, recomiendo los capítulos dedicados al programa Aktion T4 de las obras *The Third Reich at War* (Allen Lane, 2008), de Richard Evans; *Death and Deliverance: 'Euthanasia' in Germany 1900-1945* (Cambridge University Press, 1994), de Michael Burleigh; y *The Origins of Nazi Genocide* (University of North Carolina Press, 1994), de Henry Friedlander.

Simon Scarrow
Agosto de 2022